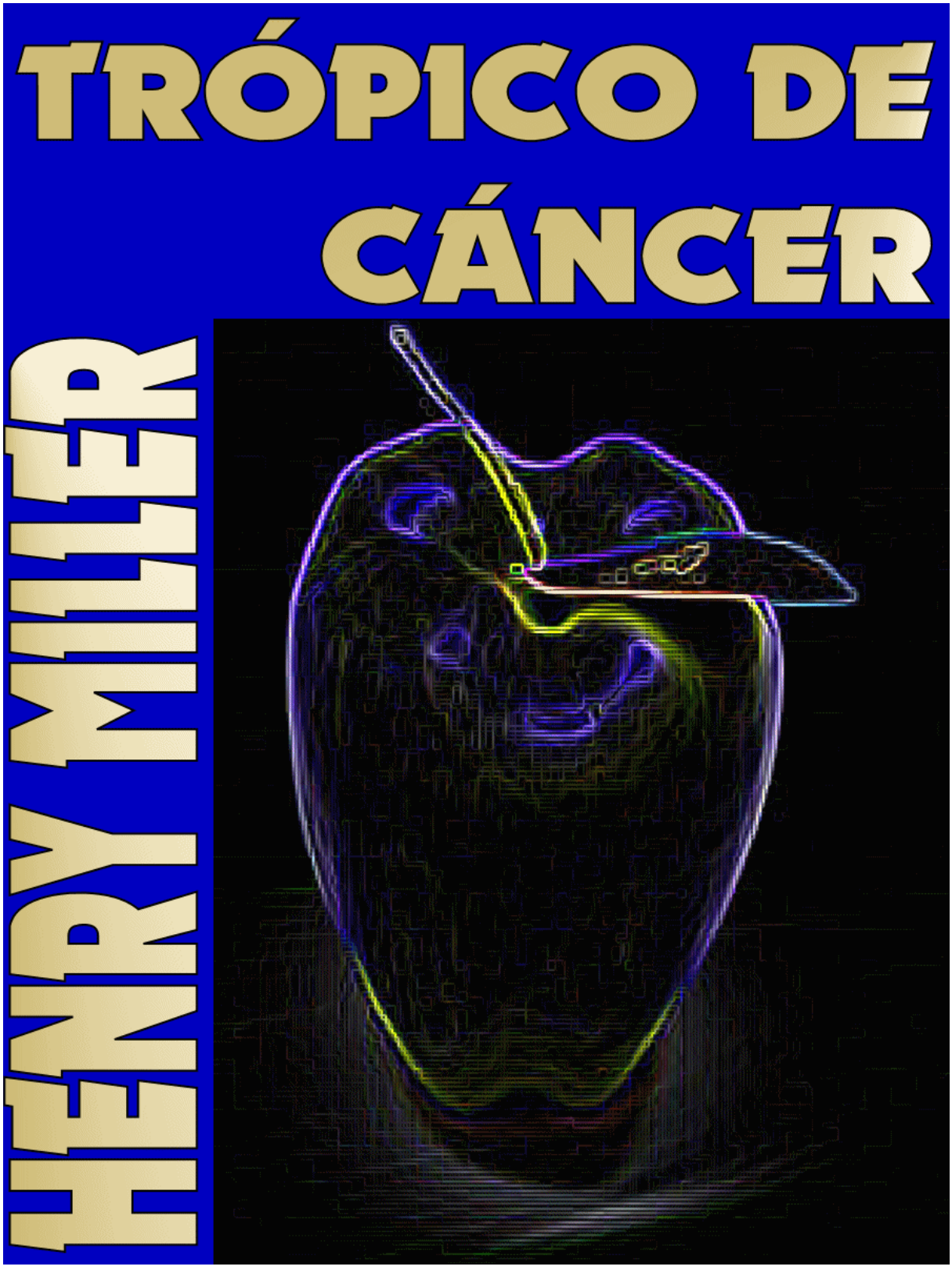
TRÓPICO DE CÁNCER
HENRY MILLER



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Estas novelas darán paso, con el tiempo, a diarios o autobiografías: libros cautivadores siempre y cuando sus autores sepan escoger entre 1o que llaman sus experiencias y sepan reproducir la verdad fielmente.

RALPH WALDO EMERSON

Vivo en la Villa Borghese. No hay ni pizca de suciedad en ningún sitio, ni una silla fuera de su lugar. Aquí estamos todos solos y estamos muertos.

Anoche Boris descubrió que tenía piojos. Tuve que afeitarle los sobacos, y ni siquiera así le pasó el picor. ¿Cómo puede uno coger piojos en un lugar tan bello como éste? Pero no importa. Puede que no hubiéramos llegado nunca a conocernos tan íntimamente Boris y yo, si no hubiese sido por los piojos.

Boris acaba de ofrecerme un resumen de sus opiniones. Es un profeta del tiempo. Dice que continuará el mal tiempo. Habrá más calamidades, más muertes, más desesperación. Ni el menor indicio de cambio por ningún lado. El cáncer del tiempo nos está devorando. Nuestros héroes se han matado o están matándose. Así, que el héroe no es el Tiempo, sino la Intemporalidad. Debemos marcar el paso, en filas cerradas, hacia la prisión de la muerte. No hay escapatoria. El tiempo no va a cambiar.

Estamos ahora en el otoño de mi segundo año en París. Me enviaron aquí por una razón que todavía no he podido desentrañar.

No tengo dinero, ni recursos, ni esperanzas. Soy el hombre más feliz del mundo. Hace un año, hace seis meses, creía que era un artista. Ya no lo pienso, lo soy. Todo lo que era literatura se ha desprendido de mí. Ya no hay más libros que escribir, gracias a Dios.

Entonces, ¿éste? Este no es un libro. Es un libelo, una calumnia, una difamación. No es un libro en el sentido ordinario de la palabra. No, es un insulto prolongado, un escupitajo a la cara del Arte, una patada en el culo a Dios, al Hombre, al Destino, al Tiempo, al Amor, a la Belleza... a lo que os parezca. Cantaré para vosotros, desentonaré un poco tal vez, pero cantaré. Cantaré mientras la palmáis, bailaré sobre: vuestro inmundo cadáver...

Para cantar, primero hay que abrir la boca. Hay que tener dos pulmones y algunos conocimientos de música. No es necesario tener un acordeón ni una guitarra. Lo esencial es *querer* cantar. Así pues, esto es una canción. Estoy cantando.

Para ti, Tania, canto. Quisiera cantar mejor, más melodiosamente, pero entonces quizá no hubieses accedido nunca a escucharme. Has oído cantar a los otros y te han dejado fría. Su canción era demasiado bella o no lo bastante bella. Es el veintitantos de octubre. Ya no llevo la cuenta de los días. ¿Diríais: mi sueño del 14 de noviembre pasado? Hay intervalos, pero intercalados entre sueños, y no queda conciencia de ellos. El mundo que me rodea está desintegrándose, y deja aquí y allá lunares de tiempo. El mundo es un cáncer que se devora a sí mismo... Pienso en que, cuando el gran silencio descienda sobre todo y por doquier, la música triunfará por fin. Cuando todo vuelva a retirarse a la matriz del tiempo, reinará el caos de nuevo, y el caos es la partitura en la que está escrita la realidad. Tú, Tania, eres mi caos. Por eso canto. Ni siquiera soy yo, es el mundo agonizante que se quita la piel del tiempo. Todavía estoy vivo, dando patadas dentro de tu matriz, que es una realidad sobre la que escribir.

Duermevela. La fisiología del amor. La ballena con su pene de dos metros en reposo. El murciélago... *penis libre.* Animales con un hueso en el pene. De ahí viene eso de *tener un hueso...*[1]. «Afortunadamente -dice Gourmont- la estructura ósea se ha perdido en el hombre.» ¿Afortunadamente? Sí, afortunadamente.. Imaginaos a la raza humana caminando por ahí con un hueso en ese sitio. El canguro tiene un doble pene: uno para los días de entre semana y otro para las fiestas. Duermevela. Una carta de una

[1] Una de las formas de decir en inglés "empalmarse".

mujer que me pregunta si he encontrado un título para mi libro. ¿Un título? Claro que sí: *Adorables lesbianas.*

¡Tu vida anecdótica! Una frase de M. Borowski. Los miércoles voy a comer con Borowski. Su mujer, que es una vaca seca, oficia. Ahora está estudiando inglés... su palabra favorita es «asqueroso». En seguida se ve que los Borowski son una lata. Pero esperad...

Borowski lleva trajes de pana y toca el acordeón. Combinación insuperable, especialmente si se tiene en cuenta que no es un mal artista. Finge ser polaco, pero no lo es, desde luego. Es judío, Borowski, y su padre era filatélico. De hecho, casi todo Montparnasse es judío o medio judío, lo que es peor. Están Carl y Paula, y Cronstadt y Boris, y Tania y Sylvester, y Moldorf y Lucille. Todos excepto Fillmore. Henry Jordan Oswald ha resultado ser judío también. Louis Nicholas es judío. Hasta Van Norden y Chérie son judíos. Frances Blake es judío, o judía. Titus es judío. Así, que los judíos me están aplastando como una avalancha. Escribo esto para mi amigo Carl, cuyo padre es judío. Es importante entender todo esto.

De todos esos judíos, la más encantadora es Tania, y por ella también yo me volvería judío. ¿Por qué no? Yo hablo como un judío. Y soy feo como un judío. Además, ¿quién odia más a los judíos que un judío?

La hora del crepúsculo. Azul añil, agua cristalina, árboles resplandecientes y delicuescentes. Los raíles se pierden en el canal de Jaurès. La larga oruga de costados laqueados se sumerge como una montaña rusa. No es París. No es Coney Island. Es una mezcla crepuscular de todas las ciudades de Europa y de América Central. Las explanadas del ferrocarril ahí abajo, los raíles negros, enmarañados, no ordenados por el ingeniero, sino de diseño cataclismático, como esas finas fisuras del hielo polar que la cámara registra en diferentes tonos de negro.

La comida es una de las cosas que disfruto tremendamente. Y en esta hermosa Villa Borghese apenas hay nunca rastros de ella. A veces es verdaderamente asombroso. He pedido una y otra vez a Boris que encargue pan para el desayuno, pero siempre se le olvida. Al parecer, sale a desayunar fuera. Y, cuando vuelve, viene limpiándose los dientes con un palillo y le cuelga un poco de huevo de la perilla. Come en el restaurante por consideración hacia mí. Dice que le duele darse una comilona mientras le miro.

Van Norden me gusta, pero no comparto la opinión que tiene de sí mismo. No estoy de acuerdo, por ejemplo, en que sea un filósofo ni un pensador. Es un putero y nada más. Y nunca será un escritor. Tampoco lo será nunca Sylvester, aunque su nombre resplandezca en luces rojas de cincuenta mil bujías. Los únicos escritores a mi alrededor por los que siento algún respeto ahora son Carl y Boris. Están poseídos. Arden por dentro con una llama blanca. Están locos y carecen de oído. Son víctimas.

En cambio, Moldorf, que también sufre a su manera, no está loco. Moldorf se embriaga con las palabras. No tiene venas, ni arterias, ni corazón, ni riñones. Es un baúl portátil lleno de innumerables cajones, y éstos tienen escritos fuera rótulos en tinta blanca, tinta marrón, tinta roja, tinta azul, bermellón, azafrán, malva, siena, albaricoque, turquesa, ónix, anjou, arenque, Corona, verdín, gorgonzola...

He trasladado la máquina de escribir a la habitación contigua, donde puedo verme en el espejo mientras escribo.

Tania es como Irene. Espera cartas voluminosas. Pero hay otra Tania, una Tania semejante a una enorme semilla que disemina el polen por todas partes... o, digámoslo al modo de Tolstoi, una escena de establo en la que desentierran al feto. Tania es una fiebre también: *les voies urinaires,* Café de la Liberté, Place des Vosges, corbatas brillantes en el Boulevard Montparnasse, cuartos de baño oscuros, oporto seco, cigarrillos Abdullah, el adagio de la sonata *Pathétique,* amplificadores auriculares, sesiones anecdóticas, pechos de

siena rojiza, ligas gruesas, qué hora es, faisanes dorados rellenos de castañas, dedos de tafetán, crepúsculos vaporosos que se vuelven acebo, acromegalia, cáncer y delirio, velos cálidos, fichas de póquer, alfombras de sangre y muslos suaves. Tania dice de modo que todo el mundo pueda oírla: «¡Lo amo!» Y mientras Boris se calienta con whisky, ella dice: «¡Siéntate aquí! Oh, Boris... Rusia... ¿Qué voy a hacer? ¡Estoy a punto de estallar! »

Por la noche, cuando contemplo la perilla de Boris reposando sobre la almohada, me pongo histérico. ¡Oh, Tania! ¿Dónde estarán ahora aquel cálido coño tuyo, aquellas gruesas y pesadas ligas, aquellos muslos suaves y turgentes? Tengo un hueso en la picha de quince centímetros. Voy a alisarte todas las arrugas del coño, Tania, hinchado de semen. Te voy a enviar a casa con tu Sylvester con dolor en el vientre y una matriz vuelta del revés. ¡Tu Sylvester! Sí, él sabe encender un fuego, pero yo sé inflamar un coño. Disparo dardos ardientes a tus entrañas, Tania, te pongo los ovarios incandescentes. ¿Está un poco celoso tu Sylvester ahora? Siente algo, ¿verdad? Siente los rastros de mi enorme picha. He dejado un poco más anchas las orillas. He alisado las arrugas. Después de mí, puedes recibir garañones, toros, carneros, ánades, san bernardos. Puedes embutirte el recto con sapos, murciélagos, lagartos. Puedes cagar arpegios, si te apetece, o templar una cítara a través de tu ombligo. Te estoy jodiendo, Tania, para que permanezcas jodida. Y si tienes miedo a que te jodan en público, te joderé en privado. Te arrancaré algunos pelos del coño y los pegaré a la barbilla de Boris. Te morderé el clítoris y escupiré dos monedas de un franco...

Cielo azul y despejado de nubes lanudas, árboles macilentos que se extienden hasta el infinito, con sus oscuras ramas gesticulando como un sonámbulo. Arboles sombríos, espectrales, de troncos pálidos como la ceniza de un habano. Un silencio supremo y enteramente europeo. Postigos echados, tiendas cerradas. Aquí y allá una luz roja para señalar una cita. Fachadas abruptas, casi repulsivas; inmaculadas, salvo por los manchones de sombra proyectados por los árboles. Al pasar por la Orangerie, recuerdo otro París, el París de Maugham, de Gauguin, el París de George Moore. Pienso en aquel terrible español que sobrecogía al mundo entonces con sus saltos de estilo a estilo. Pienso en Spengler y en sus terribles pronunciamientos, y me pregunto si no se habrá perdido el estilo, el estilo elegante. Digo que esos pensamientos ocupan mi mente, pero no es cierto; hasta después, hasta que no he cruzado el Sena, hasta que no he dejado atrás el carnaval de luces, no dejo jugar a mi mente con esas ideas. Por el momento no puedo pensar en nada... excepto en que soy un ser sensible apuñalado por el milagro de esas aguas que reflejan un mundo olvidado. A lo largo de las orillas, los árboles se inclinan pesadamente sobre el espejo empañado; cuando el viento se levante y los llene con un murmullo rumoroso, derramarán algunas lágrimas y se estremecerán, mientras pase el agua en torbellinos. Eso me corta el aliento. Nadie a quien comunicar ni siquiera parte de mis sentimientos...

Lo malo de Irene es que tiene una maleta en lugar de un coño. Quiere cartas voluminosas para embutirlas en su maleta. Inmensas, *avec des choses inouïes.* En cambio, Llona sí que tenía un coño. Lo sé porque nos envió unos cuantos pelos de ahí abajo. Llona: un asno salvaje que olfateaba el placer en el aire. En todas las colinas alias hacía de puta... y a veces en las cabinas telefónicas y en los retretes. Compró una cama para su rey Carol y un cubilete de afeitarse con sus iniciales. Se tumbó en Tottenham Court Road con el vestido levantado y se acarició con el dedo. Usaba velas, candelas romanas y pomos de puerta. En todo el país no había una picha bastante grande para ella... *ni una. Los* hombres la penetraban y se encogían. Necesitaba pichas extensibles, cohetes de los que explotan automáticamente, aceite hirviendo compuesto de cera y creosota. Si se lo hubieras permitido, te habría cortado la picha y se la habría guardado dentro para siempre. ¡Un coño único de entre un millón, el de Llona! Un coño de laboratorio, y no había papel de tornasol que pudiera tomar su color. También era una mentira, aquella Llona.

Nunca compró una cama a su rey Carol. Lo coronó con una botella de whisky, y su lengua estaba llena de piojos y de mañanas. Pobre Carol, lo único que podía hacer era encogerse dentro de ella y morir. Respiraba ella y él caía afuera... como una almeja muerta.

Cartas enormes, voluminosas, *avec des choses inouïes.* Una maleta sin correas. Un agujero sin llave. Tenía la boca alemana, las orejas francesas, el culo ruso. El coño internacional. Cuando la bandera ondeaba, era roja hasta la garganta. Entrabas por el Boulevard Jules Ferry y salías por la Porte de la Villette. Echabas los bofes en las carretas..., carretas rojas con dos ruedas, naturalmente. En la confluencia del Ourcq y el Marne, donde el agua prorrumpe a través de los diques y se extiende como un cristal bajo los puentes. Llona yace allí ahora y el canal está lleno de cristal y astillas; las mimosas lloran y la húmeda bruma de un pedo empaña los cristales de las ventanas. ¡Una gachí única de entre un millón, aquella Llona! Toda ella coño y un culo de cristal en que se puede leer la historia de la Edad Media.

La primera impresión que causa Moldorf es la de la caricatura de un hombre. Ojos de tiroides. Labios de Michelin. Voz como puré de guisantes. Bajo el chaleco lleva una perita. De cualquier modo que lo mires, siempre ofrece el mismo panorama: caja de rapé netsuke, puño de marfil, ficha de ajedrez, abanico, motivo de templo. Lleva tanto tiempo fermentando, que ahora es amorfo. Levadura desprovista de sus vitaminas. Jarrón sin planta de caucho.

Las mujeres fueron fecundadas dos veces en el siglo IX, y otra vez en el Renacimiento. Lo llevaron durante las grandes dispersiones bajo vientres amarillos y blancos. Mucho antes del Exodo, un tártaro escupió en su sangre.

Su dilema es el del enamo. Con su ojo pineal, ve su silueta proyectada en una pantalla de tamaño inconmensurable. Su voz, sincronizada con la sombra de una cabeza de alfiler, lo embriaga. Oye un rugido cuando los demás oyen un chirrido.

Hablemos de su mente. Es un anfiteatro en que el actor ofrece una representación proteica. Moldorf, multiforme e infalible, representa sus papeles: payaso, juglar, contorsionista, sacerdote, libertino, saltimbanqui. El anfiteatro es demasiado pequeño. Pone dinamita en él. El público está drogado. El lo hiere.

Estoy intentando infructuosamente enfocar a Moldorf. Es como intentar enfocar a Dios, pues Moldorf *es* Dios: nunca ha sido otra cosa. Lo único que estoy haciendo es consignar palabras...

He tenido opiniones de él que he desechado; he tenido otras opiniones que estoy revisando. Le he clavado un alfiler para acabar descubriendo que lo que tenía en las manos no era un escarabajo pelotero, sino una líbelula. Me ha ofendido con su grosería y después me ha colmado de delicadezas. Ha sido locuaz hasta la asfixia, y después silencioso como el Jordán.

Cuando lo veo venir brincando a saludarme, con las zarpitas tendidas, con los ojos sudando, siento que voy a encontrar a... ¡No, no es éste el modo de expresarlo!

Comme un oeuf dansant sur un jet d'eau.

Sólo tiene un bastón..., un bastón mediocre. En los bolsillos, trozos de papel con recetas para *el Weltschmerz.* Ahora ya está curado, y a la muchachita alemana que le lavaba los pies se le está partiendo el alma. Es como el señor Nonentity, que lleva su diccionario gujarati a todas partes. *«Inevitable para todo el mundo»,* con lo que quiere

decir, indudablemente, *indispensable.* A Borowski, todo esto le parecería incomprensible. Borowski tiene un bastón diferente para cada día de la semana, y otro para Pascua.

Tenemos tantos puntos en común, que es como mirarme en un espejo agrietado.

He estado examinando mis manuscritos, páginas garabateadas con correcciones. Páginas de *literatura. Eso* me asusta un poco. ¡Es tan parecido a Moldorf! Sólo que yo soy un gentil, y los gentiles tienen una forma distinta de sufrir. Sufren sin neurosis y, como dice Sylvester, un hombre que nunca ha padecido una neurosis no sabe lo que es sufrir.

Recuerdo claramente lo mucho que disfruté con mi sufrimiento. Era como meterse en la cama con un cachorro. De vez en cuando te arañaba...

y entonces sentías auténtico espanto. Normalmente, no tenías miedo: siempre podías soltarlo o cortarle la cabeza.

Hay personas que no pueden resistir el deseo de meterse en una jaula con fieras y dejarse despedazar. Se meten en ella hasta sin revólver ni látigo. El temor las vuelve temerarias... Para el judío, el mundo es una jaula llena de fieras. La puerta está cerrada y él está dentro sin látigo ni revólver. Su valor es tan grande, que ni siquiera huele los excrementos en el rincón. Los espectadores aplauden, pero él no oye. Según cree, el drama está ocurriendo dentro de la jaula. Piensa que la jaula es el mundo. Al encontrarse de pie ahí, solo e indefenso, y con la puerta cerrada, descubre que los leones no entienden su lengua. Ningún león ha oído hablar nunca de Spinoza. ¿Spinoza? Pero si ni siquiera pueden hincarle el diente. «¡Dadnos carne!», rugen, mientras él permanece allí petrificado, con sus ideas congeladas, con su *Weltanschauung,* que no es sino un trapecio inalcanzable. Un simple zarpazo del león y su cosmogonía quedará destrozada.

También los leones se sienten defraudados. Esperaban sangre, huesos, cartílagos, tendones. Mastican v mastican, pero las palabras son chicle y el chicle es indigesto. El chicle es una base sobre la que se espolvorea azúcar, pepsina, tomillo, regaliz. El chicle, cuando lo recogen los *chicleros,* está bien. Los *chicleros* llegaron por la costa de un continente hundido. Trajeron consigo un lenguaje algebraico. En el desierto de Arizona se encontraron con los mongoles del norte, lustrosos como berenjenas. Poco después de que la tierra hubiera adquirido su inclinación giroscópica: cuando la Corriente del Golfo estaba separándose de la corriente japonesa. En el fondo de la tierra encontraron piedra de toba. Adornaron las propias entrañas de la tierra con su lenguaje. Se comieron mutuamente las entrañas, y la selva se cerró sobre ellos, sobre sus huesos y cráneos, sobre su encaje de toba. Su lenguaje se perdió. Aquí y allá se encuentran los restos de una casa de fieras, una placa craneana cubierta de figuras.

¿Qué tiene que ver todo esto contigo, Moldorf? La palabra que tienes en la boca es anarquía. Pronúnciala, Moldorf, lo estoy esperando.

Nadie conoce los ríos que manan por nuestro sudor, cuando nos damos las manos. Mientras tú estás formando tus palabras, con los labios entreabiertos y la saliva gorgoteándote en las mejíllas, yo he atravesado media Asia de un salto. Si cogiera tu bastón, a pesar de que es mediocre, y te abriese un agujerito en el costado, podría recoger material suficiente para llenar el Museo Británico. Nos detenernos cinco minutos y devoramos siglos. Eres el tamiz por el que se filtra mi anarquía, y se transforma en palabras. Tras la palabra está el caos. Cada palabra es una franja, un barrote, pero no hay ni habrá nunca suficientes barrotes para hacer la reja.

En mi ausencia han colgado visillos. Tienen el aspecto de manteles tiroleses remojados en desinfectante. La habitación centellea. Me siento en la cama aturdido, pensando en el hombre antes de su nacimiento. De repente, empiezan a doblar campanas, una música extraña, sobrenatural, como si me hubieran transportado a las estepas de Asia central. Unas resuenan con un redoble largo, persistente, otras irrumpen con acentos embriagados y llorosos. Y ahora ha vuelto el silencio, excepto una última nota que apenas

roza el silencio de la noche: un simple tantán tenue y agudo que se extingue como una llama.

He hecho un pacto tácito conmigo mismo: no cambiar ni una línea de lo que escribo. No me interesa perfeccionar mis pensamientos ni mis acciones. Junto a la perfección de Turgueniev coloco la perfección de Dostoyevski. (¿Hay algo más perfecto que El *eterno marido?)* Así pues, ahí tenemos dos tipos de perfección en un mismo medio. Pero en las cartas de Van Gogh hay una perfección que supera a una y a otra. Es el triunfo del individuo sobre el arte.

Ahora sólo hay una cosa que me interesa vitalmente, y es consignar todo lo que se omite en los libros. Que yo sepa, nadie está usando los elementos del aire que dan dirección y motivación a nuestras vidas. Sólo los asesinos parecen extraer de la vida, en grado satisfactorio, lo que le aportan. La época exige violencia, pero sólo estamos obteniendo explosiones abortivas. Las revoluciones quedan segadas en flor, o bien triunfan demasiado de prisa. La pasión se consume rápidamente. Los hombres recurren a las ideas, *comme d'habitude.* No se propone nada que pueda durar más de veinticuatro horas. Estamos viviendo un millón de vidas en el espacio de una generación. Obtenemos más del estudio de la entomología, o de la vida en las profundidades marinas, o de la actividad celular...

El teléfono interrumpe esta reflexión, que nunca habría podido llevar a término. Alguien viene a alquilar el piso...

Parece que mi vida en Villa Borghese ha acabado. Bien, cogeré estas páginas y me largaré. En todas partes pasarán cosas. Siempre pasan cosas. Parece que dondequiera que voy hay un drama. Las personas son como los piojos: se te meten bajo la piel y se entierran en ella. Te rascas y te rascas hasta hacerte sangre, pero no puedes despiojarte permanentemente. Dondequiera que voy las personas están echando a perder sus vidas. Cada cual tiene su tragedia privada. La lleva ya en la sangre: infortunio, hastío, aflicción, suicidio. La atmósfera está saturada de desastre, frustración, futilidad. Rascarse y rascarse... hasta que no quede piel. No obstante, el efecto que me produce es estimulante. En lugar de desanimarme, o deprimirme, disfruto. Pido a gritos cada vez más desastres, calamidades mayores, fracasos más rotundos. Quiero que el mundo entero se descentre, que todo el mundo se rasque hasta morir.

Me veo obligado a vivir tan rápida y furiosamente, que apenas me queda tiempo para consignar estas notas fragmentarias. Después de la llamada de teléfono, llegaron un caballero y su esposa. Subí al piso de arriba a tumbarme durante la transacción. Estuve allí echado preguntándome qué haría a continuación. Desde luego, volver a la cama del maricón y pasar la noche agitándome y sacudiendo migas con los dedos de los pies, no. ¡Mequetrefe asqueroso! Si hay algo peor que ser un marica es ser un tacaño. Un mariquita tímido y tembloroso que vivía con el constante temor de quedarse sin un céntimo algún día: el 18 de mayo tal vez, o el 25 de mayo precisamente. Café sin leche ni azúcar. Pan sin mantequilla. Carne sin salsa, o nada de carne. ¡Sin esto y sin lo otro! ¡Avaro asqueroso! Un día abrí el cajón del escritorio y encontré dinero escondido dentro de un calcetín. Más de dos mil francos... y cheques que ni siquiera había cobrado. Ni siquiera eso me habría importado tanto, si no me hubiese encontrado siempre posos de café en la gorra y basura en el suelo, por no citar los tarros de crema para el cutis ni las toallas grasientas ni la pila siempre atascada. Os digo que aquel mequetrefe olía mal... excepto cuando se empapaba de colonia. Llevaba las orejas sucias, los ojos sucios, el culo sucio. Tenía articulaciones dobles, era asmático, piojoso, mezquino, morboso. Podría haberle perdonado todo, ¡si al menos me hubiera servido un desayuno decente...! Pero un hombre que tiene dos mil

dólares escondidos en un calcetín sucio y que se niega a ponerse una camisa limpia o a untarse un poco de mantequilla en el pan, un hombre así no es un simple marica, ni un simple tacaño siquiera: ¡es un imbécil!

Pero no viene al caso hablar del marica. Aguzo el oído para enterarme de lo que está pasando abajo. Es un tal señor Wren y su esposa que han venido a ver el piso. Hablan de cogerlo. Sólo hablan de ello, gracias a Dios. La señora Wren se ríe con facilidad: complicaciones a la vista. Ahora es el señor Wren quien habla. Su voz es estridente, áspera, retumbante, un arma pesada y contundente que se abre paso por la carne y el hueso y el cartílago.

Boris me pide que baje para presentarme. Está frotándose las manos como un prestamista. Están hablando de un cuento que el señor Wren ha escrito, un cuento sobre un caballo con esparaván.

-Pero yo pensaba que el señor Wren era pintor.

-Claro que sí... -dice Boris, guiñando un ojo-, pero en invierno escribe. Y escribe bien... extraordinariamente bien.

Intento hacer hablar al señor Wren, hacer que diga algo, cualquier cosa, que hable del caballo con esparaván, si es necesario. Pero el señor Wren es incapaz de expresarse. Cuando intenta hablar de esos meses monótonos pasados con la pluma en la mano, se vuelve ininteligible. Pasa meses y meses antes de poner una palabra en el papel. (¡Y sólo hay tres meses de invierno!) ¿En qué piensa durante todos esos meses y meses de invierno? No puedo imaginar a este tipo de escritor, ¡palabra! Y, sin embargo, la señora Wren dice que, cuando se sienta, sencillamente las ideas *le salen a borbotones.*

La conversación deriva. Es difícil seguir el hilo del señor Wren, porque no dice nada. Tal como lo expresa la señora Wren, *piensa a medida que avanza.* La señora Wren expresa todo lo relativo al señor Wren con los colores más bellos. «Piensa a medida que avanza»: encantador, de verdad encantador, como diría Borowski, pero muy doloroso en realidad, especialmente cuando el escritor no es sino un caballo con esparaván.

Boris me entrega dinero para comprar licor. Al ir a por él, ya me siento borracho. Sé cómo voy a empezar, cuando esté de vuelta en la casa. Al bajar por la calle, se inicia dentro de mí el . grandioso discurso que gorgotea como la risa fácil de la señora Wren. Me parece que ya estaba ': un poco achispada. Escucha divinamente, cuando está bebida. Al salir de la tienda de vinos, oigo el gorgoteo del urinario. Todo está suelto y salpica..., quiero que la señora Wren escuche...

Boris está frotándose las manos otra vez. El señor Wren sigue tartamudeando y farfullando. Tengo una botella entre las piernas y estoy me tiendo el sacachorchos. La señora Wren espera con la boca abierta. El vino me está salpicando en las piernas, el sol está salpicando a través del mirador, y dentro de las venas siento burbujear, y chapotear mil locuras que ahora empiezan a salir de mí a chorros y atropelladamente. Les estoy diciendo todo lo que se me ocurre, todo lo que estaba embotellado dentro de mí y que la risa fácil de la señora Wren ha liberado de algún modo. Con esa botella entre las piernas y el sol salpicando a través de la ventana vuelvo a experimentar el esplendor de aquella época miserable en que llegué a París por primera vez, cuando era un hombre perplejo e indigente que vagaba por las calles como un espectro en un banquete. Todo me viene a la memoria precipitadamente: los retretes que no funcionan, el príncipe que me lustraba los zapatos, el Cinema Splendide donde dormía sobre el abrigo del patrón, los barrotes de la ventana, la sensación de asfixia, las enormes cucarachas, las borracheras y juergas en los intervalos, Rose Cannaque y Nápoles agonizando a la luz del sol. Bailar por las calles con el estómago vacío y de vez en cuando visitar a gente extraña: Madame Delorme, por ejemplo. Ya no puedo imaginar cómo llegué a casa de Madame Delorme. Pero llegué, entré de algún modo, pasé por delante del mayordomo, por delante de la doncella con su delantalito blanco, me metí en el palacio con mis pantalones de pana y mi cazadora... y sin ningún botón en la bragueta. Incluso ahora puedo saborear de nuevo el ambiente dorado de aquella

habitación en que Madame Delorme estaba sentada en un trono con su traje de hombre, los peces de colores en las peceras, los mapas del mundo antiguo, los libros con bellas ilustraciones; vuelvo a sentir su mano en mi hombro, asustándome un poco con sus marcados ademanes de lesbiana. Era más cómodo abajo en aquella mezcolanza confusa que desembocaba en la Gare Saint-Lazare, las putas en los portales, botellas de agua de seltz en todas las mesas una espesa corriente de semen que inundaba los mesas; una de la calle. Entre las cinco y las siete no había nada mejor que verse empujado entre aquella multitud, que seguir una pierna o un busto hermoso, que avanzar con la corriente y todo dándote vueltas en el cerebro. Una clase extraña de alegría en aquella época. Sin citas, sin invitaciones a comer, sin programa, sin pasta. La época de oro, cuando no tenía ni un solo amigo. Cada mañana la triste caminata hasta el American Express, y cada mañana la inevitable respuesta del empleado. Correr de un lado para otro como un chinche, recoger colillas de vez en cuando, unas veces furtivamente, otras descaradamente; sentarme en un banco y apretarme las tripas para detener el mordisqueo, o pasear por el Jardín de las Tullerías y tener una erección al contemplar las estatuas desnudas. O vagar a la orilla del Sena de noche, caminar y caminar, enloquecer con su belleza, los árboles ladeados, las imágenes rotas en el agua, el ímpetu de la corriente bajo las luces sanguinolentas de los puentes, las mujeres durmiendo en los portales, durmiendo sobre periódicos, durmiendo bajo la lluvia; por todas partes los atrios mohosos de las catedrales y mendigos y piojos y viejas mujerucas presas del baile de San Vito; carretillas apiladas como barriles de vino en las calles laterales, el olor a fresas en el mercado y la vieja iglesia rodeada de vegetales y lámparas de arco azules, los arroyos de la calle resbaladizos a causa de las basuras y mujeres con escarpines de raso haciendo eses entre la inmundicia y las sabandijas después de toda una noche de parranda. La Place St. Sulpice, tan tranquila y desierta, donde hacia las doce llegaba todas las noches la mujer del paraguas reventado y el velo extravagante; todas las noches dormía allí en un banco bajo su paraguas desgarrado, con las varillas colgando, con su vestido que se iba volviendo verde, los dedos huesudos y el olor a podredumbre que exhalaba su cuerpo; y por la mañana me sentaba a descabezar un sueño tranquilamente bajo el sol, maldiciendo las condenadas palomas que recogían migas de pan por todos lados. ¡St. Sulpice! Los anchos campanarios, los llamativos carteles sobre la puerta, las velas ardiendo dentro. La plaza tan querida de Anatole France, con los monótonos zumbidos y susurros procedentes del altar, el chapoteo de la fuente, el arrullo de las palomas, las migas que desaparecían como por arte de magia y sólo un sordo gruñido en la cavidad de las tripas. Allí me sentaba día tras día pensando en Germaine y en aquella sucia callejuela, cerca de la Bastilla, donde vivía, y aquel cuchicheo continuo detrás del altar, los autobuses que pasaban zumbando, el sol que caía sobre el asfalto y el asfalto que nos penetraba a mí y a Germaine, sobre el asfalto y todo París en los enormes campanarios anchos.

Y era por la rue Bonaparte por donde tan sólo un año antes solíamos bajar paseando Mona y yo todas las noches, después de habernos despedido de Borowski. Entonces St. Sulpice no significaba gran cosa para mí, ni nada de París. Agotado de hablar. Harto de ver caras. Hasta la coronilla de catedrales y plazas y casas de fieras y qué sé yo. Coger un libro en el dormitorio rojo, e instalarme en la incómoda silla de mimbre; con el culo cansado de estar sentado todo el día, cansado del papel rojo de la pared, cansado de ver a tanta gente parloteando sin cesar sobre naderías. El dormitorio rojo y el baúl siempre abierto, sus vestidos por ahí tirados en un desorden delirante. El dormitorio rojo con mis chanclos y bastones, las libretas que nunca tocaba, los ma-nuscritos que yacían fríos y muertos. ¡París! Es decir, el Café Select, el Dôme, el Mercado de las Pulgas, el American Express. ¡París! Es decir, los bastones de Borowski, los sombreros de Borows*ki, los gouaches* de Borowski, el pez prehistórico de Borowski... y sus chistes prehistóricos. En aquel París del 28, sólo una noche resalta en mi memoria, la noche antes de zarpar para América. Una noche extraña, con Borowski ligeramente bebido y algo disgustado conmigo porque estaba bailando con todas las furcias del lugar. Pero, ¡nos vamos por la mañana! Eso es lo que digo a todas las tías que

engancho: !Nos vamos por la *mañana! Eso* es lo que estoy diciendo a la rubia de ojos de color de ágata. Y, mientras se lo estoy diciendo, me coge la mano y se la mete entre las piernas. En el retrete, me paro ante la taza con una erección tremenda; parece ligera y pesada al mismo tiempo, como un trozo de plomo con alas. I', mientras estoy así, entran aparatosamente dos tías: americanas. Las saludo cordialmente, con la picha en la mano. Me guiñan un ojo y pasan de largo. En el vestíbulo, mientras me abrocho la bragueta, advierto que una de ellas está esperando a que su amiga salga del retrete. Sigue sonando la música y quizá venga Mona a buscarme, o Borowski con su bastón de puño de oro, pero ya estoy en los brazos de la tía, que me tiene cogido, y no me importa quién venga ni lo que ocurra. Nos metemos en el retrete retorciéndonos y allí la sujeto de pie, la arrojo contra la pared, e intento metérsela, pero no hay manera, así que nos sentamos en la taza y lo intentamos, pero tampoco hay nada que hacer. Por mucho que lo intentemos, no sale. Y, durante todo el tiempo, ella me ha cogido la picha y la está agarrando como un salvavidas, pero es inútil, estamos demasiado calientes, demasiado ansiosos. La música sigue sonando, así que salimos del retrete al vestíbulo de nuevo y, mientras estamos bailando ahí en el cagadero, me corro encima de su bonito vestido y ella se pone hecha una fiera. Vuelvo tambaleándome a la mesa y allí están Borowski con su rostro rubicundo y Mona con su mirada de desaprobación. Y Borowski dice: «Vámonos todos mañana a Bruselas», y asentimos, y cuando regresamos al hotel, vomito por todas partes, en la cama, en el lavabo, encima de los trajes y los vestidos y los chanclos y los bastones y las libretas que nunca tocaba y los manuscritos fríos y muertos.

Unos meses después. El mismo hotel, la misma habitación. Nos asomamos al patio donde están aparcadas las bicicletas, y ahí arriba, bajo el ático, está el cuartito en que un joven sabihondo tenía puesto el fonógrafo todo el santo día y repetía frases agudas a pleno pulmón. Hablo en plural, pero me estoy anticipando, porque Mona ha estado mucho tiempo ausente y es hoy precisamente cuando voy a ir a esperarla a la Gare St. Lazare. Al anochecer me encuentro allí con la cara metida entre los barrotes, pero Mona no aparece, y leo una y mil veces el telegrama, pero no sirve de nada. Vuelvo al Quartier y, .orno si no hubiera pasado nada, me doy una comilona. Un poco después, paseando por el Dôme, veo de repente una cara pálida y triste y unos ojos ardientes... y el trajecito de terciopelo que siempre he adorado, porque bajo el suave terciopelo siempre estaban sus cálidos senos, las piernas marmóreas, frescas, firmes, musculosas. Se levanta de entre un mar de caras y me abraza, me abraza apasionadamente: mil ojos, narices, dedos, piernas, botellas, ventanas, monederos, platos nos miran airados y nosotros abrazados y olvidados del mundo... Me siento a su lado, y ella habla: un diluvio de palabras. Comentarios desordenados y febriles de histeria, perversión, lepra. No escucho ni una palabra, porque es bella y la amo y ahora me siento feliz y dispuesto a morir.

Bajamos caminando por la rue du Château, buscando a Eugéne. Pasamos por el puente del ferrocarril donde solía yo mirar los trenes salir

y sentirme enfermo por dentro mientras me preguntaba dónde demonios podía estar ella. Todo suave y encantador cuando atravesamos el puente. Humo que nos sube por las piernas, raíles que chirrían, semáforos en nuestra sangre. Siento su cuerpo cerca del mío - mío y sólo mío ahora- y me detengo a pasar las manos por el cálido terciopelo. Todo lo que nos rodea está des- moronándose, desmoronándose, y el ardiente cuerpo bajo el cálido terciopelo se muere de deseo por mí...

De nuevo en la misma habitación y cincuenta francos sobrantes, gracias a Eugéne. Me asomo al patio, pero el fonógrafo calla. El baúl está abierto y sus cosas tiradas por todas partes como antes. Está acostada en la cama con la ropa puesta. Una, dos, tres, cuatro veces... temo que se vuelva loca... En la cama, bajo las sábanas, ¡qué placer sentir su cuerpo de nuevo! Pero ¿por cuánto tiempo? ¿Durará esta vez? Ya tengo el presentimiento de que no.

Librodot

Me habla febrilmente... como si no fuese a haber mañana. «¡Calla, Mona! Mírame solamente... *¡no hables!»* Por fin, se queda dormida y retiro el brazo de debajo de ella. Se me cierran los ojos. Su cuerpo está ahí, a mi lado... va a estar ahí hasta mañana, sin duda alguna: Fue en febrero cuando zarpé del puerto, con una ventisca cegadora. La última visión que tuve de ella fue en la ventana diciéndome adiós con la mano. Un hombre parado al otro lado de la calle, en la esquina, con el sombrero calado sobre los ojos, con la boca hundida entre las solapas. Un feto mirándome. Un feto con un puro en la boca. Mona en la ventana diciéndome adiós. Rostro blanco y triste, con los cabellos ondeando desordenados. Y ahora es un dormitorio triste, su respiración acompasada por la boca, savia que le rezuma todavía entre las piernas, un olor cálido y felino y su cabello en mi boca. Tengo los ojos cerrados. Respiramos nuestro cálido aliento uno en la boca del otro. Muy juntos, América a cinco mil kilómetros de distancia. No quiero volver a verla nunca. Tenerla aquí en la cama conmigo, respirándome en la piel, con su cabello en mi boca... lo considero como una especie de milagro. Ahora nada puede ocurrir hasta mañana...

Despierto de un sueño profundo para mirarla. Una pálida luz se filtra en la habitación. Contemplo su bella melena en desorden. Siento que algo me baja corriendo por el cuello. Vuelvo a mirarla, detenidamente. Tiene la cabellera llena. Levanto la sábana: hay más. Pululan por la almohada.

Es un poco después del amanecer. Hacemos las maletas a toda prisa y salimos a hurtadillas del hotel. Los cafés están todavía cerrados. Vamos caminando y rascándonos al mismo tiempo. Nace el día con blancura lechosa, estrías de cielo rosa salmón, caracoles que abandonan sus conchas. París. París. Todo puede suceder aquí. Viejos muros decrépitos y el agradable sonido del agua que corre en los urinarios. Hombres que se lamen los bigotes en el bar. Persianas que se alzan con estrépito e hilillos de agua que susurran en los arroyos de la calle. *Amer Picon* en enormes letreros escarlatas. *Zigzag.* ¿Qué camino tomar y por qué o dónde o qué?

Mona tiene hambre. Lleva un vestido fino. Sólo mantones de noche, frascos de perfume, pendientes extravagantes, brazaletes, depilatorios. Nos sentamos en una sala de billar en la Avenue de Maine y pedimos un café. El retrete no funciona. Vamos a tener que esperar sentados un rato antes de poder ir al otro hotel. Mientras tanto, nos quitamos mutuamente las chinches de la cabeza. Nerviosos. Mona está perdiendo la calma. Necesita un baño. Necesita esto. Necesita lo otro. Necesita, necesita, necesita...

-¿Cuánto dinero te queda?

¡Dinero! Lo había olvidado completamente. Hótel des Etats-Unis. Un *ascenseur. Nos* metemos en la cama en pleno día. Cuando nos levantamos, es de noche, y lo primero que hay que hacer es conseguir pasta suficiente para enviar un telegrama a América. Un telegrama al feto, el que llevaba el largo y sabroso puro en la boca. Mientras tanto, nos queda el recurso de la española del Boulevard Raspail: siempre tiene a punto una comida caliente. Mañana por la mañana, algo sucederá. Por lo menos vamos a acostarnos juntos. Ahora ya no hay chinches. Ha empezado la estación de las lluvias. Las sábanas están inmaculadas...

Una vida nueva se abre para mí en la Villa Borghese. Sólo son las diez y ya hemos desayunado y hemos ido a dar un paseo. Ahora tenemos aquí con nosotros a una tal Elsa. «Andate con cuidado por unos días», me advierte Boris.

El día comienza magníficamente: un cielo luminoso, un viento fresco, las casas recién lavadas. Camino de Correos, Boris y yo hablamos del libro. *El último libro...* que va a escribirse anónimamente.

Comienza un nuevo día. Lo he sentido esta mañana, mientras contemplábamos una de las resplandecientes telas de Dufresne, una especie de *déjeuner intime* en el siglo *XIII, sans vin. Un* desnudo magnífico, carnal, sólido, vibrante, rosado como una uña, con olas de carne reluciente, todas las características secundarias, y algunas de las primarias. Un cuerpo que canta, que tiene la humedad de la aurora. Una naturaleza muerta, sólo que nada está inmóvil, nada está muerto en ella. La mesa cruje cargada de comida; es tan pesada, que está deslizándose fuera del marco. Una comida del siglo XIII: con todas las notas, todos los rasgos de la jungla que el autor ha recordado tan bien. Una familia de gacelas y cebras mordisqueando las hojas de las palmeras.

Y ahora tenemos a Elsa. Esta mañana ha estado tocando para nosotros, mientras estábamos en la cama. *Anda con cuidado por unos días...* ¡Bien! Elsa es la criada y yo soy el huésped. Y Boris es el pez gordo. Se inicia un nuevo drama. Me río para mis adentros, mientras escribo esto. Ese lince de Boris sabe lo que va a ocurrir. Tiene olfato también para estas cosas. *Anda con cuidado...*

Boris está en ascuas. Ahora, en cualquier momento su mujer puede aparecer en escena. Debe de pesar más de ochenta kilos su mujer. Y Boris es un simple renacuajo. Ahí tenéis la situación. Por la noche, de vuelta a casa, intenta explicármela. Es tan trágica y tan ridícula al mismo tiempo, que me veo obligado a detenerme de vez en cuando y a reírme en sus narices. «¿Por qué te ríes así?», dice dulcemente, y después se echa a reír él también, con ese tono plañidero e histérico de su voz, como un pobre desgraciado que advierte de repente que, por muchas levitas que se ponga, nunca será un hombre. Quiere escapar, adoptar otro nombre. «Que se quede con todo, esa vaca, con tal de que me deje en paz», gime. Pero primero hay que alquilar el piso, y hay que firmar las escrituras y mil detalles más para los que la levita le resultará útil. Pero, ¡el tamaño de ella!... eso es lo que le atormenta verdaderamente-te. Si, al llegar, nos la encontráramos de repente en la puerta, se desmayaría... ¡Para que veáis cómo la respeta!

Y, por eso, tenemos que andar con pies de plomo por algún tiempo. Elsa está aquí sólo para preparar el desayuno... y para enseñar el piso.

Pero Elsa ya está acabando con mi paciencia. Ese carácter alemán. Esas canciones melancólicas. Al bajar la escalera esta mañana, con el olor de café recién hecho en la nariz, iba tarareando bajito: «Es *wär so schón gewesen.»* Eso para el desayuno. Y dentro de poco el muchacho inglés del piso de arriba con su Bach. Como dice Elsa: «Necesita una mujer.» Y Elsa necesita algo también. Lo noto. No he dicho nada a Boris, pero, mientras él estaba lavándose los dientes esta mañana, Elsa me ha contado infinidad de historias sobre Berlín, sobre las mujeres que parecen tan atractivas por detrás, y cuando se vuelven... *¡atiza, sífilis!*

Me parece que Elsa me mira con bastante deseo. Algo que ha sobrado de la mesa del desayuno. Esta tarde estábamos escribiendo, dándonos la espalda, en el estudio. Ella había empezado una carta para su amante, que está en Italia. La máquina se ha atascado. Boris había ido a ver una habitación barata que va a coger, en cuanto quede alquilado el piso. No quedaba más remedio que hacer el amor a Elsa. Ella lo deseaba. Y, sin embargo, he sentido un poco de pena por ella. Sólo había escrito el primer renglón para su amante: lo he leído por el rabillo del ojo, al inclinarme sobre ella. Pero no había manera de evitarlo. Esa maldita música alemana, tan melancólica, tan sentimental. Ha podido conmigo. Y, además, sus ojitos como perlas, tan ardientes y tristes a la vez.

Después de acabar, le he pedido que tocara algo para mí. Es una gran intérprete, Elsa, a pesar de que sonaba como ollas rotas y cráneos entrechocándose. Además, lloraba mientras tocaba. No se lo reprocho. En todas partes lo mismo, dice. En todas partes un hombre, y luego tiene que irse y después un aborto y luego un nuevo empleo y después otro hombre y a nadie le importa ella tres cojones salvo para usarla. Todo eso después de haber tocado Schumann para mí... Schumann, ¡ese chorra alemán sensiblero y sentimental! En cierto modo, me da una pena tremenda y, sin embargo, me importa un bledo. Una tía que sabe

tocar como ella debería tener más juicio y no dejarse camelar por cualquier tipo con picha grande que se cruce por su camino. Pero ese Schumann se me mete en la sangre. Elsa está lloriqueando todavía; pero mi mente está muy lejos. Estoy pensando en Tania y en cómo toca su adagio a zarpazos. Estoy pensando en muchas cosas que están muertas y enterradas. Pienso en una tarde de verano en Greenpoint, cuando los alemanes atravesaban Bélgica al galope y todavía no habíamos perdido bastante dinero como para preocuparnos por la violación de un país neutral. Una época en que todavía éramos suficientemente inocentes como para escuchar a los poetas y sentarnos alrededor de una mesa al atardecer para invocar a los espíritus de los muertos. Toda aquella tarde, la atmósfera está saturada de música alemana; todo el vecindario es alemán, más alemán que Alemania. Nos hemos criado con Schumann y Hugo Wolf y *sauerkraut y kümmel* y buñuelos de patata. Al atardecer, estamos sentados alrededor de una gran mesa con los visillos echados y una muchacha idiota y monstruosa está dando golpecitos para llamar a Jesucristo. Nos damos la mano por debajo de la mesa y la dama que está a mi lado me ha metido dos dedos en la bragueta. Y, al final, nos tumbamos en el suelo, detrás del piano, mientras alguien canta una canción triste. La atmósfera es asfixiante y su aliento apesta a alcohol. El pedal está subiendo y bajando rígida, automáticamente, un movimiento absurdo, fútil, como una torre de estiércol que tarda veintisiete años en formarse, pero sigue el compás perfectamente. La subo sobre mí y las cuerdas me resuenan en los oídos; la habitación está oscura y la alfombra está pegajosa con el *kümmel* que se ha derramado por todas partes. De repente, parece como si se acercara la aurora: es como agua arremolinándose sobre el hielo y el hielo está azul con una bruma que se alza, glaciares hundidos en verde esmeralda, gamuza y antílope, meros dorados, morsas retozando y el ambarino lucio saltando sobre el círculo ártico...

Elsa está sentada en mis rodillas. Sus ojos son como ombligos diminutos. Miro su enorme boca, tan húmeda y brillante, y la cubro con la mía. Ahora está tarareando... «Es *wär' so schön gewesen... »* Ah, Elsa, tú no sabes todavía lo que eso significa para mí, tu *Trompeter von Säckingen.* Sociedades corales alemanas, Schwaben Hall, el Turnverein... *links um, rechts um...* y después un azote en el culo con el extremo de una cuerda.

¡Ah, los alemanes! Te llevan por todas partes como un autobús. Te producen indigestión. No se puede visitar en una misma noche el depósito de cadáveres, la enfermería, el zoo, los signos del zodíaco, los limbos de la filosofía, las cavernas de la epistemología, los arcanos de Freud y Stekel... en el tiovivo no se llega a ningún sitio, mientras que con los alemanes se puede ir de Vega a Lope de Vega, en una noche, y acabar tan chiflado como Parsifal.

Como digo, el día ha empezado magníficamente. Hasta esta mañana no he vuelto a tener conciencia de este París físico que hacía semanas que no advertía. Quizá sea porque el libro ha empezado a crecer dentro de mí. Lo llevo conmigo por todas partes. Camino por las calles con este hijo en mis entrañas y los polis me acompañan para cruzar la calle. Las mujeres se levantan para ofrecerme sus asientos. Ya nadie me empuja con rudeza. Estoy encinta. Ando como un pato, con mi enorme vientre apretado contra el peso del mundo.

Esta mañana, camino de Correos, hemos dado al libro su imprimátur final. Hemos elaborado una nueva cosmogonía de la literatura, Boris v yo. Será una nueva Biblia: El último *libro. To*dos los que tengan algo que decir lo dirán aquí... *anónimamente.* Vamos a agotar el siglo. Después de nosotros, ningún otro libro... durante una generación, por lo menos. Hasta ahora habíamos estado cavando en la oscuridad, sin otra guía que el instinto. Ahora vamos a disponer de un recipiente en que verter el fluido vital, una bomba que, cuando la arrojemos, hará estallar el mundo. Vamos a poner en él material suficiente para ofrecer a los escritores del mañana sus argumentos, sus dramas, sus poemas, sus mitos, sus ciencias. El mundo va a poder alimentarse con él durante miles de años. Es colosal por su pretenciosidad. Sólo de pensarlo me siento casi aniquilado.

Durante cien años o más, el mundo, *nuestro* mundo, ha estado muriendo. Y, en estos cien últimos años aproximadamente, ningún hombre ha sido lo bastante loco como para meter una bomba por el ojo del culo a la creación y hacerla saltar por los aires. El mundo está pudriéndose, muriendo poco a poco. Pero necesita el coup *de grâce,* necesita saltar en pedazos. Ninguno de nosotros está intacto, y, sin embargo, tenemos en nuestro interior todos los continentes y los mares que separan los continentes y las aves del aire. Vamos a consignar la evolución de este mundo que ha muerto, pero que no ha recibido sepultura. Estamos nadando en la superficie del tiempo y todo lo demás ha naufragado, está naufragando, va a naufragar. Será enorme, el Libro. Habrá océanos de espacio en que moverse, transitar, cantar, bailar, trepar, bañarse, dar saltos mortales, gemir, volar, asesinar. Una catedral, una auténtica catedral en cuya construcción participará todo aquel que haya perdido su identidad. Habrá misas por los muertos, oraciones, confesiones, himnos, un lamento y una cháchara, una especie de indiferencia criminal; habrá ventanas rosadas y gárgolas y acólitos y portaféretros. Podéis traer vuestros caballos y galopar por los pasadizos. Podéis daros de cabeza contra los muros: no cederán. Podéis rezar en cualquier lugar que escojáis, o podéis acurrucaros afuera e iros a dormir. Durará mil años, por lo menos, esa catedral, y no habrá réplica, pues los constructores habrán muerto y la fórmula también. Mandaremos hacer tarjetas postales y organizaremos excursiones. Construiremos una ciudad en torno a ella y estableceremos una comunidad libre. No necesitamos genio: el genio ha muerto. Necesitamos manos fuertes, para los espíritus que deseen entregar el alma y encarnarse...

El día va avanzando a buen paso. Estoy arriba, en el balcón de la casa de Tania. El drama continúa abajo, en el salón. El dramaturgo está enfermo y desde arriba su cráneo desnudo parece más escabroso que nunca. Su cabello es de paja. Sus ideas son de paja. También su esposa es de paja, aunque todavía un poco húmeda. Toda la casa está hecha de paja. Aquí estoy en el balcón, esperando a que llegue Boris. Mi último problema -*el desayuno*- ha desaparecido. He simplificado todo. En caso de que se presenten nuevos problemas, puedo llevarlos en mi mochila, junto con mí ropa sucia. Estoy despilfarrando todo mi dinero. ¿Qué necesidad tengo de dinero? Soy una máquina de escribir. Se ha apretado el último tornillo. La cosa fluye. Entre la máquina y yo no hay separación. Yo soy la máquina...

Todavía no me han dicho de qué trata el nuevo drama, pero lo intuyo. Están intentando librarse de mí. No obstante, aquí estoy para la cena, incluso un poco antes de lo que esperaban. Les he dicho dónde deben sentarse, lo que deben hacer. Les pregunto cortésmente si no les molestaré, pero lo que quiero decir en realidad, y ellos lo saben, es: ¿no *me molestaréis vosotros? No,* benditas cucarachas, no me molestáis. Me estáis *alimentando. Os* veo ahí sentados juntos y sé que os separa un abismo. Vuestra cercanía es la cercanía de los planetas. Yo soy el vacío entre vosotros. Si me retiro, no tendréis vacío en el que poder moveros.

Tania está de mal humor: lo noto. Le ofende verme absorbido por algo que no sea ella. Sabe, por el propio grado de mi agitación, que su valor ha quedado reducido a cero. Sabe que no he venido esta noche a fertilizarla. Sabe que dentro de mí está germinando algo que la destruirá. Tarda en comprender, pero lo está advirtiendo...

Sylvester parece más contento. Esta noche la abrazará en la mesa. Incluso ahora está leyendo mi manuscrito, preparándose para inflamar mi yo, para enfrentar mi yo contra el de ella.

Va a ser una reunión extraña la de esta noche. Están preparando el escenario. Oigo el tintinear de los vasos. Están sacando el vino. Se beberán buenos lingotazos y Sylvester, que está enfermo, se pondrá bueno.

Fue apenas anoche, en casa de Cronstadt, cuando proyectamos esta reunión. Decretamos que las mujeres debían sufrir, que entre bastidores debía haber más terror y violencia, más desastres, más sufrimiento, más dolor y miseria. No es la casualidad lo que impulsa a gente como nosotros hasta París. París es simplemente un escenario artificial, un escenario giratorio

que permite al espectador contemplar todas las fases del conflicto. Por sí mismo, París no inicia dramas. Se inician en otro lugar. París es simplemente un instrumento obstétrico que arranca el embrión vivo de la matriz y lo coloca en la incubadora. París es la cuna de los nacimientos artificiales. Cada cual, meciéndose aquí en la cuna, vuelve a su tierra: sueña uno que vuelve a Berlín, Nueva York, Chicago, Viena, Minsk. Viena nunca es más Viena que en París. Todo se alza hasta la apoteosis. La cuna entrega a sus niños y otros ocupan sus lugares. Aquí se puede leer en las paredes dónde vivieron Zola y Balzac y Dante y Strindberg y todos los que alguna vez fueron algo. Todo el mundo ha vivido aquí en un momento o en otro. Nadie *muere* aquí...

Abajo están hablando. Su lenguaje es simbólico. La palabra «lucha» forma parte de él. Sylvester, el dramaturgo enfermo, está diciendo: «Estoy leyendo el *Manifiesto.» Y* Tania dice: «¿De quién?» Sí, Tania, te he oído. Estoy aquí arriba escribiendo sobre ti y lo adivinas perfectamente. *Habla más,* para que pueda anotar tus palabras. Pues, cuando vayamos a la mesa, no voy a poder tomar notas... De repente, Tania observa: «En esta casa falta un vestíbulo permanente.» Ahora bien, ¿qué significa eso, en caso de que signifique algo?

Ahora están colgando cuadros. También eso es para impresionarme. Quieren decir: ¿Ves? Aquí estamos en casa, haciendo vida conyugal. Poniendo atractivo el hogar. Incluso discutiremos un poco sobre los cuadros, por consideración hacia *ti. Y* Tania vuelve a observar: «¡Cómo engaña la vista!» ¡Ah, Tania, qué cosas dices! Anda, continúa esa farsa un poco más. Estoy aquí para zamparme la cena que me prometisteis; me gusta esta comedia tremendamente. Y ahora Sylvester lleva la voz cantante. Está intentado explicar uno de los *gouaches* de Borowski: «Ven aquí. ¿Ves? Uno de ellos toca la guitarra; el otro tiene una muchacha sobre las rodillas.» Cierto, Sylvester. Muy cierto. ¡Borowski y sus guitarras! ¡Las muchachas en sus rodillas! Sólo que nunca sabe uno a ciencia cierta qué es lo que tiene en las rodillas ni si se trata realmente de un hombre que toca la guitarra...

Pronto entrarán Moldorf trotando a gatas y Boris con esa débil risita suya. Habrá un faisán dorado para cenar y anjou y puros gruesos y cortos. Y Cronstadt, cuando se entere de las últimas noticias, vivirá un poco más intensamente, y más brillantemente, durante cinco minutos; y después volverá a sumirse en el humus de su ideología y quizá nazca un poema, un poema como una enorme campana de oro sin badajo.

He tenido que dejar de escribir por una hora más o menos. Otro cliente que ha venido a ver el piso. En el piso de arriba, el maldito inglés está practicando su Bach. Ahora, cuando viene alguien a ver el piso, no queda más remedio que correr escaleras arriba y pedir al pianista que deje de tocar por un rato.

Elsa está telefoneando al verdulero. El fontanero está poniendo un nuevo asiento en la taza del retrete. Siempre que suena el timbre, Boris pierde la serenidad. Con la agitación se le han caído las gafas; está a gatas, arrastrando la levita por el suelo. Es un poco como el *Grand Guignol:* el poeta que se muere de hambre viene a dar clases a la hija del carnicero. Cada vez que suena el timbre, se le hace la boca agua al poeta. Mallarmé suena como un filete de solomillo, Victor Hugo como f*oie de veau.* Elsa está encargando una comida deliciosa para Boris: «Una buena chuletita de cerdo jugosa», dice. Veo toda una serie de jamones rosados que reposan fríos sobre el mármol, jamones maravillosos cubiertos de grasa blanca. Tengo un hambre terrible, a pesar de que hace sólo unos minutos que hemos desayunado: tendré que saltarme el almuerzo. Sólo almuerzo los miércoles, gracias a Borowski. Elsa está telefoneando todavía: había olvidado encargar una loncha de tocino. «Sí, una buena lonchita de tocino, no demasiado gruesa», dice... *Zut alors!* ¡Añade unas mollejas, añade unas criadillas y psss... unas almejas! Añade un poco de *liverwurst* frito, ya que estás; podría zamparme los mil quinientos dramas de Lope de Vega de una sentada.

Es una mujer bella la que ha venido a ver el piso. Una americana, naturalmente. Me quedo en la ventana dándole la espalda y mirando a un gorrión que picotea una cagarruta fresca. Es asombroso lo fácil que le resulta al gorrión alimentarse. Está lloviendo un poco y

las gotas son muy grandes. Yo pensaba que un pájaro no podía volar, si se le mojaban las alas. Es asombroso cómo llegan a París esas damas ricas y encuentran todos los estudios cojonudos. Poco talento y una cartera repleta. Si llueve, tienen una oportunidad de exhibir sus impermeables nuevecitos. La comida no es nada: a veces están tan ocupadas callejeando, que no tienen tiempo de almorzar. Simplemente un bocadillo, un barquillo, en el Café de la Paix o en el bar del Ritz. «Reservado para las hijas de gente bien»: ésa es la divisa del antiguo estudio de Puvis de Chavannes. Por casualidad pasé por allí el otro día. Gachís norteamericanas ricas con cajas de pintura colgadas de los hombros. Poco talento y una cartera repleta.

El gorrión está saltando frenéticamente de un adoquín a otro. Esfuerzos verdaderamente hercúleos, si te detienes a examinarlo minuciosamente. Por todos lados hay comida esparcida: me refiero a los arroyos de la calle. La bella americana pregunta por el servicio. ¡El servicio! ¡Permítame mostrárselo, gacela de hocico aterciopelado! ¿El servicio, dice usted? *Par ici, madame. N'oubliez pas que les places numérotées sont réservées aux mutilés de la guerre.*

Boris se frota las manos: está dando los últimos toques al trato. Los perros están ladrando en el patio; ladran como lobos. En el piso de arriba, la señora Melverness está cambiando los muebles de sitio. No ha tenido nada que hacer en todo el día, está aburrida; si encuentra una pizca de suciedad en cualquier sitio, limpia la casa entera. Hay un racimo de uvas verdes sobre la mesa y una botella de vino: *vin de choix,* diez grados. «Sí -dice Boris-. Podría hacer un lavabo para usted; acérquese, por favor. Sí, esto es el retrete. Naturalmente, hay otro en el piso de arriba. Sí, mil francos al mes. ¿Dice usted que no le gusta demasiado Utrillo? No, éste es. Lo único que necesita es una nueva arandela... »

Dentro de un momento se irá. Esta vez Boris ni siquiera me ha presentado. ¡Será hijoputa! Siempre que se trata de una tía rica, se olvida de presentarme. Dentro de unos minutos podré sentarme de nuevo a escribir. No sé por qué, pero hoy ya no tengo ganas de seguir. Estoy perdiendo el ánimo. Ella puede volver dentro de una hora o cosa así y quitarme la silla de debajo del culo. ¿Cómo diablos va a escribir uno, cuando no sabe dónde va a sentarse al cabo de media hora? Si esa tía rica se queda con el piso, no voy a tener ni un sitio para dormir. Cuando estás en semejante aprieto, es difícil saber qué es peor: si no tener un sitio para dormir o no tener un lugar para trabajar. Se puede dormir casi en cualquier parte, pero hay que tener un lugar para trabajar. Aun cuando lo que estés haciendo no sea una obra maestra. Hasta una novela mala requiere una silla en que sentarse y un poco de aislamiento. Esas tías ricas nunca piensan en una cosa así. Siempre que quieren reclinar sus blandos traseros, encuentran una silla a punto...

Anoche dejamos a Sylvester y a su Dios sentados juntos frente al hogar. Sylvester en pijama, Moldorf con un puro en los labios. Sylvester está pelando una naranja. Coloca la cáscara sobre el forro del sofá. Moldorf se arrima más a él. Le pide permiso para leer otra vez esa brillante parodia, Las *puertas del cielo.* Estamos preparándonos para irnos, Boris y yo. Estamos demasiado alegres para esa atmósfera de cuarto de enfermo. Tania se viene con nosotros. Está alegre porque va a escapar. Boris está alegre porque el Dios que había en Moldorf ha muerto. Yo estoy alegre porque vamos a representar otro acto.

La voz de Moldorf es reverente. «¿Puedo quedarme contigo, Sylvester, hasta que te acuestes?» Ha estado con él los seis últimos días, comprando medicinas, haciendo recados para Tania, confortando, consolando, guardando las entradas contra los intrusos malévolos como Boris y sus tunantes. Es como un salvaje que haya descubierto su ídolo mutilado durante la noche. Ahí está sentado, a los pies del ídolo, con el fruto del árbol del pan y grasa y oraciones en jerigonza. Su voz sale melosa. Sus miembros ya están paralizados.

A Tania le habla como si fuera una sacerdotisa que hubiera quebrantado sus votos. «Has de volverte digna de él. Sylvester es tu Dios.» Y mientras Sylvester está arriba sufriendo (tiene un silbido en el pecho), el sacerdote y la sacerdotisa devoran la comida. «Te estás

corrompiendo», le dice, con los labios chorreando salsa. Es capaz de comer y sufrir a la vez. Al tiempo que repele a los individuos peligrosos, tiende la zarpa pequeña y gruesa y acaricia el pelo a Tania. «Estoy empezando a enamorarme de ti. Eres como mi Fanny.»

En otros sentidos ha sido un día magnífico para Moldorf. Ha llegado una carta de América. Moe ha sacado sobresaliente en todo. Murray está aprendiendo a montar en bicicleta. Han arreglado la gramola. Por la expresión de su cara, se ve que había otras cosas en la carta, además de calificaciones escolares y velocípedos. No cabe la menor duda, porque esta tarde se ha gastado 325 francos en joyas para su Fanny. Además, le ha escrito una carta de veinte hojas. El *garçon* le ha llevado una hoja tras otra, le ha llenado la estilográfica, le ha servido el café y puros, le ha abanicado un poco cuando sudaba, ha limpiado las migas de la mesa, le ha encendido el puro cuando se le apagaba, le ha comprado sellos, ha estado pendiente de él, ha hecho piruetas, le ha hecho reverencias... y casi se ha roto el espinazo. La propina ha sido jugosa. Mayor y más jugosa que un Corona Corona. Es probable que Moldorf lo haya citado en su diario. Lo ha hecho por Fanny. La pulsera y los pendientes bien valían hasta la última moneda que se ha gastado. Mejor gastarlo para Fanny que dilapidarlo con putillas como Germaine y Odette. Sí, así se lo ha dicho a Tania. Le ha enseñado su baúl. Está abarrotado de regalos: para Fanny, y para Moe y Murray.

-Mi Fanny es la mujer más inteligente del mundo. He estado examinándola y examinándola para encontrarle un defecto..., pero no tiene ninguno.

-Es perfecta. Te voy a decir lo que sabe hacer. Juega al *bridge* como un tahúr; le interesa el sionismo; le das un sombrero viejo y verás lo que puede hacer con él. Un fruncido por aquí, una cinta por allá, y voilá *quelque chose de beau!* ¿Sabes cuál es la felicidad perfecta? Sentarse junto a Fanny, cuando Moe y Murray se han ido a la cama, y oír la radio. Se queda sentada tan tranquila. Con sólo verla, me siento recompensado por todas mis luchas y pesares. Sabe escuchar con inteligencia. Cuando pienso en vuestro hediondo Montparnasse, y luego en mis veladas de Bay Ridge con Fanny después de una buena cena, te aseguro que no hay punto de comparación. Una cosa sencilla como la comida, los niños, las luces indirectas, y Fanny allí sentada, un poco cansada, pero alegre, satisfecha, atiborrada de pan... sencillamente pasamos horas sentados sin decir una palabra. ¡Eso es la felicidad!

-Hoy me ha escrito una carta... no una de esas insulsas cartas llenas de información. Me escribe con el corazón, en un lenguaje que hasta mi pequeño Murray podría entender. Fanny es delicada en todo. Dice que los niños deben seguir los estudios, pero le preocupan los gastos. Costará mil dólares enviar al pequeño Murray a la escuela. Desde luego, Moe obtendrá una beca. Pero el pequeño Murray, ese pequeño genio, Murray, ¿qué vamos a hacer con él? He escrito a Fanny que no se preocupe. Envía a Murray a la escuela, le... ¿Qué son otros mil dólares? Este año voy a ganar más dinero que nunca. Lo haré por el pequeño Murray..., porque es un genio, ese chaval.

Me gustaría estar allí, cuando Fanny abra el baúl. «Mira, Fanny, esto es lo que compré en Budapest a un viejo judío... Esto es lo que llevan en Bulgaria: es pura lana... Esto perteneció al duque de tal y cual... no, no le des cuerda, ponlo al sol... Esto, Fanny, es lo que quiero que te pongas cuando vayamos a la Opera... póntelo con esa peineta que te he enseñado... Y esto, Fanny, es algo que eligió Tania... es de tu tipo... »

Y Fanny está sentada ahí, en el sofá, como si estuviera en la oleografía enteramente, con Moe a un lado y el pequeño Murray, Murray el genio, al otro. Sus gruesas piernas son un poco cortas para llegar al suelo. Sus ojos tienen un brillo apagado de permanganato. Senos como lombardas; se mueven un poco, cuando se inclina hacia adelante. Pero lo triste del caso es que se ha quedado sin jugo. Está sentada ahí como una batería descargada; tiene la cara desviada... necesita un poco de animación, un chorro repentino de jugo que la vuelva a enfocar. Moldorf está brincando frente a ella como un sapo enorme. Su carne se estremece. Resbala y le resulta difícil girarse rodando sobre el vientre. Ella lo aguijonea con los gruesos dedos de los pies. A él los oios se le salen un poco más de las órbitas. «Dame otra patada, Fanny, ha estado muy bien.» Esta vez ella le da un buen aguijonazo: le deja una hendidura permanente en la panza.

Librodot

Tiene la cara junto a la alfombra; los mofletes están sacudiendo ligeramente el pelillo de la alfombra. Se anima un poco, revolotea, salta de un mueble a otro. «Fanny, ¡eres maravillosa!» Ahora está sentado sobre su hombro. Le da un mordisquito en la oreja, en la puntita del lóbulo, donde no duele. Pero ella está todavía muerta: batería descargada y seca. El se deja caer sobre el regazo de ella y se queda así estremeciéndose como un dolor de muelas. Ahora él está caliente, pero no puede. La barriga le brilla como un zapato de charol. En las cuencas de los ojos tiene un par de botones de chaleco de fantasía. «Desabróchame los ojos, Fanny, ¡quiero verte mejor!» Fanny lo lleva a la cama y le vierte un poco de cera caliente en los ojos. Le pone anillos alrededor del ombligo y le mete un termómetro por el culo. Lo acomoda y él vuelve a estremecerse. De repente, ha empequeñecido, ha encogido hasta perderse de vista completamente. Ella lo busca por todas partes, en sus intestinos, por doquier. Algo le hace cosquillas: no sabe dónde exactamente. La cama está llena de sapos v botones de chaleco de fantasía. «Fanny, ¿dónde estás?» Algo le está haciendo cosquillas: no sabría decir dónde. Los botones están cayendo de la cama. Los sapos están subiendo por las paredes. Sigue y sigue el cosquilleo. «Fanny, ¡quítame la cera de los ojos! ¡Quiero mirarte! » Pero Fanny está riendo, se troncha de risa. Hay algo dentro de ella que le hace cosquillas sin parar. Se va a morir de risa, como no lo encuentre. «Fanny, el baúl está lleno de cosas bonitas. Fanny, ¿me oyes?» Fanny se ríe y se ríe como un gusano gordo. Se le ha hinchado el vientre con la risa. Las piernas se le están amoratando. «Dios mío, Morris,, algo me está haciendo cosquillas... ¡No lo puedo remediar!»

Domingo! He salido de la Villa Borghese un poco antes del mediodía, justo cuando Boris se disponía a sentarse para comer. Me he marchado por delicadeza, porque a Boris le duele de verdad verme sentado ahí, en el estudio, con el estómago vacío. Por qué no me invita a comer es algo que no sé. Dice que carece de medios, pero eso no es excusa. De todos modos, soy discreto al respecto. Si le duele comer solo delante de mí, probablemente le dolería más compartir su comida conmigo. No soy quién para curiosear en sus asuntos secretos.

He ido a ver a los Cronstadt y también estaban comiendo. Un pollo con arroz. He fingido que ya había comido, pero habría podido arrancarle el pollo al nene de las manos. No es falsa modestia: es una perversión, yo creo. Por dos veces me han preguntado si quería acompañarles. ¡No! ¡No! Me he negado incluso a aceptar una taza de café después de la comida. Soy *delicat,* ¡vaya si lo soy! Al marcharme, he echado una mirada persistente a los huesos que quedaban en el plato del nene: todavía tenían carne.

Ando vagando por ahí sin rumbo fijo. Un día hermoso... hasta ahora. La rue de Buci está animada, hormigueante. Los bares abiertos de par en par y los bordillos llenos de bicicletas alineadas. Todos los mercados de carne y de verduras atestados de compradores. Brazos cargados de verduras envueltas en periódicos. Un espléndido domingo católico... al menos por la mañana.

Las doce del mediodía y aquí me tenéis con el estómago vacío en la confluencia de todas estas callejuelas tortuosas que apestan a comida. Frente a mí está el Hótel de Lousiane. Una fonda vieja y sombría, conocida de los pillos de la rue de Buci en los buenos tiempos pasados. Hoteles y comida, y yo deambulando como un leproso con cangrejos royéndome las entrañas. Los domingos por la mañana hay una animación febril en las calles. Nada parecido en ningún sitio, excepto en el East Side quizá, o por Chatham Square. La rue de 1'Échaudé es un hervidero. Las calles tuercen y giran, y en cada esquina un nuevo enjambre de actividad. Largas colas de gente con verduras bajo el brazo, entrando aquí y allá con apetito vivo y excitado. Nada más que comida, comida, comida. Es como para volverse loco.

Paso por el Square de Furstenberg. Ahora, a mediodía, ofrece otro aspecto. La otra noche, cuando pasé por él, estaba desierto, sombrío, es pectral. En el medio de la plaza, cuatro árboles negros que todavía no han empezado a florecer. Arboles intelectuales, alimentados por los adoquines. Como los versos de T. S. Eliot. Si Marie Laurencin sacase alguna vez a la calle a sus lesbianas, por Dios que éste sería el lugar para que conversaran. *Trés lesbienne ici.* Estéril, híbrido, seco como el corazón de Boris.

En el jardincito contiguo a la Église St. Germain hay unas cuantas gárgolas desmontadas. Monstruos que se proyectan hacia adelante en un salto terrorífico. En los bancos, otros monstruos: viejos, idiotas, lisiados, epilépticos. Están dormitando ahí, esperando a que suene la campanilla para comer. En la galería Zak, al otro lado de la calle, algún imbécil ha pintado un cuadro del cosmos... *en un plano. ¡El* cosmos de un pintor! Lleno de cachivaches, un batiburrillo. Sin embargo, en el ángulo inferior izquierdo hay un ancla... y una campanilla. ¡Te saludo! ¡Te saludo! ¡Oh, Cosmos!

Sigo vagando por ahí. Ya es media tarde. Me suenan las tripas. Ahora está empezando a llover. Notre-Dame se alza como una tumba sobre el agua. Las gárgolas sobresalen mucho sobre la fachada de encaje. Cuelgan ahí como una *idée fixe* en la mente de un monomaníaco. Un viejo con patillas amarillas se me acerca. Lleva en la mano uno de esos disparates de Jaworski. Sube hacia mí con la cabeza echada hacia atrás, y la lluvia que le salpica en la cara convierte las doradas arenas en barro. Dibujos de criadas con matas de rosas entre las piernas. Un tratado sobre la filosofía de Joan Miró. La *filosofía,* ¡fijaos!

En el mismo escaparate: *¡Un hombre cortado en rodajas!* Capítulo primero: el hombre visto por su familia. Capítulo segundo: el mismo visto por su amante. Capítulo tercero: no hay capítulo tercero. Tengo que volver mañana para los capítulos tercero y cuarto. Cada día el escaparatista pasa una nueva página. Un *hombre cortado en rodajas... ¡No* podéis imaginar lo furioso que estoy por no haber pensado en un título así! ¿Dónde está ese tío que escribe «el mismo visto por su amante... el mismo visto por... el mismo...» ¿Dónde está ese tipo? ¿Quién es? Quiero darle un abrazo. Desearía con toda el alma haber tenido suficiente inteligencia como para imaginar un título así... en lugar de *Picha loca y* otras necedades que se me han ocurrido. Bueno, ¡jódete y baila! Le felicito igualmente.

Le deseo suerte con su magnífico título. Aquí tienes otra rodaja: ¡para tu próximo libro! Telefonéame algún día. Vivo en la Villa Borghese. Todos estamos muertos, o agonizantes, o a punto de morir. Necesitamos buenos títulos. Necesitamos carne -rodajas y rodajas de carne-, filetes jugosos, bistecs, riñones, criadillas, mollejas. Algún día, cuando me encuentre en 1a esquina de la calle Cuarenta y Dos y Broadway, recordaré este titulo y escribiré todo lo que me pase por el coco -caviar, gotas de lluvia, grasa de máquina, fideos, salchichas de hígado-, rodajas y rodajas de todo eso. Y no diré a nadie por qué, después de haberlo escrito, me fui a casa de repente y corté al nene en trozos. Un *agite gratuit pour vous, cher monsieur, si bien coupé en tranches!*

Cómo puede un hombre vagar por ahí todo el día con el estómago vacío, e incluso tener una erección de vez en cuando, es uno de esos misterios que los «anatomistas del alma» explican con demasiada facilidad. Un domingo por la tarde, cuando los cierres están echados y el proletariado posee la calle con una especie de torpor taciturno, hay ciertas calles que te recuerdan nada menos que a una gran picha ulcerada por el chancro y abierta longitudinalmente. Y son esas calles precisamente --la rue Saint-Denis, por ejemplo, o el Faubourg du Temple- las que te atraen irresistiblemente, como en otro tiempo, por los alrededores de Union Square o la parte alta del Bowery, te sentías atraído por los museos de diez centavos cuyas vitrinas exhibían reproducciones en cera de los diferentes órganos del cuerpo devorados por la sífilis y otras enfermedades venéreas. La ciudad retoña como un enorme organismo enfermo por todas partes, y las avenidas magníficas son algo menos repulsivas simplemente porque les han quitado el pus.

En la Cité Nortier, en un lugar cercano a la Place du Comban, me detengo unos minutos a contemplar toda la sordidez de la escena. Es una plazoleta rectangular y como tantas otras que se vislumbran a través de los bajos pasadizos que flanquean las viejas arterias de París. En el centro de la plazoleta hay un grupo de edificios decrépitos, tan deteriorados, que se han desplomado unos sobre otros y han formado una especie de abrazo intestinal. El suelo es desigual, el enlosado está resbaladizo por el cieno. Una especie de basurero humano que se ha rellenado con cenizas y desperdicios secos. El sol está poniéndose de prisa. Los colores se apagan. Pasan de púrpura a sangre seca, de nácar a bistre, de grises fríos y muertos a palomina. Aquí y allá, un monstruo contrahecho se asoma a la ventana pestañeando como un búho. Se oye el agudo chillido de niños de cara pálida y miembros huesudos, golfillos raquíticos y marcados por el fórceps. Las paredes exhalan un olor fétido, el olor a colchón enmohecido. Europa, medieval, grotesca, monstruosa: una sinfonía en sí bemol. Justo al otro lado de la calle, el Cine Combat ofrece a su distinguida clientela *Metrópolis.*

Al reanudar el paso, me viene a la memoria un libro que estuve leyendo hace muy pocos días. «La ciudad era un matadero, las calles rebosaban de cadáveres despedazados por carniceros y despojados por saqueadores; los lobos entraban a hurtadillas desde las afueras para comerlos; la peste negra y otras plagas pasaban cautelosamente para hacerles compañía, y los ingleses llegaban en formación; mientras tanto, la *danse macabre* giraba por entre las tumbas en todos los cementerios... » ¡París durante el reinado de Carlos el Simple! ¡Un libro precioso! Estimulante, sabroso. Todavía siento su encanto. Sé poco

sobre los señores y los pródromos del Renacimiento, pero madame Pimpernel, *la belle boulangére, y* maitre Jean Crapotte, l'orf*évre,* ocupan todavía el ocio de mis pensamientos. Sin olvidar a Rodin, el genio maligno de El *judío errante,* que se entregaba a sus atroces prácticas «hasta el día en que la mulata Cecilia lo enardeció y engañó». Sentado en el Square du Temple, meditando sobre las acciones de los matarifes dirigidos por Jean Caboche, he pensado durante largo rato y con pesar en el triste destino de Carlos el Simple. Un imbécil que rondaba por las salas de su Hótel St. Paul, vestido con los andrajos más inmundos, devorado por las úlceras y los piojos, royendo un hueso, cuando se lo arrojaban, como un perro sarnoso. En la rue des Lions he buscado las piedras de la antigua casa de fieras, donde en otro tiempo daba de comer a sus animales. La única diversión de aquel pobre idiota, aparte de las partidas de cartas con su «compañera plebeya», Odette de Champdivers.

Fue un domingo por la tarde, muy parecido a éste, cuando conocí a Germaine. Iba paseando por el Boulevard Beaumarchais; me sentía rico con el centenar de francos que mi mujer me había girado apresuradamente desde América. Había un sabor a primavera en el aire, una primavera venenosa, maléfica, que parecía brotar de las bocas de las alcantarillas. Noche tras noche había vuelto a aquel barrio, atraído por ciertas calles leprosas que no revelaban su siniestro esplendor hasta que la luz del día se había apagado poco a poco y las putas empezaban a ocupar sus puestos. Recuerdo una en particular: la rue du Pasteur-Wagner, en la esquina con la rue Amelot, que se esconde tras el bulevar como un lagarto dormido. Allí, en el cuello de la botella, por decirlo así, había siempre una bandada de buitres que graznaban y batían sus sucias alas, que alargaban sus agudas garras, te aferraban y te arrastraban hasta un portal. Demonios alegres y rapaces que ni siquiera te daban tiempo de abrocharte los pantalones, después de acabar. Te conducían a un cuartito interior, generalmente sin ventana, y, sentadas en el borde de la cama con las faldas alzadas, te hacían un rápido reconocimiento, te escupían en el hito, y se lo colocaban por ti. Mientras te lavabas, otra estaba en la puerta y, cogida a la mano de su víctima, miraba indiferente, mientras dabas los últimos toques a tu indumentaria.

Germaine era diferente. No había nada en su aspecto que me lo indicara. Nada que la distinguiese de las otras rameras que se reunían por las tardes y por las noches en el Café de l' Élé-phant. Como digo, era un día de primavera y los pocos francos que mi mujer había juntado a duras penas para girarme tintineaban en mi bolsillo. Tenía una especie de vago presentimiento de que no llegaría a la Bastilla sin caer en las garras de uno de aquellos buitres. Mientras deambulaba por el bulevar, la había visto acercarse a mí con ese curioso pasitrote de las putas y los tacones desgastados y las joyas baratas y la palídez de las de su clase, que el colorete acentúa todavía más. No fue difícil llegar a un acuerdo con ella. Nos sentamos al fondo del pequeño *tabac* llamado l'Éléphant y cerramos el trato rápidamente. Minutos después estábamos en una habitación de cinco francos en la rue Amelot, con las cortinas corridas y las mantas levantadas. No era de las que metían prisa, Germaine. Se sentó en el *bidet* a enjabonarse y estuvo hablando afablemente conmigo de esto y lo otro; le gustaban mis pantalones bombachos. Trés chic!, en su opinion. Lo habían sido en su tiempo, pero los fondillos ya estaban desgastados; felizmente, la chaqueta me cubría el culo. Después de ponerse de pie para secarse, mientras seguía hablándome con simpatía, dejó caer la toalla de repente y, avanzando hacia mí despacio, comenzó a restregarse la almeja cariñosamente, pasándole las manos suavemente, acariciándola, dándole palmaditas y palmaditas. Había algo en su elocuencia de aquel momento y en la forma como me metió aquella mata de rosas bajo la nariz que sigue siendo inolvidable; hablaba de ella como si fuese un objeto extraño que hubiera adquirido a alto precio, un objeto cuyo valor había aumentado con el tiempo y que ahora apreciaba como nada del mundo. Sus palabras le infundían una fragancia peculiar; ya no era simplemente su órgano privado, sino un tesoro, un tesoro mágico y poderoso, un don divino... y no lo era menos porque comerciara con ella día tras día a

cambio de unas monedas. Al echarse en la cama, con las piernas bien abiertas, la apretó con las manos y la acarició un poco más, mientras murmuraba con su ronca y cascada voz que era buena y bonita, un tesoro, un pequeño tesoro. ¡Y vaya si era buena y bonita, esa almejita suya! Aquel domingo por la tarde, con su venenoso hálito de primavera en el aire, todo volvió a pitar. Cuando salíamos del hotel, la examiné de nuevo a la cruda luz del día y vi claramente lo puta que era: los dientes de oro, el geranio en el sombrero, los tacones desgastados, etcétera. Ni siquiera el hecho de que me hubiera sacado una cena y cigarrillos y un taxi me perturbó lo más mínimo. De hecho, di pie a ello. Me gustaba tanto, que, después de cenar, volvimos al hotel y echamos otro palo. «Por amor» aquella vez. Y de nuevo esa gran mata suya floreció e hizo otra magia de las suyas. Empezó a tener una existencia independiente... también para mí. Estaba Germaine y estaba aquella mata suya. Me gustaban por separado, y juntas también.

Como digo, Germaine era diferente. Más adelante, cuando descubrió mi auténtica situación, me trató magníficamente: me convidaba a beber, me fiaba, empeñaba mis cosas, me presentaba a sus amigas, y cosas así. Incluso se excusó por no prestarme dinero, lo que entendí perfectamente después de que me señalaran a su *maquereau.* Noche tras noche bajaba caminando por el Boulevard Beaumarchais hasta el pequeño *tabac* donde se reunían todas ellas y esperaba a que entrara y me concediese unos minutos de su precioso tiempo.

Cuando, algún tiempo después, me puse a escribir sobre Claude, no era en Claude en quien pensaba, sino en Germaine... «Todos los hombres con los que ha estado y ahora tú, precisamente tú, y barcazas que pasan, mástiles y cascos, toda la condenada corriente de la vida que fluye a través de ti, a través de ella, a través de todos los tipos que te precedieron y los que te seguirán, las flores y los pájaros, y el sol que fluye a raudales y la fragancia de todo que te asfixia, te aniquila.» ¡Eso iba por Germaine! Claude no era así, aunque yo la admiraba enormemente: incluso pensé por un tiempo que la amaba. Claude tenía alma y conciencia; también tenía refinamiento, lo que no es bueno... en una puta. Claude comunicaba siempre una sensación de tristeza; daba la impresión, inconscientemente, desde luego, de que eras simplemente uno más añadido a la corriente que el destino había prescrito para destruirla. *Inconscientemente,* digo, porque Claude era la última persona en el mundo capaz de inspirar conscientemente semejante imagen. Era demasiado delicada, demasiado sensible para eso. En el fondo, Claude era simplemente una buena chica francesa con educación e inteligencia de tipo medio a quien la vida había estafado de algún modo; había algo en ella que no tenía fuerza suficiente para resistir el embate de la experiencia cotidiana. A ella iban dedicadas aquellas palabras terribles de Louis-Philippe: «Y llega una noche en que todo ha acabado, cuando tantas mandíbulas se han cerrado sobre nosotros, que ya no tenemos fuerza para resistir, y la carne nos cuelga del cuerpo, como si todas las bocas la hubieran masticado.» En cambio, Germaine había nacido puta; estaba plenamente satisfecha de su papel, disfrutaba con él, de hecho, excepto cuando le punzaba el estómago o tenía que tirar los zapatos por viejos, pequeñas cosas superficiales e insignificantes, nada que le royera el alma, nada que la atormentase. *Ennui!* Eso era lo peor que había sentido en su vida. Indudablemente, había días en que estaba hasta la coronilla, como se suele decir..., pero, ¡nada más! La mayoría de las veces disfrutaba... o daba la impresión de disfrutar. Por supuesto, no le daba igual con quién iba... o con quién se *iba.* Pero lo principal era un hombre. ¡Un hombre! Eso era lo que anhelaba. Un hombre con algo entre las piernas que pudiera hacerle cosquillas, que pudiese hacerle retorcerse en éxtasis, hacerle agarrarse el tupido coño con las dos manos y restregárselo gozosa, jactanciosa, orgullosamente, con una sensación de unión, una sensación de vida. Ese era el único sitio en que experimentaba algo de vida: ahí abajo, donde se agarraba con las dos manos.

Germaine era una puta de pies a cabeza, hasta el fondo de su buen corazón, su corazón de puta, que no es en realidad un buen corazón, sino un corazón indolente, indiferente, blando, que puede sentirse conmovido por un momento, un corazón sin referencia a un punto fijo interior, un gran corazón blando de puta que puede separarse por un instante de su centro auténtico. Por vil y limitado que fuera aquel mundo que se había creado para sí misma, aun así funcionaba en él espléndidamente. Y eso, en sí, es algo reconfortante. Cuando, después de que llegáramos a conocernos bien, sus compañeras me pinchaban, diciendo que estaba enamorado de Germaine (situación casi inconcebible para ellas), yo solía decir: «Pues ¡claro! ¡Claro que estoy enamorado de ella! Y, lo que es más: ¡Voy a serle fiel!» Era mentira, naturalmente, pues me resultaba más difícil imaginarme amando a Germaine que amando a una araña; y si fui fiel, no fue a Germaine, sino a aquella mata que llevaba entre las piernas. Siempre que miraba a otra mujer, pensaba inmediatamente en Germaine, en aquella mata ardiente que había dejado grabada en mi mente y que parecía imperecedera. Me daba placer sentarme en la terraza del pequeño *tabac* y observarla ejercer su oficio, observar cómo recurría con otros a las mismas muecas, a los mismos trucos, que había usado conmigo. «¡Está trabajando!»: eso era lo que pensaba yo al respecto, y observaba sus transacciones con aprobación. Más adelante, cuando me hube aficionado a Claude, y la veía noche tras noche en su sitio de costumbre, con su redondo culito cómodamente hundido en el asiento de felpa, sentía una especie de rebelión inexpresable contra ella; me parecía que una puta no tenía derecho a estar allí sentada como una dama, esperando tímidamente a que alguien se acercara, mientras bebía a sorbitos su chocolat, pero no alcohol. Germaine era una buscona. No esperaba a que te acercases de ella: era ella la que te abordaba y te capturaba. Recuerdo tan bien las carreras en sus medias, y sus zapatos rotos y desgastados; también recuerdo cómo se plantaba en la barra y con actitud desafiante, ciega y valiente, se echaba una bebida fuerte entre pecho y espalda y volvía a salir. ¡Una buscona! Quizá no fuera agradable precisamente oler su aliento alcohólico, aquel aliento compuesto de café flojo, coñac, apériti f s, pernods y demás cosas que se trincaba en los intervalos, en parte para calentarse y en parte para hacer acopio de fuerza y valor, pero su fuego la penetraba, y le abrasaba ese lugar entre las piernas donde las mujeres deben abrasar, y así se establecía ese circuito que le hace a uno volver a sentir la tierra bajo los pies. Cuando estaba tumbada con las piernas abiertas y gimiendo, aun cuando gimiese de aquel modo por todos y por cualquiera, estaba bien, era una demostración apropiada de sentimiento. No miraba fijamente al techo con ojos inexpresivos ni contaba las chinches en el empapelado de la pared; ponía los cinco sentidos en lo que estaba haciendo, decía lo que un hombre quiere oír cuando está montando a una mujer. En tanto que Claude..., bueno, con Claude siempre había cierta delicadeza, hasta cuando se metía bajo las sábanas contigo. Y su delicadeza ofendía. ¿Quién va a querer una puta *delicada?* Claude te pedía incluso que volvieses la cara, cuando se ponía en cuclillas sobre el *bidet.* ¡Todo mal! Cuando un hombre está ardiendo de pasión, quiere ver las cosas; quiere verlo todo, verlas orinar incluso. Y, aunque es magnífico saber que una mujer tiene inteligencia, la literatura procedente del frío cadáver de una puta es lo último que se debe servir en la cama. Germaine estaba en lo cierto: era ignorante y sensual, se entregaba al trabajo con todo su corazón y con toda su alma. Era una puta de los pies a la cabeza... ¡y ésa era su virtud!

La Pascua llegó como una liebre congelada... pero en la cama se estaba calentito. Hoy vuelve a hacer bueno y por los Campos Elíseos, al atardecer, es como un serrallo al aire libre atestado de huríes de ojos negros. Los árboles están completamente cubiertos de follaje y de verdor tan puro, tan rico, que parece como si todavía estuvieran mojados y resplandecientes de rocío. Desde el Palais du Louvre hasta Etoile es como una pieza de música para pianoforte. Hace cinco días que no toco la máquina de escribir ni miro un libro; tampoco se me ha ocurrido ni una sola idea, salvo la de ir al American Express. Esta mañana, a las nueve, ya estaba allí, justo cuando abrían las puertas, y he vuelto a la una. Sin noticias. A las cuatro y media salgo como una flecha del hotel, decidido a hacer una última intentona. Justo al dar la vuelta a la esquina; me tropiezo con Walter Pach. Como no me ha reconocido, y no tengo nada que decirle, no intento detenerlo. Algo después, mientras estiro las piernas en las Tullerías, su figura me vuelve al pensamiento. Iba un poco encorvado, pensativo, con una especie de sonrisa serena pero reservada en la cara. Mientras miro este cielo suavemente esmaltado, levemente coloreado, que hoy no está cargado de pesadas nubes de lluvia, sino que sonríe como una pieza de porcelana antigua, me pregunto qué pasará por la cabeza de ese hombre que tradujo los cuatro gruesos volúmenes de la *Historia del Arte,* cuando observe este cosmos bienaventurado con su mirada decaída.

A lo largo de los Campos Elíseos, las ideas manan de mí como el sudor. Tendría que ser lo bastante rico como para tener una secretaria a la que poder dictar mientras camino, pues las mejores ideas siempre se me ocurren cuando estoy lejos de la máquina.

Mientras camino por los Campos Elíseos, no dejo de pensar en mi salud realmente espléndida. Para ser sincero, cuando digo «salud», quiero decir optimismo. ¡Optimista incurable! Todavía tengo un pie en el siglo XIX. Estoy un poco atrasado, como la mayoría de los americanos. A Carl este optimismo le parece desagradable. «Basta con que hable de comer -dice-, ¡para que te pongas radiante!» Es cierto. Sólo con pensar en una comida -otra comida- rejuvenezco. ¡Una comida! Eso significa algo para seguir adelante: unas horas de trabajo intenso, posiblemente una erección. No lo niego. Tengo buena salud, una salud sólida, animal. La única cosa que se alza entre mi persona y el futuro es una comida, *otra* comida.

Por lo que se refiere a Carl, no es él mismo estos días. Está trastornado, tiene los nervios de punta. Dice que está enfermo, y le creo, pero no lo siento demasiado.

No puedo. En realidad, me hace reír. Y eso le ofende, naturalmente. Todo le hiere: mi risa, mi hambre, mi persistencia, mi despreocupación,

todo. Un día quiere volarse la tapa de los sesos porque no puede soportar más este agujero inmundo que es Europa; el día siguiente habla de ir a Arizona, «donde te miran directamente a los ojos».

-¡Hazlo! -le digo-. Haz una cosa u otra, idiota, pero ¡no intentes empañar mi visión sana con tu aliento melancólico!

Pero ¡no hay remedio! En Europa te acostumbras a no hacer nada. Te pasas el día con el culo pegado a la silla y gimiendo. Te contagias. Te pudres.

Fundamentalmente, Carl es un snob, un capullo aristocrático que vive en un reino de demencia precoz propio. «¡Odio París! -gime-. Todos esos estúpidos que se pasan el día jugando a las cartas... ¡míralos! ¡Y escribir! ¿De qué sirve poner una palabra tras otra? Puedo ser un escritor sin escribir, ¿no es cierto? ¿Qué demuestra el hecho de que escriba un libro? Y, en cualquier caso, ¿para qué queremos los libros? Ya existen demasiados libros...»

¡No te jade! Pero, si yo ya he pasado por todo eso: hace muchos años. Ya he superado mi juventud melancólica. Me importan tres cojones el

pasado y el futuro. Estoy sano. Incurablemente sano. Sin penas, sin remordimientos. Sin pasado, sin futuro. Tengo bastante con el presente. Día a día. ¡Hoy! *Le bel aujourd'hui!*

Carl tiene un día libre a la semana, y ese día se siente más desgraciado, si acaso, que cualquier otro de la semana. Aunque aparenta despreciar la comida, la única cosa que parece divertirle en su día libre es pedir una gran comilona. Quizá lo haga por mí..., no sé, ni se lo pregunto. Si prefiere añadir, el martirio a la lista de sus vicios, allá él... me da lo mismo. El caso es que, el martes pasado, después de despilfarrar todo su dinero en una gran comilona, me llevó al Dóme, el último lugar que yo escogería para pasar mi día libre. Pero no sólo acabas por aceptarlo todo, sino que te vuelves indolente.

En la barra del Dóme nos encontramos a Marlowe, borracho como una cuba. Ha estado pimplando, como él dice, durante los cinco últimos días. Eso significa una borrachera continua, una peregrinación de bar en bar, día y noche sin interrupción, y por último el descanso forzoso en el Hospital Americano. La cara huesuda y demacrada de Marlowe no es sino una calavera perforada por dos cuencas profundas en que están enterradas dos almejas muertas. Lleva la espalda cubierta de serrín: acaba de echar una siestecita en el retrete. En el bolsillo de la chaqueta lleva las pruebas del próximo número de su revista; iba camino de la imprenta con las pruebas, según parece, cuando alguien lo engatusó para que tomara una copa. Habla de ello como si hubiera ocurrido hace meses. Saca las pruebas y las extiende por la barra; están llenas de manchas de café y de saliva seca. Intenta leer un poema que ha escrito en griego, pero las pruebas son indescifrables. Entonces decide pronunciar un discurso, en francés, pero el gérant le hace callar. Marlowe se pica: su única ambición es hablar un francés que hasta el garçon entienda. El francés antiguo lo domina a la perfección; ha hecho traducciones excelentes de los surrealistas; pero decir una cosa tan simple como «vete a tomar por culo, gilipollas»..., está fuera de su alcance. Nadie entiende el francés de Marlowe, ni siquiera las putas. Si vamos al caso, es bastante difícil entender su inglés, cuando está bebido. Parlotea y escupe como un tartamudo inveterado... sin ilación en las frases. «¡Tú pagas!» es la única cosa que consigue soltar claramente.

Aun cuando esté como una cuba, un excelente instinto de conservación avisa siempre a Marlowe de cuándo es el momento de actuar. Como abrigue alguna duda sobre cómo se pagarán las bebidas, no dejará de poner en juego una de sus artimañas. La más habitual es fingir que se está quedando ciego. Ahora Carl ya conoce todos sus trucos, y, por eso, cuando Marlowe se da palmadas en las sienes de repente y empieza a hacer la comedia, Carl le da un puntapié en el culo y dice: «¡Corta el rollo, chorra! ¡A mí no tienes que venirme con esos cuentos! »

No sé si se trata de una hábil venganza, pero el caso es que Marlowe está pagando a Carl con la misma moneda. Inclinándose hacia mí confidencialmente, cuenta con voz áspera y ronca un chisme que ha oído durante sus peregrinaciones de bar en bar. Carl alza los ojos, estupefacto. Empalidece. Marlowe repite la historia con variaciones. A cada vez, Carl languidece un poco más. «Pero ¡eso es imposible!», estalla por fin. «¡No, no lo es! - gruñe Marlowe-. Vas a perder el empleo... Lo sé de buena fuente.» Carl me mira desesperado. «¿Se estará burlando de mí, este cabrón?», me murmura al oído. Y después en voz alta: «¿Qué voy a hacer ahora? Nunca encontraré otro empleo. Tardé un año en conseguir éste.»

Al parecer, eso era lo único que Marlowe esperaba oír. Por fin ha encontrado a alguien en peor situación que él. «¡Son tiempos difíciles!», gruñe, y su huesudo cráneo brilla con un fuego frío, eléctrico.

Al salir del Dóme, Marlowe explica entre hipos que tiene que regresar a San Francisco. Ahora parece sinceramente conmovido por el desvalimiento de Carl. Propone que Carl y yo nos hagamos cargo de la revista durante su ausencia. «Puedo confiar en ti, Carl»,

dice. Y entonces le da un ataque de repente, esta vez auténtico. Casi se desploma en el arroyo. Lo arrastramos hasta un bistrot del Boulevard Edgard-Quinet y lo sentamos. Esta vez le ha dado de verdad: un dolor de cabeza lancinante que le hace chillar y gruñir y estremecerse de acá para allá como una bestia que acabara de recibir un mazazo. Le hacemos tragar un par de Fernet-Brancas, lo acostamos en un banco y le cubrimos los ojos con su bufanda.

Se queda así gimiendo. Al cabo de un rato, le oímos roncar.

-¿Qué te parece su propuesta? -dice Carl-. ¿Debemos aceptarla? Dice que me dará mil francos cuando vuelva. Sé que no lo hará, pero, ¿qué te parece? -mira a Marlowe tendido en el banco, le levanta la bufanda de los ojos, y la deja caer de nuevo. De repente una sonrisa maliciosa le ilumina la cara-. Oye, Joe -dice, indicándome que me arrime más a él-, vamos a cogerle la palabra. Nos haremos cargo de su inmunda revista y lo joderemos vivo.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Pues que despediremos a todos los demás colaboradores y la llenaremos con nuestra propia morralla. ¡Eso es lo que quiero decir!

-Sí, pero ¿qué clase de morralla?

-Cualquiera..., no va a poder evitarlo. Lo vamos a joder vivo. Un buen número y adiós revista. ¿Te animas, Joe?

Riéndonos entre dientes, ponemos a Marlowe en pie y lo arrastramos hasta la habitación de Carl. Cuando encendemos la luz, hay una mujer

en la cama esperando a Carl. «Me había olvidado completamente de ella», dice Carl. La echamos a la calle y metemos en la cama a Marlowe. Al cabo de un instante, llaman a la puerta. Es Van Norden. Está muy agitado. Ha perdido la dentadura postiza... en el Bal Nègre, según cree. El caso es que nos acostamos, los cuatro. Marlowe apesta como un pescado ahumado.

Por la mañana, Marlowe y Van Norden se van a buscar la dentadura postiza. Marlowe va llorando. Cree que son sus dientes.

Librodot

Es mi última cena en casa del dramaturgo. Acaban de alquilar un nuevo piano, un piano de cola. Me encuentro a Sylvester que sale de la floristería con una planta de caucho en los brazos. Me pide que se la lleve, mientras va a comprar puros. Una por una, he ido perdiendo como un gilipollas todas esas comidas gratuitas que había planeado tan cuidadosamente. Uno a uno los maridos, o bien las esposas, se han enemistado conmigo. Mientras voy caminando con la planta de caucho, pienso en aquella noche de hace unos meses en que se me ocurrió la idea por primera vez. Estaba sentado en un banco cerca de la Coupole, jugueteando con el anillo de matrimonio que había intentado dar en prenda a un gargon del Dóme. Me había ofrecido seis francos por él y yo me había puesto furioso. Pero el estómago llevaba las de ganar. Desde que me separé de Mona, había llevado siempre puesto el anillo en el dedo meñique. Era hasta tal punto parte de mí mismo, que nunca se me había ocurrido venderlo. Era uno de esos anillos tipo flor de azahar en oro blanco. En tiempos había costado un dólar y medio, tal vez más. Durante tres años fuimos sin anillo de casados y entonces, un día, yendo hacia el muelle a esperar a Mona, pasé por delante de un escaparate de joyería en Maiden Lane y todo él estaba lleno de anillos de matrimonio. Cuando llegué al muelle, Mona no apareció. Esperé a que el último pasajero bajara la pasarela, pero Mona no bajó. Por último, pedí que me enseñasen la lista de pasajeros. Su nombre no figuraba en ella. Me metí el anillo en el dedo meñique y ahí se quedó. Una vez me lo dejé en un baño público, pero luego lo recuperé. Una de las flores de azahar se había caído. El caso es que estaba sentado en el banco cabizbajo, cuando de repente alguien me dio una palmada en la espalda. En pocas palabras: conseguí una comida y además unos francos. Y entonces se me ocurrió, como un relámpago, que nadie negaría una comida a un hombre, siempre que éste tuviera el valor de pedirla. Fui inmediatamente a un café y escribí una docena de cartas. «¿Me dejarías comer contigo una vez a la semana? Dime qué día te iría mejor.» Dio resultado como un hechizo. No sólo me alimentaban: me agasajaban. Todas las noches llegaba a casa borracho. Todo les parecía poco, a aquellas almas generosas de una vez a la semana. Lo que me ocurría los demás días no era asunto suyo. De vez en cuando, los más atentos me regalaban cigarrillos, o algún dinero para pequeños gastos. Evidentemente, todos ellos se sentían aliviados, cuando se daban cuenta de que sólo me iban a ver una vez . a la semana. Y se sentían todavía más aliviados, cuando les decía: «Ya no va a ser necesario en adelante.» Nunca me preguntaban por qué. Me felicitaban, y nada más. Muchas veces la razón era que había encontrado un huésped mejor; podía permitirme el lujo de quitarme de encima a los que eran una lata. Pero nunca se lo imaginaron. Al final, tuve un programa sólido, estable: un plan fijo. Sabía que los martes me servirían esta comida y los viernes aquella otra. Sabía que Cronstadt tendría preparado champaña para mí y tarta de manzana casera. Y que Carl me invitaría a comer fuera, me llevaría a un restaurante diferente cada vez, pediría vinos exóticos, y después me invitaría al teatro o me llevaría al Cirque Médrano. Sentían curiosidad unos de otros, mis huéspedes. Me preguntaban qué cosa me gustaba más,, quién cocinaba mejor, etc. Creo que la que prefería era la de Cronstadt, quizá porque todas las veces escribía con tiza en la pared el precio de la comida. No es que me tranquilizara la conciencia ver cuánto le debía, pues no tenía intención de pagarle ni él se hacía la menor ilusión de que fuese a cobrar. No, lo que me intrigaba eran los decimales. Solía calcular el precio hasta el último céntimo. Si hubiera ido a pagarle el precio íntegro, habría tenido que partir un sou por la mitad. Su mujer era una cocinera maravillosa y le importaban tres cojones aquellos céntimos que Cronstadt sumaba. Me lo cobraba en hojas de papel carbón. ¡En serio! Si no llevaba hojas de papel carbón nuevecitas, se quejaba abatida. En compensación, el día siguiente tenía que llevar a la pequeña al Luxemburgo, jugar con ella dos o tres horas, tarea que me sacaba de quicio porque sólo hablaba húngaro y francés. En conjunto, eran un grupo curioso, mis huéspedes...

En casa de Tania contemplo la comilona desde el balcón. Moldorf está ahí, sentado detrás de su ídolo. Está calentándose los pies en el hogar, con una monstruosa mirada de gratitud en sus llorones ojos. Tania está repasando el adagio. El adagio dice con toda claridad: ¡no más palabras de amor! Vuelvo a estar en la fuente, viendo a las tortugas mear leche verde. Sylvester acaba de llegar de Broadway con el corazón lleno de amor. He pasado toda la noche tumbado en un banco fuera del paseo, mientras el globo quedaba rociado de orina caliente de tortuga y los caballos, rígidos por el furor priápico, galopaban como locos sin tocar el suelo en ningún momento. Durante toda la noche huelo las lilas en el cuartito oscuro donde ella se desata la melena, las lilas que compré para ella, cuando fue a esperar a Sylvester. El ha vuelto con el corazón lleno de amor, dijo ella, y Tania lleva las lilas en el pelo, en la boca, y le cubren los sobacos. La habitación está inundada de amor y de orina de tortuga y los caballos galopan como locos. Por la mañana, dientes sucios y mugre en los cristales de la ventana; la puertecita que conduce al paseo está cerrada. La gente va al trabajo y los postigos resuenan como cotas de malla. En la librería de enfrente de la fuente está la historia del lago Chad, los saurios silenciosos, los deliciosos colores de gutagamba. Todas las cartas que le escribí, las cartas ebrias escritas con un trozo de lápiz romo, las cartas locas con trozos de carboncillo, en pequeños fragmentos de un banco a otro, petardos, servilletas, tutti-fruto; ahora las estarán repasando juntos, y un día él me felicitará. Me dirá, sacudiendo la ceniza del puro: «Realmente, ésta es la verdad, escribe usted muy bien. Vamos a ver, es usted surrealista, ¿verdad?» Voz seca, débil, dientes llenos de caspa, un solo para plexo solar, g de gilí.

Arriba, en el balcón, con la planta de caucho y el adagio que sigue sonando abajo. Las teclas son blancas y negras, luego negras y después blancas, después negras, luego blancas, después blancas y negras. Y tú quieres saber si puedes tocar algo para ni í. Sí, toca algo con esos grandes pulgares que tienes. Toca el adagio, ya que es la única maldita cosa que sabes. Tócalo y después córtate esos grandes pulgares que tienes.

¡Ese adagio! No sé por qué insiste en tocarlo todo el tiempo. El antiguo piano no era bastante bueno para ella; tenía que alquilar un piano de cola: ¡para el adagio! Cuando veo sus grandes pulgares apretando el teclado y esa estúpida planta de caucho a mi lado, me siento como un loco del norte que tiró su ropa y, sentado desnudo en las ramas invernales, arrojaba nueces al mar de arenques congelados. Hay algo exasperante en este movimiento, algo abortivamente melancólico en él, como si se hubiera escrito en lava, como si tuviese el color del plomo y de la leche mezclados. Y Sylvester, con la cabeza erguida hacia un lado como un director de subasta, dice «Toca esa otra que estabas practicando el otro día.» Es hermoso tener un batín, un buen puro y una esposa que toque el piano. Tan apacible. Tan lenitivo. En los entreactos sale a fumar y a respirar aire puro. Sí, sus dedos son muy ágiles, extraordinariamente ágiles. También hace batik. ¿Te gustaría probar un cigarrillo búlgaro? Oye, palomita, ¿cuál es ese otro movimiento que me gusta tanto? ¡El *scherzo!* ¡Ah, sí, el *scherzo! ¡Ex*celente, el *scherzo!* Habla el conde Waldemar von Schwisseneinzug. Ojos fríos, legañosos. Halitosis. Calcetines chillones. Y tostones en la sopa de guisantes, por favor. Los viernes siempre cenamos sopa de guisantes. ¿No quieres probar un poco de vino tinto? El vino tinto va bien con la carne, ¿sabes...? Una voz seca, aguda. Toma un puro, ¿quieres? Sí, me gusta mi obra, pero no le atribuyo la menor importancia. Mi próximo drama entrañará una concepción pluralista del universo. Tambores giratorios con luces de calcio. O'Neill ha muerto. Querida, creo que deberías alzar el pie del pedal con más frecuencia. Sí, esa parte es muy linda... muy linda, ¿no crees? Sí, los personajes llevan micrófonos en el trasero. La acción sucede en Asia, porque las condiciones atmosféricas son más favorables. ¿Te gustaría probar un poco de anjou...? Lo hemos comprado especialmente para ti ...

Esa cháchara continúa a lo largo de toda la comida. Da la impresión enteramente de que hubiera sacado ese pito suyo circuncidado y estuviese meándose encima. Tania

está a punto de estallar por la tensión. Desde que él regresó con el corazón lleno de amor, no ha cesado ese monólogo. Habla mientras se está desvistiendo, me dice Tania: un chorro constante de orina caliente, como si se le hubiera perforado la vejiga. Cuando pienso en Tania metiéndose en la cama con esa vejiga reventada, me irrito. Pensar que un imbécil pobre y mustio, con vulgares obras de Broadway bajo la manga, está orinando en la mujer que amo. Y pide vino tinto y tambores giratorios y tostones en su sopa de guisantes. ¡Qué descaro tiene! ¡Pensar que puede acostarse junto a esa brasa que he avivado para él y no hace otra cosa que orinarse! Hombre, por Dios, deberías arrodillarte y darme las gracias. ¿Es que no ves que ahora tienes una *mujer* en tu casa? ¿Es que no ves que está a punto de estallar? Y tú diciéndome con esas adenoides tuyas estranguladas: «Bueno, mira, en mi opinión... hay dos modos de considerar eso... » ¡A tomar por culo con tus das modos de considerar las cosas! ¡A tomar por culo con tu universo pluralista y tu acústica asiática! No me des tu vino tinto ni tu anjou..., dame a tu *mujer...* ¡me pertenece! ¡Ve tú a sentarte junto a la fuente y déjame a mí las lilas! Quítate las legañas de los ojos..., ¡y coge ese maldito adagio y envuélvelo en unos pantalones de franela! Y los otros movimientos menores también..., todos los movimientos menores que haces can tu vejiga floja. Me sonríes tan confiada, tan calculadoramente. ¿Es que no ves que te la estoy pegando? Mientras escucho tus gilipolleces, ella me está metiendo mano..., pero tú no ves eso. Crees que me gusta sufrir: es mi papel, según tú. Muy bien. ¡Pregúntale a ella! Ella te contará cómo sufro. «Eres cáncer y delirio», me dijo por teléfono el otro día. Ahora lo tiene ella, el cáncer y el delirio, y pronto tendrás que recoger las costras. Te digo que sus venas están a punto de estallar, y tu cháchara es serrín. Por mucho que mees, nunca taparás los agujeros. ¿Qué dijo el señor Wren? *Las palabras son soledad.* Anoche dejé unas palabras para ti sobre el mantel las tapaste con los codos. Ha puesto una cerca alrededor de ella, como si fuese el hueso sucio y hediondo de un santo. Si al menos tuviese el valor de decir: «¡Tórnala!», ocurriría un milagro. Simplemente eso: *¡Tómala!,* y juro que todo} saldría bien. Además, quizá no la tomaría... me pregunto si se le habrá ocurrido eso alguna vez. D podría tomarla por un tiempo y devolvérsela, *mejorada. Pero* eso de poner una cerca alrededor de ella no servirá de nada. No se puede poner una cerca alrededor de un ser humano. Ya no se hace... Tú crees, pobre y mustio imbécil, que no soy digno de ella, que podría mancillarla, profanarla. No sabes lo apetitosa que es una mujer mancillada, hasta qué punto puede dar lozanía a una mujer el cambio de semen. Tú crees que un corazón lleno de amor es bastante, y quizá lo sea, para la mujer adecuada, pero tú ya no tienes corazón... no eres otra cosa que una gran vejiga vacía. Te afilas los dientes y cultivas tu gruñido. Corres a sus talones como un perro guardián y orinas por todas partes. Ella no te tomó por un perro guardián..., te tomó por un poeta. Dijo que en tiempos fuiste un poeta. Y ahora, ¿qué eres? ¡Valor, Sylvester, valor! Quítate el micrófono de los pantalones. Baja la pata trasera y deja de mear por todas partes. Valor, te digo, porque ella te ha abandonado ya. Te digo que está mancillada, Y lo mejor que podrías hacer es derribar la cerca De nada sirve que me preguntes cortésmente si el café sabe a ácido fénico: no me vas a ahuyentar con eso. Ponme veneno para las ratas en el café y un poco de vidrio molido. Pon a hervir orina caliente y echa unas cuantas nueces moscadas...

Durante las últimas semanas he estado viviendo una vida comunitaria. He tenido que compartirme con otros, principalmente con algunos rusos locos, un holandés borracho, y una búlgara enorme llamada Olga. De entre los rusos destacan sobre todo Eugène y Anatole.

Hace tan sólo unos días que Olga salió del hospital, donde le han cauterizado las trompas y ha perdido un poco de exceso de peso. Sin embargo, no parece que haya sufrido mucho. Pesa casi tanto como una locomotora; chorrea sudor, tiene halitosis, y todavía lleva puesta su peluca circasiana que parece viruta de madera. Tiene dos

grandes verrugas en la barbilla de las que brota un manojo de pelillos; se está dejando crecer el bigote.

El día después de que Olga saliera del hospital, empezó a hacer zapatos de nuevo. A las seis de la mañana, ya está en su banco; termina dos pares de zapatos al día. Eugène se queja de que Olga es una carga, pero la verdad es que Olga está manteniendo a Eugène y a su esposa con sus dos pares de zapatos diarios. Si Olga no trabaja, no hay comida. Así, que todo el mundo procura que Olga se vaya a dormir a su hora, y darle bastante comida para mantenerla en forma, etc.

Todas las comidas comienzan con una sopa. Ya sea de cebolla, de tomate, de verduras o de lo que sea, siempre tiene el mismo sabor. Por el sabor -ligeramente agrio, enmohecido, espumoso- parece como si hubieran cocido un estropajo. Veo a Eugène esconderla en la cómoda después de la comida. Ahí se queda, pudriéndose, hasta la próxima comida. También esconden la mantequilla en la cómoda; al cabo de tres días, sabe como el dedo gordo de un cadáver.

El olor que despide la mantequilla rancia al freír no es apetitoso precisamente, sobre todo cuando se cocina en una habitación en que no hay la menor forma de ventilación. Tan pronto como abro la puerta, me siento enfermo. Pero Eugène, en cuanto me oye llegar, suele abrir los postigos y retirar la sábana que está colgada como una red de pescar para que no entre el sol. ¡Pobre Eugène! Mira por la habitación los cuatro trastos que componen su mobiliario, las sábanas sucias y la palangana de lavar la ropa todavía con agua sucia, y dice: «¡Soy un esclavo!» Todos los días lo dice, no una, sino una docena de veces. Y después coge su guitarra de la pared y se pone a cantar.

Pero volviendo al olor de mantequilla rancia... También provoca sus buenas asociaciones. Cuando pienso en esa mantequilla rancia, me veo de pie en un pequeño patio antiguo, muy hediondo y lúgubre. Por las rendijas de los postigos extrañas figuras me espían... viejas con chales, enanos, proxenetas con cara de rata, judíos encorvados, *midinettes,* idiotas barbudos. Salen al patio tambaleándose para sacar agua o para limpiar los orinales. Un día Eugène me pidió que le vaciara el orinal. Lo llevé hasta el rincón del patio. Había un agujero en el suelo y papeles sucios tirados alrededor del agujero. Aquel pozo pequeño estaba glutinoso de excrementos, que en inglés se llaman *mierda.* Vacié el orinal y se oyó un chapoteo y un gorgoteo inmundos seguidos de otro chapoteo inesperado. Cuando volví, la sopa estaba servida. Durante toda la comida, estuve pensando en mi cepillo de dientes: ya está un poco viejo y las cerdas se me quedan entre los dientes.

Cuando me siento a comer, siempre lo hago cerca de la ventana. Tengo miedo a sentarme al otro lado de la mesa: está demasiado cerca de la cama, que hierve de chinches. Si miro hacia allá, puedo ver manchas de sangre en las sábanas grises, pero procuro no mirar en esa dirección. Miro al patio, donde están limpiando los orinales.

La comida nunca está completa sin música. En cuanto pasan el queso, Eugène se levanta bruscamente y toma la guitarra que cuelga encima de la cama. Siempre es la misma canción. Dice que tiene quince o dieciséis canciones en su repertorio, pero nunca he oído más de tres. Su favorita es Charmant *poème d'amour. Está* llena de *angoisse* y de *tristesse.*

Por la tarde vamos al cine, que está fresco y oscuro. Eugène se sienta al piano en el gran foso de la orquesta y yo me siento en una butaca delantera. La sala está vacía, pero Eugène canta como si su auditorio fueran todos los monarcas de Europa. La puerta que da al jardín está abierta y entra el olor a hojas mojadas y la lluvia se combina con la *angoisse y la tristesse* de Eugène. A medianoche, después de que los espectadores hayan saturado la sala con sudor y aliento fétido, vuelvo a dormir en una butaca. La luz de la salida, que nada en un halo de humo de tabaco, difunde un resplandor tenue sobre el ángulo inferior de la cortina de amianto; todas las noches cierro los ojos sobre un ojo artificial...

De pie en el patio con un ojo de vidrio; sólo la mitad del mundo es inteligible. Las piedras están mojadas y mohosas yen las hendiduras hay sapos negros. Una gran puerta impide la entrada al sótano; los escalones están resbaladizos y manchados con excrementos de murciélago. La puerta está combada, las bisagras se están cayendo, pero tiene un letrero esmaltado, en perfectas condiciones, que dice: «¡No olviden cerrar la puerta!» ¿Por qué hay que cerrar la puerta? No consigo entenderlo. Vuelvo a mirar el letrero, pero ha desaparecido; en su lugar hay una hoja de vidrio de colores. Saco mi ojo artificial, le escupo y le saco brillo con el pañuelo. Una mujer está sentada en un estrado sobre un inmenso escritorio tallado; tiene una serpiente en torno al cuello. Toda la habitación está llena de libros y extraños peces que nadan dentro de globos de colores; hay mapas y cartas de navegar en la pared, planos de París antes de la peste, mapas del mundo antiguo, de Cnosos y Cartago, de Cartago antes y después de que lo sembraran de sal. En el rincón de la habitación veo una cama en la que yace un cadáver; la mujer se levanta tediosamente, retira el cadáver de la cama y distraídamente lo tira por la ventana. Vuelve al enorme escritorio tallado, coge un pez de colores de la pecera y se lo traga. La habitación empieza a girar lentamente y los continentes se van deslizando uno a uno hasta el mar; sólo queda la mujer, pero su cuerpo es una masa geográfica. Me asomo a la ventana y de la Torre Eiffel está brotando champaña; está hecha enteramente de números y cubierta de encaje negro. Las alcantarillas gorgotean furiosamente. No hay otra cosa que techos por todos lados, dispuestos con execrable habilidad geométrica.

Me han expelido del mundo como un cartucho. Se ha formado una espesa niebla, la tierra está embadurnada de grasa helada. Siento palpitar la ciudad, como si fuera un corazón recién sacado de un cuerpo caliente. Las ventanas de mi hotel están supurando y hay un hedor sofocante y acre, como si ardieran sustancias químicas. Mirando al Sena, veo cieno y desolación, faroles ahogándose, hombres y mujeres que mueren de asfixia, los puentes cubiertos de casas, mataderos del amor. Un hombre está de pie contra una pared con un acordeón atado al vientre; tiene las manos cortadas por las muñecas, pero el acordeón se retuerce entre sus muñones como un saco de serpientes. El universo ha empequeñecido; sólo tiene una manzana de largo y no hay estrellas ni árboles ni ríos. La gente que vive aquí está muerta; hace sillas en las que otra gente se sienta en sueños. En el medio de la calle hay una rueda y en el cubo de la rueda se alza una horca. Gente ya muerta intenta desesperadamente subir a la horca, pero la rueda gira demasiado de prisa...

Necesitaba algo para reconciliarme conmigo mismo. Anoche lo descubrí: *Papini. No* me importa que sea un patriotero, un beato o un pedante miope... Como fracasado, es maravilloso.

¡Los libros que había leído... a los dieciocho años! No sólo Homero, Dante, Goethe, no sólo Aristóteles, Platón, Epicteto, no sólo Rabelais, Cervantes, Swift, no sólo Walt Whitman, Edgar Allan Poe, Baudelaire, Villon, Carducci, Manzoni, Lope de Vega, no sólo Nietzsche, Schopenhauer, Kant, Hegel, Darwin, Spencer, Huxley... no sólo eso, sino también todos los autores menores entre ellos. Eso en la página *18. Alors,* en la página 232 se derrumba y confiesa. No sé nada, reconoce. Conozco los títulos, he compilado bibliografías, he escrito ensayos críticos, he calumniado y difamado... Puedo hablar durante cinco minutos, o durante cinco días, pero después me agoto, quedo exprimido y seco.

Esto es lo que sigue: «Toda el mundo quiere verme. Todo el mundo insiste en hablar conmigo. Todo el mundo me importuna e importuna a los demás preguntando qué hago. ¿Cómo estoy? ¿Estoy ya totalmente recuperado? ¿Sigo dando paseos por el campo? ¿Trabajo? ¿He acabado el libro? ¿Comenzaré otro pronto?

»Un alemán enjuto como un mono quiere que traduzca sus obras. Una muchacha rusa de ojos visionarios quiere que escriba una relación de mi vida para ella. Una dama

americana quiere saber las *noticias más frescas* sobre mí. Un caballero americano está dispuesto a enviar su coche para llevarme a comer: sólo una charla íntima, confidencial, ¿sabe usted? Un antiguo compañero de estudios y camarada, de hace diez años, quiere que le lea todo lo que escribo tan pronto como lo haya escrito. Un amigo pintor que conozco pretende que pose para él por horas. Un periodista quiere mi dirección actual. Un conocido, místico él, pregunta por el estado de mi alma; otro, más práctico, por el estado de mis finanzas. ¡El presidente de mi club se pregunta si daré una charla a los muchachos! Una dama, de inclinaciones espiritistas, confía en que vaya a su casa a tomar el té lo más frecuentemente posible. Quiere saber mi opinión sobre Jesucristo y..., ¿qué pienso de esa nueva médium?

»¡Dios! ¿En qué me he convertido? ¿Qué derecho tenéis, todos vosotros, a entorpecer mi vida, a robarme el tiempo, a explorar mi vida, a chupar mis pensamientos, a considerarme vuestro compañero, confidente y oficina de información? ¿Por quién me tomáis? ¿Acaso soy un animador a sueldo, a quien exigen cada mañana que represente una farsa intelectual ante vuestras estúpidas narices? ¿Es que soy un esclavo, comprado y pagado, para arrastrar el vientre por el suelo ante vosotros, holgazanes, y poner a vuestros pies todo lo que hago y todo lo que sé? ¿Soy acaso una prostituta en un burdel que ha de levantarse las faldas o quitarse la camisa a petición del primer hombre vestido con traje a medida que se presente?

»Soy un hombre que desearía vivir una vida heroica, hacer el mundo más soportable a su vísta. Si, en algún momento de debilidad, de relajación, de necesidad, me desahogo dejando escapar un poco de cólera ardiente cristalizada en palabras -un sueño apasionado, envuelto y atado con imágenes-, pues... tomadlo o dejadlo... *¡pero no me molestéis!*

»Soy un hombre libre... y necesito mi libertad. Necesito estar solo. Necesito meditar sobre mi vergüenza y mi desesperación en soledad; necesito el sol y los adoquines de las calles sin compañía, sin conversación, cara a cara conmigo mismo, con la compañía exclusiva de la música de mi corazón. ¿Qué queréis de mí? Cuando tengo algo que decir, lo publico. Cuando tengo algo que dar, lo doy. ¡Vuestra inquisitiva curiosidad me revuelve el estómago! ¡Vuestros cumplidos me humillan! ¡Vuestro té me envenena! No debo nada a nadie. Sólo sería responsable ante Dios... ¡si existiera!»

Me parece que a Papini se le escapa algo por un pelo, cuando habla de la necesidad de estar solo. No es difícil estar solo, si eres pobre y fracasado. Un artista siempre está solo... si es un artista. No, lo que el artista necesita es solitud. El artista, así me llamo. Así sea. Una magnífica siesta esta tarde que me ha puesto terciopelo entre las vértebras. He engendrado ideas suficientes para que me duren tres días. Rebosante de energía y nada en qué emplearla. Decido dar un paseo. En la calle cambio de idea. Decido ir al cine. No puedo ir al cine: me faltan unos sous. Entonces, un paseo. Me detengo en todos los cines y miro las carteleras, después los precios. Son bastante baratos esos fumaderos de opio, pero me faltan unos sous. Si no fuera tan tarde, podría volver y cobrar un casco vacío.

Cuando llego a la rue Amélie, me he olvidado completamente del cine. La rue Amélie es una de mis calles favoritas. Es una de esas calles que por suerte el Ayuntamiento ha olvidado pavimentar. Adoquines enormes que se extienden convexamente de un lado a otro de la calle. Es estrecha y sólo tiene una manzana de larga. El Hótel Pretty está en esta calle. También hay una capilla en la rue Amélie. Parece como si la hubieran hecho especialmente para el Presidente de la República y su familia. De vez en cuando da gusto ver una modesta capilla. París está lleno de catedrales pomposas.

El puente de Alejandro III. Un gran espacio barrido por el viento, antes de llegar al puente. Arboles desolados, desnudos, fijados matemáticamente en sus rejas de hierro; la tristeza de los Inválidos que brota de la cúpula inunda las oscuras calles

Librodot

adyacentes a la plaza. El depósito de cadáveres de la poesía. Ya lo tienen donde querían tenerlo, al gran guerrero, al último gran hombre de Europa. Duerme profundamente en su lecho de granito. No hay miedo de que se dé la vuelta en la tumba. Las puertas están bien cerradas, la tapa es hermética. ¡Duerme, Napoleón! No eran tus ideas lo que querían, ¡era sólo tu cadáver!

El río está todavía crecido, fangoso, veteado de luces. No sé qué es lo que afluye en mi interior a la vista de esa corriente oscura y rápida, pero un gran júbilo me anima, afirma el profundo deseo que siento de no abandonar nunca esta tierra. Recuerdo haber pasado por aquí la otra mañana camino del American Express, sabiendo de antemano que no habría correo para mí, ni cheque, ni telegrama, nada, nada. Una furgoneta de las Galeries Lafayette atravesaba el puente con gran estruendo. La lluvia había parado y el sol, abriéndose paso entre las nubes jabonosas, acariciaba la resplandeciente pizarra de los techos con un fuego frío. Recuerdo ahora que el conductor sacó la cabeza y miró río arriba hacia Passy. Una mirada tan sana, simple, aprobadora, como si se dijera a sí mismo: «¡Ah, ya llega la primavera! » Y Dios sabe que, cuando la primavera se acerca a París, el más humilde de los mortales ha de sentir que vive en el paraíso. Pero no fue sólo eso: fue la intimidad con que su mirada descansó sobre la escena. Era su París. No hace falta ser rico, ni ser un ciudadano siquiera, para sentir de ese modo con respecto a París. París está lleno de gente pobre: la legión de mendigos más orgullosos y sucios que haya pisado la tierra, me parece a mí. Y, aun así, dan la impresión de estar en casa. Eso es lo que distingue al parisino de los habitantes de las otras metrópolis.

Cuando pienso en Nueva York, tengo una sensación muy diferente. Nueva York hace que hasta un rico se sienta insignificante. Nueva York es frío, reluciente, maligno. Los edificios dominan. Hay una especie de frenesí atómico en la actividad que se produce; cuanto más furioso el ritmo, más empequeñecido el espíritu. Un fermento constante, pero igual daría que se produjera en un tubo de ensayo. Nadie sabe de qué se trata. Nadie dirige la energía. Estupendo. Grotesco. Desconcertante. Un tremendo impulso reactivo, pero completamente falto de coordinación.

Cuando pienso en esa ciudad en la que nací y me crié, ese Manhattan que Whitman cantó, una rabia fría y ciega me lame las entrañas. ¡Nueva York! Las prisiones blancas, las aceras hormigueantes de gusanos, los parados haciendo cola para recibir comida gratuita, los fumaderos de opio construidos como palacios, los judíos, los leprosos, los malhechores y, sobre todo, el *ennui,* la monotonía de las caras, calles, piernas, casas, rascacielos, comidas, carteles, empleos, crímenes, amores... Toda una ciudad erigida sobre el vacío abismo de la nada. Sin sentido. Sin el menor sentido. ¡Y la calle Cuarenta y Dos! La cima del mundo la llaman. ¿Dónde está el fondo, entonces? Puedes caminar con las manos tendidas y te pondrán cenizas en la gorra. Ricos o pobres, caminan con la cabeza echada hacia atrás y casi se les rompe el cuello de mirar hacia arriba, a sus prisiones blancas. Caminan como gansos ciegos y los reflectores cubren sus vacías caras con centellas de éxtasis.

«La vida -dijo Emerson- consiste en lo que un hombre piensa todo el día.» Si es así, en ese caso mi vida no es sino un gran intestino. No sólo pienso en comida todo el día, sino que, además, sueño con ella por la noche.

Pero no deseo volver a América, para que me unzan otra vez al yugo, para trabajar en la noria. No, prefiero ser un hombre pobre de Europa. Bien sabe Dios lo pobre que soy; sólo me falta ser un hombre. La semana pasada pensé que el problema de la subsistencia estaba a punto de resolverse, creí que iba camino de ser económicamente independiente. Ocurrió que tropecé con otro ruso: se llama Serge. Vive en Suresnes, donde hay una pequeña colonia de *emigrés* y artistas pobres. Antes de la revolución, Serge era capitán de la Guardia Imperial; mide un metro noventa sin zapatos y bebe vodka como un pez. Su padre era almirante, o algo así, en el acorazado *Potemkin.*

Conocí a Serge en circunstancias bastante singulares. El otro día, husmeando en busca de comida, me encontraba hacia el mediodía en las

cercanías del Folies-Bergère: en la puerta trasera, es decir, en la estrecha callejuela que tiene una verja de hierro en un extremo. Estaba matando el tiempo cerca de la entrada de los artistas, con la esperanza de encontrarme por casualidad con una de las mariposas, cuando un camión descubierto se detuvo junto a la acera. Al verme allí parado con las manos en los bolsillos, el conductor, que era Serge, me preguntó si quería echarle una mano para descargar los barriles de hierro.

Cuando se enteró de que era americano y de que estaba sin un céntimo, casi se echó a llorar de alegría. Al parecer, ha estado revolviendo cielo y tierra en busca de un profesor de inglés. Le ayudé a meter rodando los barriles de insecticida y miré hasta saciarme a las mariposas que revoloteaban entre bastidores. El suceso adquirió extrañas proporciones para mí: la sala vacía, las muñecas de serrín batiendo las alas, los barriles de germicida, el acorazado *Potemkin... y,* sobre todo, la amabilidad de Serge. Es grande y tierno, un hombre de pies a cabeza, pero con corazón de mujer.

En el café cercano -Café des Artistes- me ofrece alojamiento inmediatamente; dice que pondrá un colchón en el suelo del pasillo. Por las clases dice que me dará una comida cada día, una gran comida rusa, o, si por alguna razón falta la comida, en ese caso cinco francos. Me parece maravilloso... *maravilloso.* El único problema es ¿cómo voy a ir desde Suresnes hasta el American Express cada día?

Serge insiste en que empecemos en seguida: me da el importe del billete para llegar a Suresnes por la noche. Llego un poco antes de la hora de cenar, con mi mochila, para dar una clase a Serge. Ya han llegado algunos invitados: parece como si siempre fueran muchos a la mesa, pagando todos a escote.

Somos ocho a la mesa... y tres perros. Primero comen los perros. Comen gachas de avena. Después empezamos nosotros. Comemos también

gachas de avena... de aperitivo. *«Chez nous* -dice Serge, guiñando un ojo-, *c'est pour les chiens les Quaker Oats. Ici pour le gentleman. ça va.»* Después de las gachas de avena, sopa de champiñón y vegetales; después de eso, tortilla de tocino, fruta, vino tinto, vodka, café, cigarrillos. No está mal la comida rusa. Todo el mundo habla con la boca llena. Hacia el final de la cena, la esposa de Serge, que es una armenia perezosa y sucia, se deja caer en el sofá y empieza a mordisquear bombones. Coge uno al azar de la caja con sus gruesos dedos, mordisquea un pedacito para ver si tiene licor dentro, y después lo tira al suelo para los perros.

Acabada la comida, los invitados se van a toda prisa. Se van precipitadamente, como si temieran la peste. Serge y yo nos quedamos solos con los perros: su mujer se ha quedado dormida en el sofá. Serge va y viene despreocupadamente, recogiendo los desperdicios para los perros. «A los perros gustar mucho -dice-. Muy bueno para perros. Perrito tiene lombrices... es muy joven todavía.» Se inclina para examinar unas lombrices blancas que

hay sobre la alfombra, entre las patas del perro. Intenta explicar algo sobre las lombrices en inglés, pero le falta vocabulario. Finalmente, consulta el diccionario. «Ah -dice, mirándome jubilosamente-, ¡tenias!» Evidentemente, mi respuesta no es demasiado inteligente. Serge está confuso. Se pone a cuatro patas para examinarlas mejor. Coge una y la coloca en la mesa junto a la fruta. «Hum, él no muy grande -rezonga-. Próxima lección tú enseñarme las lombrices, ¿no? Tú eres buen profesor. Hago progres-os contigo... »

Acostado en el colchón, en el pasillo, el olor del germicida me sofoca. Un olor penetrante, acre, que parece invadir todos los poros de mi cuerpo. La comida empieza a repetirme: la avena, los champiñones, el tocino, las manzanas fritas. Veo la pequeña tenia junto a la fruta y todas las variedades de lombrices que Serge ha dibujado sobre el mantel para explicar lo que le pasaba al perro. Veo la platea vacía del Folies-Bergère y en cada grieta hay cucarachas y piojos y chinches; veo gente rascándose desesperadamente, rascándose y rascándose hasta hacerse sangre. Veo los gusanos arrastrarse por el escenario como un ejército de hormigas rojas que devoran todo lo que hay a la vista. Veo a las coristas tirando sus túnicas de gasa y corriendo desnudas por los pasillos; veo a los espectadores de la platea tirando también sus ropas y rascándose unos a otros como monos.

Intento calmarme. Al fin y al cabo, éste es un hogar que he encontrado, y cada día hay una comida esperándome. Y Serge es un buen tipo, de eso no hay duda. Pero no puedo dormir. Es como dormirse en un depósito de cadáveres. El colchón está saturado de líquido de embalsamar. Es un depósito de cadáveres para piojos, chinches, cucarachas, tenias. No puedo soportarlo. *¡No voy a soportarlo!* Al fin y al cabo, soy un hombre, no un piojo.

Por la mañana espero a que Serge cargue el camión. Le pido que me lleve a París. No tengo valor para decirle que me marcho. Dejo la mochila con las pocas cosas que me quedaban. Cuando llegamos a la Place Péreire, salto del camión. No hay una razón particular para bajarme aquí. No hay razón particular para nada. Soy *libre:* eso es lo principal...

Ligero como un pájaro, revoloteo de un barrio a otro. Es como si hubiera salido de la cárcel. Miro el mundo con ojos nuevos. Todo me interesa profundamente. Hasta las menudencias. En la rue du Faubourg Poissonière me detengo ante el escaparate de un establecimiento de cultura física. Hay fotografías que muestran especímenes de virilidad «antes y después». Todos franchutes. Algunos de ellos están desnudos, exceptuando los quevedos o la barba. No consigo entender cómo pueden pirrarse esos andobas por las paralelas o por las pesas. Un franchute debería tener simplemente un poquito de barriga, como el barón de Charlus. Habría de llevar barba y quevedos, pero no debería fotografiarse nunca desnudo. Habría de calzar botas de charol centelleantes y en el bolsillo superior de la chaqueta debería llevar un pañuelo blanco que sobresaliera dos centímetro:c. De ser posible, habría de llevar una cinta roja en el ojal de la solapa. Al irse a la cama, debería ponerse un pijama.

Al acercarme a la Place Clichy hacia el atardecer, paso por delante de la putilla con una pata de palo que se planta frente al Gaumont Palace día tras día. No parece tener más de dieciocho años. Supongo que tendrá sus clientes habituales. A partir de medianoche se queda plantada allí con su traje negro, clavada en el sitio. A su espalda está el pasadizo que resplandece como un infierno. Al pasar ahora delante de ella con el corazón contento, me recuerda en cierto modo a un ganso atado a una estaca, un ganso con el hígado enfermo, para que el mundo pueda tener *pâté de foie gras.* Debe de ser extraño meterse en la cama con esa pata de palo. Imagina uno toda clase de cosas: astillas, etc. Sin embargo, ¡sobre gustos no hay nada escrito!

Bajando por la rue des Dames, me tropiezo con Peckover, otro pobre diablo que trabaja en el periódico. Se queja de que sólo puede dormir tres o cuatro horas por la noche: tiene que levantarse a las ocho de la mañana para trabajar en el consultorio de un dentista. Según explica, no lo hace por el dinero: es para comprarse una dentadura postiza. «Es difícil leer pruebas, cuando te caes de sueño -dice-. Mi mujer cree que tengo

un chollo. Dice: "¿Qué haríamos si perdieras el empleo?"» Pero a Peckover le importa un comino el empleo; ni siquiera le queda dinero para sus gastos. Tiene que guardarse las colillas y usarlas como tabaco de pipa. Su chaqueta se sostiene con alfileres. Tiene halitosis y le sudan las manos. Y sólo duerme tres horas por la noche. «No es forma de tratar a un hombre -dice-. Y, encima, mi jefe me pone verde, si se me escapa un punto y coma.» Hablando de su mujer, añade: «Y esa mujer que tengo no sabe lo que es la gratitud, ¡te lo aseguro!»

Al separarnos, consigo sacarle un franco y medio. Intento sacarle otros cincuenta céntimos, pero es imposible. De todos modos, tengo bastante para un café y croissants. Cerca de la Gare St. Lazare hay un bar con precios reducidos.

Quiere la suerte que me encuentre en el lavabo una entrada para un concierto. Ligero como una pluma, ahora me voy para allá, para la Salle Gaveau. El acomodador parece deshecho, porque he olvidado darle una propinilla. Cada vez que pasa por mi lado, me mira inquisitivamente, como si tal vez fuera a acordarme de repente.

Hace tanto tiempo que no me he sentado en compañía de gente bien vestida, que me siento un poco espantado. Todavía huelo el aldehído fórmico. Quizá Serge reparta aquí también. Pero nadie se rasca, gracias a Dios. Un olor tenue a perfume... muy tenue. Antes incluso de que comience la música, la gente tiene expresión de aburrimiento en la cara. Una forma fina de tortura autoimpuesta, el concierto. Por un instante, cuando el director da unos golpecitos con su batuta, se produce un tenso espasmo de concentración seguido casi inmediatamente por un aletargamiento repentino y general, una especie de reposo tranquilo y vegetal inducido por el constante e ininterrumpido chispear de la orquesta. Mi mente está curiosamente alerta; es como si tuviera mil espejos dentro del cráneo. ¡Mis nervios están tensos, vibrantes! Las notas son como bolas de cristal bailando sobre un millón de surtidores de agua. Nunca había asistido a un concierto con el estómago tan vacío. Nada se me escapa, ni siquiera la caída del más pequeño alfiler. Es como si no llevara ropa y cada poro de mi cuerpo fuese una ventana y todas las ventanas estuvieran abiertas y la luz me inundase las entrañas. Siento arquearse la luz bajo la bóveda de mis costillas, y mis costillas cuelgan ahí sobre una nave vacía que tiembla de reverberaciones. No tengo la menor idea de la duración de todo esto; he perdido la noción del tiempo y del espacio. Después de lo que parece una eternidad, sigue un intervalo de semiconsciencia equilibrada por una calma tal, que siento un gran lago en mi interior, un lago de resplandor iridiscente, fresco como gelatina; y sobre ese lago, alzándose en grandes y raudas espirales, surgen bandadas de aves de paso con patas largas y delgadas y plumaje brillante. Bandada tras bandada, se elevan de la superficie fresca y tranquila del lago y, pasando bajo mis clavículas, se pierden en el blanco mar del espacio. Y luego, despacio, muy despacio, como si una vieja con toca blanca recorriera mi cuerpo, despacio se cierran las ventanas y mis órganos vuelven a ocupar su lugar. Repentinamente, se encienden las luces y el hombre del palco blanco al que había tomado por un oficial turco resulta ser una mujer con una maceta de flores en la cabeza.

Ahora se produce un cuchicheo y todos los que desean toser tosen a sus anchas. Se oye el ruido de pies que se arrastran y el estrépito de butacas que se bajan de golpe, el ruido continuo y crepitante de personas que van y vienen sin objeto, de personas que agitan sus programas, fingen leerlos y después los dejan caer y arrastran los pies bajo los asientos, agradecidos hasta del más pequeño accidente que les impida preguntarse qué estaban pensando porque, si supieran que no estaban pensando nada, enloquecerían. Bajo el resplandor de las luces se miran unos a otros con expresión vacía, y la insistencia con que se miran mutuamente produce una extraña tensión. Y en el momento en que el director vuelve a dar unos golpecitos, caen de nuevo en un estado cataléptico: se rascan incesantemente o recuerdan de repente un escaparate en que se exhibía una bufanda o un sombrero; recuerdan todos los detalles de ese escaparate con

Librodot

asombrosa claridad, pero lo que no consiguen recordar es dónde estaba exactamente; y eso les fastidia, los mantiene despiertos, inquietos, y ahora escuchan con mayor atención porque están despiertos y, por maravillosa que sea la música, no perderán la conciencia de ese escaparate, ni de la bufanda colgada en él, ni del sombrero.

Y esa atención intensa es contagiosa; hasta la orquesta parece galvanizada y adquiere una extraordinaria vivacidad. El segundo número se dispara como una peonza... tan rápido verdaderamente que, cuando de golpe cesa la música y se encienden las luces, algunos se quedan clavados en sus asientos como zanahorias, moviendo las mandíbulas convulsivamente, y si les gritaras repentinamente en el oído *Brahms, Beethoven, Mendeleev, Herzegovina,* responderían sin pensar 4, 967, 289.

Cuando llegamos al número de Debussy, la atmósfera está completamente envenenada. Me veo preguntándome qué sentirán las mujeres durante el acto sexual: si será más agudo el placer, etcétera. Intento imaginar algo que me penetra por la ingle, pero lo único que experimento es una sensación de dolor. Intento concentrarme, pero la música es demasiado escurridiza. Sólo puedo pensar en un jarrón que gira lentamente y las figuras caen en el espacio. Al final sólo hay luz girando, y me pregunto cómo gira la luz. El hombre que hay a mi lado está profundamente dormido. Parece un agente de bolsa, con su gran barriga y su bigote encerado. Me gusta así. Me gusta especialmente esa gran barriga y todo lo que ha contribuido a formarla. ¿Por qué no habría de dormir profundamente? Si quiere escuchar, siempre puede reunir el importe de una entrada. Noto que cuanto mejor vestidos van, más profundamente duermen. Los ricos tienen la conciencia tranquila. Si un pobre se adormece, aunque sólo sea por unos segundos, se siente mortificado; se imagina que ha cometido un delito contra el compositor.

En el número español la sala estaba electrizada. Todo el mundo estaba sentado en el borde de la butaca: los tambores los despertaron. Cuando comenzaron los tambores, creí que no acabaría nunca. Esperaba ver a la gente caer de los palcos o tirar los sombreros al aire. Había algo mágico en aquello y Ravel habría podido volvernos locos, si hubiera querido. Pero eso no es propio de Ravel. De repente, todo se apaciguó. Era como si, en plena acrobacia, hubiera recordado que llevaba puesto un chaqué. Se contuvo. Gran error, en mi humilde opinión. El arte consiste en llegar hasta las últimas consecuencias. Si comienzas con los tambores, tienes que acabar con dinamita, o TNT. Ravel sacrificó algo por la forma, por una verdura que la gente ha de digerir antes de irse a la cama.

Mis pensamientos se despliegan. La música se me escapa, ahora que los tambores han cesado. Por todas partes la gente ha recuperado la compostura. Bajo la luz de la salida hay un Werther sumido en la desesperación; está reclinado sobre los codos, tiene los ojos vidriosos. Cerca de la puerta, arrebujado en una gran capa, hay un español con un sombrero en la mano. Parece como si estuviera posando para el *Balzac* de Rodin. Del cuello para arriba recuerda a Buffalo Bill.

En la galería de enfrente de la mía, en la primera fila, está sentada una mujer con las piernas muy abiertas; parece como si tuviera el trismo, con el cuello echado hacia atrás y dislocado. La mujer del sombrero rojo que está dormitando sobre la barandilla..., ¡qué maravilloso sería que tuviera una hemorragia! Que de repente arrojase un cubo de sangre sobre los cuellos duros de abajo. ¡Imaginaos a esas nulidades volviendo del concierto a casa con las pecheras manchadas de sangre!

El sueño es la tónica general. Ya nadie escucha. Es imposible pensar y escuchar. Es imposible soñar ni siquiera cuando la propia música no es sino un sueño. Una mujer con guantes blancos sostiene un cisne sobre las rodillas. Según la leyenda, cuando Leda fue

fecundada, dio a luz gemelos. Todo el mundo está dando a luz a algo... todos menos la lesbiana de la fila de palcos superior. Tiene la cabeza dirigida hacia arriba, y la garganta muy abierta; está muy atenta y se estremece con el chaparrón de chispas que saltan de la sinfonía de radio. Júpiter está perforándole los oídos. Frases breve: procedentes de California, ballenas de aletas enormes, Zanzíbar, el Alcázar. *Cuando a lo largo del Guadalquivir había mil mezquitas resplandecientes.* En lo profundo de los icebergs y todos los días de color lila. La Calle del Dinero con dos postes blancos para atar a los caballos. Las gárgolas... el hombre con el disparate de Jaworski... las luces del río... los...

Librodot

En América tuve algunos amigos hindúes, unos buenos, otros malos, otros indiferentes. Las circunstancias me habían colocado en una posición en que, afortunadamente, podía ayudarles; les conseguía trabajo, les daba alojamiento y comida, cuando era necesario. He de reconocer que eran agradecidos; hasta tal punto, de hecho, que me amargaban la existencia con sus atenciones. Dos de ellos eran santos, si mi noción de la santidad es correcta; especialmente Gupte, a quien encontraron una mañana con la garganta cortada de oreja a oreja. Lo encontraron una mañana en una pequeña pensión de Greenwich. Village estirado en la cama y completamente desnudo, con la flauta al lado y la garganta cortada, como digo, de oreja a oreja. Nunca se descubrió si lo habían asesinado o *si* se había suicidado. Pero eso no viene al caso...

Estoy rememorando la cadena de circunstante cías que al final me condujeron a casa de Nanantatee. Pienso en lo extraño que es que hubiera olvidado todo lo relativo a Nanantatee hasta el otro día, en que estaba tumbado en la habitación de un hotel sórdido de la rue Cels. Estoy tumbado allí, -n la cama de hierro, pensando en que me !-e convertido en un cero a la izquierda, en un don nadie, en una nulidad, cuando, izas!, salta la palabra: ¡NONENTTTY![2]. Así lo llamábamos en Nueva York: Nonentity. El señor Nonentity.

Ahora estoy tumbado en el suelo de aquella espléndida suite de que alardeaba, cuando estaba en Nueva York. Nanantatee se las da de buen samaritano; me ha dado dos mantas ásperas (¡son mantas para caballo!) en las que me arrollo sobre el polvoriento suelo. Cada hora del día hay pequeñas tareas que hacer..., es decir, si soy tan tonto como para quedarme en casa. Por la mañana me despierta bruscamente para que le prepare las verduras para el almuerzo: cebollas, ajo, judías, etcétera. Su amigo, Kepi, me aconseja no probar la comida: dice que es mala. Mala o buena, ¿qué diferencia hay? ¡Comida! Eso es lo único que importa. Por un poco de comida estoy dispuesto a barrerle las alfombras con una escoba rota, a lavarle la ropa y a recoger las migas del suelo, tan pronto ha acabado de comer. Se ha vuelto absolutamente inmaculado desde mi llegada: a todo hay que quitarle el polvo ahora, las sillas hay que disponerlas de determinado modo, el reloj debe dar las horas, el. retrete debe funcionar adecuadamente... ¡Un hindú loco, si los hay! Y parsimonioso como una alubia. Me voy a tronchar de risa recordándolo, cuando me escape de sus garras, pero por el momento soy un prisionero, un hombre sin casta, un intocable...

Si no vuelvo por la noche a arrollarme en las mantas para caballo, me dice al llegar: «Así que, ¿no te has muerto? Creía que te habías muerto.»

Y aunque sabe que no tengo ni un céntimo, cada día me habla de una habitación barata que acaba de descubrir por el barrio. «Pero todavía no puedo coger una habitación, ya lo sabes», le digo. Y entonces, pestañeando como un chino, me responde en tono congraciador: «Ah, sí, había olvidado que no tienes dinero. Siempre lo olvido, Endri... Pero cuando llegue el giro... cuando la señorita Mona te envíe el dinero, entonces vendrás conmigo a buscar una habitación, ¿eh?» Y un instante después me insta a quedarme el tiempo que quiera: «Seis meses... siete meses, Endri... eres muy útil para mí aquí.»

Nanantatee es uno de los hindúes por los que no hice nada en América. Se presentó ante mí como un comerciante acaudalado, un mercader de perlas, con una lujosa suite en la rue Lafayette, París, una villa en Bombay, un bungalow en Darjeeling. A primera vista, me di cuenta de que era un imbécil, pero es que a veces los imbéciles tienen un don para amasar una fortuna. No sabía que pagaba la cuenta del hotel en Nueva York dejando un par de gruesas perlas en las manos del propietario. Ahora me parece divertido que este tipejo se paseara ostentosamente por el vestíbulo de ese hotel de Nueva York con un bastón de ébano, dando órdenes a los botones, encargando comidas para sus invitados, llamando al conserje para que le comprara entradas para el teatro, alquilando un taxi para todo el día, etc., y todo ello sin un céntimo en el bolsillo. Sólo una sarta de perlas gruesas en torno al cuello que iba cambiando por dinero con el paso del tiempo. Y la fatuidad con que solía darme palmaditas en la espalda,

[2] *Nonentity: "nulidad".*

agradecerme que me portara tan bien con los muchachos hindúes: «Son todos muchachos muy inteligentes, Endri... ¡muy inteligentes!» Me decía que el dios no sé cuántos me recompensaría por mi bondad. Ahora me explico por qué se reían tanto, aquellos inteligentes muchachos hindúes, cuando les sugería yo que dieran un sablazo de cinco dólares a Nanantatee.

Ahora resulta curioso el modo como me está recompensando ese dios por mi bondad. No soy sino un esclavo para este tipejo rechoncho. Estoy a su disposición continuamente. Me necesita aquí: así me lo dice en la cara. Cuando va al retrete, grita: «Endri, tráeme un jarro de agua. Tengo que lavarme.» No se le ocurre usar papel higiénico, a Nanantatee. Debe de estar prohibido por su religión. No, pide un jarro de agua y un trapo. Es *delicado,* este tipejo rechoncho. A veces, cuando estoy tomando una taza de té claro en el que ha echado un pétalo de rosa, se me acerca y se tira un sonoro pedo en mis propias narices. Nunca dice: «¡Perdón!» Esa palabra no debe de figurar en su diccionario gujarati.

El día que llegué al piso de Nanantatee, estaba realizando sus abluciones, es decir, que estaba de pie delante de una palangana sucia intentando llegar con su torcido brazo hasta el cogote. Junto a la palangana había una jarra de metal que usa ba para cambiar el agua. Me pidió que guardara silencio durante la ceremonia. Me senté en silencio, como me había pedido, y le observé cantar y rezar y escupir de vez en cuando en la palangana. Así que ésa era la maravillosa *suite* de que hablaba en Nueva York. ¡La rue Lafayette! Allí, en Nueva York, me parecía que debía de ser una calle importante. Creía que sólo millonarios y mercaderes de perlas vivían en esa calle. Cuando estás al otro lado del charco, parece algo maravilloso, la rue Lafayette. Lo mismo ocurre con la Quinta Avenida, cuando estás aquí. No puedes imaginar las pocilgas que hay en estas calles elegantes. El caso es que aquí estoy, sentado en la espléndida *suite* de la rue Lafayette. Y este tipo chiflado con su brazo torcido está ejecutando el rito de lavarse. La silla en que estoy sentado está rota, la cama está desvencijada, el empapelado de las paredes hecho jirones, bajo la cama hay una maleta abierta repleta de ropa sucia. Desde de>.-¡de estoy sentado puedo observar el patio miserable de ahí abajo, donde la aristocracia de la rue Lafayette se sienta a fumar sus pipas de arcilla. Ahora, mientras canta su doxología, me pregunto qué aspecto debe de tener su bungalow de Darjecling. Sus cánticos y rezos son interminables.

Me explica que tiene la obligación de lavarse de determinado modo prescrito: su religión lo exige. Pero los domingos se da un baño en la bañera de zinc: el Gran Yo soy hará la vista gorda, según dice. Cuando se ha vestido, se dirige al aparador, se arrodilla ante un pequeño ídolo que está en el tercer estante, y repite la jerigonza. Dice que si rezas así cada día, nada malo te ocurrirá. El dios no sé cuántos nunca olvida a un servidor obediente. Y después me enseña el brazo torcido que le quedó de un accidente de taxi, un día que seguramente no había repetido todos los cánticos y danzas. Su brazo parece un compás roto; ya no es un brazo, sino un nudillo con una espinilla añadida. Desde que le compusieron el brazo, le han salido dos glándulas hinchadas en el sobaco: glándulas pequeñas y llenítas, exactamente como los testículos de un perro. Mientras se lamenta de su situación, recuerda de repente que el doctor le había recomendado una dieta más abundante. Me pide al instante que me siente y componga un menú con mucho pescado y mucha carne. «¿Y qué tal unas ostras, Endri... para el *petit f rére?»* Pero todo eso es sólo para impresionarme. No tiene la menor intención de comprarse ostras, ni carne, ni pescado. Por lo menos, no mientras yo esté aquí. De momento, vamos a alimentarnos de lentejas y arroz y de todos los frutos secos que ha almacenado en el desván. Y la mantequilla que compró la semana pasada tampoco vamos a malgastarla. Cuando empieza a curar la mantequilla, el olor es insoportable. Al principio, cuando empezaba a freír con mantequilla, me marchaba, pero ahora lo aguanto. Le encantaría, si pudiera hacerme vomitar la comida: sería algo más que podría guardar en el aparador con el pan duro y el queso enmohecido y las tortitas de grasa que hace con leche agria y mantequilla rancia.

Al parecer, durante los cinco últimos años no ha dado golpe, no ha ganado ni un céntimo. El negocio ha quebrado. Me habla de las perlas del océano Indico: perlas grandes y

gruesas con las que puedes vivir toda una vida. Los árabes están arruinando el negocio, dice. Pero, entretanto, reza al dios no sé cuántos cada día, y eso le sostiene. Está en excelentes relaciones con la deidad: sabe perfectamente cómo engatusarla, cómo sacarle unas monedas. Es una relación puramente comercial. A cambio de la farsa que representa cada día ante el aparador, obtiene su ración de judías y de ajo, por no hablar de los hinchados testículos que tiene bajo el brazo. Confía en que al final todo saldrá bien. Las perlas volverán a venderse algún día, quizá dentro de cinco años, tal vez dentro de veinte: cuando el dios Boomeroom quiera. «Y cuando el negocio vaya bien, Endri, tú recibirás el diez por ciento... por escribir las cartas. Pero primero, Endri, tienes que escribir la carta para, averiguar si podemos obtener un crédito de la India. La respuesta tardará unos seis meses, tal vez siete meses..., los barcos no son rápidos en la India.» No tiene la más mínima noción del tiempo, el tipejo. Cuando le pregunto si ha dormido bien, me dice: «Ah, sí, Endri, duermo muy bien... a veces duermo noventa y dos horas en tres días.»

Por las mañanas suele estar demasiado débil como para hacer trabajo alguno. ¡Su brazo! ¡Esa pobre muleta rota que es su brazo! A veces, cuando le veo retorcérselo en torno al cogote, me pregunto cómo hará para volver a colocarlo en su lugar. Si no fuera por esa barriguita que tiene me recordaría a uno de esos contorsionistas del Cirque Médrano. Lo único que le faltaba era romperse una pierna. Cuando me ve barrer la alfombra, cuando ve la nube de polvo que levanto, empieza a cloquear como un pigmeo: «Bien. Muy bien, Endri. Y ahora yo voy a atar los cabos.» Eso significa que hay algunas partículas de polvo que se me han pasado; es su forma educada de mostrarse sarcástico.

Por las tardes siempre vienen a visitarle algunos compinches del mercado de las perlas que pasaban por allí. Todos son muy atentos, unos bribones zalameros de ojos tiernos, como de cierva; se sientan en torno a la mesa a beber el té perfumado, que sorben ruidosamente, mientras Nanantatee salta como un muñeco de resorte o señala una miga en el suelo y dice con su voz suave e hipócrita: «¿Quieres recoger esto, Endri, por favor?» Cuando llegan los invitados, se dirige con ademanes afectados al aparador y saca los sucios mendrugos de pan que tostó hace una semana quizá y que ahora tienen un fuerte sabor a la madera mohosa. No se tira ni una miga. Si el pan se pone demasiado rancio, se lo baja a la portera que, según dice, ha sido muy amable con él. Según explica, la portera acepta el pan rancio encantada: hace budín de pan con él.

Un día mi amigo Anatole vino a verme. Nanantatee quedó encantado. Insistió en que Anatole se quedara a tomar el té. Insistió en que probase las tontitas de grasa y el pan rancio. «Has de venir todos los días -dijo-, a enseñarme ruso. Un idioma muy bello, el ruso. Quiero hablarlo. ¿Cómo dices eso, Endri? Repítelo: *¿borsht?* ¿Quieres escribírmelo, Endri, por favor? ...» Y tengo que escribírselo a máquina, nada menos, para que pueda observar mi técnica. Compró la máquina de escribir después de haber cobrado la indemnización por el brazo, porque el doctor se lo recomendó como un buen ejercicio. Pero pronto se cansó de la máquina : era una máquina *inglesa.*

Cuando se enteró de que Anatole tocaba la mandolina, dijo: «¡Muy bien! Tienes que venir cada día y enseñarme la música. En cuanto vaya mejor el negocio, me compraré una mandolina. Es bueno para el brazo.» El día siguiente pide prestado un fonógrafo a la portera. «Enséñame a bailar, Endri, por favor. Tengo demasiada barriga.» Espero que algún día compre un bistec para que pueda decirle: «Haga el favor de morderlo por mí, señor Nonentity. ¡Mis dientes no son bastante fuertes!»

Como he dicho hace un momento, desde mi llegada se ha vuelto extraordinariamente meticuculoso. «Ayer -dice-, cometiste tres errores, Endri. En primer lugar, te olvidaste de cerrar la puerta del retrete y ha estado toda la noche sonando; en segundo lugar, dejaste abierta la ventana de la cocina y esta mañana he encontrado el cristal roto. ¡Y olvidaste sacar

la botella de la leche! Hazme el favor de sacar todos los días la botella de la leche antes de acostarte, y por la mañana haz el favor de traer el pan.»

Todos los días su amigo Kepi viene a ver si han llegado visitas de la India. Espera a que Nanantatee salga y entonces corre al aparador y de vora los trozos de pan que están escondidos en un tarro de cristal. Insiste en que la comida no es buena, pero se la zampa como una rata. Kepi es un gorrón, una especie de garrapata humana que se pega a la piel hasta del más pobre de sus compatriotas. Desde el punto de vista de Kepi, todos son nababs. Por un puro de Manila y el precio de una copa, es capaz de lamerle el culo a cualquier hindú. A un hindú, fijaos bien, pero no a un inglés. Tiene la dirección de todas las casas de putas de París, y los precios. Hasta de las que cobran diez francos saca una pequeña comisión. Y sabe el camino más corto para cualquier sitio al que quieras ir. Primero te preguntará si quieres ir en taxi; si dices que no, sugerirá el autobús; y si eso es muy caro, entonces el tranvía o el metro. O te ofrecerá acompañarte andando para que te ahorres un franco o dos, sabiendo perfectamente que por el camino habrá que pasar por delante de un *tabac y* que tendrás la amabilidad de comprarme un purito, por favor.

Kepi es interesante, en cierto modo, porque carece totalmente de ambiciones, salvo la de echar un polvo cada noche. Todos los céntimos que gana, y son bien pocos, se los pule en las salas de baile. Tiene mujer y ocho hijos en Bombay, pero eso no le impide proponer matrimonio a cualquier *femme de chambre* que sea lo bastante estúpida y crédula como para dejarse embaucar. Tiene un cuartito en la rue Condorcet por el que paga seis francos al mes. El mismo lo empapeló. Y está muy orgulloso de ello también. Usa tinta de color violeta en su estilográfica porque dura más. Se lustra él mismo los zapatos, se plancha los pantalones, se lava la ropa. Por un purito, un entrefino, si me haces el favor, te acompañará por todo París. Si te paras a mirar una camisa o un botón para el cuello, le brillan los ojos. «No compres aquí -te dirá-. Es demasiado caro. Te voy a enseñar un lugar más barata.» Y antes de que tengas tiempo de pensarlo, te arrastrará y te dejará ante otro escaparate donde hay las mismas corbatas y camisas y los mismos botones para el cuello... ¡tal vez sea la misma tienda!, pero tú no notas la diferencia. Cuando Kepi se entera de que quieres comprar algo, su alma se anima. Te hará tantas preguntas y te arrastrará a tantos lugares, que por fuerza acabarás sediento y le invitarás a una copa, y entonces descubrirás asombrado que te encuentras en un *tabac* -¡tal vez el mismo tabas!- y que Kepi está diciendo otra vez con su vocecita hipócrita: «¿Tendrías la bondad de comprarme un purito, por favor?» Sea lo que fuere lo que te propongas hacer, aunque sólo sea ir a la vuelta de la esquina, Kepi te hará economizar. Kepi te mostrará el camino más corto, el lugar más barato, el plato más abundante, porque, sea lo que fuere lo que tengas que hacer, has *de* pasar por delante de un tabas, y aunque haya una revolución, un lockout, o una cuarentena, Kepi ha de estar en el Moulin Rouge o en el Olympia o en el Ange Rouge, cuando empiece a sonar la música.

El otro día me trajo un libro para que lo leyera. Trataba de un famoso proceso entre un santón y el director de un periódico hindú. Al parecer, este último había acusado abiertamente al santón de llevar una vida escandalosa; llegó hasta el extremo de acusar al santón de tener una enfermedad. Kepi dice que debió de ser el mal francés, pero Nanantatee afirma que eran las purgaciones japonesas. Para Nanantatee todo tiene que ser un poco exagerado. En cualquier caso, Nanantatee dice alegremente: «¿Me haces el favor de contarme lo que dice, Endri? No puedo leerlo; me duele el brazo.» Luego, para animarme: «Es un libro muy bueno sobre la jodienda, Endri. Kepi lo ha traído para ti. No piensa en otra cosa que en las chavalas. Se tira a tantas chavalas... igual que Krishna. Nosotros no creemos en eso, Endri... »

Un poco después me lleva arriba, al desván, que está atestado de latas y de basura de la India envuelta en arpillera y papel de triquitraque. «Aquí es donde traigo a las chavalas», dice. Y después un poco melancólicamente: «No soy un buen follador, Endri. Ya no me las jodo. Las abrazo y les hablo. Ahora sólo me gusta hablarles.» No es necesario seguir escuchando: sé que va a hablarme de su brazo. Me lo imagino ahí tumbado con esa bisagra

Librodot

rota colgando del borde de la cama. Pero, para mi sorpresa, añade: «No soy bueno para follar, Endri. Nunca he sido un follador demasiado bueno. Mi hermano, ¡ése sí que es bueno! ¡Tres veces diarias, todos los días! Y Kepi, también ése es bueno... igual que Krishna.»

Ahora su pensamiento está abstraído por la «cuestión de la jodienda». Abajo, en el cuartito donde se arrodilla ante el aparador abierto, me explica lo que ocurría cuando era rico y su mujer y sus hijos estaban aquí. Los días de fiesta llevaba a su mujer a la Casa de las Naciones y alquilaba una habitación para la noche. Cada habitación estaba amueblada en un estilo diferente. A su mujer le gustaba mucho. «Un lugar maravilloso para follar, Endri. Conozco todas las habitaciones...»

Las paredes del cuartito en que estamos sentados están llenas de fotografías. Todas las ramas de la familia están representadas, es como una muestra representativa del imperio hindú. La mayoría de los miembros de su árbol genealógico parecen hojas marchitas: las mujeres son frágiles y tienen una expresión de sobresalto, de susto, en los ojos; los hombres tienen una mirada penetrante, inteligente, como chimpancés amaestrados. Están todos ahí, unos noventa, con sus bueyes blancos, sus tartas de excrementos, sus enjutas piernas, sus anticuadas gafas; de vez en cuando, se vislumbra en el fondo el suelo reseco, un frontón que se desmorona, un ídolo con los brazos torcidos, una especie de ciempiés humano. Hay algo tan fantástico, tan incongruente en esa galería, que no puede uno por menos de recordar la gran cantidad de templos que se extienden desde el Himalaya hasta el extremo de Ceilán, una vasta mezcolanza de arquitectura, de belleza asombrosa y al mismo tiempo monstruosa, horriblemente monstruosa porque la fecundidad que bulle y fermenta en las innumerables ramificaciones del diseño parece haber dejado exhausto el propio suelo de la India. Al contemplar el hirviente enjambre de figuras que pululan en las fachadas de los templos, se siente uno abrumado ante la potencia de esas gentes morenas y hermosas que mezclaron sus misteriosas corrientes en un abrazo sexual que ha durado treinta siglos o más. Esos hombres y mujeres frágiles y de ojos penetrantes que miran desde las fotografías parecen sombras demacradas de aquellas figuras viriles y sólidas que se encarnaron en piedra y frescos de un extremo a otro de la India para que los heroicos mitos de las razas que se entremezclaron permanecieran entrelazados para siempre en los corazones de sus compatriotas. Cuando miro, aunque sólo sea un fragmento de esos vastos sueños de piedra, esos edificios tambaleantes, estáticos, con incrustaciones de gemas, con esperma humano coagulado, me siento abrumado por el deslumbrante esplendor de esos vuelos imaginativos que permitieron a quinientos millones de personas de orígenes diversos encarnar así las expresiones más fugaces de su anhelo.

Es una mezcla extraña, inexplicable, de sentimientos la que me asalta ahora, mientras Nanantatee charla sobre la hermana que murió al dar a luz. Ahí está en la pared, una cosita frágil y tímida de doce o trece años cogida al brazo de un vejestorio. A la edad de diez años fue entregada en matrimonio a ese viejo libertino que ya había enterrado a cinco esposas. Tuvo siete hijos, de los cuales sólo uno la sobrevivió. Fue entregada a ese viejo gorila para conservar las perlas en 1_a familia. Según dice Nanantatec, mientras agonizaba susurró al doctor: «Estoy cansada de tanto follar... No quiero follar más, doctor.» Mientras me cuenta esto, se rasca la cabeza solemnemente con el brazo marchito. «La jodienda es un mal asunto -dice-. Pero te voy a enseñar una palabra que siempre te dará suerte; tienes que pronunciarla cada día, una y otra vez, un millón de veces has de repetirla. Es la mejor palabra que existe, Endri..., dila ahora... (UMAHARUMUMA! -UMARABU...

-No, Endri..., así..., ¡UMAHARUMUMA! -UMAMABUMBA...

-No, Endri..., así...

Pero, entre la luz sombría, la impresión defectuosa, la cubierta destrozada, la página desgarrada, los dedos torpes, las pulgas que bailaban el foxtrot, los piojos dormilones, la espuma en su boca, las lágrimas en sus ojos, el nudo en su garganta, la bebida de su jarra, el picor de su palma, el gemido de su resuello, la aflicción de su aliento, la confusión de su

cansado cerebro, el tic de su conciencia, la intensidad de su rabia, la efusión de su trasero, el fuego de su garganta, el cosquilleo de su cola, las ratas de su desván, el alboroto y el polvo de sus oídos, como tardó un mes en sacar ventaja, le resultaba difícil aprender de memoria más de una palabra por semana.

Supongo que nunca habría escapado de las garras de Nanantatee, si no hubiera intervenido el destino. Una noche quiso la suerte que Kepi me preguntara si quería llevar a uno de sus clientes a una casa de putas cercana. El joven acababa de llegar de la India y no tenía mucho dinero para gastar. Era uno de los seguidores de Gandhi, uno de los miembros del pequeño grupo que hizo la histórica marcha hasta el mar durante los disturbios de la sal. He de reconocer que era un discípulo de Gandhi muy alegre, a pesar de los votos de abstinencia que había hecho. Evidentemente, no había mirado a una mujer desde hacía una eternidad. No pude llevarlo más allá de la rue Laferrière; era como un perro con la lengua colgando. ¡Y, además, un diablillo afectado y vanidoso! Se había vestido con un traje de pana, una gorra, un bastón, una corbata Windsor; se había comprado dos estilográficas, una Kodak y ropa interior de fantasía. El dinero que estaba gastando era una donación de los comerciantes de Bombay; lo enviaban a Inglaterra para que difundiera el credo de Gandhi.

Una vez dentro de la casa de la señorita Hamilton, empezó a perder su *sang-froid.* Cuando de repente se vio rodeado por un corro de mujeres desnudas, me miró consternado. «Escoge una -le dije-. Puedes elegir la que más te guste.» Había quedado tan desconcertado, que apenas podía mirarlas. «Hazlo tú. por mí», murmuró, sonrojándose violentamente. Las examiné fríamente y escogí una puta joven y regordeta que parecía rellena de plumas. Nos sentamos en el recibidor y esperamos la bebida. La patrona preguntó por qué no cogía yo también una chica. «Sí, coge una tú también -dijo el joven hindú-. No quiero estar solo con ella.» Así, que trajeron otra vez a las chicas y escogí una para mí, una bastante alta, delgada, y de ojos melancólicos. Nos dejaron solos a los cuatro en el recibidor. Unos minutos después, mi joven Gandhi se inclina hacia mí y me susurra algo al oído. «Desde luego, si te gusta más, cógela», dije. Así que expliqué a las chicas con bastante torpeza y considerablemente turbado que nos gustaría cambiar de pareja. Al instante comprendí que habíamos dado un *f aux pas,* pero ya mi joven amigo se había puesto alegre y excitado y lo mejor era subir rápidamente y acabar de una vez.

Cogimos habitaciones contiguas y comunicadas por una puerta. Creo que mi compañero tenía intención de cambiar de pareja otra vez, después de que hubiera satisfecho el hambre intensa que le devoraba las entrañas. En cualquier caso, tan pronto como las chicas abandonaron la habitación para prepararse, le oí llamar a la puerta. «¿Dónde está el retrete, por favor?», me preguntó. Pensando que no era nada serio, le insté a que lo hiciera en el *bidet.* Vuelven las chicas con toallas en las manos. Le oigo reírse entrecortadamente en la habitación contigua.

Mientras me pongo los pantalones, oigo de repente una conmoción en la habitación de al lado. La chica está dando gritos y llamándole cerdo,

cerdo asqueroso. No puedo imaginar lo que ha hecho para merecer semejante explosión de ira. Me quedo parado, con un pie dentro del pantalón, escuchando atentamente. Está intentando darle explicaciones en inglés, levantando la voz cada vez más hasta que se convierte en un chillido.

Oigo un portazo y un momento después la patrona irrumpe en mi habitación, con la cara roja como un tomate, gesticulando violentamente con

los brazos. «¡Debería darle vergüenza! -grita-, ¡traer un hombre así a mi casa! ¡Es un bárbaro..., es un cerdo..., es un ...!» Mi compañero está detrás de ella, en la puerta, con expresión de sumo desconcierto en la cara. «¿Qué has hecho?», le pregunto.

-¿Que qué ha hecho? -grita la patrona-. Voy a enseñárselo... ¡Venga aquí! -y cogiéndome del brazo me arrastra hasta la habitación contigua-. ¡Mire! ¡Mire! -grita, señalando el *bidet.*

-Vamos, salgamos de aquí -dice el muchacho hindú.

-Espera un momento, no puedes irte así como así.

La patrona está parada junto al *bidet,* echando chispas. Las chicas están allí paradas también, con toallas en las manos. Los cinco estamos allí parados mirando el *bidet.* Dos enormes chorizos flotan en el agua. La patrona se inclina y lo cubre con una toalla.

-¡Espantoso! ¡Espantoso! -se lamenta-. ¡Nunca he visto una cosa igual! ¡Un cerdo! ¡Un cerdo asqueroso!

El muchacho hindú me mira con cara de reproche. «¡Deberías habérmelo dicho -dice-. No sabía que no iba a bajar. Te he preguntado dónde podía ir y tú me has dicho que usara eso.» Casi se le saltan las lágrimas.

Finalmente, la patrona me lleva aparte. Ahora se ha vuelto un poco más razonable. Al fin y al cabo, ha sido un error. Tal vez los caballeros quisieran bajar y pedir otra copa... para las chicas. Ha sido un gran susto para ellas. No están acostumbradas a cosas así. Y si los caballeros fueran tan amables como para acordarse de la *femme de chambre... No* es plato de gusto para la *femme de chambre...* esa porquería, esa asquerosa por[q]uería. Se encoge de hombros y guiña un ojo. Un incidente lamentable. Pero a fin de cuentas un accidente. Si los caballeros quieren esperar aquí unos instantes, la doncella traerá las copas. ¿Les gustaría a los caballeros tomar un champaña? ¿Sí?

-Me gustaría salir de aquí -dice el muchacho hindú con voz débil.

-No se preocupe tanto -dice la patrona-. Ya ha pasado. A veces se cometen errores. La próxima vez preguntará usted por el retrete -sigue hablando del retrete: uno en cada piso, al parecer. Y también un baño-. Tengo muchos clientes ingleses -dice-. Todos son unos caballeros. ¿El caballero es hindú? Gente encantadora, los hindúes. Tan inteligentes. Tan apuestos.

Cuando salimos a la calle, el encantador caballerete está a punto de llorar. Ahora se arrepiente de haber comprado un traje de pana y el bastón

y las estilográficas. Habla de los ocho votos que hizo, del control del paladar, etc. En la marcha hacia Dandi estaba prohibido tomar hasta un plato de helado. Me habla de la rueca..., de cómo el pequeño grupo de Satyagrahistas imitaba la devoción de su maestro. Cuenta con orgullo que caminó junto al maestro y conversó con él. Tengo la impresión de encontrarme ante uno de los doce discípulos.

Durante los días siguientes nos vimos mucho; había que concertar entrevistas con los periodistas y tenía que dar charlas a los hindúes de París. Resulta asombroso ver cómo se dan órdenes unos a otros esos diablillos sin carácter también resulta asombroso ver lo ineficaces que son en todo lo relativo a las cosas prácticas. Y los celos y las intrigas, las rivalidades mezquinas, sórdidas. Dondequiera que haya diez hindúes juntos, allí está la India con sus sectas y cismas, sus antagonismos raciales, lingüísticos, religiosos, políticos. En la persona de Gandhi están experimentando brevemente el milagro de la unidad, pero cuando desaparezca, se producirá un desplome, una recaída total en la rivalidad y el caos tan característicos del pueblo indio.

Naturalmente, el joven hindú es optimista. Ha estado en América y se le ha contagiado el idealismo barato de los americanos, se ha contagiado con las omnipresentes bañeras, las tiendas, los almacenes en que venden toda clase de chucherías, el alboroto, la eficacia, la maquinaria, los sueldos altos, las bibliotecas gratuitas, etc., etcétera. Su ideal sería americanizar la India. No le gusta en absoluto la manía retrógrada de Gandhi. *Adelante,* dice, como un miembro de la YMCA[3]. Mientras escucho lo que cuenta de América, comprendo lo absurdo que es esperar de Gandhi el milagro que desvíe el rumbo

[3] YMCA: Asociación de Jóvenes Cristianos.

del destino. El enemigo de la India no es Inglaterra, sino América. El enemigo de la India es el espíritu del tiempo, la manecilla que no se puede volver hacia atrás. Nada podrá contrapesar ese virus que está envenenando el mundo entero. América es la encarnación misma de la perdición. Va a arrastrar al mundo entero hasta el abismo sin fondo.

El cree que los americanos son bobos. Me habla de las almas crédulas que le ayudaron allí: los cuáqueros, los unitarios, los teósofos, los neopensadores, los adventistas del séptimo día, etc. Este joven despierto sabía dirigir su barco. Sabía cómo hacer que las lágrimas acudieran a sus ojos en el momento oportuno; sabía cómo organizar una colecta, cómo gustar a la esposa del pastor, cómo cortejar a la madre y a la hija al mismo tiempo. Al mirarlo, lo consideraríais un santo. Y es un santo, al estilo moderno; un santo contagiado que habla a la vez del amor, la hermandad, las bañeras, la higiene, la eficacia, etc.

La última noche de su estancia en París la dedica al «asunto de la jodienda». Ha tenido un día muy atareado: conferencias, cablegramas, entrevistas, fotografías para los periódicos, despedidas afectuosas, consejos a los fieles, etc., etc. A la hora de cenar decide olvidarse de sus preocupaciones. Pide champaña con la comida, da palmas para llamar al garçon y en general se comporta *como lo que* es: un campesino zafio. Y como se ha dado un hartazgo con todos los sitios elegantes, ahora sugiere que le enseñe algo más primitivo. Le gustaría ir a un sitio muy barato, y pedir dos o tres chicas a la vez. Lo llevo por el Boulevard de la Chapelle, advirtiéndole constantemente que tenga cuidado con la cartera. Por Aubervilliers nos metemos en un tugurio barato e inmediatamente tenemos un corro de ellas a nuestra disposición. Al cabo de unos minutos está bailando con una puta desnuda, una rubia enorme con arrugas en las mejillas. Veo el culo de ésta reflejado una docena de veces en los espejos que cubren las paredes... y esos dedos de él, obscenos y nudosos, que la agarran tenazmente. La mesa está llena de vasos de cerveza, la pianola está jadeando. Las chicas que no tienen cliente están sentadas plácidamente en los bancos de cuero, rascándose tranquilamente como una familia de chimpancés. Hay una especie de pandemónium mitigado en la atmósfera, una impresión de violencia reprimida, como si la explosión esperada requiriera el advenimiento de algún detalle completamente insignificante, algo microscópico, pero totalmente impremeditado, completamente inesperado. En esa especie de semiarrobamiento que te permite participar en un acontecimiento y, aun así, permanecer completamente aparte, el pequeño detalle que falta empezó oscura, pero insistentemente a coagularse, a adquirir una forma caprichosa y cristalina, como la escarcha que se acumula en el cristal de la ventana. Y como esos dibujos de la escarcha que parecen tan extraños, tan totalmente libres y fantásticos, pero que, aun así, están determinados por las más rígidas leyes, esa sensación que empezó a tomar forma en mi interior parecía obedecer también a leyes ineluctables. Todo mi ser respondía a los dictados de un ambiente que no había experimentado nunca; lo que podría llamar mi yo parecía contraerse, condensarse, escapar de los límites antiguos y habituales de la carne cuyo perímetro conocía sólo las modulaciones de las extremidades nerviosas.

Y cuanto más substancial, más sólido se volvía mi centro, más delicada y extravagante aparecía la realidad inmediata, palpable, de la que iba quedando separado. En la misma medida en que me volvía cada vez más metálico, la escena que se producía ante mis ojos iba adquiriendo mayor amplitud. La tensión era ya tan intensa, que la introducción de una sola partícula extraña, aunque fuera una partícula microscópica, como digo, habría hecho añicos todo. Por una fracción de segundo quizá, experimenté esa claridad total que, según dicen, el epiléptico tiene el privilegio de conocer. En aquel momento perdí completamente la ilusión del tiempo y del espacio: el mundo desplegó su drama simultáneamente a lo largo de un meridiano sin eje. En aquella especie de eternidad pendiente de un hilo sentí que todo estaba justificado, supremamente justificado; sentí mis guerras interiores, que habían dejado esa pulpa y esos despojos; sentí los crímenes que bullían allí para surgir mañana en titulares sensacionales; sentí la miseria que estaba moliéndose a sí misma con almirez y mortero, la larga y triste miseria que se derrama gota a gota en pañuelos sucios. En el meridiano del tiempo no hay injusticia: sólo hay la poesía del movimiento que crea la ilusión de la verdad y del drama. Si en cualquier

momento y en cualquier parte se encuentra uno cara a cara con lo absoluto, 1_a gran simpatía que hace parecer divinos a hombres como Gautama y Jesús se enfría y se desvanece; lo monstruoso no es que los hombres hayan creado rosas a partir de ese estercolero, sino que, por la razón que sea, *deseen* rosas... Por una razón u otra, el hombre busca el milagro y para lograrlo es capaz de abrirse paso entre la sangre. Es capaz de corromperse con ideas, de reducirse á una sombra, si por un solo segundo de su vida puede cerrar los ojos ante la horrible fealdad de la realidad. Todo se soporta --ignominia, humillación, pobreza, guerra, crimen, *ennui*- gracias al convencimiento de que de la noche a la mañana algo ocurrirá, un milagro, que vuelva la vida tolerable. Y mientras tanto un contador está corriendo en su interior y no hay mano que pueda llegar hasta él para detenerlo. Mientras tanto alguien está comiendo el pan de la vida y bebiendo el vino, un sacerdote sucio y gordo como una cucaracha que se esconde en el sótano para zampárselo, mientras arriba, a la luz de la calle, una hostia fantasma toca los labios y la sangre está pálida como el agua. Y de ese tormento y miseria eternos no resulta ningún milagro, ni un vestigio microscópico de milagro. Sólo ideas, ideas pálidas, atenuadas, que hay que cebar mediante la matanza; ideas que brotan como bilis, como las tripas de un cerdo, cuando lo abren en canal.

Y, por eso, pienso en el milagro que sería que ese milagro que el hombre espera eternamente resultara no ser sino esos dos enormes chorizos que el fiel discípulo soltó en el *bidet. ¿Y* si en el último momento, cuando la mesa del banquete esté puesta y resuenen los címbalos, apareciera de repente, y sin aviso alguno, una fuente de plata en la que hasta los ciegos pudiesen ver que no hay ni más ni menos que dos enormes chorizos de mierda? Creo que eso sería más milagroso que cualquier cosa que el hombre haya' esperado. Sería milagroso porque no se habría soñado. Sería más milagroso que hasta el sueño más descabellado porque *cualquiera* podría imaginar esa posibilidad, pero nadie lo ha hecho nunca, y probablemente nadie lo hará jamás.

En cierto modo la comprensión de que no había nada que esperar tuvo un efecto saludable para mí. Durante semanas y meses, durante años, durante toda mi vida, de hecho, había estado esperando que algo ocurriera, algún acontecimiento intrínseco que transformase mi vida, y en aquel momento, inspirado por la desesperanza de todo, me sentí aliviado, sentí como si me hubieran quitado un gran peso de encima. Al amanecer me separé del joven hindú, después de haberle sacado unos francos, los suficientes para pagar una habitación. Mientras caminaba hacia Montparnasse, decidí dejarme llevar por la corriente, no oponer la menor resistencia al destino, como quiera que se presentase. Nada de lo que me había ocurrido hasta entonces había bastado para destruirme; nada había quedado destruido, salvo mis ilusiones. Personalmente estaba intacto. El mundo estaba intacto. Mañana podría haber una revolución, una peste, un terremoto; mañana podría no quedar ni un alma a la que recurrir en busca de compasión, de ayuda, de fe. Me parecía que la gran calamidad ya se había manifestado, que no podía estar más auténticamente solo que en aquel preciso momento. Tomé la determinación de no aferrarme a nada, de no esperar nada, de vivir en adelante como un animal, como un depredador, un pirata, un saqueador. Aun cuando se declarara la guerra, y me tocase ir, agarraría la bayoneta y la hundiría, la hundiría hasta el puño. Y si la orden del día era violar, en ese caso violaría y con furia. En aquel preciso momento, en el tranquilo amanecer de un nuevo día, ¿acaso no estaba la tierra aturdida por el crimen y la miseria? ¿Acaso había resultado transformado un solo elemento de la naturaleza, transformado vital, fundamentalmente, por la marcha incesante de la historia? Pura y simplemente, el hombre se ha visto traicionado por lo que llama la parte mejor de su naturaleza. En los límites extremos de su ser espiritual, el hombre se ha vuelto a encontrar desnudo como un salvaje. Cuando encuentra a Dios, por decirlo así, ha quedado despojado: es un esqueleto. Hay que excavar de nuevo en la vida para echar carne. El verbo ha de hacerse carne; el alma está sedienta. Me abalanzaré sobre cualquier migaja en que clave los ojos y la devoraré. Si vivir es lo supremo, entonces viviré, aun cuando deba volverme un caníbal. Hasta ahora he procurado salvar mi preciosa piel, he procurado preservar los pocos pedazos de carne que me cubren

Librodot

los huesos. Eso se acabó. He llegado al límite de la resistencia. Estoy de espaldas contra la pared; no puedo retroceder más. Por lo que se refiere a la historia, estoy muerto. Si hay algo más allá, tendré que reaccionar. He encontrado a Dios, pero no es suficiente. Sólo estoy muerto espiritualmente. Físicamente estoy vivo. Moralmente soy libre. El mundo que he abandonado es una casa de fieras. El amanecer se alza sobre un mundo nuevo, una jungla en que vagan espíritus flacos y con garras aguzadas. Si soy una hiena, soy una hiena flaca y hambrienta: salgo de caza para engordar.

Librodot

A la una y media fui a ver a Van Norden, como habíamos quedado. Me había avisado de que, si no respondía, querría decir que estaba durmiendo con alguien, probablemente con su gachí de Georgia.

El caso es que allí estaba, cómodamente arrebujado, pero con su aspecto de cansancio habitual. Se despierta maldiciéndose, o maldiciendo su trabajo, o maldiciendo la vida. Se despierta totalmente aburrido y frustrado, disgustado de pensar que no ha muerto durante la noche.

Me siento junto a la ventana y lo animo todo lo que puedo. Es una tarea tediosa. La verdad es que hay que engatusarlo para que salga de la cama. Por la mañana -para él la mañana va de la una a las cinco de la tarde-, por la mañana, como digo, se entrega a los ensueños. Sobre todo, sueña con el pasado. Con sus «gachís». Se esfuerza por recordar lo que sentían, lo que decían en determinados momentos críticos, dónde se las tiraba, etcétera. Mientras está ahí echado, sonriendo y maldiciendo, mueve los dedos de ese modo suyo, tan curioso y aburrido, como para dar la impresión de que su hastío es demasiado intenso para expresarlo en palabras. Sobre la cama cuelga un irrigador que guarda para los casos de urgencia: para las *vírgenes* a las que persigue como un sabueso. Incluso después de haberse acostado con una de esas criaturas míticas, sigue llamándola virgen, y casi nunca por su nombre. «Mi virgen», dice, igual que dice «mi gachí de Georgia». Cuando va al retrete dice: «Si viene mi gachí de Georgia, dile que espere. Dile que te lo he dicho yo. Y, oye, puedes tirártela, si quieres. Ya estoy cansado de ella.»

Mira a ver qué tal día hace y suspira profundamente. Si está lloviendo, dice: «¡Maldito sea este clima cabrón! ¡Le pone a uno enfermo!»

Y si brilla un sol espléndido, dice: «¡Maldito sea este sol cabrón! ¡Le deja a uno ciego!» Cuando empieza a afeitarse, recuerda de repente que no hay ninguna toalla limpia. «¡Maldito sea este hotel de mierda! ¡Son demasiado tacaños para darte una toalla limpia cada día! » Haga lo que haga o vaya adonde vaya, todo le parece mal. Si no es el país de mierda, es el trabajo de mierda, o es una gachí que lo ha dejado fuera de combate, la muy puta.

-Tengo todos los dientes podridos -dice, mientras hace gárgaras-. Es esta mierda de pan que te dan a comer aquí -abre la boca lo más posible y se baja el labio inferior-. ¿Ves? Tuve que sacarme seis ayer. Pronto voy a necesitar otra dentadura postiza. Es lo que se saca de trabajar para vivir. Cuando hacía el vago, tenía todos los dientes, y los ojos vivos y claros. ¡Mírame ahora! Es un milagro que todavía pueda ligarme a una tía. ¡Hostias! Lo que me gustaría encontrar es una gachí rica..., como ese capullo listillo de Carl. ¿Te ha enseñado alguna vez las cartas que le envía? ¿Sabes quién es? No me quiere decir su nombre, el cabrón... tiene miedo de que se la quite -vuelve a hacer gárgaras y después se queda un rato mirando los agujeros de las encías-. Tú tienes suerte -dice desconsoladamente-. Tú por lo menos tienes amigos. Yo no tengo a nadie, salvo ese capullo listilla que me vuelve loco con su gachí rica.

»Oye -dice-, ¿conoces por casualidad a una tía que se llama Norma? Anda todo el día por el Dôme. Creo que es tortillera. Ayer la tuve aquí y le estuve haciendo cosquillas en el culo. No me dejó hacer nada. La tuve en la cama..., hasta le quité las bragas... y después me dio asco. ¡La hostia! Ya no puedo soportar eso de tener que forcejear así. No vale la pena. O tragan o no tragan: es absurdo perder el tiempo luchando con ellas. Mientras forcejeas con una mala puta como ésa, puede haber una docena de tías en la *terrasse* muertas de ganas de que se las cepillen. Es la pura verdad. Todas vienen aquí para que se las tiren. Creen que aquí todo es vicio... ¡las muy *cretinas!* Algunas de esas maestras procedentes del Oeste, de verdad que son vírgenes... ¡En serio! Se pasan el día con el culo pegado a la silla pensando en eso. No necesitas trabajarlas demasiado. Se mueren de ganas. El otro día me ligué a una mujer casada que me dijo que hacía seis meses que no follaba. ¿Te imaginas? ¡La hostia, qué cachonda estaba! Creía que me iba a arrancar la picha. Y no paraba de gemir. «¿Y *tú?* ¿Y tú?» No dejaba de repetirlo, como si estuviera chiflada. ¿Y sabes lo que quería, la muy puta? Quería venir aquí. ¡Tú fíjate! Me preguntaba si la amaba. Y yo ni siquiera sabía cómo se llamaba. Nunca sé cómo se llaman... No quiero saberlo.

¡Las casadas! ¡Joder! Si vieras todas las tías casadas que traigo aquí, perderías para siempre las ilusiones. Son peores que las vírgenes, las casadas. No esperan a que tomes la iniciativa: te la sacan ellas mismas. Y luego hablan de amor. Es repugnante. !Te aseguro que estoy empezando a odiar a las tías!

Vuelve a mirar por la ventana. Está lloviznande. Ha estado lloviendo así durante los cinco últimos días.

-¿Vamos al Dôme, Joe? -le llamo Joe porque él me llama Joe. Cuando Carl está con nosotros, también es Joe. Todo el mundo es Joe por

que así es más fácil. También es una advertencia agradable de que no debes tomarte a ti mismo demasiado en serio. El caso es que Joe no quiere ir al Dôme: debe demasiado dinero allí. Quiere ir a la Coupole. Primero quiere dar la vuelta a la manzana paseando-. Pero está lloviendo, Joe.

-Ya lo sé, pero, ¡qué cojones importa! Tengo que dar mi paseo para mantenerme en forma. Tengo que limpiarme la porquería de la tripa.

Cuando dice eso, tengo la impresión de que el mundo entero está enrollado ahí, dentro de su barriga, y que está pudriéndose en ella.

Mientras se viste, vuelve a caer en un estado semicomatoso. Se queda parado con un brazo en la manga de la chaqueta y el sombrero de través y empieza a soñar en voz alta: con la Riviera, con el sol, con pasar la vida holgazaneando. «Lo único que pido a la vida -dice- son unos cuantos libros, unos cuantos sueños, unas cuantas gachís.» Mientras masculla esas palabras, meditabundo, me mira con la sonrisa más dulce y más insidiosa. «¿Te gusta esta sonrisa?», dice. Y después, hastiado: «¡Joder, si por lo menos pudiera encontrar una gachí rica para sonreírle así!»

-Sólo una gachí rica puede salvarme ahora -dice, con aspecto de fastidio absoluto-. Acaba uno cansándose de perseguir a tías nuevas sin cesar. Llega a ser algo maquinal. Lo malo es que no puedo enamorarme, ¿sabes? Soy demasiado egoísta. Las mujeres sólo me ayudan a soñar, y nada más. Es un vicio, como la bebida o el opio. Tengo que tirarme una nueva cada día; si no, me pongo enfermo. Pienso demasiado. A veces me sorprende lo rápido que lo consigo... y lo poco que significa. Lo hago automáticamente. A veces no estoy pensando en una mujer lo más mínimo, pero de repente noto que una mujer me está mirando y entonces, ¡zas!, vuelta a empezar. Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, ya la tengo aquí arriba en la habitación. Ni siquiera recuerdo lo que les digo. Las subo aquí, les doy un azotito en el culo, y antes de saber de qué se trata, se ha acabado. Es como un sueño... ¿Entiendes lo que quiero decir?

No le gustan demasiado las chicas francesas. No las puede soportar. «® quieren dinero o quieren que te cases con ellas. En el fondo son todas unas putas. Prefiero forcejear con una virgen -dice-. Te dan un poco de ilusión. Por lo menos, ofrecen resistencia.» Aun así, cuando echamos un vistazo a la *terrasse,* apenas hay una puta a la vista con la que no haya follado en una u otra ocasión. De pie, ante la barra, me las señala, una por una, las repasa automáticamente, describe sus puntos buenos y los malos. «Todas son frígidas», dice. Y entonces empieza a restregarse las manos, pensando en las vírgenes bonitas y sabrosas que se mueren de ganas.

En medio de sus ensueños, se detiene de repente, y cogiéndome del brazo muy excitado, señala a una mujer como una ballena que en ese momento está dejándose caer en un asiento. «Ahí está mi gachí danesa -gruñe-. ¿Ves ese culo? *Danés.* ¡Cuánto le gusta el asunto a esa mujer! Sencillamente, me lo suplica. Ven aquí..., mírala ahora, de lado. Mira ese culo, hazme el favor. Es enorme. Te aseguro que, cuando se me sube encima, apenas puedo abarcarlo con los brazos. Tapa el mundo entero. Me hace sentir como una pequeña chinche que se arrastra por su interior. No sé por qué me gusta tanto..., supongo que por ese culo. Es tan incongruente. ¡Y los pliegues que tiene! No puedes olvidar un culo así. Es una realidad... es una realidad sólida. Las otras, pueden aburrirte o pueden darte ilusión por un momento, pero ésta... ¡con su culo...! ¡hostias!, no puedes olvidarla... es como irse a la cama con un monumento encima.»

La gachí danesa parece haberlo electrizado. Ahora ha desaparecido toda su indolencia. Los ojos se le salen de las órbitas. Y, naturalmente, una cosa le recuerda otra. Quiere largarse de esa mierda de hotel porque le molesta el ruido. También quiere escribir un libro para tener algo en que ocupar la mente. Pero entonces el maldito trabajo se convierte en un obstáculo. «¡Esa mierda de trabajo te agota! No quiero escribir sobre Montparnasse... Quiero escribir mi vida, mis pensamientos. Quiero limpiarme la porquería de la barriga... ¡Oye, fíjate en ésa de ahí! Me la tiré hace mucho tiempo. Solía andar por los alrededores de Les Halles. Una tía curiosa. Se tumbaba en el borde de la cama y se levantaba el vestido. ¿Lo has probado alguna vez así? No está mal. Tampoco me metía prisa. Se limitaba a tumbarse y a jugar con su sombrero, mientras la pasaba por la piedra. Y cuando me había corrido, decía como si estuviera aburrida: "¿Has terminado?" Como si le diera igual. Desde luego, da igual, de sobra lo sé, ¡qué leche...!, pero aquella sangre fría que mostraba... me gustaba en cierto modo... era fascinante, ¿sabes? Cuando iba a lavarse, se ponía a cantar. Al salir del hotel, seguía cantando. ¡Ni siquiera decía Au revoir! Se marchaba haciendo girar el sombrero y canturreando bajito. ¡Eso sí que es una puta! Un buen polvo, de todos modos. Creo que me gustaba más que mi virgen. Hay algo de depravación en joderse a una mujer a la que le importa tres cojones. Te enciende la sangre... » Y luego, después de un momento de reflexión: «¿Te imaginas cómo sería, si tuviera el más mínimo sentimiento?»

-Oye -dice-, quiero que vengas al club conmigo mañana por la tarde: hay un baile. - Mañana no puedo, Joe. Prometí a Carl que le ayudaría...

-Oye, ¡olvida a ese capullo! Quiero que me hagas un favor. Es lo siguiente -empieza a restregarse las manos otra vez-. Tengo un ligue con una tía... ha prometido pasar conmigo la noche que libro. Pero todavía no la tengo segura. Tiene a su madre, ¿comprendes...? Una mierda de pintora que me da la lata siempre que la veo. Creo que lo que ocurre es que la madre está celosa. No creo que le importase mucho que le echara un polvo primero a ella. Ya sabes cómo son estas cosas... El caso es que he pensado que no te importaría tirarte a la madre... no está tan mal... si no hubiera visto a la hija, yo mismo no la habría despreciado. La hija es bonita y joven, fresca, ¿entiendes lo que quiero decir? Huele a limpio...

-Oye, Joe, es mejor que te busques a otro... -¡Hombre, no te lo tomes así! Comprendo tu postura, pero sólo es un pequeño favor lo que te pido. No sé cómo librarme de la vieja. Al principio pensé en emborracharme y darle esquinazo..., pero no creo que a la joven le gustara eso. Son sentimentales. Proceden de Minnesota o algún sitio así. De todos modos, ven mañana a despertarme, ¿quieres? Si no, se me pegarán las sábanas. Y además, quiero que me ayudes a encontrar una habitación. Ya sabes que soy un inútil. Encuéntrame una habitación en una calle tranquila, por aquí cerca. Tengo que quedarme por aquí..., aquí me .fían. Oye, prométeme que lo harás por mí. Te invitaré a comer de vez en cuando. De todos modos, vente por aquí, porque me vuelvo loco hablando con estas tías estúpidas. Quiero hablar contigo de Havelock Ellis. ¡Joder! Hace tres semanas que saqué el libro y todavía no le he echado una ojeada. Se pudre uno aquí. ¿Quieres creer que todavía no he estado nunca en el Louvre... ni en la Comédie Française? ¿Vale la pena ir a esos sitios? En cualquier caso, supongo que te distrae en cierto modo. ¿Qué haces tú todo el día? ¿No te aburres? ¿Cómo te las arreglas para echar un polvo? Oye... ¡ven aquí! No te vayas todavía... me siento solo. ¿Sabes lo que te digo? Si esto sigue así un año más, me voy a volver loco. Tengo que salir de este país de los cojones. Aquí no hay nada para mí. Ya sé que la cosa está fea en América, pero aun así... Aquí acabas chiflado... todos esos mierdas con el culo pegado a la silla todo el día fanfarroneando sobre su obra y ninguno de ellos vale un puñetero real. Son todos unos fracasados... por eso vienen aquí. Oye, Joe, ¿nunca sientes nostalgia de tu tierra? Eres un tipo curioso... parece que te gusta este país. ¿Qué le ves?... Me gustaría que me lo dijeras. Deseo con toda el alma dejar de pensar en mí mismo. Estoy completamente retorcido por dentro... es como si tuviese un nudo ahí... Oye, sé que te estoy aburriendo mortalmente, pero tengo que hablar con alguien. No puedo hablar con esos tipos del piso de arriba... ya sabes cómo son esos chorras... sólo piensan en ver su

nombre en letras de molde. Y Carl, ese capullo, es tan tremendamente egoísta. Yo soy un egotista, pero no soy egoísta. No es lo mismo. Supongo que soy un neurótico. No puedo dejar de pensar en mí mismo. No es que me considere tan importante... sencillamente, no puedo pensar en otra cosa, eso es todo. Si pudiese enamorarme de una mujer, quizá me sentaría bien. Pero no puedo encontrar a una mujer que me interese. Como ves, estoy hecho un lío. ¿Qué me aconsejas que haga? ¿Qué harías tú en mi lugar? Oye, no quiero retenerte por más tiempo, pero despiértame mañana... a la una y media... hazme el favor. Te daré algo más, si me lustras los zapatos. Y, oye, si tienes una camisa limpia de sobra, traétela, haz el favor. ¡Vaya una mierda! Me estoy dejando los cojones en este trabajo, y ni siquiera me da para una camisa limpia. Nos tratan como a negros aquí. ¡Bueno, a la mierda! Voy a dar un paseo... a limpiarme la porquería de la barriga. No lo olvides, ¡mañana!

Librodot

Hace seis meses o más que dura esta correspondencia con la gachí rica, Irene. Ultimamente he ido a ver a Carl cada día para poner fin a este asunto, porque, por lo que a Irene respecta, podría continuar indefinidamente. En los últimos días, el intercambio de cartas ha sido una auténtica avalancha; la última carta que enviamos tenía casi cuarenta páginas de larga, y estaba escrita en tres lenguas. Era un popurrí la última carta: pasajes de novelas antiguas, fragmentos del suplemento dominical, versiones reconstruidas de antiguas cartas a Llona y a Tania, transcripciones deformadas de Rabelais, de Petronio: en resumen, nos agotamos. Finalmente, Irene decide salir de su concha. Por fin llega una carta en la que nos da una cita en su hotel. Carl se mea en los pantalones. Una cosa es escribir cartas a una mujer que no conoces; y otra cosa muy distinta es ir a visitarla y hacer el amor con ella. En el último instante está temblando, con lo que creo que voy a tener que sustituirlo. Cuando salimos del taxi frente al hotel, está temblando tanto, que tengo que llevarlo primero a dar una vuelta a la manzana. Ya se ha tomado dos pernods, pero no le han hecho el más mínimo efecto. La simple visión del hotel es suficiente para dejarlo anonadado: es un lugar pretencioso con uno de esos enormes vestíbulos vacíos en que las inglesas se sientan durante horas con mirada inexpresiva. Para asegurarme de que no saldría corriendo, me quedé a su lado mientras el conserje telefoneaba para anunciarlo. Irene estaba esperándolo. Al entrar en el ascensor, me echó una última mirada desesperada, una de esas súplicas silenciosas que hace un perro, cuando le ponen el dogal al cuello. Al pasar por la puerta giratoria, pensé en Van Norden...

Vuelvo al hotel y espero una llamada de teléfono. Sólo dispone de una hora y ha prometido llamarme para comunicarme los resultados antes de irse a trabajar. Examino las copias de las cartas que le enviamos. Intento imaginarme la situación tal como es en realidad, pero no lo consigo. Sus cartas son mucho mejores que las nuestras: son sinceras, de eso no hay duda. A estas horas ya se deben de haber formado un juicio el uno del otro. Me pregunto si estará todavía meándose en los pantalones.

Suena el teléfono. Su voz suena extraña, chillona, como si estuviera asustado y alborozado a un tiempo. Me pide que le sustituya en la oficina. «¡Cuéntale lo que quieras a ese cabrón! Dile que me estoy muriendo... »

-Oye, Carl... ¿Puedes decirme...?

-¡Hola! ¿Es usted Henry Miller? -Es una voz de mujer. Es Irene. Me está diciendo hola. Su voz suena preciosa por teléfono... preciosa. Por un momento siento auténtico pánico. No sé qué decirle. Me gustaría decirle: «Oiga, Irene, creo que es usted hermosa... Creo que es usted maravillosa.» Me gustaría decirle algo que fuera cierto, por ridículo que fuese, porque, ahora que he oído su voz, todo ha cambiado. Pero, antes de poder serenarme, Carl vuelve a estar al aparato y me está diciendo con esa extraña voz chillona: «Le gustas, Joe. Le he contado todo lo relativo a ti...»

En la oficina tengo que ayudar a corregir a Van Norden. Cuando llega la hora del descanso, me lleva aparte. Tiene aspecto triste y desolado.

-¡Conque está muriéndose ese capullo! ¡Dime la verdad!

-Creo que ha ido a ver a su gachí rica -respondo con calma.

-¿Cómo? ¿Quieres decir que ha ido a visitarla? -parece fuera de sí-. Oye, ¿dónde vive?

-¿Cómo se llama? -finjo ignorarlo-. Oye -dice-, tú eres un tipo decente. ¿Por qué cojones no me dejas participar en este negocio?

Para calmarlo, acabo prometiéndole que le contaré todo en cuanto Carl me explique los detalles. Yo también me muero de impaciencia por ver a Carl.

El día siguiente hacia el mediodía llamo a su puerta. Ya se ha levantado y está enjabonándose la barba. No puedo deducir nada de la expresión de su cara. Ni siquiera

puedo deducir si me va a decir la verdad. El sol entra a raudales a través de la ventana abierta, los pájaros están gorjeando, y, sin embargo, no sé por qué, la habitación parece más desnuda y más miserable que nunca. El suelo está embadurnado de espuma, y en el perchero están las dos toallas sucias que nunca cambian. Y Carl tampoco ha cambiado, y eso me asombra más que nada. Esta mañana el mundo entero tendría que haber cambiado, para bien o para mal, pero debería haber cambiado, radicalmente. Y, sin embargo, Carl está ahí de pie enjabonándose la cara y ni un solo detalle se ha transformado.

-Siéntate... siéntate ahí, en la cama -dice-. Vas a enterarte de todo..., pero primero espera... espera un poco. -Empieza a jabonarse la cara otra vez, y después a afilar su navaja de afeitar. Incluso hace un comentario sobre el agua-. Otra vez sin agua caliente.

-Oye, Carl, estoy en ascuas. Puedes torturarme después, si quieres, pero ahora cuenta, cuéntame algo... ¿fue bien o mal?

Se vuelve con la brocha en la mano y me sonríe de forma extraña. «¡Espera! Te lo voy a contar todo... »

-Eso quiere decir que fue un fracaso.

-No -dice, arrastrando las palabras-. No fue un fracaso, ni tampoco un éxito... Por cierto, ¿arreglaste lo de la oficina? ¿Qué les dijiste?

Veo que es inútil intentar tirarle de la lengua. Cuando le dé la gana, me lo dirá. Antes, no. Me echo en la cama, silencioso como un muerto. El sigue afeitándose.

De repente, sin que venga a cuento, empieza a hablar: inconexamente, al principio, y después cada vez más clara, enfática, resueltamente. Está luchando para soltarlo, pero parece decidido a contarlo todo; se conduce como quien se arranca algo de la conciencia. Me recuerda incluso la mirada que me echó, mientras subía por el hueco del ascensor. Lo comenta morosamente, como para dar a entender que todo iba contenido en aquel último instante, y que, si hubiera tenido poder para alterar las cosas, nunca habría puesto el pie fuera del ascensor.

Irene estaba en bata, cuando él llegó. Había un cubo de champaña en el tocador. La habitación estaba bastante oscura y su voz era encantadora. Me da todos los detalles sobre la habitación, el champaña, cómo abrió el garçon la botella, el ruido que hizo, la forma como crujió su bata cuando se adelantó para recibirlo... me cuenta todo menos lo que quiero saber.

Era sobre las ocho, cuando llegó. A las ocho y media estaba nervioso pensando en el trabajo. «Era sobre las nueve cuando te llamé, ¿verdad?», dice.

-Sí, más o menos.

-Estaba nervioso, ¿sabes?

-Ya lo sé. Sigue...

No sé si creerle o no, especialmente después de aquellas cartas que inventamos. Ni siquiera sé si le he oído bien, porque lo que me está contando parece absolutamente fantástico. Y, sin embargo, también parece cierto, conociendo la clase de persona que es. Y después recuerdo su voz por el teléfono, aquella extraña mezcla de espanto y alborozo. Pero ¿por qué no está más jubiloso ahora? No deja de sonreír un momento, como una pequeña chinche rosada que se ha dado un atracón. «Eran las nueve -repite una vez más- cuando te llamé, ¿verdad?» Asiento con la cabeza, cansado. Sí, eran las nueve. Ahora está seguro de que eran las nueve porque recuerda que miró el reloj. El caso es que, cuando volvió a mirar el reloj, eran las diez. A las diez ella estaba tumbada en el diván con las tetas en la mano. Así es como me lo presenta: con cuentagotas. A las once, ya estaba todo decidido; se iban a escapar a Borneo. ¡Que se jodiera el marido! De todos modos, nunca lo había amado. Nunca habría escrito la primera carta, si el marido no hubiese sido viejo y desapasionado. «Y entonces va y me dice: "Pero, oye, querido, ¿cómo sabes que no te vas a cansar de mí?"»

Al oír eso, me echo a reír. Me parece ridículo, no puedo evitarlo.

-¿Y tú qué dijiste?

-¿Qué esperabas que dijera? Dije: «¿Cómo podría nadie llegar a cansarse de ti?»

Y luego me describe lo que ocurrió después de eso, cómo se inclinó y le besó los senos, y, después de habérselos besado ardientemente, se los volvió a meter en el corpiño, o como se llamen esas cosas. Y, después de eso, otra coupe de champaña.

Hacia medianoche llega el garçon con cerveza y emparedados: emperedados de caviar. Y durante todo el rato, según dice, ha estado meándose vivo. Tuvo una erección, pero se le pasó. Todo el rato con la vejiga a punto de reventar, pero se imagina, el muy capullo, que la situación requiere delicadeza.

A la una y media ella quiere alquilar un coche y dar un paseo por el Bois. El sólo piensa en orinar. «Te quiero..., te adoro -dice-. Iré adonde digas: Estambul, Singapur, Honolulú. Pero ahora tengo que irme... se está haciendo tarde.»

Me cuenta todo eso en su diminuta y sucia habitación, con el sol que entra a raudales y los pájaros que gorjean como locos. Todavía no sé si era guapa o no. Ni siquiera él lo sabe, el imbécil. Más bien cree que no. La habitación estaba oscura y además estaba el champaña y tenía los nervios deshechos.

-Pero tienes que saber algo de ella... ¡Si es que todo esto no es un cochino embuste! -Espera un momento -dice-. Espera... ¡déjame pensar! No, no era guapa. Ahora estoy seguro de eso. Tenía un mechón de pelo gris sobre la frente... recuerdo eso. Pero eso no sería tan malo... como ves, casi lo había olvidado. No, lo malo eran sus brazos... eran flacos... eran flacos y frágiles -empieza a pasearse de un extremo a otro de la habitación. De pronto, se detiene en seco-. ¡Si por lo menos tuviera diez años menos! -exclama-. Si tuviera diez años menos, podría olvidar el mechón de pelo gris... y hasta los frágiles brazos. Pero es demasiado vieja. Mira, con una tía como ésa, ahora cada año cuenta. El año que viene no será simplemente un año mayor: será diez años mayor. Otro año más, y será veinte años más vieja. Y yo voy a parecer cada vez más joven... por lo menos durante otros cinco años...

-Pero ¿cómo acabó? -le interrumpo.

-Esa es la cosa... que no acabó. Prometí ir a verla el martes hacia las cinco. Eso es lo malo, ¿comprendes? Tenía arrugas en la cara que de día se notarán más. Supongo que quiere que me la joda el martes. Follar de día... no es algo que se haga con una tía como ésa. Especialmente en un hotel así. Preferiría hacerlo la noche que libro..., pero el martes no es la noche que libro.

Y eso no es todo. Le prometí una carta entretanto. ¿Cómo voy a escribirle una carta ahora? No tengo nada que decir... ¡Vaya una mierda! Si por lo menos fuera diez años más joven. ¿Crees que debería ir con ella... a Borneo o adonde quiera llevarme? ¿Qué haría con una tía rica corno ésa a mi disposición? No sé disparar. Me dan miedo los rifles y todas esas cosas. Además, querrá que me la folle noche y día... nada más que cazar y follar todo el tiempo... No puedo hacerlo!

-Puede que no sea tan malo como crees. Te comprará corbatas y toda clase de cosas... -Quizá podrías venir con nosotros, ¿eh? Le conté todo lo referente a ti...

-¿Le dijiste que soy pobre? ¿Le dijiste que estoy muy necesitado?

-Le conté todo. ¡Qué mierda! Todo sería magnífico, si fuera unos añitos más joven. Dijo que andaba por los cuarenta. Eso quiere decir cincuenta o sesenta. Es como joderte a tu propia madre... no puedes hacerlo... es imposible.

-Pero debía de tener algún atractivo... has dicho que le besaste los senos.

-Le besé los senos... ¿y qué? Además, ya te digo que estaba oscuro.

Al ponerse los pantalones se le cae un botón. «Mira, ¿ves? Se está cayendo en pedazos, el maldito traje. Lo he llevado durante siete años... y tampoco llegué a pagarlo. En tiempos era un buen traje, pero ahora está hecho una mierda. Y esa tía me compraría trajes también, todo lo que quisiera seguramente. Pero eso es lo que no me gusta, tener una mujer que apoquine por mí. Nunca he hecho eso en mi vida. Esa es tu idea. Yo prefiero vivir solo. ¡Qué leche! Esta es una buena habitación, ¿verdad? ¿Qué tiene de malo? Tiene

mejor aspecto que su habitación, ¿no crees? No me gusta su elegante hotel. Estoy en contra de semejantes hoteles. Así se lo dije. Ella dijo que le daba igual vivir en un sitio o en otro... dijo que vendría a vivir conmigo, si yo se lo pedía. ¿Te la imaginas mudándose aquí con sus enormes baúles y sus cajas de sombreros y toda la basura que lleva consigo? Tiene demasiadas cosas: demasiados vestidos y frascos y qué sé yo. Es como una clínica su habitación. Si se hace un arañazo de nada en el dedo, es grave. Y además necesita que le den masajes y que le ricen el pelo y no puede comer esto y no puede comer lo otro. Oye, Joe, no estaría mal esa tía, si fuera un poquito más joven. A una gachí joven le puedes perdonar cualquier cosa. Una gachí no tiene que ser inteligente. Pero una tía vieja, aunque tenga talento, aunque sea la mujer más encantadora del mundo, da igual. Una gachí joven es una inversión; una vieja es una pérdida total. Lo único que puede hacer por ti es comprarte cosas. Pero no por ello serán sus brazos más gruesos ni tendrá más jugo entre las piernas. No está mal, Irene. De hecho, creo que te gustaría. Tu caso es diferente. No tienes que jodértela. Puedes permitirte el lujo de apreciarla. Quizá no te gustaría con todos esos vestidos y esos frascos y qué sé yo, pero podrías ser tolerante. No te aburriría, eso te lo aseguro. Me atrevo s decir que hasta es interesante. Pero está ajada. Le dije que te llevaría un día. Le hablé mucho de ti... No sabía qué decirle. Quizá te gustaría, especialmente cuando está vestida. No sé...»

-Mira, dices que es rica, ¿no? Pues ¡me gustará! No me importa lo vieja que sea, con tal de que no sea una bruja...

-¡No es una bruja! ¿Qué dices? Te digo que es encantadora. Habla bien. También tiene buen aspecto... sólo que los brazos...

-De acuerdo, si es así, *me la joderé... si* tú no quieres. Díselo. Pero hazlo con tacto. Con una mujer así tienes que hacer las cosas poco a poco.

Llévame contigo y deja que las cosas sigan su curso. Ponme por las nubes. Haz como si estuvieras celoso... ¡Qué cojones! Quizá nos la jodamos juntos... e iremos a todas partes y comeremos juntos... y daremos paseos en coche e iremos a cazar y llevaremos ropa elegante. Si quiere ir a Borneo, que nos lleve. Yo tampoco sé disparar, pero eso no importa. A ella tampoco le importa eso. Lo único que quiere es que se la follen y nada más. No haces más que hablar de sus brazos. No tienes que mirarle a los brazos todo el tiempo, ¿no crees? ¡Mira esta cama! ¡Mira el espejo! ¿A esto le llamas vivir? ¿Quieres seguir siendo delicado y vivir como un piojo toda la vida? Ni siquiera puedes pagar la cuenta del hotel... y eso que tienes trabajo. Esto no es forma de vivir. No me importa que tenga setenta años es mejor que esto...

-Oye, Joe, te la jodes tú por mí... y entonces todo será magnífico. Quizá me la folle de vez en cuando también yo... la noche que libro. Hace cuatro días que no cago a gusto. Tengo algo pegado, como si fueran uvas...

-Lo que pasa es que tienes almorranas.

-Además se me cae el pelo... y tendría que ir al dentista. Tengo la sensación de estar desintegrándome. Le conté que eres un buen muchacho... Lo harás por mí, ¿eh? Tú no eres delicado, ¿eh? Si vamos a Borneo, no volveré a tener almorranas. Quizá me salga otra cosa... algo peor... fiebre tal vez... o cólera. ¡Qué coño! Es mejor morir de una buena enfermedad de ésas que ir dejándote la vida en un periódico con almorranas en el culo y los botones cayéndosete de los pantalones. Me gustaría ser rico, aunque sólo fuera por una semana, y después ir al hospital con una buena enfermedad, una enfermedad fatal, y tener flores en la habitación y enfermeras bailando á mi alrededor y recibir telegramas. Si eres

rico, te cuidan bien. Te lavan con algodón en rama y te peinan. Lo sé muy bien, ¡qué leche! Quizá tuviera suerte y no muriese. Tal vez quedara inválido para toda la vida... puede que quedase paralítico y tuviera que ir sentado en una silla de ruedas. Pero, aun así, me cuidarían igualmente... aunque no me quedase más dinero. Si eres inválido -inválido

de verdad-, no te dejan morir de hambre. Y te dan una cama limpia donde acostarte... y te cambian las toallas cada día. En cambio, así a nadie le importas tres cojones, especialmente si tienes trabajo. Oreen que un hombre debe estar contento si tiene trabajo. ¿Qué preferirías- ser un inválido toda la vida o tener trabajo... o casarte con una tía rica? Ya veo que preferirías casarte con una tía rica. Sólo piensas en la comida. Pero, suponiendo que te casaras con ella y después no pudieses tener una erección nunca más es algo que ocurre a veces-, ¿qué harías, entonces? Estarías a su merced. Tendrías que comer en su mano, como un perrito de lanas. ¿Te gustaría eso? ¿Eh? ¿O quizá no piensas en esas cosas? Yo *pienso en todo.* Pienso en los trajes que escogería y en los lugares a los que me gustaría ir, pero también pienso en lo otro. Eso es lo importante. ¿De qué te sirven las corbatas de fantasía y los trajes elegantes, si no puedes tener una erección nunca más? Ni siquiera podrías pegársela... porque la tendrías todo el tiempo en los talones. No, lo mejor sería casarte con ella y después contraer una enfermedad al instante. Pero que no fuera la sífilis. El cólera, pongamos por caso, o la fiebre amarilla. De modo que, si se produjera un milagro y te salvase la vida, quedarías inválido para toda la vida. Entonces no tendrías que preocuparte de follarla nunca más, y tampoco tendrías que preocuparte del alquiler. Probablemente, ella te compraría una buena silla de ruedas con cubiertas de goma y toda clase de palancas y qué sé yo. Tal vez pudieras incluso usar las manos... quiero decir lo suficiente para poder escribir. O podrías tener una secretaria, si vamos a eso. Exactamente: ésa es la mejor solución para un escritor. ¿Para qué quiere uno los brazos y las piernas? No necesitas los brazos ni las piernas para escribir. Necesitas seguridad... paz... protección. Todos esos héroes que desfilan en sillas de ruedas... es una lástima que reo sean escritores. Simplemente con que pudiera uno estar seguro de que, al ir a la guerra, sólo perdería las piernas... si pudiese uno estar seguro de eso, por mí que estallara una guerra mañana. Me importarían tres cojones las medallas... podrían guardarse las medallas. Lo único que desearía sería una silla de ruedas y tres comidas al día. Entonces les daría algo para leer, a esos capullos.

El día siguiente, a la una y media, voy a casa de Van Norden. Es el día -o, mejor dicho, la noche- que libra. Ha dejado a Carl el recado de que debo ir hoy a ayudarle a mudarse.

Lo encuentro en un estado de depresión extraordinaria. Me dice que no ha pegado ojo en toda la noche. Tiene algo metido en la cabeza, algo que lo desazona. No tardo en descubrir de qué se trata; ha estado esperando impaciente a que yo llegara para revelármelo.

-Ese tío -empieza diciendo, refriéndose a Carl-, ese tío es un artista. Me describió todos los detalles minuciosamente. Me lo contó con tanta precisión, que sé que todo es un cochino embuste..., pero no puedo quitármelo del pensamiento. ¡Ya sabes cómo me trabaja la cabeza!

Se interrumpe para preguntar si me ha contado Carl la historia entera. No sospecha lo más mínimo que Carl puede haberme contado a mí una cosa y a él otra. Parece creer que esa historia fue inventada expresamente para torturarlo. No parece importarle demasiado que se trate de una invención. Lo que le irrita son las «imágenes», como él dice, que Carl le ha dejado en la cabeza. Las imágenes son reales, aunque la historia entera sea falsa. Y además, es innegable que hay una tía rica en escena y que Carl fue a visitarla efectivamente. Lo que ocurrió realmente es secundario; da por sentado que Carl se la pasó por la piedra. Pero lo que le desespera es la idea de que lo que Carl le ha descrito podría haber sido po*sible.*

-Es muy propio de ese tipo -dice- contarme que se la metió seis o siete veces. Ya sé que se trata de un montón de patrañas y eso no me importa demasiado, pero cuando me dice que ella alquiló un coche y lo paseó por el Bois y que usaron el abrigo de piel del marido como manta, es demasiado. Supongo que te contaría lo de que el conductor esperó

Librodot

respetuosamente... y oye, ¿te contó que el motor estuvo zumbando todo el tiempo? ¡Joder, qué maravillosamente se lo montó! Es muy propio de él pensar en un detalle así... es uno de esos detallitos que vuelven una cosa psicológicamente rea-l... después no te la puedes quitar de la cabeza. Y me lo cuenta de forma tan tranquila, tan natural... Me pregunto si lo imaginó de antemano o si simplemente se le ocurrió así, espontáneamente. Es un mentiroso tan fino, que no hay quien pueda con él... es como si te estuviera escribiendo una carta, una de esas retahílas floridas que redacta en una noche. No comprendo cómo puede un tío escribir semejantes cartas... no entiendo la mentalidad que se esconde tras ellas... es una forma de masturbación... ¿A ti qué te parece?

Pero, antes de que tenga la oportunidad de aventurar una opinión, o incluso de reírme en sus narices, Van Norden prosigue con su monólogo.

-Oye, supongo que te lo contaría todo... ¿Te contó que salieron al balcón y la besó a la luz de la luna? Eso parece vulgar, cuando lo repites, pero de 'a manera como ese gachó lo describe... me imagino perfectamente a ese capullo ahí, de pie, con la mujer en los brazos y escribiendo ya otra carta, otra retahíla florida sobre los tejados y todas esas chorradas que roba a sus autores franceses. He descubierto que ese gachó nunca te dice nada original. Necesitas descubrir una pista... averiguar a quién ha estado leyendo últimamente... y es difícil hacerlo porque es increíblemente reservado. Oye, si no supiera que habías ido con él, no me creería que existe esa mujer. Un tipo como ése podría escribirse cartas a sí mismo. Y, sin embargo, tiene suerte... es tan menudo, tan frágil, tiene un aspecto tan romántico, que las mujeres se prendan de él de vez en cuando... es como si lo adoptaran... supongo que les da lástima. Y a algunas gachís les gusta recibir cartas floridas... les hace sentirse importantes... Pero esa mujer es inteligente, según él. Tú debes de saberlo... has visto sus cartas. ¿Qué crees que ha visto en él una mujer así? Puedo entender que haya quedado prendada de las cartas... pero ¿qué crees que habrá sentido al *verlo?*

»Pero, mira, nada de eso viene a cuento. A lo que voy es al modo como me lo cuenta. Ya sabes cómo adorna las cosas... bueno, pues, después de esa escena en el balcón -me la presenta con un *hors d'oeuvre,* comprendes-, después, según dice, fueron adentro y él le desabrochó el pijama. ¿Por qué te sonríes? ¿Me estaba engañando con eso?

-¡No, no! Me lo estás repitiendo exactamente como él me lo contó. Sigue...

-Después de eso -ahora el propio Van Norden no puede por menos de sonreír-, después de eso, fíjate bien, me dice *que* ella se sentó en la silla con las piernas levantadas... en pelotas... y que él se sentó en el suelo mirándola, diciéndole lo guapa que estaba... ¿te dijo que parecía un Matisse?... Espera un momento... me gustaría recordar exactamente lo que dijo. Fue una frase muy bonita en la que citó a una odalisca... por cierto, ¿qué cojones es una odalisca? Lo pronunció en francés, por eso es difícil recordar cómo coño dijo... pero sonaba bien. Sonaba exactamente como la clase de cosas que es capaz de decir. Y ella probablemente pensó que era original suya... Supongo que cree que es un poeta o algo así. Pero, oye, eso no es nada... le paso por alto su imaginación. Lo que ocurrió después es lo que me saca de quicio. He estado toda la noche dando vueltas en la cama, jugando con esas imágenes que me dejó en la cabeza. No me lo puedo quitar del pensamiento. Parece tan real, que si no hubiera ocurrido así, podría estrangularlo a ese cabrón. Nadie tiene derecho a inventar cosas así. A no ser que esté enfermo...

A lo que voy es al momento en que, según dice, se arrodilló y con esos flacos dedos suyos le abrió el coño. ¿Recuerdas eso? Dice que ella estaba sentada con las piernas colgando de los brazos del sillón y de repente, según dice, tuvo una ocurrencia. Es fue después de haber echado ya dos polvos... después de haber soltado el discursito sobre Matisse. Va y se arrodilla -¡tú fí¡ate!- y con los dos dedos... sólo con las puntas de los dedos, fíjate... va y abre los petalitos... tris-tris... como si nada. Un ruidito pegadizo... casi inaudible. ¡Tris-tris! ¡Joder, he estado oyéndolo toda la noche! Y después va y me dice -como si no fuera eso bastante para mí-, va y me dice que hundió la cabeza en su peludo chocho. Y cuando hizo eso, ella le colgó las piernas del cueti llo y lo dejó así encerrado, ¡palabra!... ¡Ahí *si que* me mató!

¡Imagínatelo! ¡Imagínate a una mujer fina y sensible como ésa colgándole las piernas alrededor del cuello! ¡Hay algo ponzoñoso en eso! Es tan fantástico, que parece convincente. Si sólo me hubiera contado lo del champaña y el paseo por el Bois e incluso aquella escena en el balcón, habría podido desecharlo. Pero esto es tan increíble, que ya no parece una mentira. No puedo creer que haya leído algo así en ninguna parte, y no veo qué puede haberle sugerido la idea, a no ser que haya algo de verdad en ella. Ya sabes que con un capullo como ése puede ocurrir cualquier cosa. Puede- que no se la follara, pero a lo mejor ella le dejó que le hiciera una pajita... con esas tías ricas no sabes lo que pueden esperar que les hagas.

Cuando por fin se levanta de la cama y empieza a afeitarse, ya está muy avanzada la tarde. Por fin he conseguido desviarle la atención hacia otras cosas, hacía la mudanza sobre todo. La criada viene a ver si está listo: tenía *que* haber abandonado la habitación al mediodía. En ese momento está poniéndose los pantalones. Me sorprende un poco que no se excuse ni se vuelva. Al verle ahí parado abrochándose la bragueta tan campante, mientras le da órdenes, me echo a reír entre dientes. «No te preocupes por ella -dice, echándole una mirada de absoluto desprecio-, no es más que una marrana. Dale un pellizco en *el* culo, sí te apetece. No dirá nada.» Y después, dirigiéndose a ella, en inglés, dice.- «¡Ven aquí, marmota, pon la mano aquí!» Ante esas palabras, no. puedo contenerme más. Rompo a reír, con un ataque de risa histérica que se le contagia también a la criada, aunque no sabe de qué se trata. La criada empieza a descolgar los cuadros y las fotografías, la mayoría de él, que cubren las paredes, «Tú -dice, moviendo el pulgar-, ¡ven aquí! Aquí tienes un recuerdo mío -arranca una fotografía *de* la pared-, cuando me vaya, puedes limpiarte el culo con ella. ¿Lo ves? -dice, volviéndose hacia mí-, es una marmota estúpida. No daría más señales de inteligencia, si lo dijera en francés.» La criada se ha quedado con la boca abierta, evidentemente, está convencida de que está chiflado. «¡Eh! -le grita como sí fuera dura de oído, ¡Eh, tú! ¡Sí, tú! ¡Así...! -y coge la fotografía, su propia fotografía, y se limpia el culo con ella-. Comme ea! ¿Entiendes? Hay que repetirle todo con señas», dice, adelantando el labio inferior con absoluta repugnancia.

Se le queda mirando sin saber qué hacer, mientras ella arroja sus cosas en las enormes maletas. «Toma, pon esto también», dice, y le entrega un cepillo de dientes y el irrigador. La mitad de sus pertenencias están tiradas por el suelo. Las maletas están atestadas y no hay sitio para colocar las pinturas ni los libros ni las botellas que están medio vacías. «Siéntate un momento -dice-. Tenemos mucho tiempo. Hay que considerar esto despacio. Si no hubieras venido, no habría llegado a salir nunca de aquí. Ya ves qué inútil soy. Recuérdame que saque las bombillas... son mías. Esa papelera también es mía. Estos cabrones se creen que vive uno como un cerdo.» La criada ha ido abajo a buscar una cuerda... «Espera y verás... me va a cobrar la cuerda, aunque sólo sean tres socas. Aquí no te cosen un botón en el pantalón sin cobrártelo. ¡Son unos chupones asquerosos e indecentes!» Coge una botella de calvados de la repisa y me indica con la cabeza que coja la otra. «Es inútil llevarlas a la nueva habitación. Acabémoslas ahora. Pero ¡no le des un tra*go a ella! No le* dejada a esa puta ni un trozo de papel higiénico. Me gustaría destrozar el hotel antes de irme. Oye... oréate en el suelo, sí te apetece. Ojalá pudiera cagarme en el cajón del escritorio.» Se siente tan absolutamente asqueada de sí mismo y de todo lo demás, que no sabe qué hacer para dar rienda suelta a sus sentimientos. Se acerca a la cama con la botella en la mano y rocía de calvados el colchón. No contento con eso, clava el tacón en el colchón. Desgraciadamente, no tiene barro en los tacones. Por último; coge la sábana y se limpia los zapatos con ella. «¡Así tendrán algo que hacer!», murmura vengativamente. Después de un buen trago, echa la cabeza atrás y se pone a hacer gárgaras, y, después de haber gargarizado un buen rato, lo escupe en el espejo. «¡Ahí tenéis, hatajo de cabrones! ¡Límpiadlo, cuando me vaya!» Va y viene murmurando entre dientes. Al ver sus calcetines rotos tirados en el suelo, los recoge y los hace trizas. También las pinturas le irritan. Coge una, un retrato de él hecho por una lesbiana conocida suya, y lo atraviesa con el pie. «¡Esa mala puta! ¿Sabes lo

que tuvo el descaro de pedirme? Me pidió que le pasara mis gachís, cuando hubiese acabado con ellas. Nunca me dio ni cinco por darle bombo en mis artículos. Crela que admiraba sinceramente su obra. No habría conseguido que me diera ese *cuadro, si no le* hubiese prometido proporcionar*le esa gachí* de Minnesota. Estaba loca por ella... nos seguía por todas partes como una perra en celo... ¡no podíamos quitárnosla de encima, a esa zorra! Me amargaba la vida. Llegué al extremo de casi tener miedo de traer a una gachí aquí por temor a que apareciera de repente y se me echase encima. Subía aquí a hurtadillas como un ladrón y cerraba la puerta con llave nada más entrar... Esa y la gachí de Georgia... es que me vuelven loco. Una está siempre en celo y la otra siempre está hambrienta. Detesto follar con una mujer que esté hambrienta. Es como si le metieras comida dentro y después se la sacases otra vez... Hostia, eso me recuerda una cosa... ¿dónde he puesto esa pomada azul? Eso es importante. ¿Has tenido alguna vez estas cosas? Es peor que tener purgaciones. Y tampoco sé dónde las pesqué. He traído a tantas mujeres aquí la semana pasada, que las he perdido de vista. Es curioso también, porque todas olían a limpio. Pero ya sabes cómo son estas cosas...»

La criada ha apilado sus cosas en la acera. El *patrón* contempla la escena con aspecto malhumorad.o. Después de haber cargado todo en el taxi, sólo queda sitio dentro para uno de los dos. En cuanto arrancamos, Van Norden saca un p$_e$riódico y empieza a empaquetar sus ollas y sartenes; en el nuevo hotel está rigurosamente prohibido cocinar. Cuando llegamos a nuestro destino, todo su equipaje se ha desatado; no habría sido tan embarazoso, si la patrona no hubiera asomado la cabeza por la puerta justo cuando llegábamos. «¡Dios mío! -exclama-, ¿qué diablos es esto? ¿Qué significa?» Van Norden está tan intimidado, que no se le ocurre otra cosa que *«C'est moi... c'est moi, madame!», y* volviéndose hacia mí, masculla ferozmente: «¡Qué pájara! ¿Te has fijado en su cara? Me va a hacer la vida imposible.»

El hotel se encuentra en el fondo de un pasaje sucio y forma un rectángulo *muy* semejante a una penitenciaría moderna. El *bureau* es amplio y lóbrego, a pesar de los reflejos brillantes de las paredes de azulejos. Hay jaulas de pájaros colgadas en las ventanas y rotulitos de esmalte por todos lados que ruegan a los huéspedes en lenguaje absoluto que no hagan esto ni olviden lo otro. Está casi inmaculadamente limpio, pero tiene aspecto absolutamente miserable, gastado, desolado. Las sillas tapizadas están sujetas con alambres; recuerdan desagradablemente a la silla eléctrica. La habitación que va a ocupar está en el quinto piso. Mientras subimos las escaleras, Van Norden me informa de que Maupassant vivió un tiempo allí. Y sin hacer una pausa, observa que hay un olor peculiar en el vestíbulo. En el quinto piso faltan algunos cristales en las ventanas; nos detenemos un instante a contemplar a los inquilinos del otro lado del patio. Se acerca la hora de comer y la gente se va dispersando para regresar a sus habitaciones con el aspecto cansado y abatido de quienes se ganan la vida honradamente. La mayoría de las ventanas están abiertas de par en par: las sucias habitaciones tienen el aspecto de bocas que bostezan. Los ocupantes de las habitaciones están bostezando, o, si no, rascándose. Van y vienen con apatía y, al parecer, sin demasiado objeto; podrían ser perfectamente un grupo de lunáticos.

Al doblar el pasillo hacia la habitación 57, se abre de repente una puerta ante nosotros y una vieja bruja de cabellos desgreñados y ojos de maníaca se asoma a mirar. Nos da tal susto, que nos quedamos paralizados. Durante un minuto nos quedamos así los tres; incapaces de movernos ni de hacer siquiera un gesto de inteligencia. Detrás de la vieja bruja veo una mesa de cocina y sobre ella se encuentra un nene completamente desnudo, un chiquitín diminuto no mayor que un pollo pelado. Finalmente, la vieja coge un orinal que tiene al lado y da un paso al frente. Nos hacemos a un lado para dejarle pasar y, al cerrarse la puerta tras ella, el nene lanza un chillido agudo. Es la habitación 57, y entre la 56 y la 57 está el retrete, donde la vieja bruja está vaciando sus heces.

Desde que hemos subido la escalera, Van Norden ha guardado silencio. Pero sus miradas son elocuentes. Cuando abre la puerta de la 57, por un instante fugaz tengo la sensación de volverme loco. Un enorme espejo cubierto de gasa verde e inclinado en un ángulo de 45° cuelga directamente enfrente de la entrada encima de un coche de niño lleno

de libros. Van Norden ni siquiera esboza una sonrisa; al contrario, se acerca imperturbable al coche de niño, coge un libro y empieza a hojearlo, de forma muy parecida a como entraría un hombre en una librería pública e iría sin pensar a la estantería más cercana. Y quizá no me parecería eso tan ridículo, si no hubiese vislumbrado al mismo tiempo un manillar de bicicleta descansando en un rincón. Tiene un aspecto tan pacífico y satisfecho, como si hubiera estado dormitando ahí durante años, que de repente me parece como si hubiésemos estado parados en esa habitación, en la misma posición exactamente, durante un tiempo incalculablemente largo, como si fuese una postura que hubiéramos adoptado en un sueño del que nunca llegásemos a despertar, un sueño que el menor gesto, hasta el guiño de un ojo, interrumpiría. Pero más extraordinario es el recuerdo que de repente me aflora a la conciencia de un sueño que tuve la otra noche, un sueño en que vi a Van Norden en un rincón semejante al ocupado ahora por el manillar de bicicleta, sólo que en lugar del manillar había una mujer agachada y con las piernas levantadas. Lo veo de pie por encima de la mujer con esa mirada despierta y anhelante que pone, cuando desea algo vivamente. La calle en que ocurre eso está borrosa; sólo se ve con claridad el ángulo formado por las dos paredes, y la figura agachada de la mujer. Lo veo dirigirse hacia ella de esa forma rápida y animal suya, indiferente a lo que ocurre a su alrededor, decidido a salirse con la suya. Y con una mirada en los ojos, como diciendo: «Puedes matarme después, pero déjame simplemente metértela... ¡Tengo que metértela!» Y ahí está, inclinado sobre ella, y sus cabezas chocan contra la pared; tiene una erección tan tremenda, que sencillamente le resulta imposible metérsela. De repente, con esa expresión de hastío que tan bien sabe adoptar, se yergue y se arregla la ropa. Está a punto de marcharse, cuando advierte de pronto que su pene está tirado en la acera. Tiene el tamaño aproximado de un palo de escoba cortado. Lo recoge imperturbable y se lo pone bajo el brazo. Cuando se marcha, advierto dos bulbos enormes, como los de los tulipanes, colgando del extremo del palo de escoba, y le oigo murmurar entre dientes: «Macetas..., macetas.»

Llega el *garçon* jadeante y sudoroso. Van Norden lo mira sin entender. Ahora entra la patrona y, dirigiéndose directamente hacia Van Norden, le quita el libro de la mano, lo arroja al coche de niño, y, sin decir palabra, conduce el coche de niño hasta el vestíbulo.

-Esto es una casa de locos -dice Van Norden, sonriendo angustiado. Es una sonrisa tan débil e indescriptible, que por un momento me vuelve la sensación de estar soñando y me parece que estamos en el extremo de un largo pasillo al final del cual hay un espejo arrugado. Y Van Norden va tambaleándose a lo largo de ese pasillo, balanceando su angustia como una linterna empañada, aparece y desaparece tambaleándose a medida que aquí y allá se abre una puerta y una mano le da un tirón o una pezuña lo empuja hacia afuera. Y cuanto más se aleja, más lúgubre es su angustia; la lleva como una linterna que los ciclistas llevan entre los dientes las noches que el pavimento está mojado y resbaladizo. Entra y sale de las sucias habitaciones a la deriva, y cuando se sienta la silla se desploma, cuando abre su maleta sólo hay cepillos de dientes dentro de ella. En cada habitación hay un espejo ante el cual se queda parado atentamente y masca su rabia, y de tanto mascar, refunfuñar, mascullar, murmurar y maldecir, las mandíbulas se le han desencajado y le cuelgan de mala manera, y cuando se rasca la barba, se le caen trozos de mandíbula y está tan hastiado de sí mismo, que pisotea su propia mandíbula, la hace añicos con sus enormes tacones.

Mientras tanto, están metiendo el equipaje. Y las cosas empiezan a parecer más demenciales todavía que antes... especialmente cuando ata a la cama su aparato de hacer gimnasia y empieza a hacer ejercicios. «Me gusta este lugar», dice, sonriendo al *garçon.* Se quita la chaqueta y el chaleco. El *garçon lo* mira con expresión de asombro; tiene una maleta en una mano y el irrigador en la otra. Yo estoy aparte en la antesala sosteniendo el espejo de la gasa verde. Ni un solo objeto parece tener un uso práctico. La propia antesala parece inútil, una especie de vestíbulo para un granero. Es exactamente la misma sensación que experimento cuando entro en la Comédie-Française o en el Teatro del Palais-Royal; es un mundo de cachivaches, de escotillones, de armas y bustos y suelos encerados, de candelabros y hombres

en armadura, de estatuas sin ojos y cartas de amor guardadas en vitrinas. Algo está ocurriendo, pero carece de sentido; es como acabar la botella medio vacía de calvados porque no hay sitio en la maleta.

Al subir las escaleras, como he dicho hace un momento, Van Norden había citado el hecho de que Maupassant vivió aquí. La coincidencia parece haberle impresionado. Le gustaría creer que fue en esa habitación donde Maupassant engendró algunos de esos horripilantes cuentos a que debe su fama. «Vivían como cerdos aquellos pobres diablos», dice. Estamos sentados a la mesa redonda, en un par de sillones antiguos y cómodos que han apuntalado con correas y tirantes; la cama está justo a nuestro lado, tan cerca que podemos poner los pies en ella. El *armoire* está situado en un rincón detrás de nosotros, también cómodamente al alcance. Van Norden ha vaciado su ropa sucia sobre la mesa; nos sentamos con los pies sepultados entre sus camisas y calcetines sucios y fumamos satisfechos. La sordidez del lugar parece haberlo hechizado: se siente a gusto aquí. Cuando me levanto para dar la luz, sugiere que echemos una partida de cartas antes de salir a comer. Así, que nos sentamos ahí, junto a la ventana, con la ropa sucia desparramada por el suelo y el aparato de gimnasia colgado de la araña, y echamos unas partidas de *pinochle.* Van Norden ha guardado la pipa y se ha metido una faja de tabaco de mascar debajo del labio inferior. De vez en cuando escupe por la ventana enormes y saludables gargajos de jugo marrón que resuenan con un chasquido abajo en el pavimento, Ahora parece estar a gusto.

-En América -dice- ni siquiera se te ocurriría vivir en un tugurio como éste. Incluso cuando era un vagabundo dormía en habitaciones mejores que ésta. Pero aquí parece natural: es como los libros que lees. Si alguna vez vuelvo allí, olvidaré esta vida por completo, igual que se olvida un mal sueño. Probablemente reanudaré la antigua vida exactamente donde la dejé... si alguna vez regreso. A veces, tumbado en la cama, sueño con el pasado y es tan vívido para mí, que tengo que sacudirme a mí mismo para darme cuenta de dónde estoy. Especialmente cuando tengo una mujer a mi lado; una mujer puede provocármelo mejor que nada. Eso es lo único que quiero de ellas: olvidarme de mí mismo. A veces me pierdo tanto en mis sueños, que no puedo recordar el nombre de la gachí ni dónde la encontré. Es curioso, ¿eh? Es agradable tener un cuerpo joven y caliente a tu lado, cuando te despiertas por la mañana. Te da una sensación de limpieza. Te espiritualizas... hasta que empieza a soltar ese rollo sensiblero sobre el amor *et caetera*. ¿Por qué hablan tanto del amor todas esas tías? ¿Me lo puedes decir? Al parecer, no tienen bastante con un buen polvo... quieren tu alma también...

Ahora bien, esa palabra «alma» que aparece con frecuencia en los soliloquios de Van Norden, al principio me producía un efecto extraño. Siempre que oía la palabra «alma» de sus labios, me ponía histérico; en cierto modo, me parecía como una moneda falsa, sobre todo porque solía ir acompañada de un gargajo de jugo marrón que le dejaba un hilillo colgando de la comisura de los labios. Y como nunca tenía reparo en reírme en sus narices, ocurría invariablemente que cuando esa palabrita aparecía súbitamente, Van Norden hacía una pausa lo suficientemente larga para que estallara mi carcajada, y después, como si no hubiese pasado nada, reanudaba su monólogo, repitiendo la palabra cada vez con mayor frecuencia y con énfasis más acariciador. Su alma era lo que las mujeres intentaban poseer... eso me lo dejó claro. Lo ha explicado una y mil veces, pero vuelve a ello en todas las ocasiones como un paranoico a su obsesión. En cierto sentido, Van Norden está loco, de eso estoy convencido. Su único miedo es que lo dejen solo, y ese miedo es tan profundo y tan persistente, que incluso cuando está encima de una mujer, hasta cuando se ha soldado con ella, no puede escapar a la prisión que se ha creado para sí mismo. «Intento toda clase de cosas -me explica-. A veces me pongo incluso a contar, o empiezo a pensar en un problema filosófico, pero no sirve de nada. Es como si fuera dos personas, y una de ellas estuviese mirándome todo el tiempo. Me pongo tan furioso conmigo mismo, que podría llegar a matarme... y en cierto modo eso es lo que hago siempre que tengo un orgasmo. Por un segundo, me destruyo a mí mismo. En esos casos ni siquiera hay un yo mío... no hay nada... ni siquiera la gachí. Es como recibir la comunión. Lo digo en serio. Después, por unos segundos tengo una agradable sensación de ardor

espiritual... y quizá continuaría así indefinidamente -¿quién sabe?-, si no fuera porque hay una mujer a tu lado y después el irrigador y el agua corriente... todos esos detalles nimios que te hacen sentir desesperadamente consciente de ti mismo, desesperadamente solo. Y por ese único minuto de libertad, tienes que escuchar todo ese rollo sobre el amor... a veces me saca de quicio... siento ganas de darles patadas inmediatamente... alguna que otra vez lo hago. Pero eso no las mantiene alejadas. De hecho, les gusta. Cuanto menos caso les haces, más te persiguen. Hay algo perverso en las mujeres... en el fondo todas son masoquistas.»

-Pero entonces, ¿qué es lo que quieres de una mujer? -le pregunto.

Empieza a restregarse las manos; se le cae el labio inferior. Parece completamente frustrado. Cuando por fin consigue balbucear unas frases entrecortadas, lo hace convencido de que tras sus palabras hay una futilidad abrumadora. «Quiero ser capaz de entregarme a una mujer -dice de improviso-. Quiero que me saque de mí mismo. Pero para eso tiene que ser mejor que yo; tiene que tener inteligencia, y no sólo un coño. Tiene que hacerme creer que la necesito, que no puedo vivir sin ella. Encuéntrame una gachí así, ¿quieres? Si pudieras hacerlo, te daría mi empleo. En ese caso no me importaría lo que me ocurriera: no necesitaría un empleo ni amigos ni libros ni nada. Simplemente con que pudiese hacerme creer que había algo más importante en la tierra que yo. ¡Joder, cómo me odio! Pero todavía odio más a esas tías asquerosas..., porque ninguna de ellas vale nada.

»Tú crees que me admiro a mí mismo -prosigue-. Eso demuestra lo poco que me conoces.

Sé que soy un gran tipo... no tendría estos problemas, si no hubiera algo dentro de mí. Pero lo que me exaspera es que no puedo expresarme. La gente cree que soy un mujeriego. Así son de superficiales esos intelectuales que pasan el día sentados en la *terrasse* rumiando el bolo psicológico... No está mal, ¿eh?, eso del bolo psicológico. Anótalo por mí. Lo usaré en mi columna la semana que viene... Por cierto, ¿has leído a Stekel? ¿Tiene algún valor? A mí me parece que sólo son casos clínicos. Ojalá pudiera hacer acopio de valor suficiente para visitar a un psicoanalista... a uno bueno, quiero decir. No quiero ir a ver a esos charlatanes con perilla y levita, como tu amigo Boris. ¿Cómo te fas arreglas para soportar a esos tipos? ¿No te mueres de aburrimiento? Tú hablas con todo el mundo, ya me he fijado. Te importa un pito. Quizá tengas razón. Ojalá no tuviera yo este puñetero sentido crítico. Pero esos asquerosos mequetrefes judíos que andan a todas horas por el Dôme, la hostia; es que me crispan. Hablan como los libros de texto exactamente. Si pudiera hablar contigo todos los días, tal vez podría desahogarme. Tú sabes escuchar. Ya sé que te importo un comino, pero eres paciente. Y no tienes teorías que patrocinar. Supongo que después lo anotas todo en esa libreta tuya. Mira, no me importa lo que digas sobre mí, pero no me presentes como un mujeriego: es demasiado simple. Algún día escribiré un libro sobre mí mismo, sobre mis ideas. No quiero decir que vaya a ser un simple análisis introspectivo..., quiero decir que me tumbaré en el quirófano y pondré al descubierto todas mis entrañas... sin omitir un puñetero detalle. ¿Acaso lo ha hecho ya alguien?... ¿De qué cojones te ríes? ¿Te parece ingenuo?

Me sonrío porque, siempre que tocamos el tema de ese libro que va a escribir algún día, las cosas adquieren un aspecto incongruente. Basta con que diga «mi libro» para que inmediatamente el mundo quede reducido a las dimensiones particulares de Van Norden y Cía. El libro ha de ser absolutamente original, absolutamente perfecto. Por eso es por lo que, entre otras cosas, le resulta imposible empezarlo. En cuanto se le ocurre una idea, empieza a impugnarla. Se acuerda de que Dostoyevsky la usó, o Hamsun, o algún otro autor. «No estoy diciendo que quiera ser mejor que ellos, pero quiero ser diferente», explica. Y, por eso, en lugar de ponerse a escribir su libro, lee un autor tras otro para asegurarse absolutamente de que no va a hollar su propiedad privada. Y cuanto más lee, más desdeñoso se vuelve. Ninguno de ellos es satisfactorio; ninguno de ellos llega al grado de perfección que se ha impuesto

a sí mismo. Y olvidando que no ha escrito ni siquiera un capítulo, habla de ellos con aire de superioridad, como si existiera una estantería de libros con su nombre, libros que todo el mundo conociese y cuyos títulos fuera superfluo citar, por tanto. Aunque nunca ha mentido a las claras sobre eso, es evidente que la gente a la que retiene casi a la fuerza para que escuchen la exposición de su filosofía particular, sus críticas y sus resentimientos da por sentado que tras sus vagas observaciones hay una obra sólida. Especialmente las jóvenes y bobas vírgenes que trae a su habitación con el pretexto de leerles sus poemas, o con el pretexto todavía mejor de pedirles consejo. Sin el menor sentido de culpa ni de inhibición, les entrega un trozo de papel sucio en el que ha garabateado unos versos -la base de un nuevo poema, como él dice- y con absoluta seriedad les pide que expresen sinceramente su opinión. Como generalmente no tienen ningún comentario que ofrecer, de tan desconcertadas como están ante la absoluta falta de sentido de los versos, Van Norden aprovecha la ocasión para exponer les su concepción del arte, concepción, no hace falta decirlo, creada espontáneamente para que se ajuste al caso. Ha llegado a ser tan experto para representar ese papel, que la transición de los cantos de Ezra Pound a la cama se produce tan simple y naturalmente como una modulación de una tonalidad a otra; de hecho, si no se produjera, habría una discordancia, que es lo que ocurre alguna vez que otra, cuando comete un error con respecto a esas papanatas a las que califica de «incautas». Naturalmente, habida cuenta de su forma de ser, cuando se refiere a esos fatales errores de juicio, lo hace de mala gana. Pero cuando se decide efectivamente a confesar un error de ese tipo, lo hace con absoluta franqueza; de hecho, parece obtener un placer perverso en explayarse a propósito de su ineptitud. Hay una mujer, por ejemplo, a la que ha estado intentando conseguir desde hace ya diez años primero en América y por último aquí en París. Es la única persona del sexo opuesto con la que tiene una relación cordial y amistosa. No sólo parecen gustarse, sino también entenderse. Al principio, me pareció que, si pudiera conseguir realmente a esa mujer, quizá se resolviese su problema. Existían todos los elementos para una unión feliz... excepto el fundamental. Bessie era casi tan insólita en su forma de ser como él. Daba tan poca importancia al hecho de entregarse a un hombre como al postre que sigue a la comida. Generalmente, elegía el objeto de su preferencia y ella misma hacía la proposición. No era fea, pero tampoco podía decirse que fuera guapa. Tenía un cuerpo bonito, eso era lo principal... y le gustaba el asunto, como se suele decir.

Eran tan amigos aquellos dos, que a veces, para satisfacer su curiosidad (y también con la vana esperanza de estimularla con su destreza), Van Norden la escondía en su armario durante una de sus sesiones. Cuando había acabado, Bessie salía de su escondite y comenzaba la cuestión como si tal cosa, es decir, con total indiferencia por todo lo que no fuera «técnica». Técnica era uno de los términos favoritos de ella, por lo menos en las conversaciones que tuve el privilegio de disfrutar. «¿Qué defecto encuentras en mi técnica?», decía él. Y Bessie le respondía: «Eres demasiado tosco. Si esperas conseguirme alguna vez, tienes que volverte más sutil.»

Como digo, había un entendimiento tan perfecto entre ellos, que a veces, cuando iba a ver a Van Norden a la una y media, encontraba a Bessie sentada en la cama, con las mantas apartadas hacia atrás y Van Norden invitándola a que le acariciara el pene... «Sólo unas cuantas caricias suaves -decía él-, para que tenga valor para levantarme.» O bien le instaba a que se lo chupara, o, si no lo conseguía, se lo cogía él mismo y se lo sacudía como si fuese una campanilla, mientras se tronchaban de risa los dos. «Nunca conseguiré a esta mala puta -decía-. No me tiene respeto. Eso es lo que saco con hacerle confidencias.» Y después, de improviso, podía ser que añadiera: «¿Qué te parece la rubia que te enseñé ayer?», dirigiéndose a Bessie, desde luego. Y Bessie se burlaba de él, diciendo que no tenía gusto: «¡Oh, no me vengas con ese rollo!», decía él. Y después, de chunga, quizá por milésima vez, porque ya se había convertido en una broma constante entre ellos: «Oye, Bessie, ¿nos echamos un polvo rápido? Sólo un polvete... ¿no?» Y, después de que el intento hubiera fracasado como de costumbre, añadía en el mismo tono: «Bueno, ¿y a él? ¿Por qué no te lo tiras?»

Librodot

Lo que pasaba con Bessie era, sencillamente, que no podía, o no quería, considerarse una gachí para un polvo. Hablaba de pasión, como si se tratara de una palabra recién creada. Se apasionaba por las cosas, incluso por algo tan nimio como un polvo. Tenía que poner el alma en lo que hacía.

-A veces yo también me apasiono -decía Van Norden.

-¿Tú? -decía Bessie-. Tú no eres más que un sátiro agotado. Tú no sabes lo que significa la pasión. Cuando tienes una erección, crees estar apasionado.

-Bueno, quizá no sea pasión..., pero no puedes apasionarte si no tienes una erección, ¿es verdad o no?

Todo eso relacionado con Bessie y con las otras mujeres a las que lleva a su habitación lía tras día, ocupa mis pensamientos, mientras caminamos hacia el restaurante. Me he adaptado tan bien a sus monólogos, que sin interrumpir mis meditaciones, hago el comentario que haga falta automáticamente, en el momento en que oigo su voz apagarse. Es un dúo, y, como la mayoría de los dúos, sólo escuchas atentamente la señal que anuncia la intervención de tu propia voz. Como es la noche que libra, y como le he prometido acompañarlo, me he inmunizado de antemano contra sus preguntas. Sé que antes de que acabe la noche estaré completamente exhausto; si tengo suerte, es decir, si puedo sacarle unos francos con un pretexto u otro, le daré esquinazo en el momento en que vaya al retrete. Pero ya conoce mi propensión a escabullirme y, en lugar de sentirse ofendido, se limita a tomar precauciones contra esa posibilidad guardándose los sous. Si le pido dinero para comprar cigarrillos, insiste en ir conmigo a comprarlos. No quiere que lo deje solo, ni un segundo. Incluso cuando ha conseguido ligarse a una mujer, se siente aterrorizado ante la idea de quedarse solo con ella. Si fuera posible, me haría estar sentado en el cuarto durante su actuación. Sería como pedirme que esperara mientras se afeitaba.

La noche que libra, generalmente Van Norden se las arregla para tener por lo menos cincuenta francos en el bolsillo, circunstancia que no le impide dar un sablazo siempre que se encuentra a un posible primo. «Hola -dice-, dame veinte francos..., los necesito.» Al mismo tiempo pone cara de pánico. Y si recibe una negativa, se vuelve insultante. «Bueno, por lo menos puedes invitar a una copa.» Y cuando ha conseguido su copa, dice más amablemente: «Oye, dame cinco francos, entonces... dame dos francos... » Vamos de bar en bar en busca de un poco de diversión y siempre acumulamos algunos francos más.

En la Coupole, nos encontramos a un borracho que trabaja en el periódico. Uno de los tipos del piso de arriba. Nos informa de que acaba de haber un accidente en la oficina. Uno de los correctores de pruebas se ha caído por el hueco del ascensor. No creen que se salve.

A1 principio, Van Norden se siente conmovido, profundamente conmovido. Pero cuando se entera de que se trata de Peckover, el inglés, parece

aliviado. «Pobre diablo -dice-, esta mejor muerto que vivo. Precisamente hace unos días que le pusieron la dentadura postiza... »

La alusión a la dentadura postiza conmueve al hombre del piso de arriba hasta hacerle saltar las lágrimas. Cuenta con sensiblería un pequeño

incidente relacionado con el accidente. Se siente trastornado por él, más trastornado por ese pequeño incidente que por la propia catástrofe. Al parecer, Peckover, cuando se estrelló contra el suelo, recuperó la conciencia antes que nadie pudiera llegar junto a él. A pesar de que temía las piernas rotas y las costillas reventadas, había conseguido ponerse a cuatro patas y buscar a tientas su dentadura postiza. En la ambulancia iba llorando en su delirio por los dientes que había perdido. El incidente era patético y ridículo al mismo tiempo. El tipo del piso de arriba no sabía si reír o llorar, mientras lo contaba. Era un momento delicado, pues con un borracho como ése un paso en falso y te habría roto una botella en la cabeza. Nunca había sido lo que se dice un amigo de Peckover; en realidad, apenas había puesto los pies en el departamento de corrección de pruebas: había una pared invisible entre los tipos del piso de arriba y los del de abajo. Pero ahora, desde que había sentido el contacto con la muerte, quería mostrar su compañerismo. Quería llorar, si fuera posible, para mostrar que era un tipo legal. Y

Joe y yo, que conocíamos a Peckover bien y que sabíamos también que no valía nada, ni siquiera unas lágrimas, nos sentimos fastidiados por aquel sentimentalísmo de borracho. Queríamos decírselo también, pero con un tipo así no puedes permitirte el lujo de ser sincero; tienes que comprar una corona e ir al entierro y fingir que te sientes afligido. Y tienes que felicitarle también por la delicada necrología que ha escrito. Llevará consigo la delicada necrología durante meses y se alabará por la forma como hizo frente a la situación. Joe y yo sentimos todo aquello sin decirnos una palabra. Simplemente, nos quedamos escuchando con desprecio feroz y silencioso. Y tan pronto como pudimos escaparnos, lo hicimos; lo dejamos allí en la barra lloriqueando entre dientes ante su pernod.

Una vez fuera *de su* vista, nos echamos a reír histéricamente. ¡La dentadura postiza! Dijéramos lo que dijésemos del pobre diablo, y también dijimos cosas buenas de él, siempre acabábamos hablando de la dentadura postiza. Hay personas en este mundo cuya figura es tan grotesca, que hasta la muerte las vuelve ridículas. Y cuanto más horrible es su muerte, más ridículas parecen. Es inútil atribuir un poco de dignidad a su fin: hay que ser un mentiroso o un hipócrita para descubrir algo trágico en su partida. Y como no teníamos que disimular, podíamos reírnos del incidente a nuestras anchas. Nos reímos toda la noche de aquello, y de vez en cuando dábamos rienda suelta a nuestro desprecio y aversión hacia los tipos del piso de arriba, los estúpidos que debían de estar convenciéndose de que Peckover era un buen tío y su muerte una catástrofe. Toda clase de recuerdos divertidos acudían a nuestra mente: los puntos y comas que se le escapaban, por los cuales lo ponían a parir. Le hacían la vida imposible con sus puñeteros puntos y comas y las fracciones en las que siempre se equivocaba. Incluso estuvieron a punto de despedirle en cierta ocasión porque fue a trabajar con aliento a licor. Lo despreciaban porque siempre tenía aspecto miserable y porque tenía eccema y caspa. Para ellos era sencillamente un don nadie, pero, ahora que había muerto, todos contribuirían generosamente para comprarle una corona enorme y pondrían su nombre en grandes caracteres en la sección necrológica. Cualquier cosa que se reflejase un poco sobre ellos; si pudieran, lo presentarían como un tipo importante y no corno el mierda que era. Pero, desgraciadamente, poco podían inventar sobre él. Era un cero a la izquierda., y ni siquiera el hecho de que hubiera muerto añadía cifra alguna a su nombre.

-Sólo hay un aspecto bueno en todo esto -dice Joe-. Puedes conseguir su empleo. Y si tienes suerte, a lo mejor te caes por el hueco del ascensor y te rompes la crisma también. Te compraremos una corona bonita, te lo prometo.

Librodot

Hacia el amanecer, estamos sentados en la *terrase* del Dôme. Hace mucho rato que hemos olvidado al pobre Peckover. Nos hemos divertido un poco en el Bal Nègre y la mente de Joe ha vuelto a su eterna preocupación: las gachís. A esa hora, cuando toca a su fin la noche que libra, es cuando su desasosiego se vuelve febril. Piensa en las mujeres que ha dejado pasar horas antes y en las habituales que habría podido conseguir con sólo pedírselo, sí no hubiera sido porque estaba hamo de ellas. Inevitablemente, se acuerda de su gachí de Georgia: ha estado persiguiéndolo últimamente, suplicándole que le deje vivir con M, por lo menos hasta que pueda encontrar un trabajo. «No me importa darle de comer de vez en cuando -dice-, pero no puedo aceptarla de forma permanente... me arruinaría las posibilidades con las otras gachís.» Lo que más le irrita de ella es que no engorda nada. «Es como llevarse un esqueleto a la cama -dice—. La otra noche me la llevé a casa (porque me dio lástima), ¿y qué crees que se había hecho, la muy loca? Se lo había rapado... no se había dejado ni un pelo. ¿Te has tirado alguna vez a una mujer que se hubiera afeitado el chocho? Es repulsivo, ¿verdad...? y también divertido. Cosa de locos. Ya no parece un chocho: es como una almeja muerta o algo así.» Me describe cómo, picado por la curiosidad, se levantó de la ¿ama y fue a buscar la linterna. «Le hice mantenerlo abierto y le enfoqué la linterna... Tendrías que haberme visto..., era comíen Estaba tan entusiasmado, que me olvidé de ella completamente. Nunca en mi vida he mirado un coño tan en serio. Daba la impresión de que nunca había visto uno. Y cuanto más lo miraba, menos interesante me parecía. Eso demuestra que no tiene nada de particular, especialmente cuando está afeitado. Lo que lo *vuelve misterio*so es el pelo. Por eso te deja frío una estatua. Sólo una vez vi un coño real en una estatua: era de Rodin. Tienes que ir a verlo alguna vez..., la mujer tiene las piernas bien abiertas..., no creo que tuviera cabeza. Podría decirse que era un coño y nada más. ¡La hostia! Tenía un aspecto horrible. El caso es que todos se parecen. Cuando las miras vestidas, te imaginas toda clase de cosas: les confieres una individualidad, *que* desde luego no tienen, Lo que hay es una raja ahí, entre las piernas, y te excitas con ella... la mitad de las veces ni siquiera la miras. Sabes que está ahí y en lo único que piensas es en meterte la baqueta dentro; es como si tu pene pensara por ti. ¡Es una ilusión! Te consumes por nada... por una raja con pelo, o sin pelo. Es tan insignificante, que me fascinó mirarlo. Debí de estudiarlo durante diez minutos o más. Cuando lo miras de ese modo, como con distanciamiento, se te ocurren ideas extrañas. Todo ese misterio sobre el sexo y después descubres que no es nada: un vacío. ¿No sería gracioso descubrir una armónica dentro... o un calendario? Pero no hay nada dentro..., nada de nada. Es repugnante. Casi me volví loco... Oye, ¿sabes lo que hice después? Le eché un polvo rápido y después le volví la espalda. Sí, señor; cogí un libro y me puse a leer. De un libro puedes sacar algo, hasta de un libro malo..., pero un coño, es pura y simplemente una pérdida de tiempo... »

Mira por dónde, cuando estaba acabando su discurso, una puta nos miró insinuante. Sin el menor cambio de tono, me dice de improviso:

«¿Te gustaría pasártela por las armas? No va a costar mucho... nos aceptará a los dos.» Y sin esperar respuesta, se pone en pie tambaleándose, y se dirige a ella. Vuelve al cabo de unos minutos. «Ya está arreglado -dice-. Acábate la cerveza. Tiene hambre. Ya no hay nada que hacer a ésta ahora... nos acepta a los dos por quince francos. Iremos a mi habitación... será más barato.»

Camino del hotel, la muchacha va tiritando tanto, que tenemos que pararnos a invitarla a un café. Es una criatura bastante tierna y está de buen ver. Evidentemente, conoce a Van Norden, sabe que no hay nada que esperar de él salvo los quince francos. «Tú no tienes ni un céntimo», me susurra entre dientes. Como no tengo ni un chavo en el bolsillo, no veo a qué viene eso, hasta que exclama: «Por el amor de Dios, recuerda que estamos sin un real. No te vayas a poner tierno, cuando estemos arriba. Te va a pedir algo más : ¡conozco a esa tía! Podría

haberla conseguido por diez francos, si hubiera querido. No hay necesidad de acostumbrarlas mal...»

-Il est méchanf, celui-là -me dice ella, porque ha deducido vagamente el significado de sus palabras.

-Non, il n°csf pas méchant, il est très gentil. Ella sacude la cabeza y se ríe. «Je le *connais très bien, ce type.» Y* entonces empieza a contar una historia de desgracias, sobre el hospital y el alquiler sin pagar y el niño en el campo. Pero no la exagera. Sabe que tenernos los oídos tapados, pero la miseria está ahí, dentro de ella, como una piedra, y no hay lugar para otros pensamientos. No está intentando apelar a nuestra compasión: simplemente, está cambiando de un lugar a otro ese enorme peso que lleva dentro. Me gusta bastante. Dios quiera que no tenga una enfermedad...

En la habitación, se pone a hacer sus preparativos maquinalmente. «¿No habrá por casualidad un mendrugo de pan por ahí?», pregunta, mientras se pone en cuclillas sobre el *bidet. Al oír* eso,

Van Norden se echa a reír. «Toma, echa un trago», dice, alargándole una botella. No quiere nada de beber; se queja de que ya tiene el estómago estropeado.

-Siempre cuenta el mismo rollo dice Van Norden-. No le dejes que te inspire lástima. De todos modos, me gustaría que hablara de otra cosa. ¿Cómo cojones vas a despertar la pasión, cuando tienes una tía hambrienta en las manos? ¡Precisamente! No sentimos la menor pasión ninguno de los dos. Y, por lo que se refiere a ella, hay tan pocas posibilidades de que muestre una chispa de pasión como de que saque un collar de diamantes. Pero ahí están los quince francos y hay que hacer algo al respecto. Es como un estado de guerra: en el momento en que se precipitan los acontecimientos, nadie piensa en otra cosa que en la paz, en que acabe de una vez. Y, sin embargo, nadie tiene valor para deponer las armas, para decir: «Estoy harto..., no lo soporto más.» No, hay quince francos en algún lugar, que a nadie le importan ya un comino y que, de todos modos, nadie va a conseguir al final, pero los quince francos son como la causa primordial de las cosas y, en lugar de escuchar nuestra propia voz, en lugar de dar de lado a la causa primordial, claudicamos ante la situación, seguimos asesinando y asesinando y cuanto más cobardes nos sentimos, más heroicamente nos comportamos, hasta que llega un día en que el fondo se desploma y de repente todos los cañones enmudecen y los camilleros recogen a los héroes mutilados y sangrantes y les prenden medallas en el pecho. Entonces te queda el resto de tu vida para pensar en los quince francos. No tienes ojos ni brazos ni piernas, pero tienes el consuelo de soñar por el resto de tus días con los quince francos que todo el mundo ha olvidado.

Es exactamente como un estado de guerra: no puedo quitármelo de la cabeza. La forma como se esfuerza ella para encender una chispa de pasión en mí me hace pensar que yo sería una mierda de soldado, si alguna vez fuera lo bastante tonto como para dejarme atrapar así y arrastrar hasta el frente. Por mi parte, sé que renunciaría a todo, incluso al honor, para escapar del pitote. No tengo estómago para eso, y sanseacabó. Pero ella tiene quince francos metidos en la cabeza y si no quiero luchar, ella me va a obligar a hacerlo. Ahora bien, no se puede infundir deseo de lucha a un hombre que no lo tiene. Algunos de nosotros somos tan cobardes, que nunca podríais convertimos en héroes, ni siquiera metiéndonos miedo. Quizá sepamos demasiado. Algunos de nosotros no vivimos en el momento presente: vivimos un poco adelantados o un poco atrasados. Yo tengo la mente puesta constantemente en el tratado de paz. No puedo olvidar que fueron los quince francos los que iniciaron el disturbio. ¡Quince francos! ¿Qué significan para mí quince francos, sobre todo dado que no son míos?

Van Norden parece tener una actitud más normal sobre el caso. También le importan un bledo ahora los quince francos; lo que le intriga es la situación. Parece exigir que se den muestras de valor: su hombría está comprometida. Los quince francos están perdidos, tanto si conseguimos nuestro propósito como si no. Hay algo más comprometido: quizá no sólo la hombría, sino también la voluntad. Es otra vez como el caso de un hombre en las trincheras:

Librodot

ya no sabe por qué debe seguir viviendo, porque si ahora escapa, será simplemente para verse atrapado más tarde, pero aun así sigue adelante, y aunque tenga el alma de una cucaracha y lo haya reconocido ante sí mismo, dadle un fusil o un cuchillo o simplemente las uñas desnudas y seguirá asesinando y asesinando, asesinará a un millón de hombres en lugar de pararse a preguntarse por qué.

Mientras veo a Van Norden atacarla, me parece que estoy viendo a una máquina cuyos engranajes se han soltado. Si se los dejase así, podrían seguir de ese modo para siempre, crujiendo y soltándose, sin que ocurriera nunca nada. Hasta que una mano pare el motor. La visión de los dos acoplados como una pareja de cabras sin la menor chispa de pasión, moviendo y moviendo las caderas sin otra razón que los quince francos, borra en mí cualquier vestigio de sentimiento excepto el inhumano de satisfacer mi curiosidad. La chica está tumbada al borde de la cama y Van Norden está inclinado sobre ella como un sátiro con sus dos pies sólidamente plantados en el suelo. Estoy sentado en una silla detrás de él, observando los movimientos de los dos con indiferencia fría y científica; no me importa que dure eternamente. Es como observar una de esas máquinas locas que vomitan periódicos a millones, billones y trillones con sus titulares sin sentido. La máquina parece más sensible, a pesar de su locura, más fascinante, que los seres humanos y que los acontecimientos que la produjeron. Mi interés por Van Norden y por la muchacha es nulo; si pudiera estar sentado así y observar cada actuación particular que está produciéndose en este instante en todo el mundo, mi interés sería menos que nulo. No podría diferenciar ese fenómeno de la caída de la lluvia ni de la erupción de un volcán. Mientras falte esa chispa de pasión, la actuación carecerá de significado humano. Es mejor observar la máquina. Y estos dos son como una máquina cuyos engranajes se han soltado. Necesita el toque de una mano humana para arreglarla. Necesita a un mecánico.

Me arrodillo detrás de Van Norden y examino la máquina con mayor atención. La chica echa la cara a un lado y me mira desesperada. «Es inútil -dice-. Es imposible.» Ante lo cual Van Norden se pone manos a la obra con energía renovada, exactamente igual que un macho cabrío viejo. Es un tipo tan obstinado, que prefiere romnerse los cuernos antes que darse por vencido. Y ahora se enfada porque le estoy haciendo cosquillas en el culo.

-íPor amor de Dios, Joe, déjalo ya! Vas a matar a la pobre chica.

-Déjame en paz -gruñe-, ya casi lo había conseguido.

La postura y la determinación con que me ha espetado eso me recuerdan de repente, por segunda vez, mi sueño. Sólo que ahora parece como si ese palo de escoba, que se había colocado bajo el brazo con tanta indiferencia al alejarse, se hubiera perdido rara siempre. Es como la con-, tinuación de un sueño: el mismo Van Norden, nexo sin la causa primordial. Es como un héroe de regreso de la guerra, un pobre diablo mutilado viviendo la realidad de sus sueños. Dondequiera que se siente, la silla se desploma; por cualquier nuerta que entre, encuentra una habitación vacía: lo que auiera que se meta en la boca tiene mal sabor. Todo es exactamente como antes; los elementos no han cambiado, el sueño no es diferente de la realidad. Sólo que, entre el momento en que se quedó dormido y el momento en que se despierta, le han robado el cuerpo. Es como una máquina que vomita periódicos, millones y billones de ellos cada día, y la primera página está llena de catástrofes, de disturbios, asesinatos, explosivos, colisiones, pero él no siente nada. Si alguien no gira el interruptor, nunca sabrá lo que significa morir; no puedes morir, si te han robado el cuerpo. Puedes montar sobre una tía y maBrearla como un macho cabrío hasta la eternidad; . puedes ir a las trincheras y volar en pedazos; nada creará esa chispa de pasión, si no interviene una mano humana. Alguien tiene que poner la mano en la máquina y forzarla para que los engranajes vuelvan a encajar bien. Alguien tiene que hacer eso sin esperar recompensas, sin preocuparse por los quince francos; alguien cuyo pecho sea tan delgado, que si le prendieran una medalla, quedaría jorobado. Y alguien tiene que dar de comer a una tía hambrienta sin temor de que se le vuelva a salir. De lo contrario, este espectáculo no acabará nunca. No hay forma de salir de este lío...

Librodot

Después de lamerle el culo al jefe durante toda una semana -es lo que hay que hacer aquí-, conseguí el empleo de Peckover. Murió efectivamente, el pobre diablo, unas horas después de haberse estrellado contra el suelo. Y, tal como predije, organizaron un magnífico entierro, con misa solemne, coronas enormes, y todo. Tout compris. Y después de las ceremonias, se dieron un festín, los tipos del piso de arriba, en un bistro. Fue una lástima que Peckover no pudiera haber tomado ni siquiera un bocadillo: habría agradecido tanto estar sentado con los del piso de arriba y oír mencionar su nombre tan a menudo.

Debo decir, desde el principio, que no tengo nada de qué quejarme. Es como estar en un manicomio, con permiso para masturbarte por el resto de tu vida. Me ponen el mundo ante las narices y lo único que me piden es puntuar las calamidades. No hay nada que no toquen esos listillos del piso de arriba- no hay alegría ni desgracia que pase desapercibida. Viven entre los hechos crueles de la vida, la realidad, como se suele de- cir. Es la realidad de una ciénaga y ellos son sapos que no tienen mejor cosa que hacer que croar. Cuanto más croan, más real se vuelve la vida. Abogado, sacerdote, doctor, político, periodista: ésos son los charlatanes que ponen los dedos en el pulso del mundo. Una atmósfera de calamidad constante. Es maravilloso. Es como si el barómetro nunca cambiara, como si la bandera ondease siempre a media asta. Ahora se puede comprender cómo se apodera de la conciencia de los hombres la idea del cielo, cómo gana terreno incluso después de que hayan derribado todos los puntales en que se sostiene. Tiene que haber otro mundo además de esta ciénaga en que se arroja todo desordenadamente. Resulta difícil imaginar cómo puede ser ese cielo con que sueñan los hombres. Un cielo de sapos, indudablemente. Miasma, basura, nenúfares, agua estancada. Estar sentado en una hoja de nenúfar sin que te molesten y croar todo el día. Algo así, me imagino.

Tienen un efecto terapéutico maravilloso sobre mí, esas catástrofes de que hablan las pruebas que corrijo. Imaginaos un estado de inmunidad perfecta, una existencia encantada, una vida de seguridad absoluta en medio de bacilos tóxicos. Nada me afecta, ni los terremotos ni las explosiones ni los disturbios niel hambre ni las colisiones ni las guerras ni las revoluciones. Estoy vacunado contra toda clase de enfermedades, de calamidades, de penas y de miserias. Es la culminación de una vida de fortaleza. Sentado en un rinconcito, todos los venenos que el mundo despide cada día pasan por mis manos. Ni siquiera me mancho una uña. Soy absolutamente inmune. Estoy todavía mejor que un ayudante de laboratorio, porque aquí no hay malos olores, sólo el olor de plomo fundido. Ya puede estallar el mundo, que yo seguiré aquí poniendo una coma o un punto y coma. Hasta podría ser que hiciera algunas horas extraordinarias, porque con un acontecimiento como ése habrá por fuerza una última edición extraordinaria. Cuando el mundo estalle y la última edición haya pasado a la imprenta, los correctores de pruebas recogerán sosegadamente todas las comas, puntos y comas, guiones, asteriscos, corchetes, paréntesis, puntos, signos de admiración, etc., y los colocarán en una cajita sobre la silla del director. Comme ça tout es¡ réglé...

Ninguno de mis compañeros parece entender por qué parezco tan contento. Ellos se pasan el tiempo refunfuñando, tienen ambiciones, quieren mostrar su orgullo y su mal humor. Un buen corrector de pruebas no tiene ambiciones, ni orgullo, ni mal humor. Un buen corrector de pruebas es como Dios Todopoderoso, está en el mundo, pero no es de él. Sólo existe para los domingos. El domingo es la noche que libra. Los domingos baja de su pedestal y muestra el culo a los fieles. Una vez a la semana escucha todas las penas y miserias privadas del mundo, tiene bastante para el resto de la semana. El resto de la semana permanece en los helados pantanos invernales, un absoluto, un absoluto impecable, con sólo una señal de vacunación para distinguir lo del inmenso vacío.

La mayor calamidad para un corrector de pruebas es la amenaza de perder su trabajo. Cuando nos juntamos en el descanso, la pregunta que hace que un escalofrío nos recorra la espina dorsal es: ¿qué harás, si pierdes tu trabajo? Para el caballerizo, cuyo deber es barrer el estiércol, el terror supremo es la posibilidad de un mundo sin caballos. Decirle que es repugnante pasar la. vida amontonando con pala cargarrutas calientes constituye una

Librodot

imbecilidad. A un hombre puede llegar a gustarle la mierda, si su sustento depende de ella, si su felicidad está comprometida.

Esta vida que, si fuera todavía un hombre con orgullo, honor, ambición; etc., me parecería el último peldaño de la degradación, ahora la recibo con gusto, igual que un inválido recibe la muerte. Es una realidad negativa, igual que la muerte una especie de cielo sin el dolor ni el terror de morir. En este mundo etónico lo único importante es la ortografía y la puntuación. No importa cuál sea la naturaleza de la calamidad, sólo si está escrita correctamente. Todo está en un nivel, ya sea la última moda en trajes de noche, un nuevo acorazado, una plaga, un explosivo instantáneo, un descubrimiento astronómico, una bancarrota, un descarrilamiento, una subida en la bolsa, un ganador de cien contra uno, una ejecución, un atraco, un asesinato, o lo que sea. Nada escapa al ojo de un corrector de pruebas, pero nada atraviesa su chaleco antibalas. La señora Scheer (Esteve, de soltera) escribe al hindú Agha Mir para decirle que está muy satisfecha de su trabajo. «Me casé el seis de junio y le doy las gracias. Somos muy felices y e[s]pero que, gracias al *poder de* usted, así será para siempre. Le envío por giro telegráfico la suma de... para recompensarle... » El hindú Agha Mir te predice el futuro y lee todos tus pensamientos *de forma precisa* e inexplicable. Te dará consejos, te ayudará a liberarte de tus preocupaciones e inquietudes de cualquier clase, *etc. Personalmente o por carta: 20 Avenue Mac-Mahon, Paris.*

¡Te lee todos los pensamientos *de* forma maravillosa! Supongo que quiere decir todos sin excepción, desde los pensamientos más triviales hasta los más impúdicos. Debe de disponer de mucho tiempo, ese Agha Mir. ¿O sólo se concentra en los pensamientos de quienes envían dinero por giro telegráfico? En la misma edición veo un titular que anuncia que «el universo se expande tan de prisa, que puede estallar», y debajo hay una fotografía de una jaqueca aguda. Y después viene una perorata sobre la perla, firmada por Tecla. La ostra produce las dos, informa a todos [y] cada uno. Tanto la perla «salvaje» u oriental como la perla «cultivada». El mismo día, en la catedral de Tréveris, los alemanes están exhibiendo la túnica de Cristo; es la primera vez que la han sacado de las bolas de naftalina en cuarenta y dos años. No dice nada de los pantalones ni del chaleco. También el mismo día, en Salzburgo, dos ratones han nacido en el estómago de un hombre, lo creáis o no. Una famosa actriz de cine aparece con las pierna cruzadas: está descansando en Hyde Park, y debajo un pintor muy conocido observa: «Reconozco que la señora Coolidge tiene tanto encanto y personalidad, que habría sido una de las doce americanas famosas, aunque su espo ro hubiera sido presidente.» De una entrevista con el señor Humhal, de Viena, entresaco lo siguientes «Antes de terminar - dice el señor Humhal-, me gustaría decir que el corte y la hechura impecables no bastan; la prueba de una buena confección se ve en el uso. Un traje debe ajustarse al cuerpo y al mismo tiempo conservar su línea, cuando el que lo lleva camina o se sienta.» Y nótese, por favor, que siempre que hay una explosión, en una mina de carbón -una mina de carbón *británica-,* el rey y la reina envían sus condolencias prontamente, por *telégrafo. Y* siempre asisten a las carreras importantes, si bien el otro día, según el texto, creo que fue en el Derby, empezó a caer un aguacero, para gran sorpresa del rey y de la reina». Sin embargo, más desconsoladora es una noticia como ésta: «En Italia sostienen que las persecuciones no son contra la Iglesia; no obstante, van dirigidas contra las partes más exquisitas de la lglesia. Afirman que no son contra el Papa, pero van dirigidas contra el corazón y los ojos mismos del Papa.»

He tenido que viajar precisamente por codo el mundo para encontrar un rincón tan cómodo y agradable como éste. Parece casi increíble. ¿Cómo habría podido prever, en América, con todos los cohetes que te ponen en el culo para darte ánimo y valor, que la posición ideal para un hombre de mi temperamento era buscar faltas de ortografía? Allí no piensas en otra cosa que en llegar a ser algún día presidente de Estados Unidos. En potencia, todos los hombres tienen madera de presidentes. Aquí es diferente. Aquí todos los hombres son un cero a la izquierda en potencia. Si llegas a ser algo o alguien, es un accidente, un milagro. Existen mil probabilidades contra una de que nunca abandones tu pueblo natal.

Existen mil probabilidades contra una de que un obús te deje sin piernas o sin ojos. A no ser que se produzca el milagro, y te encuentres convertido en general o contraalmirante.

Pero precisamente porque tienes todas las probabilidades en contra, porque hay tan pocas esperanzas, es por lo que la vida es placentera aquí. Día tras día. No hay ayer ni mañana. El barómetro nunca cambia, la bandera siempre ondea a media asta. Llevas un trozo de crespón negro en el brazo, o una cintita en el ojal, y, si eres bastante afortunada como para poder pagártelas, te compras un par de extremidades artificiales, preferentemente de aluminio. Lo que no te impide disfrutar de un apéritif u observar los animales en el zoo o coquetear con los buitres que surcan los bulevares para arriba y para abajo, siempre alerta en busca de carroña fresca. Pasa el tiempo. Si eres extranjero y tienes la documentación en regla, puedes exponerte sin miedo al contagio. A ser posible, es mejor trabajar de corrector de pruebas. Comme ça, tout s'arrange. Eso significa que, si resulta que vas caminando hacia casa a las tres de la mañana y te salen al paso los polis en bicicleta, puedes dejarles con un palmo de narices. Por la mañana, cuando el mercado está en plena actividad, puedes comprar huevos belgas, a cincuenta céntimos cada uno. Un corrector de pruebas no suele levantarse hasta el mediodía, o un poco después. Conviene coger un hotel cerca de un cine, porque si eres propenso a que se te peguen las sábanas, los timbres te despertarán a tiempo para la función de la tarde. O si no puedes encontrar un hotel cerca de un cine, escoge uno cerca de un cementerio, viene a ser lo mismo. Sobre todo, no te desesperes. II *ne faut jamais désespérer.*

Que es lo que intento meter en la cabeza a Carl y a Van Norden todas las noches. Un mundo sin esperanza, pero nada de desesperarse. Es como si me hubiera convertido a una nueva religión, como si hiciese una novena anual cada noche a Nuestra señora de la Consolación. No puedo imaginar qué ganaría, si me hicieran director del periódico, o incluso presidente de Estados Unidos. Estoy en el fondo de un callejón sin salida, y es acogedor y confortable. Con un original de imprenta en la mano, escucho la música a mi alrededor, el murmullo y zumbido de las voces, el tintinear de las linotipias, como si un centenar de brazaletes de plata pasara por un rodillo; de vez en cuando una rata pasa corriendo por entre nuestras piernas o una cucaracha baja por la pared de enfrente de nosotros, avanzando ágil y cautelosamente sobre sus delicadas patas. Los acontecimientos del día te pasan delante de las narices sosegadamente, sin ostentación, con el nombre del autor de vez en cuando para señalar la presencia de una mano humana, de un yo, de un rasgo de vanidad. La procesión pasa serenamente, como un cortejo que entra por las puertas del cementerio. El papel acumulado bajo el escritorio de corrección es tan espeso, que parece una alfombra de pelo suave. El de debajo del escritorio de Van Norden está manchado de jugo marrón. Hacia las once llega el vendedor de cacahuetes, un armenio bobo que también está contento con la vida que le ha tocado en suerte.

De vez en cuando recibo un cablegrama de Mona en que dice que llega en el próximo barco. «Sigue carta», dice siempre. Hace nueve meses que dura esto, pero nunca veo su nombre en la lista de pasajeros de los barcos que llegan ni me trae una carta el *garçon* en bandeja de plata. Ya no me quedan esperanzas tampoco por ese lado. Si alguna vez llega efectivamente, puede buscarme abajo, justo detrás del retrete. Probablemente me dirá inmediatamente que es malsano. Esa es la primera cosa que se les ocurre a las mujeres americanas con respecto a Europa: que es malsana. Les resulta imposible concebir un paraíso sin instalaciones sanitarias modernas. Si encuentran una chinche, quieren escribir inmediatamente una carta a la Cámara de Comercio. ¿Cómo voy a explicarle nunca que estoy contento aquí? Dirá que me he vuelto un degenerado. Conozco su rollo del principio al fin. Querrá que busquemos un estudio con jardín... y bañera, con toda seguridad. Quiere ser pobre de forma romántica. La conozco. Pero esta vez estoy preparado.

No obstante, hay días en que brilla el sol y me salgo del sendero trillado y pienso en ella ansiosamente. De vez en cuando, a pesar de mi resuelta satisfacción, me pongo a pensar en otro modo de vida, llego a preguntarme si no cambiarían las cosas teniendo a mi

lado a una criatura joven e inquieta. Lo malo es que apenas puedo recordar cómo es, ni la sensación siquiera de rodearla con los brazos. Todo lo que pertenece al pasado parece haber caído al mar; tengo recuerdos, pero las imágenes han perdido su intensidad, parecen inanimadas e inconexas, como momias roídas por el tiempo y metidas en un lodazal. Si intento recordar mi vida en Nueva York, capto unos pocos fragmentos hechos trizas, espeluznantes y cubiertos de verdín. Parece como si mi propia existencia hubiera llegado a su fin en algún lugar, exactamente dónde no puedo decirlo. Ya no soy americano, ni neoyorquino, y menos todavía europeo, ni parisino. Ya no debo lealtad a ningún país, ni tengo responsabilidad, ni odios, ni preocupaciones, ni prejuicios, ni pasión. No estoy ni a favor ni en contra. Soy neutral.

Cuando volvemos a casa de noche, los tres, ocurre muchas veces que después de los primeros espasmos de hastío, nos ponemos a hablar de la situación con ese entusiasmo que sólo pueden mostrar quienes no toman parte activa en la vida. Lo que a veces me parece extraño, cuando me meto en la cama, es que ese entusiasmo lo produce la necesidad de matar el tiempo, de aniquilar los tres cuartos de hora que se tarda en caminar desde la oficina hasta Montparnasse. Podríamos tener las ideas más brillantes, más factibles para la mejora de esto o lo otro, pero nos falla el vehículo al que engancharnos. Y lo más extraño es que la ausencia de relación alguna entre las ideas y la vida no nos produce angustia ni desasosiego. Nos hemos adaptado tanto, que, si mañana nos ordenasen andar sobre las manos, lo haríamos sin protestar lo más mínimo. Con tal de que el periódico saliera como de costumbre, desde luego. Y de que recibiésemos nuestra paga con regularidad. Aparte de eso, nada importa. Nada. Nos hemos orientado. Nos han convertido en *coolies, coolies* oficinistas, acallados con un puñado de arroz diario. El otro día leí que un rasgo especial de los cráneos americanos es la presencia del hueso epactal, u os *Incae,* en el occipucio. La presencia de ese hueso, proseguía el científico, se debe a la persistencia de la sutura occipital transversa que suele cerrarse en la vida fetal. Así pues, es una señal de desarrollo interrumpido y una indicación de raza inferior. «La capacidad cúbica media del cráneo americano -seguía diciendo-, queda por debajo de la de los blancos, y por encima de la de la raza negra. Considerando los dos sexos, los parisinos tienen una capacidad craneana de 1.488 centímetros cúbicos; los negros, de 1.344 centímetros; los indios americanos, de 1.376.» De todo lo cual no deduzco nada, porque soy americano y no indio. Pero es atractivo explicar las cosas de ese modo, mediante un hueso, un os *Incae,* por ejemplo. No altera su teoría lo más mínimo el reconocimiento de que ejemplos particulares de cráneos indios han revelado la extraordinaria capacidad de 1.920 centímetros cúbicos, capacidad craneana no superada por ninguna otra raza. Lo que noto con satisfacción es que los parisinos, de ambos sexos, parecen tener una capacidad craneana normal. Evidentemente, la sutura occipital transversa no es tan constante en ellos. Saben disfrutar un *apéritif* y no les preocupa que las casas no estén pintadas. Por lo que indican los índices craneanos, sus cráneos no tienen nada de extraordinario. Ha de haber alguna otra explicación para el arte de vivir que han llevado a tal grado de perfección.

En el bistro de monsieur Paul, al otro lado de la calle, hay una habitación interior reservada para los periodistas donde podemos comer a crédito. Es una habitacioncita agradable con serrín en el suelo y moscas en todas las estaciones. Cuando digo que está reservada para los periodistas, no quiero decir que comamos en privado; al contrario, significa que tenemos el privilegio de asociarnos con las putas y los chulos que constituyen el elemento sustancial de la clientela de monsieur Paul. Eso viene de perilla a los tipos del piso de arriba, porque siempre están a la caza de las gachís, e incluso los que tienen una chavalita francesa fija no tienen inconveniente en cambiar de pareja de vez en cuando. Lo principal es no coger purgaciones; a veces parece como si una epidemia hubiese pasado por la oficina, o quizá podría explicarse por el hecho de que todos se acuestan con la misma mujer. En cualquier caso, es agradable observar las caras de desconsuelo que ponen, cuando se ven

Librodot

obligados a sentarse junto a un chulo que, a pesar de los pequeños gajes de su profesión, lleva una vida lujosa en comparación con la de ellos.

Pienso en particular en un tipo alto y rubio, que reparte las noticias de la agencia Havas en bicicleta. Siempre llega un poco tarde a comer, siempre sudando profusamente y con la cara cubierta de mugre. Tiene una forma de entrar simpática, saludando a todo el mundo con dos dedos y dirigiéndose con andares desgarbados directamente a la pila que está justo entre el retrete y la cocina. Mientras se seca la cara, hace una rápida inspección de los comestibles; si ve un espléndido bistec sobre la tabla, lo coge y lo olfatea, o bien mete el cazo en la gran olla de sopa y prueba una cucharada. Es como un buen ejemplar de sabueso, siempre con el hocico por el suelo. Acabados los preliminares, después de haber hecho pipí y de haberse sonado vigorosamente, se dirige hacia su fulana y le da un sonoro beso y un azote cariñoso en el culo. A ella, la fulana, siempre la he visto inmaculada..., incluso a las tres de la mañana, después de una noche de trabajo. Parece exactamente como si acabara de salir de un baño turco. Es un placer contemplar ejemplares tan sanos, ver tanta calma, tanto afecto, tanto apetito como muestran. Ahora me refiero a la cena, el bocadillo que toma ella antes de comenzar sus tareas. Dentro de poco, tendrá que despedirse de su enorme bruto rubio, para ir a sentarse en algún punto del bulevar y sorber *su digestif. Si* el trabajo es fastidioso o agotador o extenuante, la verdad es que ella no lo deja traslucir. Cuando llega el grandullón, hambriento como un lobo, ella lo rodea con los brazos y le besa ávidamente... los ojos, la nariz, las mejillas, el pelo, el cogote... le besaría el culo, si pudiera hacerlo en público. Es evidente que le está agradecida. No es una esclava a sueldo. Durante toda la comida, no para de reír convulsivamente. Es como para pensar que no tiene la menor preocupación. Y de vez en cuando, como muestra de cariño, le da una sonora bofetada en la cara, un guantazo que haría girar como una peonza a un corrector de pruebas.

No parecen tener conciencia de nada que no sea ellos y la comida que engullen a paladas. Semejante satisfacción tan perfecta, semejante armonía y comprensión mutua, ponen fuera de sí a Van Norden, cuando los mira. Especialmente cuando ella desliza la mano hasta la bragueta del grandullón y se la acaricia, a lo que él responde generalmente cogiéndole una teta y apretándosela juguetonamente.

Hay otra pareja que suele llegar sobre la misma hora y que se comporta exactamente como un matrimonio. Tienen sus disputas, sacan los trapos sucios en público y después de haber creado una situación desagradable para ellos y para los demás, después de amenazas y maldiciones, hacen las paces besándose y acariciándose como dos tórtolos. Lucienne, como él la llama, es una rubia platino, corpulenta, con aspecto cruel y taciturno. Tiene un labio inferior grueso que se muerde con mala intención, cuando se enoja. Y unos ojos fríos, como cuentas, de un azul de porcelana desteñida, que le hacen sudar, cuando ella lo mira con ellos. Pero es buena persona, Lucienne, a pesar del perfil de cóndor que nos ofrece, cuando empieza la trifulca. Lleva siempre la bolsa llena de dinero, y si lo distribuye con prudencia, es sólo porque no quiere fomentar los malos hábitos de él. El tiene un carácter débil; es decir, si tomamos en serio las diatribas de Lucienne.

Es capaz de gastarse cincuenta francos en una noche, mientras espera que ella acabe. Cuando llega la camarera, no tiene apetito. «¡Ah, otra vez estás desganado! -refunfuña Lucienne-. ¡Vaya, hombre! Supongo que has estado esperándome en el Faubourg Montmartre. Espero que te lo hayas pasado bien, mientras yo trabajaba como una esclava para ti. *Habla, imbécil, ¿dónde has estado?»*

Cuando se le inflama el ánimo así, cuando se enfurece, él la mira tímidamente y después, como si hubiera considerado que el silencio es la mejor actitud, deja caer la cabeza y se pone a jugar con la servilleta. Pero ese gestito, que conoce tan bien y que, por supuesto, le resulta agradable en secreto, porque ahora está convencida de su culpabilidad, sólo sirve para aumentar la irritación de Lucienne. *«HHabla, imbécil!»,* grita. Y con voz chillona y tímida, él le explica lastimeramente que, mientras la esperaba, le dio tanta hambre, que tuvo

Librodot

que pararse a tomar un bocadillo y una caña de cerveza. Fue suficiente para quitarle el apetito: lo dice compungido, aunque está claro que la comida es ahora lo que menos le preocupa. «Pero -e intenta dar a su voz un tono más convincente- te he estado esperando todo el tiempo», dice de improviso.

-¡Mentiroso! -grita ella-. ¡Mentiroso! ¡Ah, menos mal que yo soy también una mentirosa..., una *mentirosa de primera!* Me pones enferma con tus pobres mentiras despreciables. ¿Por qué no me cuentas una mentira que valga la pena?

El vuelve a agachar la cabeza y distraídamente recoge unas migas y se las lleva a la boca. « ¡No hagas eso! Me tienes harta. ¡Qué imbécil eres! ¡Mentiroso! ¡Espera y verás! Todavía no he acabado. Yo también soy mentirosa, pero no imbécil.»

Sin embargo, un poco después están sentados muy juntitos, con las manos cogidas, y ella murmura suavemente: «Ah, amor mío, es duro tener que dejarte ahora. ¡Anda, bésame! ¿Qué vas a hacer esta noche? Dime la verdad, cariño..., perdona mi mal genio.» El la besa tímidamente, como un conejillo de orejas largas y rosadas; le da un besito en los labios, como si mordisqueara una hoja de col. Y al mismo tiempo sus redondos y brillantes oios acarician con la mirada su bolso que reposa abierto junto a ella sobre el banco. Lo único que espera es el momento en que pueda darle esquinazo con delicadeza; está loco por irse, por sentarse en algún café tranquilo de la rue du Faubourg Montmartre.

Lo conozco bien, al inocente tipejo, con sus redondos y asustados ojos de conejo. Y sé muy bien qué endemoniada calle es el Faubourg Montmartre con sus placas de metal y artículos de goma, con las luces centelleando toda la noche y el sexo corriendo por la calle como una alcantarilla. Caminar de la rue Lafayette al bulevar es como pasar por baquetas; se te pegan como lapas, te devoran como las hormigas, te engatusan, halagan, lisonjean, imploran, suplican, lo intentan en alemán, inglés, español, te enseñan sus corazones desgarrados y sus zapatos reventados, y mucho después de que hayas cortado los tentáculos para escapar, mucho después de que haya cesado el chisporroteo y el cuchicheo, la fragancia del *la*vabo persiste en tu nariz: es el olor del Parfum de Danse, cuya eficacia sólo está garantizada para una distancia de veinte centímetros. Podría uno derrochar la vida entera en ese pequeño tramo entre el bulevar v la rue Lafayette. Todos los bares están animados, palpitantes; los dados están cargados; los cajeros están sentados como buitres en sus altos taburetes y el dinero que manejan exhala un hedor humano. No hay equivalente en el Banque de France del maldito dinero que circula por aquí, el dinero que brilla con sudor humano, que pasa como un fuego en el bosque de mano en mano y deja tras sí humo y hedor. Un hombre que pueda pasar por el Faubourg Montmartre por la noche sin suspirar ni sudar, con una oración o una maldición en los labios, un hombre así no tiene cojones, y si tiene, habría que castrarlo.

¿Y si el tipejo tímido se gasta los cincuenta francos de una noche mientras espera a su Lucienne? ¿Y si le entra hambre y se compra un bocadillo y una caña de cerveza, o se para a charlar con la fulana de otro? ¿Creéis que debería estar cansado de esa rutina noche tras noche? ¿Creéis que debería pesarle, oprimirlo, matarlo de aburrimiento? Supongo que no pensaréis que un chulo es inhumano. Un chulo también tiene su aflicción y miseria privadas, no lo olvidéis. Quizá nada le gustaría tanto como plantarse cada noche en la esquina con un par de perros blancos y verlos mear. Tal vez le gustaría, al abrir la puerta, verla ahí leyendo el Paris-Soir, con los ojos ya un poco pesados por el sueño. Quizá no sea tan maravilloso, cuando se inclina sobre su Lucienne, sentir el aliento de otro hombre. Puede que sea mejor tener sólo tres francos en el bolsillo y un par de perros blancos meando en la esquina que saborear esos labios lastimados. Apuesto a que, cuando ella lo aprieta con fuerza, cuando ella le suplica que le dé esa pequeña ración de amor que sólo él sabe dar, apuesto a que él lucha como mil demonios para empalmarse, para aniquilar a ese regimiento que ha desfilado entre las piernas de ella. Quizá cuando él toma su cuerpo y practica una nueva melodía, quizá no sea todo pasión y curiosidad lo que él siente, sino una lucha en la oscuridad, una lucha a solas contra el ejército que ha forzado las puertas, que la ha dejado con un hambre

tan devoradora, que ni siquiera un Rodolfo Valentino podría saciarla. Cuando oigo los reproches que hacen a una muchacha como Lucienne, cuando oigo que la denigran o desprecian porque es fría y mercenaria, porque es demasiado mecánica, o porque tiene demasiada prisa, o por esto o por lo otro, me digo: «¡Un momento, chaval, más despacio! Recuerda que vas muy atrás en la procesión; recuerda que todo un cuerpo de ejército la ha asediado, que la han devastado, saqueado y pillado.» Me digo: «Oye, chaval, no le regatees los cincuenta francos que le das porque sepas que su chulo está derrochándolos en el Faubourg Montmartre. Es su dinero y su chulo. Es dinero ganado con sangre. Es dinero que nunca será retirado de la circulación porque no hay nada en el Banque de France con qué redimirlo.»

Eso es lo que pienso a menudo, cuando estoy sentado en mi rinconcito haciendo malabarismos con los informes de la agencia Havas o desenmarañando los cables procedentes de Chicago, Londres y Montreal. Entre los mercados del caucho y de la seda y de los cereales de Winnipeg, aflora un poco del chisporroteo y de la efervescencia del Faubourg Montmartre. Cuando los bonos bajan y flaquean y los valores fundamentales vacilan y los especulativos están en efervescencia, cuando el mercado de cereales se deteriora y se hunde y los alcistas empiezan a bramar, cuando todas las puñeteras calamidades, todos los anuncios, todas las noticias deportivas y los artículos de modas, todas las llegadas de barcos, todas las narraciones de viajes, todos los cotilleos han quedado puntuados, verificados, revisados, fijados y apretados entre las grapas de plata, cuando oigo que ajustan a martillazos los caracteres de la primera página y veo a los franchutes bailar alrededor como buscapiés borrachos, pienso en Lucienne surcando el bulevar hacia abajo con las alas desplegadas, un enorme cóndor de plata suspendido sobre la lenta marea del tráfico, una extraña ave procedente de las cumbres de los Andes con un vientre rosa pálido y una cabecita tenaz. A veces vuelvo solo a casa y la sigo a través de las oscuras calles, la sigo a través del patio del Louvre, sobre el Pont des Arts, a través de la arcada, a través de los orificios y ranuras, la somnolencia, la blancura deslustrada, la reja del Luxemburgo, las ramas enredadas, los ronquidos y quejidos, las cancelas verdes, el rasgueo y campanilleo, las puntas de las estrellas, las lentejuelas, los azabaches, los toldos de franjas azules y blancas que rozaba con las puntas de sus alas.

En el azul de un amanecer eléctrico las cáscaras de cacahuete parecen pálidas y arrugadas; a lo largo de la ribera en Montparnasse los nenúfares se doblan y se rompen. Cuando la marea baja y sólo quedan unas cuantas sirenas sifilíticas varadas en el fango, el Dôme parece una galería de tiro azotada por un ciclón. Todo vuelve goteando lentamente a la alcantarilla. Durante una hora o menos hay una calma de muerte durante la cual limpian el vómito. De repente, los árboles empiezan a ulular. De un extremo a otro del bulevar se eleva una canción demencial. Es como la señal que anuncia el cierre de la Bolsa. Las esperanzas que había quedan barridas. Ha llegado el momento de cambiar el agua al canario por última vez. El día se acerca a hurtadillas como un leproso...

Una de las cosas que debes procurar, cuando trabajas de noche, es no alterar el horario previsto; si no te metes en la cama antes de que los pájaros empiecen a piar, es inútil hacerlo. Esta mañana, como no tenía nada mejor que hacer, he visitado el Jardín des Plantes. Hay pelícanos maravillosos de Chapultepec y pavos reales con abanicos tachonados que te miran con ojos de tonto. De repente, ha empezado a llover.

Al volver a Montparnasse en el autobús, he visto frente a mí a una francesa menuda que estaba sentada rígida y erguida, como si se dispusiera a arreglarse las plumas con el pico. Estaba sentada en el borde del asiento, como si temiese estrujar su espléndida cola. Sería maravilloso, pensé, que de repente se agitara y de su *derrière* se desplegase un enorme abanico tachonado de largas plumas sedosas.

En el Café de l'Avenue, donde me paro a tomar un bocado, una mujer con el vientre hinchado intenta interesarme en su estado. Le gustaría que fuese a una habitación con ella y lo

pasáramos bien una o dos horas. Es la primera vez en mi vida que se me ha ofrecido una mujer encinta casi siento la tentación de probar. Dice que en cuanto nazca el niño y 1o entreguen a las autoridades, volverá a ejercer su oficio. Hace sombreros. Al observar que mi interés está decayendo, me coge la mano y se la pone sobre el abdomen. Siento que algo se mueve dentro. Eso me quita el apetito.

Nunca he visto un lugar como París en lo que a variedad de viandas sexuales se refiere. En cuanto una mujer pierde un diente o un ojo o una pierna, se hace de la vida. En América se moriría de hambre, si no tuviera otra cosa que ofrecer que una mutilación. Aquí es diferente. La falta e un diente o la nariz consumida o la matriz caída, cualquier desgracia que agrave la fealdad natural de la mujer, parece estar considerada como un atractivo suplementario, un estimulante para el apetito ahíto del hombre.

Naturalmente, hablo de ese mundo que es característico de las grandes ciudades, el mundo de hombres y mujeres cuya última gota de jugo ha exprimido la máquina: los mártires del progreso moderno. A esa masa de huesos y de botones de cuello es a la que al pintor le resulta tan difícil dar vida.

Hasta después, por la tarde, cuando me encuentro en la galería de arte de la rue de Sèze, rodeado por hombres y mujeres de Matisse, no vuelvo a estar dentro de los límites auténticos del mundo humano. En el umbral de esa gran sala cuyas paredes están ahora en llamas, me detengo un momento para recobrarme de la conmoción que experimenta uno cuando el gris habitual del mundo se desgarra y el color de la vida salta y salpica en canciones y poemas. Me encuentro en un mundo tan natural, tan completo, que me siento perdido. Tengo la sensación de estar inmerso en el plexo mismo de la vida, en el centro, cualquiera que sea el lugar o posición en que me sítúe o la actitud que adopte. Perdido como cuando en cierta ocasión me hundí en las profundidades de un bosquecillo en flor y, sentado en el comedor de ese mundo gigantesco de Balbec, capté por primera vez el profundo significado de esos silencios interiores que manifiestan su presencia mediante el exorcismo de la vista y del tacto. Parado en el umbral de ese mundo que Matisse ha creado, vuelvo a experimentar el poder de esa revelación que permitió a Proust deformar la imagen de la vida de tal modo, que quienes, como él, son sensibles a la alquimia del sonido y de los sentidos, son capaces de transformar la realidad negativa de la vida en las formas sustanciales y significativas del arte. Sólo quienes pueden admitir la luz en sus entrañas pueden expresar lo que hay en el corazón. Ahora recuerdo claramente que el fulgor y el centelleo de la luz que reflejaban las imponentes arañas se desintegraba en gotas de sangre, veteando las puntas de las olas que azotan monótonamente el oro empañado del exterior. En la playa, mástiles y chimeneas entrelazados y, como una sombra fuliginosa, la figura de Albertine deslizándose a través del oleaje, fundiéndose en la profundidad misteriosa y en el prisma de un reino protoplasmático, uniendo su sombra al sueño y presagio de la muerte. Con el fin del día, el dolor alzándose de la tierra como bruma, la pena cercando todo, tapando la infinita perspectiva del mar y el cielo. Dos manos de cera reposando indolentemente sobre la cama y a lo largo de las pálidas venas el murmullo aflautado de una concha que repite la leyenda de su nacimiento.

En todos los poemas de Matisse figura la historia de una partícula de carne humana que rechazó la consumación de la muerte. Toda la extensión de carne, desde el cabello hasta las uñas, expresa el milagro de la respiración, como si el ojo interior, en su anhelo de una realidad más grandiosa, hubiera convertido los poros de la carne en bocas hambrientas y dotadas de vista. Sea cual fuere la visión por la que pasemos, percibimos el olor y el sonido del viaje. Es imposible contemplar ni siquiera un rincón de sus sueños sin sentir el ascenso de la ola y el frescor de las salpicaduras. Va al timón mirando con sus azules ojos fijos la carpeta del tiempo. ¿En qué rincones distantes no ha echado su larga y oblicua mirada? Desde lo alto del vasto promontorio de su nariz ha contemplado todo: las cordilleras que caen en el Pacífico, la historia de la Diáspora escrita en pergamino, los postigos que aflautan el susurro de la playa, el piano arqueado como una caracola, corolas que emiten diapasones de luz, camaleones que se retuercen bajo la prensa, serrallos que expiran en océanos de polvo, música que brota como fuego de la cromosfera oculta del dolor, espora y madrépora que fructifican la tierra, ombligos que vomitan sus brillantes

Librodot

semillas de angustia... Es un sabio brillante, un adivino danzarín que, de una pincelada, elimina el terrible cadalso al que el cuerpo del hombre está encadenado por los hechos incontrovertibles de la vida. El es, en caso de que algún hombre posea ese don, quien sabe dónde desintegrar la figura humana, quien tiene el valor de sacrificar una línea armoniosa para detectar el ritmo y el murmullo de la sangre, quien toma la luz que se ha refractado dentro de él y deja que inunde el teclado del color. Tras las minucias, el caos, la mofa de la vida, detecta la pauta invisible; anuncia sus descubrimientos en el pigmento metafísico del espacio. Ni búsqueda de fórmulas, ni crucifixión de ideas, ni otra compulsión que la de crear. Incluso cuando el mundo va camino de su destrucción, hay un hombre que permanece en el centro, que queda fijo y anclado más sólidamente, más centrífugo, a medida que se acelera el proceso de disolución.

El mundo cada vez se parece más a un sueño de entomólogo. La tierra se está saliendo de su órbita, el eje se ha desplazado; la nieve desciende desde el norte en enormes ráfagas de azul acerado. Se nos viene encima una nueva era glacial, las suturas transversas se están cerrando y por toda la zona del maíz el mundo fetal se muere, y se convierte en mastoides inerte. Los deltas se secan centímetro a centímetro y los lechos de los ríos están lisos como cristales. Amanece un nuevo día, un día metalúrgico, en que la tierra va a resonar con chaparrones de mineral amarillo brillante. A medida que desciende el termómetro, la forma del mundo se va desdibujando; todavía hay ósm^{os}is, y aquí y allá articulación, pero en la periferia las venas están todas varicosas, en la periferia las ondas de luz se arquean y el sol sangra como un recto roto.

En el centro mismo de esa rueda que se deshace está Matisse. Y seguirá rcdandc hasta que todo lo que ha contribuido a formar la rueda se haya desintegrado. Ya ha rodado por una buena porción del globo, por Persia e India y China, y como a un imán se le han adherido partículas microscópicas de Kurdistán, Baluchistán, Timbuctú, Somalia, Angkor, Tierra del Fuego. Ha adornado a la odalisca con malaquita y jaspe, ha ocultado su carne con mil ojos, ojos perfumados y bañados en esperma de ballenas. Dondequiera que se alce una brisa hay pechos tan frescos como la gelatina, palomas blancas llegan a revolotear y a aparearse en las venas azul hielo del Himalaya.

El empapelado con que los hombres de ciencia han cubierto el mundo de la realidad se cae a jirones. La gran casa de putas en que han con vertido la vida no requiere decoración; 1o único esencial es que los desagües funcionen adecuadamente. La belleza, esa belleza felina que nos tiene cojidos por los cojones en América, se ha acabado. Para sondear la nueva realidad primero es necesario desmantelar los desagües, hay que abrir los conductos gangrenados que componen el sistema genitourinario que proporciona las excreciones del arte. El olor del día es el de permanganato y formaldehído. Los desagües están atascados con embriones estrangulados.

El mundo de Matisse es todavía bello al modo de un dormitorio anticuado. No se ve un rodamiento ni una plancha de caldera ni un pistón ni una llave inglesa. Es el mismo mundo antiguo que iba alegremente al Bois en los días bucólicos del vino y la fornicación. Me resulta sedante y refrescante moverme entre esas criaturas con poros vivos y palpitantes cuyo fondo es estable y sólido como la propia luz. Lo siento intensamente, cuando camino por el Boulevard de la Madeleine y las putas pasan presurosas a mi lado, cuando el simple hecho de mirarlas me hace estremecer.

¿Será porque son exóticas o están bien alimentadas? No, es raro encontrar una mujer bella por el Boulevard de la Madeleine. Pero en Matisse, en la exploración de su pincel, está el brillo tembloroso de un mundo que sólo requiere la presencia de la mujer para cristalizar las aspiraciones más fugitivas. Encontrarse con una mujer que se ofrece a la puerta de un urinario, donde hay anuncios de papel de fumar, ron, acróbatas, carreras de caballos, donde el pesado follaje de los árboles corta la espesa masa de paredes y tejados, es una experiencia que comienza donde acaban los límites del mundo conocido. De vez en cuando, por la noche, al

Librodot

pasar junto a los muros del cementerio, tropiezo con tilos odaliscas fantasmagóricas de Matisse atadas a los árboles, con sus enredadas melenas empapadas de savia. Unos pasos más allá, separado por incalculables eones de tiempo, yace, postrado y vendado como una momia, el espectro de Baudelaire, de todo un mundo que no volverá a vomitar nunca más. En los oscuros rincones de los cafés hay hombres y mujeres con las manos cogidas y los lomos moteados cerca está el garçon con su delantal lleno de socas, esperando pacientemente el entreacto para lanzarse contra su mujer y pasarla por la piedra. Incluso cuando el mundo se desintegra, el París de Matisse se estremece con el jadeo de orgasmos vivaces, el propio aire está sereno a causa de la esperma estancada, y los árboles enredados como los cabellos. En su eje bamboleante la rueda gira cuesta abajo sin cesar; no hay frenos, ni rodamientos, ni neumáticos. La rueda se desintegra, pero la revolución sigue intacta.

Librodot

Un día, caída del cielo, me llega una carta de Boris, a quien hace muchos meses que no he visto. Es un documento extraño y no puedo decir que entienda todo claramente. «Lo que ocurrió entre nosotros -al menos, por lo que a mí respecta- es que me conmoviste, conmoviste mi vida, es decir, en el único punto en que todavía estoy vivo: mí muerte. Con la corriente emocional pasé por otra inmersión. Volví a vivir; me sentí vivo. Ya no por reminiscencia, como me ocurre con los demás, sino vivo.»

Así empezaba. Ni una palabra de salutación, ni fecha, ni dirección. Escrita con garabatos finos y ampulosos en una hoja de papel rayado arrancada de un cuaderno. «por eso es por lo que, tanto si me aprecias como si no -en el fondo, creo que más que nada me odias-, te considero un amigo íntimo. Por ti sé cómo he muerto : me veo muriendo de nuevo: me muero. No es poco. Más que estar muerto simplemente. Esa puede ser la razón por la que tengo tanto miedo a verte puedes haberme jugado la mala pasada de haberte muerto. Todo ocurre tan de prisa hoy día.»

La estoy releyendo, renglón a renglón, de pie junto al mármol lítográfco. Me parece estúpida, toda esta palabrería sobre la vida y la muerte y eso de que todo ocurre tan de prisa. No veo que ocurra nada, salvo las calamidades habituales de la primera página. Ha estado viviendo solo durante los seis últimos meses enclaustrado en una habitación barata... probablemente en comunicación telepática con Cronstadt. Habla de la línea que retrocede, del sector evacuado, y cosas así, como si e-< tuviera hundido en una trinchera escribiendo un informe para el cuartel general. Probablemente llevaba puesta la levita, cuando se sentó a redactar su misiva, y probablemente se frotó las manos varias veces como hacía cuando se presentaba un cliente a alquilar el piso. «La razón por la que quería que te suicidaras... », vuelve a empezar. Ante eso, me echo a reír. Solía pasearse de arriba abajo con una mano en el bolsillo de la levita en la Villa Borghese, o en casa de Cronstadt - dondequiera que hubiese espacio a mano, por decirlo así- y soltar esa serie de disparates sobre la vida y la muerte a sus anchas. Nunca entendí ni una palabra, debo confesarlo, pero era un buen espectáculo y, como no soy judío, me interesaba naturalmente lo que ocurría en aquella olla de grillos de su sesera. A veces se tumbaba en su sofá cuan largo era, exhausto por el alud de ideas que le atravesaba el coco. Rozaba con los pies la estantería donde guardaba su Platón y su Spinoza: no podía entender por qué no quería yo saber nada con ellos. Reconozco que sabía presentarlos de modo interesante, aunque yo no tenía la menor idea de qué se trataba. A veces echaba una ojeada a hurtadillas a un volumen, para verificar aquellas ideas estrafalarias que les atribuía..., pero la relación era frágil, tenue. Tenía un lenguaje propio Boris, es decir, cuando me hablaba a solas; pero cuando oía a Cronstadt, me parecía que Boris había plagiado sus maravillosas ideas. Aquellos dos hablaban una especie de jerga matemática superior. Nunca entraba nada de carne y hueso; era extraña, fantasmal, espantosamente abstracta. Cuando llegaban al tema de la muerte, parecía algo más concreto: al fin y al cabo, un hacha o un cuchillo tienen que tener un mango. Yo disfrutaba inmensamente con aquellas sesiones. Era la primera vez en mí vida que la muerte me había parecido hasta fascinante... todas aquellas muertes abstractas que entrañaban una especie de agonía incruenta. De vez en cuando me felicitaban por estar vivo, pero de un modo que me desconcertaba. Me hacían sentir vivo en el siglo XIX, como una especie de vestigio atávico, un retazo romántico, un *Pithecanthropus erectus* con alma. Sobre todo Boris parecía hallar placer en tocarme; quería que yo estuviera vivo para poder él morir a sus anchas. Por la forma como me miraba y tocaba era como para pensar que todos aquellos millones de seres de la calle no eran sino vacas muertas. Pero la carta... estoy olvidando la carta.

«La razón por la que quería que te suicidaras aquella noche en casa de Cronstadt,cuando Moldorf se convirtió en Dios, era que me sentía muy cercano a ti entonces. Quizá más de lo que llegué a estar nunca. Y tenía miedo, un miedo terrible, a

Librodot

que algún día me traicionaras, a que murieses en mis manos. Y yo quedaría abandonado con mi idea de ti simplemente, y nada para sustentarla. Nunca te lo perdonaría.»

¡Quizá podáis imaginarlo diciendo algo así! Por mi parte, no veo claro cuál era su idea de mí, o, en cualquier caso, está claro que yo era una pura idea, una idea que se mantenía viva sin comida. Boris nunca concedió demasiada importancia al problema de la comida. Intentaba alimentarme con ideas. Todo era idea. Sin embargo, cuando deseaba tan vivamente alquilar el piso, no se le olvidaba poner una nueva arandela en el retrete. El caso es que no quería que yo muriera en sus brazos. «Tienes que ser vida para mí hasta el final -según escribe-. Esa es la única forma de sostener mi idea de ti. Porque, como puedes ver, has quedado ligado a mí con algo tan vital, que no creo que pueda nunca desembarazarme de ti. Ni tampoco lo deseo. Quiero que vivas cada día más vitalmente, puesto que yo estoy muerto. Por eso es por lo que, cuando hablo de ti con otros, me siento un poco avergonzado. Es difícil hablar de uno mismo tan íntimamente.» :'

Quizá imaginéis que estaba deseoso de verme, o que le gustaría saber qué hacía yo, pero no, ni un renglón sobre lo concreto o lo personal, excepto en aquel lenguaje de la vida y de la muerte, sólo aquel breve mensaje desde las trincheras, aquella fumarada de gas tóxico para comunicar a todos y cada uno que la guerra continuaba todavía. A veces me pregunto cómo es que no atraigo sino a individuos chiflados, neurasténicos, neuróticos, psicópatas... y sobre todo judíos. Debe de haber algo en un gentil sano que excita a la mente judía, como cuando ven pan negro rancio. Por ejemplo, Moldorf, que se había erigido en Dios, según Boris y Cronstadt. Me odiaba absolutamente aquella víbora... y, sin embargo, no podía mantenerse alejado de mí. Venía regularmente a buscar su dosis de insultos: era como un tónico para él. Desde luego, al principio fui indulgente con él; al fin y al cabo, me pagaba por escucharle. Y aunque nunca mostré demasiada simpatía, sabía estar callado, cuando me ganaba con ello una comida y un poco de dinero. Sin embargo, al cabo de un tiempo, viendo lo masoquista que era, me permitía reírme en sus narices alguna vez que otra; aquello era como un latigazo para él, hacía manar a borbotones la pena y la agonía con vigor renovado. Y quizá todo habría ido a las mil maravillas entre nosotros, si no hubiera considerado su deber proteger a Tania, Pero el hecho de *que* Tania fuese judía planteaba un problema moral. Quería que yo me contentara con la señorita Claude, por quien he de reconocer que sentía auténtico afecto. Incluso me daba dinero ocasionalmente para que me acostase con ella.

Hasta que comprendió que yo era un libertino incorregible.

Menciono a Tania ahora porque acaba de regresar de Rusia: hace unos días. SyIvester se ha quedado para tratar de conseguir trabajo. Ha abandonado la literatura por completo. Se ha consagrado a la nueva Utopía. Tania quiere que yo vuelva con ella allí, a Crimea preferentemente, para comenzar una nueva vida. El otro día organizamos una buena juerga en la habitación de Carl para discutir las posibilidades. Yo quería saber qué podría hacer para ganarme la vida allí... si podría ser corrector de pruebas, por ejemplo. Ella dijo que no debía preocuparme por lo que harían- me encontrarían un trabajo, con tal de que fuera serio y sincero. Intenté parecer serio, pero sólo conseguí parecer patético. En Rusia no quieren ver caras tristes; quieren que estés animado, entusiasta, alegre, optimista. Me pareció muy semejante a América. No nací con esa clase de entusiasmo. No se lo dejé traslucir a Tania, naturalmente, pero para mis adentros rezaba para que me dejasen en paz, suspiraba por regresar a mi rinconcito, y quedarme en él hasta que estalle la guerra. Todas aquellas chorradas sobre Rusia me inquietaron un poco. Tania se entusiasmó tanto con ello, que nos acabamos casi media docena de botellas de vin *ordinaire.* Carl saltaba como un, escarabajo. Tiene bastante sangre judía como para perder la cabeza por una idea como Rusia. Lo mejor sería casarnos... inmediatamente. «¡Casaos! -dice-, ¡no tenéis nada que perder! » Y después finge ir a un recado para que podamos echar un polvo rápido. Y aunque Tania lo deseaba, esa cuestión de Rusia se le había metido tan sólidamente en la chola, que desaprovechó todo el tiempo que teníamos mordiéndome la oreja, lo que me puso malhumorado e

incómodo. En fin, teníamos que pensar en comer y en ir a la oficina, así que nos metimos en un taxi en el Boulevard Edgard-Quinet, a poca distancia del cementerio, y salimos pitando. Era un momento excelente para pasar a toda velocidad por París en un coche descubierto, y el vino que nos daba vueltas en la barriga hacía que pareciera más precioso de lo habitual. Carl estaba sentado enfrente de nosotros, en *el strapontin,* con la cara roja como un tomate. Se sentía feliz el pobre diablo, pensando en la nueva vida glo*riosa que* iba a hacer al otro lado de Europa. Y al mismo tiempo un poco melancólico: no me cabía duda. En realidad, tenía tan pocas ganas de dejar París como yo. París no le ha sido propicio, como tampoco lo había sido para mí, ni para nadie, si vamos a eso, pero cuando has sufrido y soportado cosas aquí, entonces es cuando París se apodera de ti, podríamos decir que te agarra de los cojones, corno una puta enamorada que prefiere morir a soltarte. Así era como lo veía él, no me cabía duda. Al atravesar el Sena, tenía una amplia sonrisa estúpida en la cara y miraba los edificios y las estatuas como si los estuviera viendo en un sueño. También para mí era como un sueño: tenía la ruano en el pecho de Tania e iba apretándole las tetas con todas mis fuerzas y contemplaba el agua bajo los puentes y las barcazas y Notre-Dame más abajo, tal como aparece en las postales, e iba pensando ebriamente para mis adentros que así es como te dan por culo, pero también me lo callé y sabía que no cambiaría nunca todo aquel ajetreo que me rodeaba por Rusia ni por el cielo ni por nada del mundo. Iba pensando para mis adentros que era una tarde espléndida y que pronto íbamos a estar zampando y me preguntaba qué cosa especial podríamos pedir, un buen vino fuerte que ahogara todo aquel asunto de Rusia. A las mujeres como Tania, llenas de savia y de todo, les importa un bledo lo que te pasa, una vez que se les mete una idea en la cabeza. Si les das manga ancha, son capaces de quitarte los pantalones en el propio taxi. Sin embargo, era magnífico avanzar entre el tráfico, con las caras manchadas de carmín y el vino gorgoteando como una alcantarilla dentro de nosotros, sobre todo cuando giramos para tomar la rue Laffitte, que es lo bastante ancha para enmarcar el pequeño templo al fondo de la calle y, encima de él, el Sacré-Coeur, una especie de exótico revoltillo arquitectónico, una lúcida idea francesa que se te mete por la embriaguez y te deja flotando inerme en el pasado, en un sueño fluido que te despierta completamente sin crisparte los nervios.

Con Tania de vuelta entre nosotros, un trabajo fijo, la discusión de borrachos sobre Rusia, los paseos nocturnos hasta casa, y París en pleno verano, la vida parece levantar cabeza un poco. Quizá sea por eso por lo que una carta como la que me envió Boris me parece absolutamente disparatada. Casi todos los días me encuentro con Tania hacia las cinco para tomar un oporto, como dice ella. Dejo que me lleve a lugares donde nunca he estado, los bares elegantes de los alrededores de los Champs-Elysées, donde el sonido del jazz y de las voces infantiles de cantantes románticos parece empapar el enmaderado de caoba. Hasta cuando vas al lavabo, esas melodías dulzonas y sentimentales te persiguen, entran flotando en el retrete por los ventiladores y convierten la vida en burbujas de jabón iridiscentes. Y ya sea porque Sylvester está ausente y ella se siente libre ahora o por lo que sea, el caso es que Tania procura comportarse como un ángel. «Me trataste muy mal justo antes de marcharme -me dice un día-. ¿Por qué necesitabas portarte así? Nunca he hecho nada para ofenderte, ¿verdad?» Entre las luces tenues y aquella música de caoba y melosa que rezumaba por el local, estábamos poniéndonos sentimentales. Se acercaba la hora de ir a trabajar y ni siquiera habíamos comido todavía. Los tickets estaban delante de nosotros -seis francos, cuatro cincuenta, siete francos, dos cincuenta-, yo los contaba maquinalmente al tiempo que me preguntaba si preferiría trabajar en un bar. Muchas veces en una situación parecida, cuando ella estaba hablándome efusivamente de Rusia, el futuro, el amor y todas esas chorradas, me ponía a pensar en las cosas que menos venían al caso, en lustrar zapatos o en ser el encargado de un urinario, supongo que sobre todo porque se estaba tan a gusto en aquellos sitios a los que me llevaba y nunca se me ocurría que estaría completamente sobrio y quizá viejo y encorvado... no, siempre imaginaba que el futuro, por modesto que fuera, estaría en esa

Librodot

clase de ambiente, con las mismas melodías sonándome en la cabeza y los vasos tintineando y detrás de cada culo bien formado un rastro de perfume de un metro de ancho que eliminaría el hedor de la vida, incluso abajo, en el lavabo.

Lo extraño es que nunca me echara a perder de tanto andar por los lugares elegantes con ella. Desde luego, me resultaba difícil separarme de ella. Solía llevarla hasta el atrio de una iglesia cercana a la oficina y allí, de pie en la oscuridad, nos dábamos un último abrazo, y ella me susurraba: «Dios mío, ¿qué voy a hacer ahora?» Quería que yo dejase el trabajo para que pudiéramos hacer el amor noche y día; ni siquiera le importaba ya Rusia, con tal de que estuviésemos juntos. Pero en cuanto me separaba de ella, se me aclaraba la cabeza. Otra clase de música, no tan sentimental pero igualmente buena, era la que me acariciaba los oídos, cuando empujaba la puerta giratoria. Y otro tipo de perfume, no precisamente de un metro de ancho, sino omnipresente, una especie de mezcla de sudor y pachulí que parecía provenir de las máquinas. Entrar lleno como una cuba, como solía sucederme, era como descender de repente a baja altitud. Generalmente me iba derecho al retrete: aquello me animaba en cierto modo. Hacía más fresco allí, o, si no, el sonido del agua corriente me daba esa impresión. Era siempre una ducha fría, el retrete. Era real. Antes de entrar, tenías que pasar por delante de una fila de franceses que estaban quitándose la ropa. ¡Uf! Pero, ¡cómo apestaban aquellos marranos! Y, encima, les pagaban bien por eso. Pero allí estaban, desnudos, unos en calzoncillos largos, otros con barba, la mayoría pálidos, ratas flacas con plomo en las venas. Dentro del retrete podías hacer un inventario de sus pensamientos fútiles. Las paredes estaban cubiertas de dibujos y epítetos, todos ellos jocosamente obscenos, fáciles de entender, y en general bastante divertidos y simpáticos. Debían de haber necesitado una escalera para llegar a algunos puntos, pero supongo que valía la pena hacerlo, aun considerándolo sólo desde el punto de vista psicológico. A veces, mientras estaba allí de pie cambiando el agua al canario, me preguntaba qué impresión haría a las damas elegantes a las que observaba entrar y salir de los magníficos urinarios de los Champs-Elysées. Me preguntaba si llevarían el pompis tan alto, si supieran el concepto que merecía aquí un culo. Indudablemente, en su mundo todo era gasas y terciopelo... o al menos ésa era la impresión que te daban con los finos perfumes que exhalaban al pasar presurosas a tu lado. Algunas de ellas no habían sido siempre damas tan finas; algunas de ellas subían y bajaban veloces simplemente para anunciar su comercio. Y quizá. cuando se quedaban solas, cuando hablaban en voz alta en la intimidad de sus tocadores, quizá también salieran de sus bocas cosas extrañas; porque en ese mundo, como en cualquier otro, la mayor parte de lo que ocurre es porquería e inmundicia, sórdido como un cubo de basura, sólo que tienen la suerte de poder tapar el cubo.

Como digo, aquella vida de por las tardes con Tania nunca tuvo efecto nocivo sobre mí. De vez en cuando, empinaba el codo más de la cuenta y tenía que meterme los dedos hasta la garganta... porque resulta difícil corregir pruebas cuando no acabas de estar en lo que estás. Requiere más concentración detectar la falta de una coma que compendiar la filosofía de Nietzsche. A veces puedes estar brillante, cuando estás borracho, pero la brillantez está fuera de lugar en el departamento de corrección de pruebas. Fechas, fracciones, puntos y comas: ésas son las cosas que cuentan. Y ésas son las cosas más difíciles de localizar, cuando tienes la mente ardiendo. Alguna que otra vez, cometía errores graves, y si no hubiera sido porque había aprendido a besar el culo al jefe, me habrían despedido, de eso no hay duda. Un día incluso recibí una carta del gran jefe del piso de arriba, un tipo que no conocía, de tan importante que era, y entre unas cuantas frases sarcásticas sobre mi inteligencia superior a la normal insinuaba con bastante claridad que más me valía aprender mi oficio y aplicarme, porque, si no, habría sus más y sus menos con la paga. Francamente, aquello me acojonó. Después de aquello, nunca volví a usar un polisílabo en la conversación; de hecho, apenas abría la boca en toda la noche. Me comportaba corno un retrasado mental absoluto, que era lo que querían de nosotros. De vez en cuando, para halagar al jefe en cierto modo, subía a preguntarle cortésmente qué quería decir tal o cual palabra. Eso le gustaba. Era una especie de diccionario y horario, aquel tipo. Por mucha

Librodot

cerveza que se trincara durante el descanso -y también se tomaba sus descansos particulares, a juzgar por la forma como dirigía el cotarro-, nunca podías cogerle en falta con respecto a una fecha o una definición. Había nacido para aquel empleo. Lo único que me pesaba era saber demasiado. Se traslucía de vez en cuando, a pesar de todas las precauciones que tomaba. Si iba a trabajar con un libro bajo el brazo, aquel jefe nuestro lo notaba, y, si era un libro bueno, se ponía furioso. Pero nunca hice nada intencionadamente para molestarle; me gustaba el trabajo demasiado corno para ponerme la soga al cuello. Aun así, es difícil hablar con alguien con quien no tienes nada en común; te traicionas aun cuando uses sólo monosílabos. De sobra sabía el jefe que no sentía el menor interés por sus retahílas; y, sin embargo, explicadlo como queráis, le daba placer arrancarme de mis sueños y colmarme de fechas y acontecimientos históricos. Supongo que era su forma de vengarse.

El resultado fue que contraje una pequeña neurosis. En cuanto salía afuera, me volvía extravagante. No importaba cuál fuera el tema de conversación, cuando nos poníamos en camino hacia Montparnasse a primeras horas de la mañana, no tardaba en enchufarle la manguera, en sofocarlo, para sacar a relucir mis sueños pervertidos. Lo que más me gustaba era hablar de las cosas de las que ninguno de nosotros sabía nada. Había adquirido una clase de demencia ligera: ecolalia, creo que se llama. Todos los fragmentos de una noche de corrección de pruebas me bailaban en la punta de la lengua. Dalmacia: había corregido las pruebas de un anuncio de esa bella joya turística. Muy bien, Dalmacia. Coges un tren y por la mañana transpiras por los poros y las uvas están tan maduras, que revientan. Podía hablar sin parar de Dalmacia desde el gran bulevar hasta el palacio del cardenal Mazarino, y más allá, si quería. Ni siquiera sé dónde queda en el mapa, ni quiero saberlo nunca, pero a las tres de la mañana con todo ese plomo en las venas y la ropa saturada de sudor y pachulí y el tintineo de los brazaletes al pasar por el rodillo y aquellas retahílas empapadas de cerveza para las que me preparaba de antemano, insignificancias como la geografía, la vestimenta, el lenguaje, la arquitectura no significan nada. Dalmacia corresponde a cierta hora de la noche, cuando esos ruidosos gongs se extinguen y el patio del Louvre parece tan maravillosamente ridículo, que sientes deseos de llorar sin motivo alguno, simplemente porque está tan deliciosamente silencioso, tan vacío, porque es tan totalmente diferente de la primera página y de los tipos del piso de arriba jugando a los dados. Con aquel trocito de Dalmacia descansando sobre mis nervios vibrantes como una fría hoja de cuchillo podía experimentar las más maravillosas sensaciones de viaje. Y lo gracioso es una vez más que podía viajar por todo el globo, pero América nunca me acudía al pensamiento; estaba todavía más perdida que un continente perdido, porque por los continentes perdidos sentía cierto apego misterioso, mientras que por América no sentía nada en absoluto. Es cierto que, de vez en cuando, pensaba en Mona efectivamente, no como una persona en un aura definida de tiempo y espacio, sino aisladamente, separada, como si se hubiera hinchado hasta convertirse en una gran forma de nube que borraba el pasado. No podía permitirme pensar en ella largo rato; si lo hubiera hecho, me habría arrojado desde el puente. Es extraño. Había llegado a reconciliarme tanto con aquella vida sin ella, y, sin embargo, si pensaba en ella sólo por un minuto, era suficiente para traspasar el hueso y la médula de mi contento y arrojarme de nuevo al canal agonizante de mi lastimoso pasado.

Durante siete años anduve día y noche con una sola obsesión: ella. Si hubiera un cristiano tan fiel para con Dios como yo lo fui para con ella, hoy todos seríamos Jesucristos. Día y noche pensaba en ella, incluso cuando la engañaba. Y ahora a veces, en medio de los acontecimientos, a veces, cuando me siento absolutamente libre de todo eso, de repente, al doblar una esquina quizá, aparece una plazuela, unos cuantos árboles y un banco, un lugar desierto donde nos paramos a discutir, donde nos trastornamos mutuamente con amargas escenas de celos. Siempre un lugar desierto, como la Place de l'Estrapade, por ejemplo, o esas calles sucias y sórdidas por los alrededores de la

Librodot

Mezquita o a lo largo de esa tumba abierta de una Avenue de Breteuil que a las diez de la noche está tan silenciosa, tan muerta, que te hace pensar en el asesinato o en el suicidio, en cualquier cosa que pudiera crear un vestigio de drama humano. Cuando comprendo que se ha ido, que quizá se haya ido para siempre, un gran vacío se abre y siento que voy cayendo, cayendo, cayendo en un espacio profundo y negro. Y eso es peor que las lágrimas, más profundo que el remordimiento o el dolor o la pena; es el abismo a que fue arrojado Satán. No hay modo de volver a trepar, ni un rayo de luz ni el sonido de una voz humana ni el humano contacto de una mano.

Cuántos miles de veces, al caminar por las calles de noche, me he preguntado si llegaría de nuevo el día en que ella estaría a mi lado: todas las miradas anhelantes que dediqué a los edificios y estatuas, los había mirado tan ansiosa, tan desesperadamente, que ahora mis pensamientos deben de haberse convertido en parte integrante de los propios edificios y estatuas; éstos deben de estar saturados con mi angustia. Tampoco podía por menos de pensar en que, cuando habíamos caminado uno al lado del otro por aquellas calles sórdidas y sucias tan saturadas ahora con mi sueño y mi anhelo, ella no había observado nada, no había sentido nada: eran como cualesquiera otras calles para ella, un poco más sórdidas tal vez, y nada más. No recordaría que en cierta esquina yo me había detenido para recoger su horquilla ni que, cuando me agaché para atarle los cordones, se me quedó grabado el lugar en que había descansado su pie y que permanecería allí para siempre, incluso después de que se hayan demolido las catedrales y de que haya quedado barrida para siempre jamás toda la civilización latina.

Caminando una noche por la rue Lhomond presa de una angustia y desolación inhabituales, ciertas cosas se me revelaron con viva claridad. No sé si fue porque había caminado con tanta frecuencia por esa calle con amargura y desesperación o por el recuerdo de una frase que ella había dejado caer una noche que estábamos en la Place Lucren-Herr. «¿Por qué no me enseñas ese París -dijo-, sobre el que has escrito?» Lo que sé es que, al recordar esas palabras, comprendí de repente la imposibilidad de revelarle nunca aquel París que yo había llegado a conocer, el París cuyos *arrondissements* son imprecisos, un París que nunca ha existido excepto en virtud de mi soledad, de mi deseo de ella. ¡Un París tan inmenso! Se tardaría toda una vida en volver a explotarlo. Ese París, cuya llave sólo yo poseía, no se presta en absoluto a un paseo, ni siquiera con la mejor de las intenciones; es un París que hay que vivir, que hay que experimentar cada día en mil formas diferentes de tortura, un París que crece dentro de ti como un cáncer, y crece y crece hasta que te devora.

Bajando por la rue Mouffetard, con esas reflexiones agitándose en mi cerebro, recordé otro pasaje extraño del pasado, de esa guía cuyas páginas ella me había pedido pasar pero que, por ser las tapas tan pesadas, me resultó imposible abrir entonces. Sin razón alguna -porque en aquel momento mis pensamientos estaban ocupados con Salavin, por cuyo sagrado dominio iba vagando ahora-, sin razón alguna, como digo, me vino a la mente el recuerdo de un día en que, inspirado por la placa ante la cual pasaba día tras día, entré impulsivamente en la, pensión Orfila y pedí permiso para visitar la habitación que había ocupado Strindberg. Hasta entonces no me había ocurrido nada muy terrible, aunque ya había perdido todas mis posesiones terrenales y había conocido lo que es recorrer las calles con hambre y miedo a la policía. Hasta entonces no había encontrado un solo amigo en París, circunstancia que era más asombrosa que deprimente, pues por dondequiera que he vagado en este mundo la cosa más fácil de descubrir ha sido un amigos. Pero, en realidad, todavía no me había ocurrido nada muy terrible. Se puede vivir sin amigos, de igual modo que se puede vivir sin amor, o incluso sin dinero, ese supuesto *sine qua non. Se* puede vivir en París -¡eso lo descubrí!simplemente de pena y angustia. Amargo alimento.., quizás el mejor que existe para ciertas personas. El caso es que todavía no había apurado el cáliz de la amargura. Estaba coqueteando simplemente con el desastre. Tenía tiempo y sentimiento de sobra para asomarme a las vidas de otras

personas, para entretenerme con la materia muerta de las aventuras románticas que, por morbosas que sean, cuando están envueltas entre las tapas de un libro, parecen deliciosamente remotas y anónimas. Al abandonar el lugar, era consciente de que una sonrisa irónica me revoloteaba en los labios, como si me dijera a mí mismo- «¡La pensión Orfila, todavía no!» Naturalmente, desde entonces he aprendido lo que todos los locos en París descubren tarde o temprano- que no existen infiernos preconcebidos para los atormentados.

Me parece que ahora entiendo un poco mejor por qué encontraba ella tanto deleite en la lectura de Strindberg. Vuelvo a verla levantar la vista del libro después de haber leído un pasaje *delicioso y,* riendo hasta saltársele las lágrimas, decirme «Tú estás tan loco como él *...¿quieres* que te castiguen!» ¡Qué delicia debe de ser para la sádica encontrar a su propio masoquista! Morderse a sí misma, por decirlo así, para probar el filo de sus dientes. En aquella época, cuando la conocí, estaba saturada de Strindber. Ese salvaje carnaval de gusanos en que se recreaba, ese eterno duelo de los sexos, esa ferocidad de araña que le había granjeado el aprecio de los obtusos patanes del norte, eso fue lo que nos unió. Nos juntarnos en una danza de la muerte y tan rápidamente me vi absorbido en el torbellino, que, cuando volví a salir a la superficie, no pude reconocer el mundo. Cuando me vi libre, la música había cesado; el carnaval había acabado y a mí me habían descarnado...

Después de dejar la pensión Orfila aquella tarde, fui a la biblioteca y allí, tras bañarme en *el* Ganges y meditar sobre los signos del zodíaco, empece a reflexionar sobre el significado de ese infierno que Strindberg había descrito tan despiadadamente. Y, mientras cavilaba, empezó a aclarárseme el misterio de su peregrinación, el vuelo que el poeta hace sobre la faz de la tierra y después, como si le hubieran ordenado representar un drama perdido, el heroico descenso hasta las propias entrañas de la tierra, la tenebrosa y temible estancia en el vientre de la ballena, la sangrienta lucha por liberarse, por salir limpio del pasado, un dios sol brillante y sangriento reflejado en una playa extraña. Ya no era un misterio para mí la razón por la que él y otros (Dante, Rabelais, Van Gogh, etc., etc.) habían ido en peregrinación hasta París. Entonces entendí por qué atrae París a los torturados, a los alucinados, a los grandes maníacos del amor. Entendí por qué puedes aquí, en pleno eje de la rueda, abrazar las teorías más fantásticas, más imposibles, sin que te parezcan extrañas lo más mínimo; aquí es donde vuelves a leer los libros de tu juventud y los enigmas adquieren significados nuevos, uno por cada cana. Caminas por las calles sabiendo que estás loco, poseído, porque es más que evidente que esas caras frías, indiferentes, son los rostros de tus carceleros. Aquí todos los límites se desvanecen y el mundo se manifiesta como el matadero demencial que es. La noria se extiende hasta el infinito, las compuertas están cerradas herméticamente, la lógica corre desenfrenada con su cuchilla ensangrentada y fulgurante. El aire es frío y está paralizado, el lenguaje es apocalíptico. No hay indicación de salida en ninguna parte; no hay otra alternativa que la muerte. Un callejón sin salida en cuyo extremo hay un patíbulo.

¡Una ciudad eterna, París! Más eterna que Roma, más esplendorosa que Nínive. El ombligo mismo del mundo al que, como un idiota ciego y titubeante, trepamos a cuatro patas. Y, como un corcho al que la corriente ha arrastrado hasta el centro inerte del océano, flotamos aquí en la escoria y los detritus de los mares, indiferentes, desesperanzados, sin prestar atención siquiera al paso de un Colón. Las cunas de la civilización son los pútridos vertederos del mundo, el osario al que las matrices hediondas confían sus sangrientos paquetes de carne y huesos.

Las calles eran mi refugio. Y nadie puede entender el encanto de las calles hasta que no se ve obligado a refugiarse en ellas, hasta que no se ha convertido en una paja arrastrada de aquí para allá por cualquier céfiro que sople. Pasas por una calle un día de invierno y, al ver un perro en venta, se te saltan las lágrimas de emoción. Mientras que, en la acera de enfrente, se alza, alegre como un cementerio, una cabaña miserable que se llama Hótel du Tombeau des Lapins. Eso te hace reír, morirte de risa. Hasta que adviertes que hay hoteles

Librodot

por todos lados, para conejos, perros, piojos, emperadores, ministros, prestamistas, tratantes de caballos, etc. Y casi uno de cada dos es un Hôtel de l'Avenir. Lo que te pone todavía más histérico. ¡Tantos hoteles del futuro! No hay hoteles en participio pasado, ni modos subjuntivos: ni conjuntivitis. Todo es antiguo, horrible, erizado de júbilo, henchido de futuro, como un flemón. Embriagado con ese eccema lúbrico del futuro, me dirijo tambaleante a la Place Violet, los colores todos malva y pizarra, los portales tan bajos que sólo enanos y duendes podrían entrar a duras penas; sobre el deslustrado cráneo de Zola las chimeneas arrojan carbón de coque puro, mientras la Madonna de los Sandwiches escucha con oídos de col el borbollar de los depósitos de gas, esos bellos sapos hinchados que se agazapan al borde del camino.

¿Por qué recuerdo de repente el Passage des Thermopiles? Porque ese día una mujer se dirigió a su perrita en el lenguaje apocalíptico del matadero, y la perrita entendió lo que la puta de la comadrona grasienta le decía. ¡Cómo me deprimió aquello! Más todavía que el espectáculo de los chuchas llorosos que vendían en la rue Brancion, porque no eran los perros los que me daban tanta lástima, sino la enorme verja de hierro, aquellas púas oxidadas que parecían alzarse entre mi vida legítima y yo. En la agradable callejuela cercana al Abattoir de Vaugirard (Abattoir Hippophagique), que se llama la rue des Périchaux, había advertido aquí y allá vestigios de sangre. Así como Strindberg en su locura había reconocido presagios y augurios en las propias losas de la pensión Orfila, así, también, mientras erraba yo sin rumbo por aquella fangosa callejuela salpicada de sangre, fragmentos del pasado se desprendían y flotaban al azar ante mis ojos, mofándose de mí con los presagios más espantosos. Vi mi propia sangre derramada, la fangosa calle manchada de ella, hasta donde alcanzaba mi memoria, desde el comienzo indudablemente. Te arrojan al mundo como a una momia pequeña y sucia; los caminos están resbaladizos de sangre y nadie sabe por qué ha de ser así. Cada cual sigue su propio camino y, aunque la tierra se pudra con cosas buenas, no hay tiempo para arrancar los frutos; la procesión se abalanza hacia el letrero de la salida, y hay tal pánico, tal ansia por salir, que los débiles y los indefensos quedan pisoteados en el fango y no se escuchan sus gritos.

Mi mundo de seres humanos había perecido, estaba completamente solo y por amigos tenía las calles, y las calles me hablaban en ese lenguaje triste y amargo compuesto de miseria humana, anhelo, pesadumbre, fracaso, esfuerzos inútiles. Al pasar una noche bajo el viaducto por la rue Broca, después de enterarme de que Mona estaba enferma y en la miseria, recordé de pronto que fue aquí, en la desolación y sordidez de esta calle hundida, aterrorizada quizá por una premonición del futuro, donde Mona se me agarró y con voz trémula me hizo prometerle que nunca la abandonaría, nunca, pasara lo que pasase. Y sólo unos días después me encontraba en el andén de la Gare St. Lazare y miraba partir el tren, el tren que se la llevaba: ella estaba asomada a la ventana, igual que se había asomado a la ventana cuando salí de Nueva York, y tenía la misma sonrisa triste e inescrutable en la cara, esa expresión de última hora con la que se pretende comunicar tantas cosas, pero que es sólo una máscara desfigurada por una sonrisa vacía. Hacía sólo unos días que se había agarrado a mí desesperadamente, y después algo ocurrió, algo que ni siquiera está claro para mí ahora, y por su propia voluntad subió al tren y me volvió a mirar con esa sonrisa triste y enigmática que me desconcierta, que es injusta, forzada, de la que desconfío con toda mi alma. Y ahora soy yo, parado a la sombra del viaducto, quien tiendo los brazos hacia ella, quien me agarro a ella desesperadamente y en mis labios aparece esa misma sonrisa inexplicable, esa máscara que he colocado sobre mi pena. Puedo quedarme aquí parado y sonreír inexpresivamente, y por fervorosas que sean mis plegarias, por desesperado que sea mi anhelo, hay un océano entre nosotros; ella seguirá allí en la miseria, y yo caminaré aquí de una. calle a otra, con lágrimas ardientes quemándome el rostro.

Esa clase de crueldad es la que está incrustada en las calles; eso es lo que nos salta a la vista desde las paredes y nos aterroriza, cuando reaccionamos de repente ante un miedo

Librodot

indescriptible, cuando nuestra alma es presa de un pánico atroz. Eso es lo que da a los faroles sus terribles efectos, lo que les hace llamarnos con señas y atraernos hacia su abrazo estrangulador; eso es lo que hace que ciertas casas parezcan las custodias de crímenes secretos y sus ventanas ciegas las cuencas vacías de ojos que han visto demasiado. Una cosa de esa clase, escrita en la fisonomía humana de las calles, es la que me hace escapar, cuando veo por encima de mí la inscripción «Impasse Satan». Lo que me hace estremecer, cuando a la entrada misma de la Mezquita observo que hay escrito: «Lunes y jueves, *tuberculosis;* miércoles y viernes, sífilis.» En todas las estaciones de metro hay calaveras que hacen muecas y te saludan con un *«Défende-vous contre la syphilis*!» Dondequiera que haya paredes, hay carteles con cangrejos brillantes y malignos que anuncian la proximidad del cáncer. Vayas donde vayas, toques lo que toques, hay cáncer y sífilis. Está escrito en el cielo; flamea y danza, como un mal augurio. Nos ha corroído el alma y no somos sino una cosa muerta como la luna.

Librodot

Creo que fue el cuatro de julio cuando volvieron a quitarme la silla de debajo del culo. Ni una palabra de advertencia. Uno de los jefazos del otro lado del charco había decidido hacer economías; prescindir de correctores de pruebas y de pequeñas *dactylos* indefensas le permitía pagar los gastos de sus viajes de ida y vuelta y las habitaciones suntuosas que ocupaba en el Ritz. Después de saldar las pequeñas deudas que había acumulado entre los linotipistas y de dejar una cantidad a cuenta en el *bistro de* enfrente, para conservar mi crédito, apenas quedó nada de mi última paga. Tuve que notificar al *patron* del hotel que me marcharía; no le dije por qué, pues se habría preocupado por sus doscientos cochinos francos.

«¿Qué harás, si te quedas sin trabajo?» Esa era la frase que me sonaba en los oídos continuamente. Ça *y est maintenant! Ausgespielt! No* que daba otro remedio que bajar a la calle de nuevo, caminar, merodear por ahí, sentarse en los bancos, matar el tiempo. A aquellas alturas, naturalmente, mi cara era conocida en Montparnasse; por un tiempo podía fingir que todavía trabajaba en el periódico. Así resultaría más fácil dar un sablazo para conseguir un desayuno o una comida. Era verano y los turistas estaban llegando en tropel. Tenía planes secretos para desplumarlos. «¿Qué vas a hacer...?» Pues bien, no me iba a morir de hambre, por lo menos eso. Si no hacía otra cosa que concentrarme en la comida, eso impediría que me cayera en pedazos. Por una semana o dos podía ir todavía al *bistro* de monsieur Paul y tomar una comida completa por la noche; él no sabría si trabajaba o no. Lo principal es comer. ¡Para lo demás, confiaría en la Providencia Naturalmente, mantenía los oídos bien abiertos para todo lo que pudiera significar un poco de pasta. Y cultivé toda una serie de nuevas amistades: pelmazos a quienes había esquivado hasta entonces, borrachos a los que detestaba, artistas que tenían un poco de dinero, ganadores del premio Guggenheim, cte. No es difícil hacer amigos cuando te pasas doce horas al día sentado en una *terrasse.* Acabas conociendo a todos los borrachos de Montparnasse. Se te pegan como piojos, aun cuando no tengas otra cosa que ofrecerles que los oídos.

Ahora que había perdido el trabajo, Carl y Van Norden tenían una nueva frase para mí «¿Y si tu mujer llegara ahora?'» Bueno, ¿y qué?

Dos bocas que alimentar, en vez de una. Tendría una compañera de miseria. Y, si no había perdido su belleza, probablemente me iría mejor en pareja que solo el mundo nunca deja morir de hambre a una mujer guapa. No podía confiar en que Tanía me ayudara demasiado; estaba envían do dinero a Sylvester. Al principio había pensado que podía dejarme compartir su habitación, pero ella tenía miedo a comprometerse; además, tenía que ser simpática con su jefe.

Las primeras personas a quienes recurrir cuando estás en la ruina son los judíos. Casi al instan te tuve tres a mano. Almas compasivas. Uno de ellos era un comerciante de pieles retirado que estaba loco por ver su nombre en los periódicos; me propuso que escribiera una serie de artículos con su nombre para un diario judío de Nueva York. Tuve que explorar el Dôme y la Coupole en busca de judíos destacados. El primer hombre que escogí fue un matemático célebre; no hablaba ni una palabra de inglés. Tuve que escribir sobre la teoría de¡ choque a partir de los diagramas que dejó en las servilletas de papel; *tuve que* describir los movimientos de los cuerpos astrales y demoler al mismo tiempo la concepción, eins-teniana. Todo ello por veinticinco francos. Cuando veía mis artículos en el periódico, no podía leerlos, pero, aun así, impresionaban, sobre todo con el pseudónimo del comerciante de pieles.

Durante aquel período escribí mucho con pseudónimo. Cuando, se inauguró el nuevo burdel en el Boulevard Edgard-Quinet, *saqué una* tajadita por escribir los folletos de propaganda Es decir, una botella de champán y un polvo gratis en una de las habitaciones egipcias. Sí conseguía llevar *a* un cliente, iba a recibir mí comisión, igual que Kepi recibía la suya en otro tiempo. Una noche llevé a Van Norden; iba a permitirme ganar unos francos divirtiéndose arriba. Pero cuando, la *madame* se enteró de que era periodista, no quiso ni oír hablar de cobrarle, otra botella de champaña y un polvo gratis.

No saqué nada. En realidad, tuve que escribirle la, crónica, porque no se le ocurría un modo de enfocar el tema, sin mencionar la clase de lugar que era. Y así una cosa tras otra. Me estaban dando por culo de lo lindo.

El peor trabajo de todos fue una tesis que me comprometí a escribir para un psicólogo sordomudo. Un tratado sobre los cuidados a los niños inválidos. Tenía la cabeza llena de enfermedades y bragueros y bancos de trabajo y de teorías sobre el aire puro*, tardé unas seis semanas a intervalos, y después para colmo, tuve que corregir las pruebas de aquella mierda. Estaban en francés, en un francés como nunca he visto ni oído en mi vida. Pero me valió un buen desayuno cada día, un desayuno americano, con zumo de naranja, copos de avena, nata, café, y, alguna vez que otra, huevos con jamón para variar. Fue el único período de mi estancia en París en que me di el gusto de desayunar decentemente, gracias a los niños inválidos de Rockaway Beach, del East Side, y de todas las calas y ensenadas que lindan con aquellas zonas miserables.

Después, un día, conocí a un fotógrafo; estaba haciendo una colección de tugurios sórdidos de París para un degenerado de Munich. Me preguntó si quería posar para él con los pantalones bajados, y en ora posturas. Pensé en esos enanos enclenques, con pinta de botones y recaderos, que se ven a veces en las postales pornográficas de los escaparates de pequeñas librerías, los fantasmas misteriosos que viven en la rae de la Lune y otros barrios malolientes de la ciudad. No me gusta demasiado la idea de anunciar mi fisonomía en compañía de aquella flor y nata. Pero, como me aseguraron que las fotografías eran para una colección estrictamente privada, y como iba destinada a Munich, acepté. Cuando no estás en tu ciudad natal, te puedes permitir pequeñas libertades, sobre todo por un motivo tan digno como el de ganarte el pan cotidiano. Al fin y al cabo, ahora que lo pienso, no había sido tan melindroso ni siquiera en Nueva York. Hubo noches en que estaba tan terriblemente desesperado allí, que tuve que salir a mendigar en mí propio barrio.

No íbamos a las salas de fiestas frecuentadas por los turistas, sino a los pequeños tugurios en que el ambiente era más simpático, en que podíamos echar una partida de cartas por la tarde antes de ponernos a trabajar. Era un buen compañero, el fotógrafo. Conocía la ciudad como la palma de la mano, sobre todo las paredes; me hablaba con frecuencia de Goethe, y de la época de los Hobenstaufen, y de la matanza de los judíos durante el reinado de la Peste Negra. Temas interesantes, y siempre relacionados de algún modo oscuro con las cosas que hacía. También tenía ideas para guiones, ideas sorprendentes, pero nadie tenía valor para realizarlas. La visión de un caballo rajado por la mitad como la puerta de un *saloon,* le inspiraba y se ponía a hablar de Dante o Leonardo da Vine¡ o Rembrandt; del matadero de Villette subía a un taxi y me llevaba a escape al Museo de Trocadero, para enseñarme una calavera o una momia que lo había fascinado. Exploramos de cabo a rabo los arron*dissements V, XIII, XIX y XX.* Nuestros lugares de descanso favoritos eran rincones lúgubres como la Place National, Place des Peupliers, Place de la Contrescarpe, Place Paul Verlaine. Yo ya conocía muchos de esos lugares, pero ahora los veía todos desde otra perspectiva debido al sabor exótico de su conversación. Si hoy bajara pasean do por la rue du Château-des-Rentiers, por ejemplo, inhalando el fétido hedor de las camas de hospital que exhala el *arrondissement XIII, indu*dablemente se me dilatarían de placer las ventanas de la nariz, porque con ese olor a orina rancia y a formaldehído irían combinados los olores de nuestros viajes imaginarios por el osario de Europa que había creado la Peste Negra.

A través de él llegué a conocer a un individuo aficionado al espiritismo llamado Kruger, que era escultor y pintor. Por alguna razón le caí en gracia; me fue imposible quitármelo de encima, una vez que descubrió que estaba dispuesto a escuchar sus ideas «esotéricas». Hay personas en este mundo para las que la palabra «esotérico» parece un licor divino. Como «arreglado» para Herr Peeperkorn de La montaña mágica. Kruger era uno de esos santos descarriados, un masoquista, un tipo anal cuya ley es la

escrupulosidad, la rectitud y la equidad, que en un día aciago le rompería la boca a alguien sin el menor remordimiento. Parecía creer que yo estaba maduro para pasar a otro piano, «un plano *superior»,* cono él decía. Estaba dispuesto a pasar a cualquier plano que me designase, con tal de que no se comiera ni se bebiese menos. Me ponía la cabeza como un bombo hablando del «hilo del alma», del «cuerpo causal», de la «ablación», de los Upanishads, de Plotino, de Krishnamurti, de «la vestidura kármica del alma», de «la conciencia nirvánica», todas esas chorradas que exhala Oriente como un hálito de la peste. A veces entraba en trance y hablaba de sus encarnaciones anteriores, o, por lo menos, tal como él las imaginaba. O me contaba sus sueños que, por lo que pude ver, eran totalmente insípidos, prosaicos, ni siquiera dignos de la atención de un freudiano, pero, para él, sus profundidades ocultaban vastas maravillas esotéricas que tenía que ayudarle a descifrar. Se había vuelto del revés, como una chaqueta cuyo pelo se ha desgastado.

Poco a poco, a medida que me ganaba su confianza, me fui abriendo paso hasta su corazón. Me lo gané hasta tal punto, que salía corriendo tras de mí, en la calle, para preguntarme si podía prestarme unos francos. Quería mantenerme en buenas condiciones para que sobreviviera a la transición a un plano superior. Yo me comportaba como la pera que madura en el árbol. De vez en cuando, tenía recaídas y confesaba mi necesidad de un alimento más terrenal: una visita a la Esfinge o a la rue St. Apolline, donde sabía que él iba en momentos de debilidad, cuando las exigencias de la carne habían llegado a ser demasiado vehementes.

Como pintor era una nulidad, como escultor menos que una nulidad. Era un buen amo de su casa, eso debo reconocerlo. Y ahorrativo, además. No desperdiciaba nada, ni siquiera el papel de envolver la carne. Los viernes por la noche, abría su estudio a sus compañeros artistas; siempre había bebida en abundancia y buenos emparedados, y si por casualidad sobraba algo, el día siguiente iba yo a acabarlo.

Detrás del Bal Bullier había otro estudio que me acostumbré a frecuentar: el estudio de Mark Swift. Si bien no era un genio, desde luego era un excéntrico, aquel irlandés cáustico. Tenía una modelo judía con la que había vivido durante años; ahora estaba cansado de ella y estaba buscando un pretexto para deshacerse de ella. Pero, como se había pulido la dote que había aportado al principio, no sabía cómo desembarazarse de ella sin restituírsela. Lo más sencillo era hostilizarla hasta que prefiriera morirse de hambre a soportar sus crueldades.

Era una persona bastante buena, su querida; lo peor que se podía decir de ella era que había perdido la línea, y la capacidad de soportarlo por más tiempo. También era pintora, y, entre los entendidos, se decía que tenía mucho más talento que él. Pero, por mucho que él le amargara la vida, era justa; nunca permitía a nadie decir que no era un gran pintor. Según ella, precisamente porque era un verdadero genio, era por lo que era un individuo tan desagradable. Nunca se veían los cuadros de ella en las paredes: sólo los de él. Las cosas de ella estaban amontonadas en la cocina. Una vez, estando yo presente, ocurrió que alguien insistió en ver la obra de ella. El resultado fue penoso. «Mirad esta figura -dijo Swift señalando uno de sus cuadros con su enorme pie-. El hombre que está parado ahí, en la puerta, está a punto de irse a mear. No va a poder encontrar el camino de vuelta porque tiene la cabeza mal colocada... Ahora, mirad ese desnudo de ahí... Estaba bien hasta que empezó a pintar el coño. No sé en qué estaría pensando, pero lo hizo tan grande, que se le coló el pincel dentro y no pudo volver a sacarlo.»

Para mostrarnos cómo debe ser un desnudo, va y saca un enorme cuadro que había acabado hacía poco. Era un retrato de ella, un ejemplo espléndido de venganza inspirada por la mala conciencia. La obra de un loco: perversa, mezquina, maligna, brillante. Daba la impresión de que la había espiado por el ojo de la cerradura, de que la había sorprendido en un momento aciago, cuando estaba urgándose la nariz distraídamente o rascándose el culo. Estaba sentada en el sofá de crin, en un cuarto sin

Librodot

ventilación, un enorme cuarto sin ventana; podía haber sido perfectamente el lóbulo anterior de la glándula pineal. Por detrás de ella, la escalera en zigzag que conducía al balcón; estaba cubierta con una alfombra de un verde bilioso, un verde como el que sólo podría proceder de un universo exhausto. Lo más destacado eran sus nalgas, desproporcionadas y llenas de costras; parecía haber alzado ligeramente el culo del sofá, como si fuera a tirarse un sonoro pedo. Su cara la había idealizado: parecía dulce y virginal, pura como una pastilla para la tos. Pero el pecho estaba inflado, hinchado de emanaciones de alcantarilla; parecía estar nadando en un mar menstrual, un feto abultado con la expresión insulsa, almibarada, de un ángel.

No obstante, no podía uno dejar de sentir simpatía por él. Era un trabajador infatigable, un hombre que no tenía en la cabeza otra idea que la de pintar. Y, además, astuto como un lince. El fue quien me metió en la cabeza la idea de cultivar la amistad de Fillmore, un joven del servicio diplomático que había logrado introducirse en el grupito que rodeaba a Kruger y a Swift. «Que te ayude -decía-. No sabe qué hacer con su dinero.»

Cuando alguien gasta para sí lo que tiene, cuando se da buena vida con su propio dinero, la gente suele decir: «No sabe qué hacer con su dinero.» Por mi parte, no veo qué mejor uso puede uno hacer del dinero. De esos individuos no se puede decir que sean generosos ni tacaños. Hacen circular dinero: eso es lo principal. Fillmore sabía que sus días en Francia estaban contados; estaba decidido a disfrutarlos. Y, como uno siempre disfruta mejor en compañía de un amigo, era completamente natural que se dirigiera a alguien como yo, que disponía de mucho tiempo, en busca de la compañía que necesitaba. La gente decía que era un pelmazo, y supongo que lo era, pero cuando necesitas comer, puedes soportar cosas peores que un pelmazo. Al fin y al cabo, a pesar de que hablaba sin cesar, y generalmente de sí mismo o de los autores a los que admiraba servilmente -pájaros corno Anatole France y Joseph Conrad-, me daba noches interesantes en otros sentidos. Le gustaba bailar, le gustaban los buenos vinos, y le gustaban las mujeres. Que le gustara también Byron, y Victor Hugo, era algo que se le podía perdonar; hacía pocos años que había salido de la universidad y tenía mucho tiempo por delante para curar semejantes gustos. Lo que tenía que me gustaba era sentido de la aventura.

Llegamos a conocernos mejor, más íntimamente, yo diría, gracias a un incidente en casa de Kruger. Sucedió justo después de la llegada de Collins, un marinero a quien Fillmore había conocido en la travesía desde América. Los tres solíamos encontrarnos regularmente en la *terrasse* de la Rotonde antes de ir a cenar. Siempre tomábamos pernod, bebida que ponía de buen humor a Collins y proporcionaba una base, por decirlo así, para el vino y la cerveza y las *fines,* etcétera, que teníamos que trincarnos después. Durante toda la estancia de Collins en París viví como un marqués; nada más que carne de aves y vinos de marca y postres de ¡os que ni siquiera había oído hablar antes. Un mes de ese régimen y me habría visto obligado a ir a Baden-Baden o Vichy o Aix-les-Bains. Mientras tanto, Kruger me daba alojamiento en su estudio. Estaba empezando a ser un estorbo, porque nunca aparecía antes de las tres de la mañana y era difícil sacarme de la cama antes del mediodía. Kruger nunca pronunció una palabra de reproche, pero su actitud indicaba con bastante claridad que me estaba volviendo un gorrón.

Un día caí enfermo. Aquella dieta tan nutritiva estaba haciendo efecto en mí. No sé lo que padecía, pero no podía levantarme de la cama. Había perdido toda mi energía, y con ella todo el valor que poseía. Kruger tuvo que cuidarme, tuvo que hacerme caldos, y cosas así. Fue un período penoso para él, sobre todo porque estaba a punto de hacer una importante exposición en su estudio, una presentación privada a unos entendidos adinerados de los que esperaba obtener ayuda. El catre en que yo estaba acostado se encontraba en el estudio; no había otra habitación donde ponerme.

La mañana del día en que había de hacer su exposición, Kruger se despertó con un humor de mil diablos. Si hubiera podido sostenerme en pie, sé que me habría dado una

Librodot

bofetada en la mandíbula y me habría echado de una patada en el culo. Pero me encontraba postrado y débil como un gato. Intentó engatusarme para que saliera de la cama, con la idea de encerrarme con llave en la cocina a la llegada de sus visitantes. Comprendí que le estaba complicando las cosas. La gente no puede mirar cuadros y estatuas con entusiasmo, cuando un hombre está agonizando ante sus ojos. Kruger creyó sinceramente que me estaba muriendo. Yo también lo creía. Por eso es por lo que, a pesar de sentirme culpable, no pude mostrar demasiado entusiasmo, cuando propuso llamar a la ambulancia y enviarme al Hospital Americano. Quería morir cómodamente allí mismo, en el estudio; no quería que me apremiaran a levantarme y a encontrar un lugar mejor donde morir. En realidad, no me importaba dónde muriera, con tal de que no tuviese que levantarme.

Cuando me oyó hablar así, Kruger se alarmó. Peor que tener un hombre enfermo en su estudio, si llegaban los visitantes, era tener a un muerto. Eso arruinaría completamente sus perspectivas, ya de por sí pobres. No me lo dijo con estas palabras, naturalmente, pero pude ver por su agitación que eso era lo que le preocupaba. Y eso hizo que me pusiese tozudo. Me opuse a que llamara al hospital. Me opuse a que llamase a un médico. Me opuse a todo.

Al final, se enfadó tanto conmigo, que, a pesar de mis protestas, empezó a vestirme. Yo estaba demasiado débil como para resistirme. Lo único que podía hacer era murmurar débilmente: «¡Eres un cabrón!» Aunque afuera hacía bueno, yo estaba tiritando como un perro. Después de que me hubo vestido completamente, me echó por encima un abrigo y salió a telefonear. «¡No me iré! ¡No me iré!», repetía yo, pero él se limitó a cerrarme la puerta en las narices. Al cabo de unos minutos regresó y, sin dirigirme una palabra, se puso a trajinar por el estudio. Los preparativos de última hora. Al poco rato llamaron a la puerta. Era Fillmore. Collins esperaba abajo, según me informó.

Los dos, Fillmore y Kruger, me colocaron los brazos bajo los sobacos y me pusieron de pie. Mientras me arrastraban hasta el ascensor, Kruger se ablandó. «Es por tu bien -dijo-. Y además, no seria justo para mí. Ya sabes lo que he luchado todos estos años. Deberías pensar en mí también.» Realmente, estaba a punto de llorar.

A pesar de lo desdichado y abatido que me sentía, sus palabras casi me hicieron sonreír. Era mucho mayor que yo, y, aunque era un pintor pésimo, un pésimo artista de pies a cabeza, merecía una oportunidad..., por lo menos una en la vida.

-No te lo reprocho -murmuré-. Comprendo lo que pasa.

-Sabes que siempre te he apreciado -respondió él-. Cuando te mejores, puedes volver aquí otra vez... puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

-Por supuesto, ya lo sé..., no voy a palmarla todavía -conseguí decir.

En cierto modo, cuando vi a Collins abajo, recobré el ánimo. Si alguien me ha parecido alguna vez completamente vivo, gozoso, magnánimo, ha sido él. Me cogió como si fuera un muñeco y me colocó en el asiento del taxi... y con suavidad además, lo que agradecí después del modo como me había maltratado Kruger.

Cuando llegamos al hotel -el hotel en que se alojaba Collins-, hubo una breve discusión con el propietario, durante la cual estuve tendido en el sofá del *bureau.* Oí a Collins decir al *patron* que no era nada..., un simple colapso..., que me recuperaría al cabo de pocos días. Vi que le ponía un billete nuevecito en las manos y después, volviéndose rápida y ágilmente, regresó adonde estaba yo y dijo: «¡Vamos, anímate...! *Que no* vaya *a pensar que la estás diñando.» Di*cho eso, me puso de pie de un tirón y, sujetándome con un brazo, me acompañó hasta el ascensor.

¡Que no vaya a pensar que la estás diñando! Evidentemente, era de mal gusto morir en los brazos de la gente. Uno debería morir en el seno de su familia, en privado, por decirlo así. Sus palabras eran alentadoras. Empecé a ver todo aquello como un« broma pesada. Arriba, con la puerta cerrada, me desnudaron y me pusieron entre las

sábanas. «¡No te puedes morir ahora, joder...! -dijo Collins cariñosamente-. Me vas a poner en un aprieto... Además, ¿qué cojones te pasa? ¿Es que no puedes soportar la buena vida? ¡Animo! Dentro de dos o tres días estarás comiendo un bistec. ¡Te lo crees tú eso de que estás enfermo! ¡Espera a que pesques una sífilis y verás! Entonces tendrás motivos para apurarte... » Y empezó a contar, humorísticamente, su viaje Yangtze Kiang abajo, con el cabello cayéndosele y los dientes pudriéndosele. En el estado de debilidad en que me encontraba, la historia que contó tuvo un extraordinario efecto sedante sobre mí. Me hizo olvidarme completamente de mí mismo. Aquel tío tenía agallas. Tal vez exageró un poco, por consideración hacia mí, pero en aquel momento yo no escuchaba con espíritu crítico. Era todo ojos y oídos. Vi la sucía desembocadura amarilla del río, las luces apareciendo en Hankow, el mar de rostros amarillos, champanes que se precipitaban por las gargantas y los rápidos fla-meando con el hálito sulfuroso del dragón. ¡Qué historia! Los coolies pululando en torno al barco todos los días y rastreando los desperdicios tirados por la borda, Tom Stattery alzándose de su lecho de muerte para echar una última mirada a las luces de Hankow, la bella eurasiática tumbada en una habitación oscura y llenándole las venas de veneno, la monotonía de las chaquetas azules y las caras amarillas, millones y millones de ellos devorados por el hambre, diezmados por las enfermedades, subsistiendo gracias a ratas, perros, raíces y hierba que arrancaban a mordiscos de la tierra, devorando a sus propios hijos. Era difícil imaginar que el cuerpo de aquel hombre había sido una masa de llagas, que la gente había huido de él como de un leproso; su voz era tan plácida y dulce, que parecía como si su espíritu hubiera quedado purificado por todos los sufrimientos que había padecido. Al alargar la mano para alcanzar la copa, su cara se iba volviendo cada vez más suave y sus palabras parecían acariciarme verdaderamente. Y durante todo el tiempo, China cerniéndose sobre nosotros como el destino mismo. Una China que se pudría, que se derrumbaba y se volvía polvo como un enorme dinosaurio, y sin embargo, conservaba hasta el final el hechizo, el encanto, el misterio, la crueldad de sus venerables leyendas.

No pude seguir su historia; mi mente había retrocedido hasta un cuatro de julio en que compré mi primer paquete de cohetes y con él los largos trozos de yesca que se rompen tan fácilmente, la yesca que tienes que soplar para obtener una buena brasa roja, la yesca cuyo olor se te queda en los dedos durante días y te hace soñar con cosas extrañas. El cuatro de julio las calles quedan cubiertas de papeles de un rojo brillante estampados con figuras negras y doradas y por todas partes hay pequeños cohetes que tienen los intestinos más curiosos; paquetes y paquetes de ellos, atados todos juntos con sus cordeles de tripa, delgados y planos, del color de los sesos humanos. Durante todo el día hay olor a pólvora y yesca y el polvo dorado de los brillantes envoltorios rojos se te pega a los dedos. Nunca piensas en China, pero está ahí todo el tiempo en las puntas de tus dedos y hace que te pique la nariz; y mucho después, cuando casi has olvidado cómo huele un cohete, te despiertas un día con hoja de oro asfixiándote y los trozos rotos de yesca traen de nuevo por el aire su acre olor y los brillantes envoltorios rojos te hacen sentir nostalgia de un pueblo y de una tierra que nunca has conocido, pero que está en tu sangre, ahí en tu sangre misteriosamente, como el sentido del tiempo o del espacio, un valor fugitivo y constante al que recurres cada vez más a medida que envejeces, que intentas captar con la mente, pero sin conseguirlo, porque en todo lo chino hay sabiduría y misterio y nunca puedes asirlo con las dos manos ni con la mente, sino que debes dejar que se esfume, que se te pegue a los dedos, que se te vaya infiltrando lentamente en las venas.

Unas semanas después, por haber recibido una invitación apremiante de Collins, que había regresado a Le Havre, Fillmore y yo subimos al tren una mañana, dispuestos a pasar el fin de semana con él. Era la primera vez que salía fuera de París desde mi

Librodot

llegada aquí. Estábamos de buen talante, y pasamos todo el viaje hasta la costa bebiendo anjou. Collins nos había dado la dirección de un bar donde debíamos encontrarnos; era un lugar llamado Jimmie's Bar, que todo el mundo tenía que conocer en Le Havre.

En la estación montamos en un simón descubierto y partimos a buen trote hacia la cita; nos quedaba todavía media botella de anjou que acabamos por el camino. Le Havre tenía aspecto algre, soleado; el aire era tonificante, con ese penetrante olor a sal que casi me hizo sentir nostalgia de Nueva York. Por todas partes aparecían mástiles y cascos, banderolas de colores vivos, grandes plazas abiertas y cafés de techos altos como sólo se ven en provincias. Una impresión magnífica inmediatamente; la ciudad nos recibía con los brazos abiertos.

Antes de llegar al bar, vimos a Collins bajando la calle al galope, camino de la estación seguramente, y un poco tarde como de costumbre.

Fillmore sugirió inmediatamente un pernod; nos dábamos palmadas en la espalda, riendo y escupiendo, embriagados ya con la luz del sol y el aire salado del mar. Al principio, Collins parecía indeciso con respecto al pernod. Tenía unas ligeras purgaciones, según nos informó. Nada grave: «un exceso», probablemente. Nos enseñó una botella que llevaba en el bolsillo: «Venétienne» se llamaba, si no recuerdo mal. El remedio de los marineros para las purgaciones.

Nos detuvimos en un restaurante para tomar un bocado antes de dirigirnos al bar de Jimmie. Era una taberna inmensa con grandes alfardas ahumadas y mesas rebosantes de comida. Bebimos copiosamente los vinos que Collins recomendó. Después nos sentamos en una *terrasse* y tomamos café y licores. Collins hablaba del barón de Charlus, un hombre de su completo agrado, según dijo. Durante casi un año había estado en Le Havre, derrochando el dinero que había acumulado durante sus años de contrabandista de licores. Sus gustos eran simples: comida, bebida, mujeres y libros. ¡Y un baño privado! De eso no podía prescindir.

Estábamos hablando todavía del barón de Charlus, cuando llegamos al Jimmie's Bar. La tarde tocaba a su fin y el local estaba empezando a llenarse. Allí estaba Jimmie, con la cara roja como un tomate, y a su lado su esposa, una guapa francesa de ojos centelleantes y que estaba muy buena. Nos dieron todos un recibimiento maravilloso. Volvíamos a tener todos un pernod delante, el gramófono aullaba, la gente hablaba sin parar en inglés y francés y holandés y noruego y español, y Jimmie y su esposa, ambos muy animados y vivarachos, se daban palmadas y se besaban cordialmente y alzaban sus vasos y los chocaban: en conjunto, una bulla y una algarabía tan alegres, que te daban ganas de quitarte la ropa y bailar una danza guerrera. Las mujeres del bar se hablan congregado a nuestro alrededor

como mocas. Si éramos amigos de Collins, quería decir que éramos ricos. No importaba que nos hubiéramos presentado con nuestras ropas viejas; todos los *Anglais* vestían así. Yo no tenía un céntimo en el bolsillo, cosa que no importaba, desde luego, ya que era el huésped de honor. No obstante, me sentí algo cohibido con dos putas imponentes colgadas de mis brazos y esperando que pidiera algo. Decidí coger el toro por los cuernos. Ya no se podía saber qué consumiciones eran por cuenta de la casa y cuáles eran las que había que pagar. Tenía que comportarme como un *gentleman,* aunque no tuviera un céntimo en el bolsillo.

Ivette -así se llamaba la esposa de Jimmiefue extraordinariamente amable y cordial con nosotros. Estaba preparando un pequeño banquete en nuestro honor. Todavía iba a tardar un poco. No debíamos emborracharnos demasiado: quería que disfrutáramos de la comida. El gramófono sonaba a todo volumen y Fillmore había empezado a bailar con una bella mulata vestida con un traje de terciopelo ceñido que revelaba todos sus encantos. Collins se me acercó y me susurró unas palabras sobre la muchacha que estaba a mi lado. «La *madame* la invitará a cenar -dijo-, si quieres estar con ella.» Era una puta retirada, propietaria de una hermosa casa en las afueras de la

ciudad. Ahora era la querida de un capitán de marina. El estaba ausente y no había nada que temer. «Si le gustas, te invitará a quedarte con ella», añadió.

Con eso tuve bastante. Me volví al instante hacia Marcelle y empecé a camelarla. Nos quedamos en un rincón del bar, haciendo como que bailábamos, y nos magreamos ferozmente. Jimmie me guiñó el ojo maliciosamente y movió la cabeza en señal de aprobación. Aquella Marcelle era una tía lasciva, y agradable al mismo tiempo.

Noté que se deshizo en seguida de la otra chica, y después nos enfrascamos en una larga e íntima conversación que desgraciadamente fue interrumpida por el anuncio de que la cena estaba lista.

Eramos unos veinte a la mesa, y a Marcelle y a mí nos colocaron en el extremo opuesto al de Jimmie y su esposa. Comenzó con las explosiones de los corchos de champaña e inmediatamente siguieron los discursos de borrachos, durante los cuales Marcelle y yo jugueteábamos por debajo de la mesa. Cuando me llegó el turno de levantarme y decir unas palabras, tuve que sostener la servilleta delante de mí. Fue penoso y cómico a un tiempo. Tuve que abreviar mi discurso porque Marcelle estuvo todo el tiempo haciéndome cosquillas en la entrepierna.

La cena duró hasta casi medianoche. Yo tenía pensado pasar la noche con Marcelle en aquella bella casa sobre el acantilado. Pero no iba a ser así. Collins se había propuesto llevarnos a conocer la ciudad y no podía negarme. «No te preocupes por ella -dijo-. Te darás un atracón antes de que os vayáis. Dile que te espere aquí hasta que volvamos.»

Aquello no le hizo mucha gracia a Marcelle, pero, cuando le dijimos que teníamos unos días por delante, se le iluminó el rostro. Cuando salirnos afuera, Fillmore nos cogió del brazo muy solemnemente y dijo que tenía que hacer una pequeña confesión. Estaba pálido y parecía preocupado.

-Bueno, ¿qué pasa...? -dijo Collins alegremente-. ¡Desembucha!

Fillmore no podía desembucharlo así, de una vez. Tosió, se aclaró la garganta y, por fin, soltó abruptamente: «Pues, cuando he ido al retrete hace un momento, he notado algo... »

-Entonces, ¡las has pescado! --exclamó Collins triunfalmente, y dicho eso esgrimió la botella de «Venétienne»-. No vayas a un médico -añadió maliciosamente-. Te desplumarán, esos cabrones peseteros. Y no dejes de beber tampoco. Todo eso son cuentos. Tómate esto dos veces al día..., agítalo bien antes de usarlo. Y no hay nada peor que preocuparse, ¿entiendes? Ahora, vamos. Te daré una jeringa y un poco de permanganato, cuando volvamos.

Así, que nos internamos en la noche, camino del puerto donde se oía música y gritos y blasfemias de borrachos. Collins no paraba de hablar pausadamente de esto y lo otro, de un muchacho del que se había enamorado, y de lo mal que lo pasó para salir del apuro, cuando los padres se enteraron. De ese tema pasó otra vez al del barón de Charlus y después al de Kurtz, que se había ido río arriba y se había perdido. Su tema favorito. Me gusta el modo como Collins se movía continuamente sobre aquel fondo literario; era como un millonario que nunca bajara de su Rolls Royce. Para él no había terreno intermedio entre la realidad y las ideas. Cuando entramos en la casa de putas del Quai Voltaire, después de haberse echado en el sofá y de haber pedido chicas y bebidas, todavía seguía remando con Kurtz río arriba, y hasta que no se echaron las chavalas en la cama junto a él y le llenaron la boca de besos no cesó de divagar. Entonces, como si se hubiera dado cuenta de repente de dónde estaba, se volvió hacia la abuela que dirigía el local y le soltó una perorata elocuente sobre sus dos amigos que habían venido de París expresamente para conocer la casa. Había media docena de chicas en la habitación, todas desnudas, y debo reconocer que todas estaban muy buenas. Revoloteaban por la habitación mientras nosotros tres intentábamos mantener una conversación con la abuela. Por fin, ésta se excusó y nos dijo que estábamos en nuestra casa. Era tan dulce y amable,

Librodot

tan absolutamente cortés y maternal, que me sedujo por completo. ¡Y qué educada! Si hubiera sido un poco más joven, le habría hecho proposiciones deshonestas. Desde luego, nadie hubiera dicho que estábamos en un «antro de vicio», como se los suele llamar.

El caso es que nos quedamos allí una hora más o menos, y, como yo era el único que estaba en condiciones de disfrutar de los privilegios de la casa, Collins y Fillmore se quedaron abajo charlando con las chicas. Cuando regresé, me encontré a los dos tumbados en la cama; las chicas habían formado un semicírculo en torno a la cama y estaban cantando con las voces más angelicales el coro de *Roses in* Picardy. Cuando abandonamos la casa, nos sentíamos deprimidos sentimentalmente... sobre todo Fillmore. Collins nos llevó en seguida a un sórdido tugurio abarrotado de marineros de permiso en tierra y allí nos sentamos por un rato a disfrutar el sarao homosexual que estaba en su apogeo. Cuando alzamos el vuelo, tuvimos que pasar por el barrio chino, donde había otras dos abuelas con chales al cuello sentadas en los escalones de las puertas, abanicándose v saludando afablemente a los viandantes con movimientos de la cabeza. Todas ellas personas tan agradables, tan bondadosas, que parecían encargadas de guardería. Grupitos de marineros se acercaban haciendo eses y se metían a empujones y ruidosamente en los llamativos tugurios. Sexo por todos lados: se derramaba una marea muerta que barría los puntales por debajo de la ciudad. Fuimos paseando por la orilla de la dársena donde todo estaba revuelto y confuso; daba la impresión de que todos aquellos barcos, aquellas jábegas y yates y goletas y barcazas, habían sido arrojados a la costa por un violento temporal.

En el transcurso de cuarenta y ocho horas habían ocurrido tantas cosas, que parecía que lleváramos en Le Havre un mes o más. Teníamos pensado marcharnos el lunes por la mañana a primera hora, pues Fillmore tenía que volver al trabajo. Pasamos el domingo bebiendo y de juerga, con purgaciones o sin ellas. Aquella tarde Collins nos confesó que estaba pensando en regresar a su rancho de Idaho; hacía años que faltaba de casa y quería volver a ver las montañas antes de hacer otro viaje al Este. En aquel momento estábamos sentados en una casa de putas, esperando a una chica a la que había prometido pasarle un poco de cocaína. Estaba harto de Le Havre, según nos dijo. Además, la esposa de Jimmie se había enamorado de él y le hacía la vida imposible con sus arranques de celos. Casi cada noche había una escena. Se había comportado bien desde que habíamos llegado, pero nos aseguró que no duraría mucho. Estaba especialmente celosa de una muchacha rusa que de vez en cuando pasaba por el bar, cuando se emborrachaba. Una alborotadora. Y, para colmo de males, estaba desesperadamente enamorado de aquel muchacho del que nos había hablado el primer día. «¡Un muchacho puede partirte el corazón! -dijo-. ¡Es tan endemoniadamente bello! ¡Y tan cruel!» Al oír aquello, no pudimos reprimir la risa. Parecía ridículo. Pero Collins hablaba en serio.

Hacia la medianoche del domingo Fillmore y yo nos retiramos; nos habían dado una habitación arriba, sobre el bar. Hacía un bochorno infernal, no había ni un soplo de aire. Por las ventanas abiertas les oíamos gritar abajo y el gramófono que no paraba ni un momento. De repente, estalló una tormenta: un auténtico aguacero. Y entre los truenos y las ráfagas que azotaban los cristales de las ventanas, llegó hasta nuestros oídos él sonido de otra tormenta que rugía abajo en el bar. Parecía amenazadoramente próxima y siniestra; las mujeres gritaban a pleno pulmón, las botellas estallaban con estrépito, las mesas caían volcadas y se oía ese ruido sordo, familiar y nauseabundo que produce el cuerpo humano cuando se estrella contra el suelo.

Hacia las seis Collins asomó la cabeza por la puerta. Tenía la cara cubierta de emplastos y llevaba un brazo en cabestrillo. Una amplia sonrisa le iluminaba la cara.

-Como os dije -anunció-. Anoche se desató. Supongo que habréis oído el alboroto.

Nos vestimos rápidamente y bajamos para despedirnos de Jimmie. El salón estaba completamente destruido, no quedaba ni una botella en pie, ni una silla sin romper. El

espejo y el escaparate hechos añicos. Jimmie estaba haciéndose un ponche de leche y huevo.

Camino de la estación, reconstruimos lo sucedido. La muchacha rusa se había presentado, después que nosotros nos fuéramos a la cama haciendo eses, e Ivette no había tardado en insultarla, sin esperar siquiera a tener una excusa. Habían empezado a tirarse del pelo y le había dado a la muchacha rusa una sonora bofetada en la mandíbula... para hacerla reaccionar. Con aquello comenzó la refriega. Collins preguntó qué derecho tenía aquel estúpido grandullón a meterse en una riña privada. Como respuesta recibió un golpe en la mandíbula, un directo que lo envió volando al otro extremo del bar. «¡Te lo mereces!», gritó Ivette, aprovechando la ocasión para darle un botellazo en la cabeza a la muchacha rusa. Y en aquel momento se desencadenó la tormenta. Por un rato aquello fue un auténtico pandemónium, las mujeres estaban todas histéricas y deseosas de aprovechar la oportunidad para desquitarse de sus rencillas particulares. No hay nada como una riña en un bar... es tan fácil clavarle a alguien un puñal en la espalda o golpearle con una botella cuando está tirado bajo una mesa. El pobre sueco se encontró en un avispero; todos los que había allí lo odiaban, sobre todo sus compañeros de barco. Querían verlo vencido. Así, que cerraron la puerta con llave y apartando las mesas a los lados hicieron un poco de espacio frente a la barra donde los dos hombres pudieran ajustarse las cuentas. ¡Y menudo si se las ajustaron! Tuvieron que llevar al pobre diablo al hospital, al acabar. Collins había tenido bastante suerte: sólo una muñeca torcida y dos dedos dislocados, la nariz sangrando y un ojo a la virulé. Unos rasguños simplemente, como él decía. Pero, si alguna vez llegaba a trabajar en el mismo barco con aquel sueco, iba a matarlo. La cosa no iba a quedar así. Nos lo prometió.

Y tampoco acabó ahí el alboroto. Después, Ivette se fue a emborrachar a otro bar. La habían insultado e iba a poner punto final a aquel asunto. Conque va y coge un taxi y dice al conductor que la lleve al borde del acantilado que da al mar. Iba a matarse, eso era lo que iba a hacer. Pero estaba tan borracha, que, cuando salió del taxi tambaleándose, se echó a llorar y, antes de que nadie pudiera evitarlo, empezó a quitarse la ropa. El conductor la llevó a casa así, medio desnuda, y, cuando Jimmie la vió en aquel estado, se puso tan furioso con ella, que cogió el asentador de la navaja de afeitar y le dio una azotaina que la dejó baldada, y aquello le gustó, a la muy puta. «¡Dame más!», le suplicaba, arrodillada como estaba y abrazada a sus piernas. Pero Jimmie ya estaba harto. «¡Eres una guarra asquerosa! », le dijo y le dio un puntapié en el vientre que le cortó el aliento... y también sus desatinos sexuales.

Ya era hora de que nos marcháramos. La ciudad parecía diferente a la primera luz de la mañana. La última cosa de que hablamos, mientras esperábamos la salida del tren, fue de Idaho. Los tres éramos americanos. Cada uno de nosotros procedía de un lugar distinto, pero teníamos alguna cosa en común: muchas, diría yo. Estábamos poniéndonos sentimentales, como les ocurre a los americanos a la hora de separarse. Parecíamos tontos, hablando de las vacas y de las ovejas y de los grandes espacios abiertos donde los hombres son hombres y todas esas chorradas. Si en lugar del tren, hubiera pasado un barco, habríamos subido a bordo y nos habríamos despedido de todo. Pero Collins no iba a regresar nunca a América, como supe posteriormente, y Fillmore..., bueno, Fillmore también iba a recibir su castigo, de un modo que ninguno de nosotros habría sospechado entonces. Es mejor conservar a América así, siempre como telón de fondo, una especie de tarjeta postal que contemplamos en momentos de debilidad. De ese modo, te imaginas que siempre está ahí esperándote, inmutable, intacta, un gran espacio patriótico y abierto con vacas y ovejas y hombres compasivos dispuestos a dar por culo a todo lo que haya a la vista, hombre, mujer o animal. América no existe. Es el nombre que se da a una idea abstracta...

Librodot

París es como una puta. Desde lejos parece cautivadora, no puedes esperar hasta tenerla en los brazos. Y cinco minutos después te sientes vacío, asqueado de ti mismo. Te sientes burlado. Regresé a París con dinero en el bolsillo: unos centenares de francos que Collins me había metido en el bolsillo justo cuando subía al tren. Era suficiente para pagar una habitación y buenas provisiones para por lo menos una semana. Era más de lo que había tenido en las manos de una vez en varios años. Me sentí eufórico, como si quizá se abriera una nueva vida ante mí. También quería que durase, por lo que busqué un hotel barato sobre una panadería en la rue du Château, que arranca de la rue de Vanves, lugar que Eugène me había indicado en cierta ocasión. Unos metros más allá estaba el puente que atraviesa las vías de Montparnasse. Un barrio familiar.

Podría haber conseguido una habitación por cien francos al mes, una habitación sin las más mínimas comodidades, desde luego -sin ventana siquiera-, y quizá la habría cogido, aunque sólo hubiera sido para tener, por un tiempo, un lugar seguro donde acostarme, si no hubiese sido porque, para llegar a aquella habitación, habría tenido que pasar primero por la habitación de un ciego. La idea de pasar por delante de su cama todas las noches me deprimió profundamente. Decidí buscar en otro sitio. Me dirigí a la rue Cels, justo detrás del cementerio, y miré una especie de ratonera que había allí con corredores alrededor del patio. Había también jaulas de pájaros colgadas del cogedor, por toda la hilera inferior. Una vista alegre quizá, pero a mí me pareció el pabellón público de un hospital. Además, el propietario no parecía estar en sus cinco sentidos. Decidí esperar a la noche, buscar detenidamente por allí, y después escoger un rinconcito atractivo en una calle lateral y tranquila.

A la hora de comer me gasté quince francos en un restaurante, casi el doble precisamente de la cantidad que me había propuesto asignarme.

Aquello me hizo sentirme tan mal, que me negué a mí mismo el gusto de sentarme a tomar un café, a pesar de que había empezado a chispear. No, caminaría un poco y después me iría despacito a la cama, a una hora prudencial. Ya me sentía infeliz, procurando administrar mis recursos con aquella economía. Nunca lo había hecho en mi vida; no iba conmigo.

Finalmente, empezó a llover a mares. Me alegré. Eso me daría la excusa que necesitaba para meterme corriendo en algún sitio y estirar las piernas. Era todavía muy temprano para ir a la cama. Empecé a apretar el paso, de vuelta hacia el Boulevard Raspail. De repente se me acerca una mujer y me para, en pleno diluvio. Quiere saber qué hora es. Le dije que no llevaba reloj. Y entonces, como si tal cosa, me sale con esto: «Oh, señor, ¿habla usted inglés por casualidad?» Asiento con la cabeza. Ahora cae torrencialmente. «Tal vez el señor sea tan amable de llevarme a un café. Está lloviendo tanto y no tengo dinero para sentarme en ningún sitio. Espero que me perdone, mi querido señor, pero tiene usted una cara tan bondadosa... He comprendido en seguida que era usted inglés.» Y al decir eso me sonríe, con una sonrisa extraña, medio loca. «Quizá pueda usted darme un consejo, querido señor. Estoy sola en el mundo... Dios mío, es terrible no tener dinero... »

Aquellos «querido señor» y «bondadoso señor», etc., me tenían al borde de la histeria. Sentía lástima de ella y, aun así, no podía reprimir la risa. Me eché a reír a carcajadas. Me reí en sus narices. Y entonces ella se rió también, con unas carcajadas extrañas, estridentes, fuera de tono, completamente inesperadas. La cogí del brazo y corrimos como flechas hasta el café más próximo. Todavía se reía entrecortadamente, cuando entramos en el bistro. «Mi querido y amable señor -comenzó de nuevo-, quizá piense usted que no le estoy diciendo la verdad. Soy una buena chica... Vengo de buena familia. Sólo que -y entonces volvió a dirigirme aquella sonrisa triste y angustiada-, sólo que soy tan desgraciada, que no tengo dónde caerme muerta.» Al oír aquello me eché a reír de nuevo. No pude evitarlo: las frases que usaba, el extraño acento, el extravagante sombrero que llevaba puesto, aquella sonrisa de demente...

-Oye -le interrumpí-, ¿de qué nacionalidad eres?

-Soy inglesa -respondió-. Es decir, nací en Polonia, pero mi padre es irlandés.

-¿Y por eso eres inglesa?

-Sí -dijo, y de nuevo se echó a reír entrecortada, tímidamente, y aparentando mostrarse púdica.

-Supongo que conocerás un hotelito agradable donde podrías llevarme -dije esto, no porque tuviera la menor intención de ir con ella, sino para evitarle los preliminares habituales.

-Oh, mi querido señor -dijo, como si yo hubiera cometido el error más grave-. ¡Estoy segura de que no habla usted en serio! No soy una de ésas. Ya veo que estaba usted bromeando. Es usted tan bueno... tiene usted una cara tan bondadosa. No me atrevería a hablar con un francés como lo he hecho con usted. En seguida te insultan...

Siguió en el mismo tono durante un rato. Yo quería separarme de ella. Pero ella no quería que la dejara sola. Tenía miedo: no tenía la documentación en regla. ¿Tendría la amabilidad de acompañarla hasta su hotel? Quizá pudiera «prestarle» quince o veinte francos, para tranquilizar al *patron.* La acompañé al hotel donde dijo que se alojaba y le puse un billete de cincuenta francos en la mano. O era muy lista o muy inocente -a veces es difícil saberlo-, pero el caso es que quiso que esperara a que fuese corriendo al *bistro* a buscar cambio. Le dije que no se molestara. Y, al oír aquello, me cogió la mano impulsivamente y se la llevó a los labios. Me quedé helado. Me dieron ganas de darle todo lo que llevaba. Me llegó al alma, aquel pequeño gesto absurdo. Pensé para mis adentros, es bueno ser rico de vez en cuando, simplemente para experimentar una nueva emoción como ésta. Aun así, no perdí la cabeza. ¡Cincuenta francos! Eso era bastante despilfarro para una noche lluviosa. Cuando me alejaba, me dijo adiós agitando aquel gorrito extravagante que no sabía cómo ponerse. Parecía como si fuéramos viejos amigos. Me sentí ridículo y atontado. «Mi querido y amable señor..., tiene usted una cara tan bondadosa... es usted tan bueno, etc.» Me sentí como un santo.

Cuando te sientes tan enorgullecido por dentro, no te resulta fácil irte a la cama inmediatamente. Tienes la sensación de que debes expiar esos accesos repentinos de bondad. Al pasar por «La Jungle», eché un vistazo a la pista de baile; mujeres con la espalda descubierta y sartas de perlas que las asfixiaban -o así parecía- meneaban sus hermosos traseros ante mí. Me fui derecho al bar y pedí una coupe de champaña. Cuando cesó la música, una bella rubia –parecía noruega- se sento a mi lado. El local no estaba tan lleno ni tan alegre como parecía desde fuera. Sólo había media docena de parejas: debían de haber estado bailando todas a la vez. Pedí otra *coupe* de champaña para no dejar que se me esfumara el valor.

Cuando me levanté a bailar con la rubia, no había nadie más que nosotros en la pista. En cualquier otro momento me habría sentido cohibido, pero el champaña y la forma como se me pegaba, las tenues luces y la sólida sensación de seguridad que me daban aquellos centenares de francos, en fin... Bailamos otra pieza, una especie de exhibición privada, y, después nos pusimos a charlar. Se había echado a llorar... así empezó. Pensé que seguramente había bebido demasiado, así que fingí no prestar atención. Y, mientras tanto, recorría la sala con la mirada para ver si había algún otro material disponible. Pero el local estaba completamente desierto.

Lo que debes hacer cuando estás atrapado es largarte... al instante. Si no lo haces, estás perdido. Lo que me retuvo, cosa bastante curiosa, fue la idea de pagar en el guardarropas por segunda vez. Siempre se la busca uno por una nadería.

No tardé en descubrir que la razón por la que lloraba era que acababa de enterrar a su hija. Tampoco era noruega, sino francesa y, encima, comadrona. Una comadrona elegante, debo reconocerlo, aun con las lágrimas corriéndole por la cara. Le pregunté si un traguito le ayudaría a consolarse, ante lo cual se apresuró a pedir un whisky y se lo tomó en un abrir y cerrar de ojos. «¿Te tomarías otro?», le sugerí dulcemente. Pensaba

Librodot

que sí, se sentía tan decaída, tan terriblemente abatida. Le parecía que también le gustaría un paquete de Camel. «No, espera un momento -dijo-, creo que preferiría *les* Pall Mall.» «Escoge lo que quieras -pensé-, pero deja de llorar, por el amor de Dios, me ataca a los nervios.» La puse de pie de un tirón para sacarla a bailar otra vez. De pie parecía otra persona. Quizá la pena le vuelva a uno más lascivo, no sé. Le susurré que nos largáramos. «¿Dónde?», dijo animada. «®h, a cualquier sitio. A algún lugar tranquilo donde podamos hablar.»

Fui al servicio y volví a contar el dinero. Escondí los billetes de cien francos en el bolsillo del chaleco y me quedé con un billete de cincuenta francos y lo suelto en los bolsillos del pantalón. Volví al bar dispuesto a hablar sin rodeos.

Ella me lo facilitó, pues fue ella quien sacó el tema. Estaba en un aprieto. No era sólo que hubiera perdido a su hija, sino que, además, su madre estaba en casa, enferma, muy enferma, y había que pagar al médico y comprar medicinas, y que si patatín y que si patatán. No me creí ni una palabra, naturalmente. Y como tenía que buscarme un hotel para mí, le sugerí que viniera a pasar la noche conmigo. Así me ahorraría algo, pensé para mis adentros. Pero no quiso. Insistió en ir a su casa, dijo que tenía un piso propio... y, además, tenía que atender a su madre. Pensándolo bien, llegué a la conclusión de que sería todavía más barato dormir en su casa, conque le dije que sí y que fuéramos inmediatamente. Sin embargo, antes de ponernos en marcha pensé que era mejor decirle cómo andaba de dinero, para que después no hubiera protestas en el último momento. Creí que iba a desmayarse, cuando le dije cuánto dinero llevaba en el bolsillo. «Pero ¿qué te has creído?» , dijo. Estaba pero que muy ofendida. Pensé que iba a armar un escándalo... No obstante, me mantuve en mis trece, impávido. «Muy bien, entonces ahí te quedas -dije tranquilamente-. Quizá me haya equivocado.»

«¡Ya lo creo que te has equivocado! -exclamó, al tiempo que me agarraba de la manga-. *Ecoute, chéri... sois raisonnable!»* Cuando oí aquello, recuperé toda mi confianza. Sabía que sería simplemente cuestión de prometerle un pequeño suplemento y todo iría bien. «De acuerdo -dije cansado-, me portaré bien contigo, ya verás.»

-Entonces, ¿me estabas mintiendo? -dijo. -Sí -y sonreí-, te estaba mintiendo... Antes de que me hubiese puesto siquiera el sombrero, ya había llamado a un taxi. ®í que lo dirigía hacia el Boulevard de Clichy. Eso era más que el precio de una habitación, pensé. Pero, bueno, todavía había tiempo... ya veríamos. Ya no sé cómo empezó la cosa, pero al cabo de poco me estaba hablando entusiasmada de Henry Bordeaux. ¡No he encontrado nunca a una puta que no conociera a Henry Bordeaux! Pero aquélla estaba verdaderamente inspirada; ahora su lenguaje era bello, tan tierno, tan perspicaz, que me puse a pensar cuánto le daría. Me pareció haberle oído decir: *«Quand il n' y aura plus de temps.»* En todo caso, me pareció algo así. En el estado en que me encontraba, una frase como ésa valía doscientos francos. Me pregunté si sería de ella o si la habría sacado de Henry Bordeaux. Poco importaba. Era sencillamente la frase adecuada con la que hacer la carrera hasta el pie de Montmartre. «Buenas noches, madre -iba diciendo para mis adentros-, tu hija y yo te atendere*mos ...quand il n'y aura plus de temps!»* También me iba a enseñar su diploma, lo recuerdo perfectamente.

Una vez que se cerró la puerta tras de nosotros, se mostró muy agitada. Enloquecida. Retorciéndose las manos y adoptando posturas a lo Sarah Bernhardt, medio desnuda además, y deteniéndose de vez en cuando para instarme a que me diera prisa, a que me desvistiese, a que hiciera esto y lo otro. Por último, cuando ya se había desnudado del todo, y andaba de un lado para otro con un camisón en la mano buscando su bata, la agarré y la abracé con fuerza. Cuando la solté, tenía una expresión de angustia en la cara. «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Tengo que ir abajo a ver cómo está mi madre! -exclamó-. Puedes darte un baño, si quieres, *chéri.* ¡Ahí! Vuelvo dentro de unos minutos.» En la puerta volví a abrazarla. Iba en calzoncillos y tuve una erección tremenda. En cierto modo, toda aquella

angustia y aquella excitación, toda aquella pena y aquella comedia, no hicieron sino estimularme el apetito. Quizá iba abajo simplemente para tranquilizar a *su maquereau.* Tenía la sensación de que pasaba algo raro, una especie de drama sobre el que leería una crónica en el periódico de la mañana. Hice una rápida inspección del lugar. Había dos habitaciones y un baño, bastante bien amueblados. Bastante coquetones. Su diploma estaba colgado en la pared: «Sobresaliente», como dicen todos. Y sobre el tocador estaba la fotografía de una niña, una nena de hermosos bucles. Abrí el grifo para darme un baño, y después cambié de idea. Si ocurría algo y me encontraban en la bañera... no me gustó la idea. Caminé de un lado -para otro, cada vez más intranquilo a medida que pasaban los minutos.

Cuando regresó, estaba todavía más transtornada que antes. «¡Se va a morir..., se va a morir!», gemía sin cesar. Por un momento, estuve casi a punto de marcharme. ¿Cómo diablos puedes montar a una mujer, cuando su madre está agonizando en el piso de abajo, quizá justo bajo tus pies? La rodeé con los brazos, en parte por compasión y en parte decidido a obtener lo que había venido a buscar. Estando así, me susurró, como si estuviera realmente afligida, que necesitaba el dinero que le había prometido. Era para «maman». Joder, en aquel momento no tuve valor para regatear por unos francos. Me dirigí a la silla donde había dejado mi ropa y saqué un billete de cien francos del bolsillo del chaleco, al tiempo que me mantenía cuidadosamente de espaldas a ella, a pesar de todo. Y, para mayor precaución, coloqué los pantalones del lado de la cama en el que sabía que me iba a echar. Los cien francos no la satisficieron totalmente, pues, por la debilidad de sus protestas, comprendí que era suficiente. Luego, con una energía que me asombró, se quitó la bata de un tirón y se metió en la cama de un salto. En cuanto la rodeé con los brazos y la atraje hacia mí, alargó la mano hasta el interruptor y se apagó la luz. Me abrazó apasionadamente, y se puso a gemir como hacen todas las gachís francesas cuando se meten en la cama contigo. Me estaba excitando terriblemente con su agitación; eso de apagar las luces era algo nuevo para mí... parecía como si fuera de veras. Pero también desconfiaba, y en cuanto pude hacerlo cómodamente, saqué las manos para ver si mis pantalones seguían en la silla.

Pensaba que íbamos a pasar la noche juntos. La cama era muy cómoda, más blanda que las camas de hotel ordinarias... y las sábanas estaban limpias, lo había notado. ¡Ojalá no se retorciera tanto! Era como para pensar que hacía un mes que no se había acostado con un hombre. Yo quería prolongarlo. Quería sacarle todo el provecho a mis cien francos. Pero ella mascullaba toda clase de cosas en ese lenguaje absurdo de la cama que se te mete en la sangre todavía más rápidamente cuando estás a oscuras. Yo luchaba como podía, pero era imposible con sus gemidos y sus jadeos constantes, y sus susurros: *«Vite chéri! Vite chéri! Oh, c'est bon! Oh, oh! Vite, vite, chéri!»* Intenté contar, pero era como una alarma de incendio sonando sin cesar. *«Vite, chéri!», y* aquella vez se estremeció jadeando de tal manera, que izas! oí sonar las estrellas y volaron mis cien francos y los otros cincuenta que había olvidado completamente y volvieron a encenderse las luces y con la misma presteza con que había saltado a la cama volvió a levantarse de ella de un brinco gruñendo y chillando como una marrana vieja. Me quedé tumbado fumando un cigarrillo, sin dejar de mirar desconsoladamente mis pantalones; estaban terriblemente arrugados. Al cabo de un momento volvió, envolviéndose con la bata, y diciéndome, de aquel modo agitado, que me estaba atacando a los nervios que me considerara en mi casa. «Me voy abajo a ver a mi madre -dijo-. *Mais faites comme chez vous, chéri. Je reviens tout de suite.»*

Cuando hubo pasado un cuarto de hora, empecé a sentirme muy inquieto. Fui a la otra habitación y leí de cabo a rabo una carta que estaba sobre la mesa. No era nada importante: una carta de amor. En el baño examiné todos los frascos de la repisa; tenía todo lo que necesita una mujer para oler bien. Todavía confiaba en que volvería y me daría satisfacción por valor de otros cincuenta francos. Pero el tiempo pasaba y no daba

Librodot

señales de vida. Empecé a alarmarme. Quizá había alguien agonizando abajo. Distraídamente, por instinto de conservación, supongo, empecé a ponerme la ropa. Mientras me abrochaba el cinturón, me vino a la memoria como un relámpago que ella había metido el billete de cien francos en su monedero. Con la agitación del momento había guardado el monedero en el armario, en el estante de arriba. Recordé el gesto que había hecho: de puntillas y estirándose para alcanzar al estante. No tardé ni un minuto en abrir el armario y buscar a tientas el monedero. Seguía allí. Lo abrí precipitadamente y vi mi billete de cien francos arrugado entre los pliegues de seda. Volví a colocar el monedero como estaba, me puse la chaqueta y los zapatos, y después fui hasta el rellano de la escalera y escuché atentamente. No se oía nada. Sólo Dios sabía dónde habría ido. En un santiamén volví a estar ante el armario hurgando en su monedero. Me guardé los cien francos y, además, todo lo que había suelto. Luego, tras cerrar la puerta sin hacer ruido, bajé la escalera de puntillas y, cuando estuve en la calle, caminé todo lo rápido que me permitían las piernas. En el Café Boudon me detuve a tomar un bocado. Las putas que allí había estaban pasándoselo pipa tirando pelotillas a un hombre grueso que se había quedado dormido comiendo. Estaba dormido como un tronco; roncando, de hecho, y, sin embargo, sus mandíbulas seguían moviéndose maquinalmente. Había un gran jaleo en el .local. Se oían gritos de «¡Pasajeros a bordo!» y después un concierto con cuchillos y tenedores. El hombre abrió los ojos un momento, parpadeó estúpidamente, y después la cabeza volvió a caerle sobre el pecho. Me guardé cuidadosamente el billete de cien francos en el bolsillo del chaleco y conté el cambio. El estrépito a mi alrededor iba en aumento y me costaba trabajo recordar exactamente si había visto «sobresaliente» en su diploma o no. Aquello me preocupaba. La madre me importaba un pimiento. Esperaba que a esas horas ya la hubiera palmado. Sería extraño que lo que había dicho fuese cierto. Demasiado bueno para creerlo. *Vite chéri... vite, vite! ¡Y* la otra imbécil con sus «mi querido señor» y «tiene usted una cara tan bondadosa»! Me preguntaba si habría cogido realmente una habitación en aquel hotel ante el que nos detuvimos.

Fue hacia el final del verano cuando Fillmore me invitó a ir a vivir con él. Tenía un estudioapartamento que daba al cuartel de caballería a la altura de la Place Dupleix. Nos habíamos visto mucho desde la escapada a Le Havre. Si no hubiera sido por Fillmore, no sé dónde estaría hoy: muerto, lo más probable.

-Te habría dicho que vinieras mucho antes -dijo-, si no hubiese sido por esa mala puta de Jackie. No sabía cómo quitármela de encima.

No me quedó más remedio que sonreír. Siempre pasaba lo mismo con Fillmore. Tenía un don especial para atraer a tías sin hogar. El caso es que Jackie había decidido marcharse por su propia voluntad.

Se acercaba la estación de las lluvias, el largo y deprimente período de mugre y niebla y chaparrones que te hacen sentir desanimado y desdichado. ¡Un lugar detestable en invierno, París! Un clima que te corroe el alma, que te deja pelado como la costa del Labrador. Noté con cierta angustia que el único medio de calefacción que había en la casa era la pequeña estufa del estudio. Sin embargo, era bastante confortable. Y la vista desde la ventana del estudio era soberbia.

Por la mañana, Fillmore me sacudía rudamente y me dejaba un billete de diez francos en la almohada. En cuanto se marchaba, volvía a arrebujarme para echar un último sueñecito. A veces me quedaba en la cama hasta el mediodía. No había nada urgente, excepto acabar el libro, y eso no me preocupaba demasiado porque ya estaba convencido de que, de todos modos, nadie lo aceptaría. Sin embargo, a Fillmore le interesaba mucho. Cuando llegaba por la noche, con una botella bajo el brazo, la primera cosa que hacía era dirigirse a la mesa para ver cuántas páginas había producido. Al principio, me complacía esa muestra de entusiasmo, pero después, cuando fui perdiendo la inspiración, me intranquilizaba enormemente verlo fisgonear, buscando las páginas que, al parecer, debían gotear de mí como el agua de un grifo. Cuando no había nada para enseñar, me sentía exactamente como una de esas tías a las que había dado alojamiento. Recuerdo que solía decir, refiriéndose a Jackie: «Todo habría ido bien, si me hubiera ofrecido el coño de vez en cuando.» Si yo hubiese sido una mujer, habría tenido mucho gusto en ofrecerle el coño: habría sido mucho más fácil que satisfacerlo con las páginas que esperaba.

No obstante, procuraba hacer que me sintiera a gusto. Siempre había comida y bebida en abundancia, y alguna vez que otra insistía para que lo acompañase a *un dancing.* Le encantaba ir a un tugurio de negros en la rue d'Odessa donde había una bella mulata que solía venir a casa con nosotros ocasionalmente. Lo único que le molestaba era que no podía encontrar a una chica francesa a la que le gustara beber. Todas eran demasiado sobrias para su gusto. Le gustaba volver con una mujer al estudio y echar unos lingotazos antes de pasar al asunto. También le gustaba hacerle creer que era un artista. Como el hombre de quien había alquilado el estudio era un pintor, no era difícil dar esa impresión; no tardamos en colgar por todo el estudio los cuadros que habíamos encontrado en el armoire ni en montar en el caballete uno de los que estaban sin acabar. Desgraciadamente, todos eran de carácter surrealista y la impresión que daban solía ser desfavorable. Entre una puta, una portrera y un ministro no hay demasiada diferencia de gusto en lo que a pinturas se refiere. Fillmore sintió un gran alivio, cuando Mark Swift empezó a visitarnos regularmente con la intención de hacerme un retrato. Fillmore sentía una gran admiración hacia Swift. Decía que era un genio. Y aunque había algo feroz en todo lo que emprendía, aun así cuando pintaba a un hombre o un objeto, podías reconocer lo que era.

A petición de Swift, había empezado a dejarme crecer la barba. Decía que la forma de mi cráneo requería una barba. Tenía que sentarme junto a la ventana con la Torre Eiffel detrás de mí, porque él quería que saliera también en el cuadro la Torre Eiffel. También quería que se viese la máquina de escribir. Kruger cogió también la costumbre de pasar a visitarnos por aquella época; sostenía que Swift no sabía nada de pintura. Le exasperaba ver cosas desproporcionadas. Creía en las leyes de la Naturaleza, implícitamente. A Swift

Librodot

le importaba tres cojones la Naturaleza; quería pintar lo que tenía en la cabeza. El caso es que ahora el retrato que me estaba haciendo Swift estaba en el caballete, y, aunque todo era desproporcionado, hasta un ministro podía ver que era una cabeza humana, un hombre con barba. De hecho, la portera empezó a manifestar gran interés por el cuadro; consideraba que el parecido era asombroso. Y le gustaba la idea de mostrar la Torre Eiffel en segundo plano.

Así fue pasando nuestra vida pacíficamente durante un mes o más. El barrio me atraía, sobre todo de noche, cuando se dejaban sentir plena mente su sordidez y lobreguez. La pequeña Place, tan encantadora y tranquila al atardecer, podía adquirir el carácter más deprimente y siniestro, cuando caía la noche. Había un muro largo y alto que tapaba un lado del cuartel y contra él había siempre una pareja abrazándose furtivamente... muchas veces bajo la lluvia. Espectáculo deprimente el de dos enamorados abrazados contra el muro de una prisión bajo la triste luz de un farol: como si se hubiesen visto impelidos hasta los últimos límites. Lo que ocurría al otro lado de la tapia también era deprimente. Los días de lluvia solía quedarme mirando por la ventana la actividad de allí abajo, exactamente como si fuera algo que sucedía en otro planeta. Me parecía incomprensible. Todo se desarrollaba de acuerdo con un programa, pero un programa que debía de haber trazado un lunático. Ahí estaban, chapoteando en el barro, los clarines sonando, los caballos cargando: todo aquello entre cuatro paredes. Un simulacro de combate. Un montón de soldaditos de plomo que no tenían el menor interés en aprender a matar ni en limpiarse las botas ni en almohazar los caballos. Totalmente ridículo todo aquello, pero parte del orden de cosas. Cuando no tenían nada que hacer, parecían todavía más ridículos; se rascaban, se paseaban con las manos en los bolsillos, miraban al cielo. Y cuando aparecía un oficial, daban taconazos y saludaban. A mí me parecía una casa de locos. Hasta los caballos parecían ridículos. Y a veces sacaban afuera la artillería y desfilaban calle abajo estruendosamente y la gente se paraba a mirar con la boca abierta y admiraba los vistosos uniformes. A mí siempre me parecían un cuerpo de ejército en retirada; ofrecían un aspecto harapiento, sucio, alicaído, con los uniformes demasiado grandes para sus cuerpos, con toda su viveza, que como individuos poseían en alto grado, ahora perdida.

Sin embargo, cuando salía el sol, todo parecía diferente. Había un rayo de esperanza en sus ojos, caminaban con mayor elasticidad, mostraban un poco de entusiasmo. Entonces el color de las cosas despuntaba gradualmente y había ese bullicio y alboroto tan característicos de los franceses; *en el bistro* de la esquina charlaban alegremente tomando unas copas y los oficiales parecían más humanos, más franceses, diría yo. Cuando sale el sol, cualquier lugar de París puede-parecer bonito; y si hay un *bistro* con toldo bajado, unas cuantas mesas en la acera y bebidas de colores en los vasos, entonces la gente parece totalmente humana. Y es humana: ¡la mejor gente del mundo cuando brilla el sol! ¡Tan inteligente, tan indolente, tan despreocupada! Es un crimen apiñar a gente así en un cuartel, ponerles a hacer instrucción, clasificarlos en graduaciones de soldados y sargentos y coroneles y qué sé yo.

Como digo, nuestra vida iba pasando suavemente. De vez en cuando aparecía Carl con un trabajo para mí, artículos de viajes que él detestaba escribir. Sólo pagaban cincuenta francos por cada uno, pero eran fáciles de hacer porque bastaba con que consultara los números atrasados y refundiese los artículos antiguos. La gente sólo leía esas cosas cuando estaba sentada en el retrete o cuando mataba el tiempo en una sala de espera. Lo principal era conservar los adjetivos bien bruñidos: el resto era una cuestión de fechas y estadísticas. Si era un artículo importante, el jefe del departamento lo firmaba personalmente; era un imbécil que no sabía hablar bien ninguna lengua, pero sabía sacar faltas. Si encontraba un párrafo que le parecía bien escrito, decía: «¡Eso es! ¡Así quiero que escribas! Es precioso. Te doy permiso para que lo uses en tu libro.» A veces esos párrafos preciosos los copiábamos de la enciclopedia o de alguna guía antigua. Carl puso algunos de ellos en su libro efectivamente: tenían carácter surrealista.

Librodot

Luego, una noche, después de haber ido a dar un paseo, abro la puerta y una mujer sale del dormitorio. « ¡Así, que tú eres el escritor! », exclama en seguida, y me mira la barba como para corroborar su impresión. «¡Qué barba más horrible! -dice-. Creo que debéis de estar locos por aquí.» Fillmore va detrás de ella con una manta en las manos. «Es una princesa», dice, chasqueando los labios, como si acabara de probar un caviar exótico. Los dos estaban vestidos para salir a la calle; no podía entender qué hacían con la ropa de la cama. Y entonces se me ocurrió inmediatamente que Fillmore debía de haberla llevado al dormitorio para enseñarle la bolsa de la lavandería. Siempre hacía eso con las mujeres que venían al piso por primera vez, sobre todo si eran *Françaises. «No tickee, no shirtee!»*[4] era lo que iba cosido a la bolsa de la lavandería, y Fillmore tenía la obsesión de explicar ese lema a todas las mujeres que llegaban. Pero aquella dama no era *Française...* me lo hizo saber al instante. Era rusa... y princesa, nada menos.

Estaba rebosante de entusiasmo, como un niño que acaba de encontrar un nuevo juguete. «¡Habla cinco idiomas!», dijo, evidentemente abrumado ante semejante talento.

-¡No, cuatro! -se apresuró a corregir ella. -Bueno, pues, cuatro... El caso es que es una chica increíblemente inteligente. Tendrías que oírla hablar.

La princesa estaba nerviosa: no paraba de rascarse el muslo ni de restregarse la nariz. «¿Por qué quiere hacer su cama ahora? -me preguntó de improvisto-. ;Acaso se cree que me va a conseguir de ese modo? Es un niño grande. Se comporta de forma vergonzosa. Lo he llevado a un restaurante ruso y e ha puesto a bailar como un negro.» Meneó el trasero para mostrarme cómo lo había hecho. «Y habla demasiado. Demasiado alto. Dice tonterías.» Se movía presurosa por la habitación, examinando los cuadros y los libros, manteniendo la cabeza bien alta todo el tiempo pero rascándose intermitentemente. De vez en cuando giraba en redondo como un acorazado y lanzaba una andanada. Fillmore no dejaba de seguirla por todos lados con una botella en una mano y un vaso en la otra. «¡Deja de seguirme así! -exclamó ella-. ¿Y no tienes otra cosa para beber? ¿No puedes conseguir una botella de champaña? Necesito tomar un poco de champaña. ¡Mis nervios! ¡Mis nervios!»

Fillmore intenta susurrarme unas palabras al oído. «Una actriz..., una estrella de cine..., un tipo la ha dejado plantada y no lo puede olvidar... le voy a hacer coger una cogorza... »

-Entonces me largo -estaba diciendo yo, cuando la princesa nos interrumpió con un alarido.

-¿Por qué cuchicheáis así? -gritó, al tiempo que daba una patada en el suelo-. ¿Es que no sabéis que es de mala educación? Y *tú,* ¿creía que me ibas a llevar a algún sitio? Tengo que emborracharme esta noche, ya te lo he dicho.

-Sí, sí -dijo Fillmore-. Nos vamos dentro de un instante. Sólo quiero otra copa.

-¡Eres un cerdo! -dijo ella de un chillido-. Pero también eres un buen chico. Sólo que gritas demasiado. Eres un mal educado -se volvió hacia mí-. ¿Puedo confiar en que se porte bien? Tengo que emborracharme esta noche, pero no quiero que me deje en mal lugar. Quizá vuelva aquí después. Me gustaría hablar contigo. Tú pareces más inteligente.

Cuando se marchaban, la princesa me estrechó la mano cordialmente y prometió venir a cenar alguna noche... «cuando no esté borracha», dijo.

-¡Estupendo! -dije-. Tráete otra princesa... o una condesa, por lo menos. Cambiarnos las sábanas todos los sábados.

[4] Transcripción del modo como pronuncian los chinos el inglés. En español podría corresponder a. "Sin ticket, no hay lopa."

Hacia las tres de la mañana entra Fillmore tambaleándose... solo. Borracho como una cuba, y haciendo un ruido como el de un ciego con su bastón rajado. Tap, tap, tap, cansino camino abajo... «Me voy derecho a la cama -dice, al pasar delante de mí-. Mañana te cuento todo.» Entra en su habitación y levanta la colcha. Le oigo gemir: «¡Qué mujer! ¡Qué mujer!» Al cabo de un instante, vuelve a salir, con el sombrero puesto y el bastón rajado en la mano. «Sabía que iba a ocurrir algo así. ¡Está loca!»

Anda revolviendo por la cocina un rato y después vuelve al estudio con una botella de anjou. Tengo que incorporarme y beber un vaso con él.

Por lo que puedo reconstruir de la historia, todo empezó en el Rond-Point des Champs-Élysées donde se había dejado caer de vuelta a casa.

Como de costumbre a esa hora, la *terrasse* estaba abarrotada de buitres. Esta estaba sentada en pleno pasillo con una pila de platillos delante; estaba emborrachándose sola y en silencio, cuando Fillmore pasó por allí y atrajo su atención. «Estoy borracha -dilo entre risitas-. ¿No quieres sentarte?» Y después, como si fuera la cosa más natural del mundo, empezó a contarle al instante la historia del director de cine, que si éste le había dado esquinazo, que si ella se había tirado al Sena v que si patatín y que si patatán. Ya no recordaba qué puente era, sólo que había una multitud a su alrededor, cuando la sacaron del agua. Además, no veía qué importaba de qué puente se había tirado: ¿por qué le hacía esas preguntas? Estaba riéndose histéricamente de eso, y después, de repente, le entraron ganas de irse: quería bailar. Al verle titubear, va y abre el bolso impulsivamente y saca un billete de cien francos. Sin embargo, un instante después consideró que con cien francos no iría muy lejos. «¿Tienes algo de dinero?», dijo. No, él no tenía mucho en el bolsillo, pero en casa tenía un talonario de cheques. Así que vinieron de una escapada a buscar el talonario y entonces, naturalmente, tuve que aparecer yo justo cuando le estaba explicando lo del «No *tickee, no shirtee. »*

Camino de casa, se habían detenido en el Poisson d'Or a tomar un bocado, que ella había acompañado con unos cuantos vodkas. Allí estaba en su elemento, con toda aquella gente besándole la mano y susurrando *Princesse, Princesse!* A pesar de lo borracha que estaba, consiguió conservar su dignidad. Mientras bailaban, le repetía una y otra vez: «¡No menees el trasero así!»

Cuando la llevó al estudio, a Fillmore se le ocurrió la idea de quedarse allí. Pero, como era una chica tan inteligente y tan excéntrica, había decidido soportar sus caprichos y posponer el gran acontecimiento. Había considerado incluso la posibilidad de tropezarse con otra princesa y traer a las dos a casa. Por eso, cuando salieron por la noche, él estaba de buen humor y dispuesto, en caso necesario, a gastar unos centenares de francos con ella. Al fin y al cabo, uno no se tropieza con una princesa todos los días.

Aquella vez ella lo llevó a otro sitio, un sitio donde era todavía más conocida y donde no habría problema para cambiar un cheque, según dijo. Todo el mundo iba de etiqueta y se repitieron las absurdas reverencias y besamanos, mientras el camarero los acompañaba hasta la mesa.

En medio de un baile, de repente va y se sale de la pista con lágrimas en los ojos. «¿Qué pasa?

-dijo él-, ¿qué he fecho esta vez?» E instintivamente se llevó la mano al trasero, como si quizá estuviera meneándose todavía. «No es nada -dijo ella-. No has hecho nada. Ven, eres un buen chico», y, dicho eso, lo lleva otra vez a la pista y empieza a bailar desenfrenadamente. «Pero ¿qué te pasa?», susurró él. «No es nada -repitió ella-. He visto a una persona, nada más.» Y después, con un repentino arrebato de ira: «¿Par qué me emborrachas? ¿No sabes que me vuelve loca?»

-¿Tienes un cheque? -dice ella-. Hemos de salir de aquí -llamó al camarero y cuchicheó con él en ruso-. ¿Es un cheque bueno? -preguntó, cuando hubo desaparecido el camarero. Y después, impulsivamente-: Espérame abajo, en el guardarropa. Tengo que llamar por teléfono.

Librodot

Después de que el camarero le hubiera llevado el cambio, Fillmore bajó sin prisa al guardarropa para esperarla. Se paseó de aquí para allí, tarareando y silbando bajito, y chasqueaba los labios saboreando por anticipado el caviar que iban a tomar. Pasaron cinco minutos. Diez minutos. Seguía silbando bajito. Cuando hubieron pasado veinte minutos y la princesa seguía sin dar señales de vida, empezó a sentir recelo por fin. La señora del guardarropa dijo que hacía mucho que se había marchado. Salió afuera corriendo. En la puerta había un negro de uniforme con una amplia sonrisa en la cara. Negro sonríe. Negro dice: «He oído Coupole, ¡nada más, señor!»

En la Coupole, la encuentra abajo sentada frente a un cóctel con expresión lánguida en la cara, como si estuviera en trance. Al verlo, sonríe.

-¿Te parece bonito -dice él- escapar así? Podrías haberme dicho que yo no te gustaba... Al oír eso, ella se irritó, se puso a hacer teatro. Y, después de hablar por los codos, comenzó a gemir y a lloriquear. «Estoy loca -gimoteó-. Y tú también estás loco. Quieres que me acueste contigo, y yo no quiero acostarme contigo.» Y entonces empezó a desvariar acerca de su amante, el director de cine que había visto en la pista de baile. Por eso tuvo que escapar de aquel lugar. Por eso se drogaba y se emborrachaba todas las noches. Por eso se arrojó al Sena. Estuvo borbollando así sobre lo loca que estaba y de repente se le ocurrió una idea. «¡Vamos al Bricktop! » Allí había un conocido suyo... en cierta ocasión le había prometido un trabajo. Estaba segura de que le ayudaría.

-¿Cuánto va a costar? -preguntó Fillmore precavido.

Iba a costar mucho, eso se lo hizo saber inmediatamente. «Pero, mira, si me llevas al Brícktop, te prometo que iré a casa contigo.» Tuvo la honradez de añadir que podría costarle quinientos o seiscientos francos. «Pero ¡yo los valgo! Tú no sabes qué clase de mujer soy yo. No hay otra mujer como yo en todo París...»

-¡Eso es lo que tú te crees! -su sangre yanqui empezaba a aflorar-. Pero yo no lo veo. No veo que valgas nada. Eres simplemente una pobre

loca, hija de mala madre. Francamente, prefiero dar cincuenta francos a una pobre muchacha francesa; por lo menos, te dan algo a cambio.

Ella se puso como una fiera, cuando él menciono a las chicas francesas. «¡No me hables de esas mujeres! ¡Las detesto! Son estúpidas... son feas... son mercenarias. ¡Te digo que te calles!» Al cabo de un instante había vuelto a calmarse. Había cambiado de táctica. «Querido -susurró-, tú no sabes cómo soy, cuando estoy desnuda. ¡Soy *hermosa!» Y* se cogió los senos con las dos manos.

Pero Fillmore no se dejó impresionar. «¡Eres una zorra! -dijo fríamente-. No me importaría gastar unos centenares de francos contigo, pero estás loca. Ni siquiera te has lavado la cara. Te apesta el aliento. Me importa tres cojones que seas una princesa o no... No quiero saber nada de tu variedad de caliche aristocrático. Deberías salir a la calle y ganarte la vida con él. No eres mejor que cualquier chavalita francesa. Ni siquiera puedes compararte con ellas. No pienso gastar ni un céntimo más contigo. Deberías irte a América: es el lugar indicado para una sanguijuela como tú ... »

No pareció desconcertarla ese discurso. «Creo que lo que te pasa simplemente es que me tienes un poco de miedo», dijo.

-¿Miedo de ti? ¿De *ti?*

-No eres más que un niño -dijo-. Eres un mal educado. Cuando me conozcas mejor, hablarás de otra forma... ¿Por qué no intentas ser agradable? Si no quieres ir conmigo esta noche, pues muy bien. Mañana estaré en el Rond-Point entre las cinco y las siete. Me gustas.

-No pienso ir al Rond-Point mañana, ¡ni ninguna otra noche! No quiero volver a verte... nunca más. Hemos terminado. Voy a salir a buscar a una chavalita francesa agradable. ¡Te puedes ir al infierno!

Ella lo miró y sonrió con cansancio. «Eso es lo que dices ahora. Pero ¡espera! Espera a haberte acostado conmigo. No sabes todavía lo que es un cuerpo hermoso. Te crees que las

chicas francesas saben hacer el amor... ¡espera! Te voy a volver loco por mí. Me gustas. Sólo que eres un salvaje. No eres más que un niño. Hablas demasiado... »

-Estás loca -dijo Fillmore-. No me enamoraría de ti ni aunque fueras la última mujer de la tierra. Vete a casa y lávate la cara. -Se marchó sin pagar las bebidas.

Sin embargo, al cabo de unos días la princesa estaba instalada en casa. Es una princesa auténtica, de eso estamos bastante seguros. Pero tiene purgaciones. De todos modos, la vida no es nada aburrida aquí. Fillmore tiene bronquitis, la princesa, como acabo de decir, tiene purgaciones, y yo tengo almorranas. Acabo de canjear seis cascos vacíos en la *épicerie* rusa de la acera de enfrente. Ni una gota pasó por mi gaznate. Ni carne, ni vino, ni caza, ni mujeres. Sólo fruta y aceite de parafina, pastillas de árnica y pomada de adrenalina. Y ni una silla en la casa que sea bastante cómoda. Ahora mismo, mirando a la princesa, estoy repantigado como un pachá. ¡Pachá! Eso me recuerda su nombre: Macha. No me parece tan aristocrático. Me recuerda El *cadáver vivo.*

Al principio, pensé que iba a ser embarazoso, un *ménage à trois,* pero de ningún modo. Cuando la vi instalarse aquí, pensé que todo había acabado para mí otra vez, que tendría que buscar otro sitio, pero Fillmore me dio a entender en seguida que le iba a dar alojamiento sólo hasta que levantara cabeza. Con una mujer como ésta no sé qué significa semejante expresión; por lo que veo, ha andado de cabeza toda su vida. Dice que la revolución la expulsó de Rusia, pero estoy seguro de que, si no hubiera sido la revolución, habría sido alguna otra cosa. Tiene la impresión de que es una gran actriz; nunca la contradecimos en nada de lo que dice, porque es perder el tiempo. A Fillmore le parece divertida. Cuando se va a la oficina por la mañana, deja diez francos en su almohada y diez en la mía; por la noche, los tres vamos al restaurante ruso de abajo. El barrio está lleno de rusos y Macha ya ha encontrado un sitio donde le fían. Naturalmente, diez francos al día no son nada para una princesa; quiere caviar de vez en cuando y champaña, y necesita todo un vestuario nuevo para conseguir un empleo en el cine. No tiene nada que hacer salvo matar el tiempo. Está engordando.

Esta mañana me he llevado un susto tremendo. Después de lavarme la cara, he cogido su toalla por equivocación. No hay modo de hacerle entender que debe ponerla en el colgadero que le corresponde. Y cuando le he regañado por eso, me ha contestado como si tal cosa: «Mira, querido, si pudiera uno quedar ciego a consecuencia de eso, hace años que yo estaría ciega.»

Y, además, está el problema del retrete, que tenemos que usar todos. Intento hablarle en tono paternal sobre el asiento del retrete. «¡Oh, zut!

-dice-. Si tienes tanto miedo, iré a un café.» Pero no es necesario hacer eso, le explico. Basta con tomar las precauciones normales. «Bueno, bueno -dice-, no me sentaré, entonces... 1o haré de pie.»

Con ella en la casa, todo anda patas arriba. Primero, no quería dejarse, porque tenía el mes. Así estuvo ocho días. Estábamos empezando a pensar que fingía. Pero no, no fingía. Un día que estaba intentando ordenar la casa, encontré un poco de algodón bajo la cama y estaba manchado de sangre. Con ella, todo va a parar bajo la cama: cáscaras de naranja, algodón, corchos, botellas . vacías, tijeras, condones usados, libros, almohadas... No hace la cama hasta que es hora de acostarse. La mayor parte del tiempo se lo pasa en la cama leyendo sus periódicos rusos. «Querido -me dice-, si no fuera por mis periódicos, no me levantaría de la cama en todo el día.» ¡Eso es precisamente! Nada más que periódicos rusos. Ni un trozo de papel higiénico por ningún lado: sólo periódicos rusos para limpiarse uno el culo.

El caso es que, hablando de sus idiosincrasias, después de que se le acabara la menstruación, después de haber descansado lo suyo y de haber echado una capa de grasa alrededor de la cintura, seguía sin dejarse. Alegaba que sólo le gustaban las mujeres. Para aceptar a un hombre, primero tenía que ser estimulada adecuadamente. Quería que la

lleváramos a un burdel donde daban la función de una mujer follando con un perro. O mejor sería, decía, la de Leda y el cisne: el batir de las alas la excitaba terriblemente.

Una noche, para ponerla a prueba, la acompañamos a un lugar que sugirió. Pero, antes de que tuviéramos oportunidad de plantear la cuestión a la patrona, un inglés borracho, que estaba sentado en la mesa contigua, entabló conversación con nosotros. Ya había estado arriba dos veces, pero quería probar otra vez. Sólo tenía unos veinte francos en el bolsillo, y, como no hablaba una palabra de francés, nos pidió que le ayudáramos a regatear con la chavala a la que había echado el ojo. Resultó ser una negra, una vigorosa moza de la Martinica, y hermosa como una pantera. Además, tenía muy buen carácter. Para convencerla de que aceptara los últimos socas del inglés, Fillmore tuvo que prometerle que iría con ella en cuanto acabase con el inglés. La princesa observó, escuchó lo que se decía, y después adoptó una actitud altanera. Se sentía ofendida. «Pero, bueno -dijo Fillmore-, ¿no querías algo excitante? ¡Puedes mirar cómo lo hago! » No quería mirarlo a él... quería mirar a un pato. «¡Qué leche! -dijo él-, yo soy tan bueno como un pato en cualquier momento... quizá un poco mejor.» Y así, de una cosa pasamos a otra, y al final la única forma de aplacarla fue llamar a una de las chicas y dejar que se divirtieran un poco... Cuando Fillmore volvió con la negra, ésta echaba llamas por los ojos. Por la forma como la miraba Fillmore, comprendí que la actuación de ella debía de haber sido fuera de serie y empecé a ponerme cachondo yo también. Fillmore debió de comprender cómo me sentía, y el tormento que era pasar la noche sentado y mirando, pues de repente sacó un billete de cien francos del bolsillo y, colocándolo en la mesa de un manotazo, dijo: «Mira, tú probablemente necesites un polvo más que ninguno de nosotros. Coge esto y elige una para ti.» En cierto modo, aquel gesto me congració con él más que cualquier otra cosa que hubiera hecho por mí, y eso que había hecho mucho. Acepté el dinero con la intención con que me lo daba y al instante indiqué a la negra que se prepara para otro polvo. Aquello irritó a la princesa más que nada, al parecer. Preguntó si no había ninguna mujer suficientemente buena para nosotros, excepto aquella negra. Le dije rotundamente que N®. Y así era: la negra era la reina del harem. Bastaba con mirarla para tener una erección. Sus ojos parecían flotar en esperma. Estaba ebria con todos los requerimientos de que era objeto. Ya no podía caminar derecha... al menos, así me lo parecía. Al subir las es-truchas escaleras tras ella, no pude resistir la tentación de deslizarle la mano por la entrepierna; seguimos subiendo así, ella volviéndose para mirarme con una sonrisa alegre y meneando el culo un poco cuando le hacía demasiadas cosquillas.

Fue una sesión memorable en todos los sentidos. Todo el mundo estaba contento. También Macha parecía estar de buen humor. Y, por eso, la noche siguiente, después de haberse tomado su ración de champaña y (le caviar, después de habernos contado otro capítulo de la historia de su vida, Fillmore se puso a magrearla. Parecía que por fin iba a obtener su recompensa. Ella había dejado de ofrecer resistencia. Estaba tumbada con las piernas separadas y le dejaba juguetear y juguetear y después, precisamente cuando estaba subiéndosele encima, justo cuando iba a metérsela, va ella y le informa como si tal cosa de que tiene purgaciones. El se separó de ella rodando como un tronco. Le oí buscar en la cocina el jabón negro que usaba para las ocasiones especiales, y al cabo de unos momentos lo tenía junto a mi cama con una toalla en las manos y diciendo: «¿Qué te parece? ¡Esa princesa hija de puta tiene purgaciones!» Parecía bastante asustado. Mientras tanto, la princesa estaba comiéndose una manzana y pedía sus periódicos rusos. Para ella, era un chiste. «Hay cosas peores que eso», dijo, tumbada en su cama y hablándonos a través de la puerta abierta. Al final, Fillmore empezó a verlo también corno un chiste y, después de abrir otra botella de anjou, se sirvió un vaso y se lo trincó. Sólo era la una de la mañana, más o menos; así que se sentó a hablar conmigo durante un rato. No se iba a desanimar por una cosa así, me dijo. Desde luego debía tener cuidado... no había que olvidar aquellas purgaciones que había pescado en Le Havre. Ya no recordaba cómo había ocurrido. A veces, cuando se emborrachaba, se olvidaba de lavarse. No era nada terrible, pero nunca se sabía las consecuencias que podía tener más adelante. No quería que nadie le diera masajes en la

Librodot

próstata. No, eso no le hacía ninguna gracia. La primera vez que tuvo purgaciones en su vida fue en la facultad. No sabía si la chica se las había pasado a él o él a la chica; pasaban tantas cosas extrañas en la universidad, que no sabías a quién creer. Casi todas las chicas habían quedado embarazadas una vez u otra. Demasiado ignorantes... hasta los profes eran ignorantes. Había corrido el rumor de que uno de los profes se había hecho castrar...

El caso es que la noche siguiente decidió arriesgarse... con un condón. No hay demasiado riesgo, a no ser que se rompa. Se había comprado uno de los largos de piel de pescado: me aseguró que eran los más resistentes. Pero aquello tampoco dio resultado. Ella era demasiado estrecha. «Hostias, yo no soy anormal -dijo-. ¿Cómo explicas tú esto? Por fuerza tiene que haberla penetrado alguien para pegarle las purgaciones. Debía de tenerla anormalmente pequeña.»

Así que, después de que una cosa tras otra fallara, se dio por vencido. Ahora se acuestan como hermanos, con sueños incestuosos. Dice Macha, a su modo filosófico: «En Rusia ocurre con frecuencia que un hombre se acueste con una mujer sin tocarla. Pueden seguir así semanas y semanas sin pensar en ello nunca. Hasta que, ¡paf!, una vez que la toca... ¡paf!, ¡paf! Después, ¡paf, paf, paf!»

Ahora todos los esfuerzos se centran en conseguir que Macha se reponga. Fillmore piensa que, si le cura las purgaciones, ella quizá trague.

Extraña idea. Así, que le ha comprado un irrigador, una provisión de permanganato, una pera y otras cositas que le recomendó un doctor húngaro, un curandero especialista en abortos que vivía cerca de la Place d'Aligre. Al parecer, su jefe había dejado preñada a una chica de dieciséis años en cierta ocasión y ella le había presentado al húngaro; y después, el jefe tuvo un hermoso chancro y volvió a visitar al húngaro. Así es como se conoce a la gente en París: amistades genitourinarias. El caso es que, bajo nuestra supervisión, Macha está cuidándose. Sin embargo, la otra noche estuvimos en un aprieto por un rato. Se metió el supositorio y después no encontraba el cordón para sacarlo. «¡Dios mío! -gritaba-, ¿dónde está el cordón? ¡Dios mío! ¡No encuentro el cordón!»

-¿Has mirado bajo la cama? -dijo Filimore. Por fin se calmó. Pero sólo por unos minutos. El siguiente problema fue: «¡Dios mío! Me está saliendo sangre otra vez. Acabo de tener la regla y ahora salen gouttes otra vez. Debe de ser ese champaña barato que compras. Dios mío, ¿quieres que me desangre hasta morir?» Sale en bata y con una toalla entre las piernas, procurando mantener la actitud digna de costumbre. «Toda mi vida ha sido así -dice-. Soy una neurasténica. Todo el día de aquí para allá y de noche vuelvo a estar borracha. Cuando llegué a París, era todavía una muchacha inocente. Sólo leía a Villon y a Baudelaire. Pero, como entonces tenía 300.000 francos suizos en el banco, estaba loca por divertirme, pues en Rusia siempre fueron muy estrictos conmigo. Y como entonces estaba todavía más guapa que ahora, tenía a todos los hombres rendidos a mis pies.» Al decir eso, se alzó el michelín que se le había acumulado alrededor de la cintura. «No vayáis a pensar que tenía esta barriga, cuando llegué aquí... esto es consecuencia de todo el veneno que me han dado a beber... esos horribles apéritifs que chiflan a los franceses... Entonces conocí a mi director de cine, el cual quería que hiciera un papel para él. Dijo que yo era la criatura más hermosa del mundo y todas las noches me suplicaba que me acostase con él. Yo era una jovencita virgen y tonta y, por eso, una noche le permití que me violara. Quería ser una gran actriz y no sabía que él estaba lleno de veneno. Así que me pasó las purgaciones... y ahora quiero devolvérselas. Por su culpa me suicidé en el Sena... ¿Por qué os reís? ¿No os creéis que me suicidé? Puedo enseñaros los periódicos... mi foto salió en todos los periódicos. Algún día os enseñaré los periódicos rusos... escribieron cosas maravillosas de mí... Pero, querido, ya sabes que primero necesito un vestido nuevo. No puedo seducir a ese hombre con estos harapos que llevo. Además todavía debo a mi modista 12.000 francos...»

A partir de ese momento, cuenta una larga historia sobre la herencia que está intentando cobrar. Tiene un abogado joven, un francés, que es bastante tímido, al parecer, y que está intentando recuperar su fortuna. De vez en cuando, éste le daba cien francos o cosa así a cuenta. «Es tacaño, como todos los franceses -dice-. Y yo era tan bella, además, que él no podía quitarme los ojos de encima. No cesaba de rogarme que follara con él. Estaba tan harta de oírle, que una noche le dije que sí sólo para que se callase y para no perder los cien francos que me daba de vez en cuando.» Hizo una pausa por un momento para reír histéricamente. «Querido -prosiguió-, lo que le ocurrió fue tan gracioso, que no encuentro palabras para contarlo. Un día me llama por teléfono y dice: "Tengo que verte inmediatamente... es muy importante". Y cuando voy a verlo, me enseña un papel del médico: ¡era gonorrea! Querido, me eché a reír en sus narices. ¿Cómo iba yo a saber que todavía tenía las purgaciones? "¡Tú querías joderme y la que te he jodido he sido yo!" Eso le hizo callarse. Así es la vida... no sospechas nada, y después, cuando menos te lo esperas, ¡paf, paf, paf! Era tan bobo, que volvió a enamorarse de mí. Sólo que me rogó que me portara bien y que no me pasase toda la noche por Montparnasse bebiendo y follando. Dijo que le estaba volviendo loco. Quería casarse conmigo y entonces su familia se enteró de quién era yo y le convencieron para que se fuera a Indochina... »

De esto, Macha pasa tan tranquila a hablarnos de una aventura que tuvo con una lesbiana. «Fue muy gracioso, querido, cómo me ligó una no che. Estaba en el Fétiche y borracha, como de costumbre. Me llevó de un sitio a otro y me hizo el amor bajo la mesa toda la noche hasta que no pude soportarlo más. Después me llevó a su apartamento y por doscientos francos le dejé que me lo mamara. Quería que viviera con ella, pero yo no quería tener que dejarle mamármelo todas las noches... te debilita demasiado. Además, puedo aseguraros que ya no me gustan las lesbianas tanto como antes. Prefiero acostarme con un hombre, aunque me duela. Cuando me excito terriblemente, ya no puedo contenerme... tres, cuatro, cinco veces... ¡como si nada! ¡Paf, paf, paf! Y después me sale sangre y eso es muy malo para mi salud, porque soy propensa a la anemia. Así que ya veis por qué de vez en cuando debo dejar que una lesbiana me lo mame... »

Cuando llegó el frío, la princesa desapareció. Estábamos empezando a pasarlo mal con una simple estufita en el estudio; el dormitorio era como una nevera y la cocina no le iba a la zaga. Sólo había un pequeño espacio en torno a la estufa donde se estaba calentito de verdad. Así, que Macha se había encontrado a un escultor castrado. Nos habló de él antes de marcharse. Unos días después intentó volver con nosotros, pero Fillmore no quería ni oír hablar de eso. Se quejaba de que el escultor se pasaba la noche besándola y no le dejaba dormir. Y encima no había agua caliente para sus irrigaciones. Pero, al final, consideró que era mejor no volver. «No volveré a tener el candelabro a mi lado -dijo-. Siempre ese candelabro... me ponía nerviosa. Si por lo menos hubieras sido marica, me habría quedado contigo. .. »

Después de que Macha se fuera, nuestras noches cambiaron de carácter. Muchas veces nos sentábamos junto al fuego a beber ponches y a comentar la vida allá, en Estados Unidos. Por la forma como hablábamos, parecía como si no esperáramos regresar nunca allí. Fillmore tenía un plano de la ciudad de Nueva York que había clavado en la pared, solíamos pasar noches enteras discutiendo las virtudes relativas de París y Nueva York. E, inevitablemente, siempre surgía en nuestras discusiones la figura de Whitman, esa figura única y solitaria que América ha producido en su breve vida. En Whitman cobra vida todo el escenario americano, su pasado y su futuro, su nacimiento y su muerte. Todo lo que de valor hay en América, Whitman lo ha expresado, y uo hay nada más que decir. El futuro es de la máquina, de los robots. Fue el Poeta del Cuerpo y del Alma, Whitman. El primer poeta y el último. Es casi indescifrable hoy, un monumento cubierto de jeroglíficos primitivos para los que no hay explicación. Parece casi extraño mencionar su nombre aquí. No hay equivalente en las lenguas de Europa del espíritu que él inmortalizó. Europa está saturada de arte y su suelo está lleno de huesos muertos y sus museos rebosan de tesoros saqueados, pero lo que Europa no ha tenido nunca es un espíritu libre, sano, lo que podríamos llamar un HOMBRE. Goethe fue lo más aproximado, pero Goethe fue un presuntuoso en comparación. Goethe fue un ciudadano respetable, un pedante, un pelmazo, un espíritu universal, pero estampado con la marca de fábrica alemana, con el águila bicéfala. La serenidad de Goethe, su actitud tranquila, olímpica, no es sino el somnoliento letargo de una deidad burguesa alemana. Goethe es el fin de algo, Whitman es un comienzo.

Después de una discusión de esa clase, a veces me vestía y salía a dar un paseo, bien abrigado con un jersey, un abrigo de entretiempo de Fillmore y, encima, una capa. Un frío húmedo, borrascoso, contra el que no hay otra protección que la fortaleza de espíritu. Dicen que América es un país de extremos, y es cierto que el termómetro registra bajas temperaturas casi nunca vistas aquí; pero el frío de un invierno parisino es un frío desconocido en América, es psicológico, un frío interior y exterior a la vez. Si bien nunca hiela aquí, tampoco hay deshielo nunca. Así como la gente se protege contra la invasión de su intimidad mediante sus altos muros, sus cerrojos y postigos, sus porteras gruñonas, desaliñadas y de lengua afilada, así también han aprendido a protegerse contra el frío y el calor de un clima vigoroso y tonificante. Se han fortificado: protección es la palabra clave. Protección y seguridad. Para que puedan pudrirse con toda comodidad. En una húmeda noche de invierno no es necesario mirar el mapa para descubrir la latitud de París. Es una ciudad nórdica, un puesto de avanzada lleno de cráneos y huesos. A lo largo de los bulevares hay una imitación fría y eléctrica del calor. *Tout Va Bien* en rayas ultravioletas que dan a los clientes de la cadena de cafés Dupont la apariencia de cadáveres gangrenados. *Tout Va Bien!* Ese es el lema que alimenta a los mendigos desamparados que caminan de aquí para allá toda la noche bajo la llovizna de los rayos violetas. Dondequiera que haya luces hay un poco de calor. Entra uno en calor con mirar a los cabrones gordos y seguros que beben sus licores, sus cafés humeantes. Donde hay luces, hay gente en la acera, que chocan unos con otros, que despiden un poco de calor animal a través de su sucia ropa interior y su aliento fétido y maldiciente. Puede que por un trecho de ocho o diez manzanas haya una apariencia de alegría, pero después vuelves

a caer en la noche, una noche deprimente, asquerosa, negra como grasa helada en una sopera. Manzanas y manzanas de casas descascarilladas, todas las ventanas bien cerradas, todas las puertas de las tiendas atrancadas y con el cerrojo echado. Kilómetros y kilómetros de prisiones de piedra sin la más tenue sensación de calor; todos los perros y los gatos están dentro con los canarios. También las cucarachas y las chinches están encerradas a salvo. *Tout Va Bien. Si* no tienes un céntimo, pues nada, coge unos cuantos periódicos viejos y hazte una cama en los peldaños de una catedral. Las puertas están bien cerradas con cerrojo y no habrá corrientes de aire que te molesten. Mejor aún es dormir en las bocas del metro; ahí tendrás compañía. Miradlos tumbados una noche de lluvia, tiesos como colchones: hombres, mujeres, piojos, todos apiñados y protegidos por los periódicos contra los gargajos y las sabandijas que andan sin patas. Miradlos bajo los puentes o bajo los cobertizos de los mercados. Qué aspecto tan repugnante ofrecen en comparación con las limpias y brillantes verduras apiladas como joyas. Hasta los caballos muertos y las vacas y los corderos colgados de los grasientos garfios presentan un aspecto más atractivo. Por lo menos, mañana nos comeremos estos últimos y hasta los intestinos serán aprovechables. Pero esos inmundos mendigos tumbados bajo la lluvia, ¿para qué sirven? ¿De qué provecho pueden sernos? Nos hacen sufrir durante cinco minutos, y nada más.

Oh, bueno, éstos son pensamientos nocturnos provocados por un paseo bajo la lluvia después de dos mil años de cristianismo. Por lo menos, ahora a los pájaros no les falta de nada, ni a los gatos ni a los perros. Cada vez que paso por delante de la ventana de la portera y recibo de lleno el glacial impacto de su mirada, siento un deseo loco de estrangular a todos los pájaros de la creación. En el fondo de cualquier corazón insensible hay una gota o dos de amor: lo suficiente para alimentar a los pájaros.

Sin embargo, no me puedo quitar del pensamiento la discrepancia existente entre las ideas y la vida. Una dislocación permanente, aunque intentemos cubrir unas y otras con un toldo brillante. Y no servirá de nada. Las ideas tienen que ir unidas a la acción; si no hav sexo ni vitalidad en ellas, no hay acción. Las ideas no pueden existir solas en el vacío de la mente. Las ideas están relacionadas con la vida- ideas hepáticas, ideas renales, ideas intersticiales. Si sólo hubiera sido por una idea, Copérnico habría hecho añicos el macrocosmos existente y Colón habría zozobrado en el mar de los Sargazos. La estética de la idea produce macetas, y las macetas se colocan en el alféizar de la ventana. Pero, si no hubiera lluvia ni sol, ¿de qué serviría colocar las macetas fuera de la ventana?

Fillmore tiene ideas a puñados sobre el oro. Lo llama el «mito» del oro. Me gusta «mito» y me gusta la idea del oro, pero no me obsesiona ese tema y no veo por qué hemos de fabricar macetas, aunque sean de oro. Me explica que los franceses están atesorando su oro en compartimientos estancos muy por debajo de la superficie de la tierra; me explica que hay una pequeña locomotora que recorre esas bóvedas y pasillos subterráneos. Me gusta esa idea enormemente. Un silencio profundo, ininterrumpido, en que el oro dormita blandamente a una temperatura de 17 grados centígrados. Dice que un ejército que trabajara 46 días y 37 horas no sería suficiente para contar todo el oro que hay atesorado bajo el Banco de Francia, y que hay una reserva de dientes postizos, brazaletes, anillos de matrimonio, etcétera. Comida bastante también para que dure ochenta días y un lago encima de la pila de oro para resistir la sacudida de los explosivos instantáneos. Según dice, el oro tiende a volverse invisible cada vez más, a convertirse en un mito, y se acabarán los desfalcos. ¡Excelente! Me pregunto qué pasará en el mundo, cuando abandonemos el patrón oro en las ideas, en los vestidos, en la moral, etc. ¡El patrón oro *del amor!*

Hasta ahora, mi idea, al colaborar conmigo mismo, ha sido abandonar el patrón oro de la literatura. En pocas palabras, mi idea ha sido presentar una resurrección de las emociones, describir la conducta de un ser humano en la estratosfera de las ideas, es decir, presa del delirio. Retratar a un ser presocrático, a una criatura mitad cabra, mitad Titán. En resumen, erigir un mundo sobre la base del *omphalós, no* sobre una idea abstracta clavada a una cruz.

Librodot

Aquí y allá podéis haberos topado con estatuas abandonadas, oasis desaprovechados, molinos de viento omitidos por Cervantes, ríos que corren montaña arriba, mujeres con cinco y seis senos dispuestos longitudinalmente, a lo largo del torso. (En una carta a Gauguin, decía Strindberg: *«J'ai vu des arbres que ne retrouverait aucun botaniste, des animaux que Cuvier n'a jamais soupçonnés et des hommes que vous seul avez pu créer.»)*

Cuando Rembrandt alcanzó la paridad, bajó con los lingotes de oro, el *pemmican*[5] *y* las ca' mas portátiles. Oro es una palabra nocturna correspondiente a la mente ctónica: hay en ella sueño y mito. Estamos volviendo a la alquimia, a esa falsa sabiduría alejandrina que produjo nuestros pomposos símbolos. Los avaros del saber están acumulando la sabiduría auténtica en los subterráneos. Se acerca el día en que darán vueltas en el aire con magnetizadores; para en contrar un trozo de mineral habrá que subir tres mil metros con un par de instrumentos -en una altitud fría, preferentemente- y establecer comunicaciones telepáticas con las entrañas de la tierra y las sombras de los muertos. No más Klondikes. No más bonanzas. Habrá que aprender un poco a cantar y a hacer cabriolas, a interpretar el zodíaco y a estudiar sus entrañas. Habrá que volver a extraer el oro oculto en las bolsas de la tierra; habrá que arrancar otra vez todo ese simbolismo de las entrañas del hombre. Pero primero hay que perfeccionar los instrumentos. Primero es necesario inventar aeroplanos mejores, distinguir de *dónde* procede el ruido y no perder la cabeza simplemente por oír una explosión bajo el culo. Y, en segundo lugar, será necesario adaptarse a las capas frías de la estratosfera, convertirse en un pez aéreo de sangre fría. Sin reverencia. Sin piedad. Sin añoranza. Sin excusas. Sin histeria. Sobre todo, como dice Philippe Datz : «¡SIN DESALIENTO!»

Estos son pensamientos risueños inspirados por un vermut de casis en la Place de la Trinité. Un sábado por la tarde y una «pifia» de libro en las manos. Todo flotando en un mucopús divino. La bebida me deja un sabor a hierba amarga en la boca, las heces de nuestra Gran Civilización Occidental, que ahora se pudre como las uñas de los pies de los santos. Pasan mujeres -regimientos de mujeres- meneando el culo frente a mí; suenan las campanas y los autobuses suben a la acera y se besan. El *garçon* limpia la mesa con un trapo sucio, mientras la *patronne* acaricia la caja registradora con alegría diabólica. Con mirada inexpresiva en la cara, beoda, vaga en su agudeza, muerdo los culos que pasan presurosos a mi lado. En el campanario de enfrente, el jorobado golpea con un mazo dorado y las palomas lanzan gritos de alarma. Abro el libro -el libro que Nietzsche consideraba «el mejor libro alemán que existe»y leo:

«LOS HOMBRES LLEGARAN A SER MAS INTELIGENTES Y MAS AGUDOS, PERO NO MEJORES, NI MAS FELICES, NI MAS FUERTES EN LA ACCION... O, POR LO MENOS, SOLO EN CIERTAS EPOCAS. PREVEO EL MOMENTO EN QUE DIOS DEJARA DE RECIBIR GOZO DE ELLOS Y DESTRUIRA TODO CON VISTAS A UNA NUEVA CREACION. ESTOY SEGURO DE QUE TODO ESTA PLANEADO PARA ESE FIN, Y DE QUE EL TIEMPO Y LA HORA EN EL FUTURO LEJANO PARA EL AD-VENIMIENTO DE ESA EPOCA RENOVADORA YA ESTALA FIJADOS, PERO PRIMERO TRANSCURRIRA MUCHO TIEMPO, Y TODAVIA PODEMOS DIVERTIRNOS DURANTE MILES Y MILES DE AÑOS SOBRE ESTA VIEJA Y QUERIDA SUPERFICIE.»

¡Excelente! Por lo menos hace cien años hubo un hombre que tuvo suficiente clarividencia como para ver que el mundo estaba acabado. *¡Nuestro mundo occidental!* Cuando veo las figuras de hombres y mujeres moviéndose con desgana tras los muros de su prisión, resguardados, recluidos por unas breves horas, me siento asombrado ante la capacidad potencial para el drama que todavía hay en esos débiles cuerpos. Tras los muros grises hay chispas humanas, pero nunca una conflagración. ¿Son hombres y mujeres, me

[5] Pemmican: especie de tasajo de los indios norteamericanos.

pregunto, o son sombras, sombras de marionetas pendientes de cuerdas invisibles? Aparentemente, se mueven en libertad, pero no tienen dónde ir. Sólo en un ámbito son libres y en él pueden errar a voluntad... pero todavía no han aprendido a alzar el vuelo. Hasta ahora no ha habido sueños que hayan alzado el vuelo. ¡Ni un solo hombre ha nacido lo bastante ligero, lo bastante *alegre,* como para dejar la tierra! Las águilas que batieron sus poderosas alas por un tiempo se estrellaron pesadamente contra la tierra. Nos aturdieron con el batir y el zumbido de sus alas. ¡Quedaos en la tierra, águilas del futuro! Se han explorado los cielos y están vacíos. Y lo que yace bajo la tierra está vacío también, lleno de huesos y sombras. ¡Quedaos en la tierra y nadad otros centenares de miles de años!

Y ahora son las tres de la mañana y tenemos aquí un par de furcias que están dando volteretas por el suelo. Fillmore se pasea desnudo con una copa en la mano, y la panza tiesa como un tambor, dura como una fístula. Todo el pernod y el champaña y el coñac y el anjou que se ha trincado desde las tres de la tarde está gorgoteándole en la boca como una alcantarilla. Las chicas le ponen los oídos en el vientre como si fuera una caja de música. Le abren la boca con un abotonador y echan una ficha por la ranura. Cuando la alcantarilla gorgotea, oigo a los murciélagos salir volando del campanario y el sueño se convierte en artificio.

Las chavalas se han desnudado y estamos examinando el suelo para cerciorarnos de que no se clavarán ninguna astilla en el culo. Todavía llevan puestos los zapatos de tacón alto. Pero ¡el culo! El culo está gastado, raspado, lijado, liso, duro, brillante como una bola de billar o el cráneo de un leproso. En la pared está el retrata de Mona: mira hacia el nordeste, en una línea con Cracovia escrita en tinta verde. A su izquierda está Dordoña, dentro de un círculo a lápiz rojo. De repente, veo frente a mí una raja oscura y peluda, abierta en una bola de billar brillante y bruñida; las piernas me atenazan como unas tijeras. Una mirada a esa herida oscura y abierta y se me abre una profunda fisura en el cerebro: todas las imágenes y recuerdos que se habían clasificado, rotulado, documentado, archivado, sellado y estampado laboriosa o distraídamente brotan desordenadamente como hormigas que salen de una grieta en la acera; el mundo cesa de girar, el tiempo se detiene, el propio nexo de mis sueños se rompe y se disuelve y mis tripas se derraman en un gran torrente esquizofrénico, evacuación que me deja frente a frente con lo Absoluto. Vuelvo a ver las grandes matronas tumbadas de Picasso, con los senos cubiertos de arañas, y su leyenda profundamente oculta en el laberinto. Y a Molly Bloom tumbada en un colchón sucio para la eternidad. En la puerta del retrete, pichas dibujadas con tiza roja y la madona entonando la melodía del infortunio. Oigo una risa salvaje, histérica, una habitación llena de tétano, y el cuerpo que era negro resplandece como el fósforo. Risa salvaje, salvaje, completamente incontenible, y esa raja riéndose a través de mí también, riéndose a través de las patillas musgosas, una risa que arruga la brillante y bruñida superficie de la bola de billar. Gran puta y madre del hombre con ginebra en las venas. ¡Madre de todas las rameras, araña que nos envuelves en tu tumba logarítmica, insaciable, arpía cuya risa me raja! Me asomo a ese cráter hundido, mundo perdido y sin vestigios, y oigo el tañido de las campanas, dos monjas en el Palace Stanislas y el olor a mantequilla rancia bajo sus hábitos, manifiesto nunca impreso porque estaba lloviendo, guerra emprendida para apoyar la causa de la cirugía plástica, el príncipe de Gales volando alrededor del mundo y decorando las tumbas de héroes desconocidos. Cada murciélago que sale volando del campanario una causa perdida, cada alboroto un gemido por la radio procedente de las trincheras privadas de los condenados. A partir de esa herida oscura, abierta, ese sumidero de abominaciones, esa cuna de ciudades de muchedumbres negras donde la música queda ahogada en grasa fría, a partir de utopías sofocadas nace un payaso, un ser dividido entre la belleza y la fealdad, entre la luz y el caos, un payaso que cuando mira hacia abajo y de soslayo, y es Satán en persona y, cuando alza la vista, ve un ángel mantecoso, un caracol con alas.

Librodot

Cuando me asomo a esa raja, veo un signo de ecuación, el mundo equilibrado, un mundo reducido a cero y ni rastro de residuos. No el cero que enfocó Van Norden con su linterna, no la raja vacía del hombre prematuramente desilusionado, sino un cero árabe, el signo del que brotan mundos matemáticos infinitos, el punto de apoyo que equilibra las estrellas y los sueños ligeros y las máquinas más leves que el aire y los miembros livianos y los explosivos que los produjeron. Me gustaría penetrar en esa raja hasta los ojos, hacerles oscilar ferozmente, a esos queridos ojos locos y metalúrgicos. Cuando oscilen los ojos, volveré a oír las palabras de Dostoyevski, las oiré pasar página tras página, con la observación más minuciosa, con la introspección más loca, con todos los medios tonos de la miseria, ora tocados ligera, humorísticamente, ora aumentando gradualmente como una nota de órgano hasta que el corazón se parte y sólo queda una luz cegadora, abrasadora, la luz radiante que se lleva las semillas fecundadas de las estrellas. La historia del arte cuyas raíces radican en la matanza.

Cuando me asomo a ese coño exhausto de una puta, siento el mundo entero debajo de mí, un mundo que se tambalea y se desmorona, un mundo usado y pulido como el cráneo de un leproso. Si hubiera un hombre que se atreviese a decir todo lo que pensaba de este mundo, no le quedaría ni un metro cuadrado de suelo en que plantar los pies. Cuando aparece un hombre, el mundo cae sobre él y le rompe la espalda. Siempre quedan en pie demasiados pilares podridos, demasiada humanidad infecta como para que el hombre florezca. La superestructura es una mentira y el fundamento un inmenso miedo trémulo. Si a intervalos de siglos aparece efectivamente un hombre con expresión desesperada y ávida en los ojos, un hombre que pondría el mundo patas arriba para crear una nueva raza, el amor que trae al mundo se convierte en cólera y él se vuelve un azote. Si de vez en cuando encontramos páginas que explotan, páginas que hieren y estigmatizan, que arrancan gemidos y lágrimas y maldiciones, sabed que proceden de un hombre arrinconado, un hombre al que las únicas defensas que le quedan son sus palabras y sus palabras son siempre más resistentes que el peso yacente y aplastante del mundo, más resistentes que todos los potros y ruedas de tormento que los cobardes inventan para machacar el milagro de la personalidad. Si algún hombre se atreviera alguna vez a expresar todo lo que lleva en el corazón, a consignar lo que es realmente su experiencia, lo que es verdaderamente su verdad, creo que entonces el mundo se haría añicos, que volaría en pedazos, y ningún dios, ningún accidente, ninguna voluntad podría volver a juntar los trozos, los átomos, los elementos indestructibles que han intervenido en la construcción del mundo.

En los cuatrocientos años transcurridos desde que apareció la última alma devoradora, el último hombre que conoció el significado del éxtasis, ha habido una decadencia constante en el arte, en el pensamiento, en la acción. El mundo está acabado: no queda ni un pedo seco. ¿Quién que tenga ojos desesperados y ávidos puede sentir el menor respeto hacia estos gobiernos, leyes, códigos, principios, ideales, ideas, tótems y tabúes existentes? Si alguien supiera lo que significa interpretar el enigma de eso que hoy se llama una «raja» o un «agujero», si alguien tuviese la menor sensación de misterio en relación con los fenómenos calificados de «obscenos», este mundo se rajaría en pedazos. El obsceno horror, el aspecto aburrido, agotado de las cosas es lo que hace que esta civilización loca parezca un cráter. Ese profundo abismo, ese bostezo de la nada, es el que los espíritus creativos y las madres de la raza llevan entre las piernas. Cuando un espíritu ávido y desesperado aparece y hace chillar a los conejos de Indias, es porque sabe dónde poner el cable cargado del sexo, porque sabe que bajo la dura concha de la indiferencia se oculta la fea cuchillada, la herida que nunca cicatriza. Y pone el cable cargado justo entre las piernas; golpea bajo la cintura, hiere en las entrañas mismas. De nada sirve ponerse guantes de goma; todo lo que puede manipularse fría e intelectualmente pertenece a la concha y un hombre que está empeñado en crear siempre se mete por debajo, hacia la herida abierta, hacia el obsceno horror infecto. Conecta su dinamo a las partes más

Librodot

sensibles; aunque sólo brote sangre y pus, ya es algo. El cráter seco, agotado, es obsceno. Más obscena que nada es la inercia. Más blasfema que el juramento más horrible es la parálisis. Si sólo queda una herida profunda, debe manar, aunque sólo produzca sapos y murciélagos y homúnculos.

Todo va contenido en un segundo, que es consumado o no consumado. La tierra no es una meseta árida de salud y comodidad, sino una gran hembra tumbada con torso de terciopelo que se hincha y se eleva con las alas del océano; se retuerce bajo una diadema de sudor y angustia. Desnuda y sexuada, se balancea entre las nubes a la luz violeta de las estrellas. Toda ella, desde sus generosos senos hasta sus centelleantes muslos, arde con pasión furiosa. Se mueve entre las estaciones y los años con gran alboroto que se apodera del torso con furia paroxística, que sacude las telarañas del cielo; se hunde en sus órbitas pivotantes con temblores volcánicos. A veces es como una cierva, una cierva que ha caído en una trampa y que espera con el corazón palpitante que estallen los címbalos y ladren los perros. Amor y odio, desesperación, piedad, rabia, hastío: ¿qué son entre las fornicaciones de los planetas? ¿Qué es la guerra, la enfermedad, la crueldad, cuando la noche presenta el éxtasis de las miríadas de soles resplandecientes? ¿Qué es esta paja que masticamos en nuestro sueño, sino la reminiscencia de espirales de colmillos y de constelaciones de estrellas?

Mona solía decirme, en sus arranques de exaltación: «Eres un gran ser humano», y aunque me dejó aquí agonizando, aunque puso bajo mis pies un gran abismo terrible de vacío, las palabras que se encuentran en el fondo de mi alma, brotan afuera e iluminan las sombras debajo de mí. Soy uno que se perdió entre la multitud, a quien las luces chisporroteantes aturdieron, un cero a la izquierda que vio todo lo que le rodeaba reducido a objeto de burla. Pasaron junto a mí hombres y mujeres inflamados con azufre, porteros con librea de calcio abriendo las mandíbulas del infierno, la fama caminando con muletas, empequeñecida por los rascacielos, masticada y reducida a jirones por la boca cubierta de púas de las máquinas. Caminé entre los altos edificios hacia el frescor del río y vi las luces elevarse como cohetes entre las costillas de los esqueletos. Si yo era verdaderamente un gran ser humano, como ella decía, en ese caso, ¿qué significaba esa idiotez babeante que me rodeaba? Era un hombre con cuerpo y alma, tenía un corazón que no estaba protegido por una bóveda de acero. Tenía momentos de éxtasis y cantaba con chispas ardientes. Cantaba al Ecuador, a sus piernas de plumas rojas y a las islas que se perdían de vista. Pero nadie oía. Una bala de cañón disparada a través del Pacífico cae en el espacio porque la tierra es redonda y las palomas vuelan patas arriba. La vi mirarme a través de la mesa con ojos apesadumbrados; la pena, extendiéndose hacia dentro, se aplastaba la nariz contra su espina dorsal, la médula batida hasta la piedad se había vuelto líquida. Era tan ligera como un cadáver flotando en el mar Muerto. Los dedos le sangraban de angustia y la sangre se convertía en baba. Con el húmedo amanecer llegó el repique de campanas y por las fibras de mis nervios las campanas tocaban sin cesar y sus badajos me martilleaban en el corazón y retumbaban con férrea malicia. Era extraño que las campanas repicaran así, pero más extraño todavía el cuerpo que revienta, esa mujer convertida en noche y sus palabras como gusanos royendo el colchón. Seguí adelante bajo el Ecuador, oí la espantosa risa de la hiena de mandíbulas verdes, vi el chacal de cola sedosa y *dig-dig* y el leopardo moteado, todos olvidados en el Jardín del Edén. Y entonces su pena se dilató, como la proa de un acorazado y el peso de su hundimiento me inundó los oídos. Aluvión de légamo y zafiros deslizándose, vertiéndose, por las neuronas alegres, y el espectro empalmado y las bordas sumergiéndose. ®í girar las cureñas con la suavidad de una pata de león, las vi vomitar y babear: el firmamento se hundió y las estrellas se volvieron negras. El negro océano sangrando y las meditabundas estrellas engendrando pedazos de carne fresca e hinchada, mientras por encima revoloteaban los pájaros y del alucinado cielo caía la balanza con mortero y pistadero y los ojos vendados de la justicia. Todo lo que aquí se cuenta se mueve con pies imaginarios por los paralelos de globos muertos: todo lo que se ve con las cuencas

Librodot

vacías se abre como hierba en flor. De la nada surge el signo del infinito; bajo las espirales eternamente ascendentes se hunde lentamente el agujero profundo. La tierra y el agua asociados -hacen versos, un poema escrito con carne y más fuerte que el acero o el granito. A través de la noche infinita, la tierra gira hacia una creación desconocida...

Hoy me he despertado de un sueño profundo con imprecaciones de júbilo en los labios, con palabras incoherentes en la lengua, repitiendo para mí mismo corno una letanía: *«Fais ce que vouldras...! fais ce que vouldras!»* Haz cualquier cosa, pero que produzca gozo. Haz cualquier cosa, pero que produzca éxtasis. Tantas cosas me acuden al pensamiento, cuando me digo esto: imágenes, alegres, terribles, enloquecedoras, el lobo y la cabra, la araña, el cangrejo, la sífilis con las alas desplegadas y la puerta de la matriz nunca con el cerrojo echado, siempre abierta, preparada como la tumba. Lujuria, crimen, santidad: las vidas de mis seres adorados, los fracasos de mis seres adorados, las palabras que dejaron tras ellos, las palabras que dejaron inacabadas; lo bueno que arrastraron tras ellos y lo malo, la pena, el desacuerdo, el rencor, la rivalidad que crearon. Pero, sobre todo, *¡el éxtasis!*

Hay cosas, ciertas cosas relativas a mis viejos ídolos, que me hacen venir lágrimas a los ojos: las interrupciones, el desorden, la violencia, sobre todo, el odio que despertaron. Cuando pienso en sus deformidades, en los monstruosos estilos que escogieron, en la pomposidad y el tedio de sus obras, en todo el caos y la confusión en que se revolcaron, en los obstáculos que acumularon a su alrededor, me siento exaltado. Todos ellos estaban hundidos en sus propios excrementos. Todos ellos hombres que se explayaban exageradamente. Tanto es así, que casi siento la tentación de decir: «¡Mostradme a un hombre que se explaye exageradamente y os mostraré a un gran hambre!» Lo que se considera su «exageración» es mi debilidad: es la señal de la lucha, es la propia lucha con todas las fibras adheridas a ella, el aura y ambiente mismos del espíritu disconforme. Y cuando me mostréis a un hombre que se exprese perfectamente, no diré que no sea grande, pero sí que no me atrae... Echo en falta las cualidades que me sacian. Cuando pienso que la tarea que el artista se asigna implícitamente es la de derrocar los valores existentes, convertir el caos que lo rodea en un orden propio, sembrar rivalidad y fermento para que, mediante la liberación emocional, los que están muertos puedan ser devueltos a la vida, entonces es cuando corro gozoso hacia los grandes e imperfectos, su confusión me alimenta, su tartamudez es música divina para mis oídos. Veo en las páginas bellamente ampulosas que siguen a las interrupciones las tachaduras de las intrusiones mezquinas, de las sucias pisadas, por decirlo así, de los cobardes, mentirosos, ladrones, vándalos, calumniadores. Veo en los músculos hinchados de sus líricas gargantas el asombroso esfuerzo que hay que realizar para hacer girar la rueda, para reanudar el paso donde te has detenido. Veo que, tras las molestias e intrusiones diarias, tras la vil y reluciente malicia de los débiles y los inertes, se encuentra el símbolo del poder frustrante de la vida, y que quien quiera crear orden, quien desee sembrar rivalidad y desacuerdo, porque esté imbuido de voluntad, ese hombre ha de ir a parar una y otra vez a la hoguera y a la horca. Veo que, tras la nobleza de sus gestos, se oculta el espectro de la ridiculez de todo ello..., que no sólo es sublime, sino también ridículo.

En un tiempo pensaba que ser humano era el objetivo más alto que podía tener un hombre, pero ahora veo que estaba destinado a destruirme. Hoy me siento orgulloso al decir que soy in*humano, que no* pertenezco a los hombres ni a los gobiernos, que no tengo nada que ver con credos ni principios. No tengo nada que ver con la maquinaria crujiente de la humanidad: ipertenezco a la tierra! Digo esto con la cabeza reclinada en la almohada y siento los cuernos que me brotan en las sienes. Veo a mi alrededor a todos esos antepasados míos bailando en torno a la cama, consolándome, incitándome, flagelándome con sus lenguas viperinas, sonriéndome y mirándome de reojo con sus siniestras calaveras. ¡Soy *inhumano! Lo* digo con una sonrisa demen[t]e, alucinada, y seguiré diciéndolo aunque lluevan cocodrilos. Tras mis palabras se encuentran todas esas calaveras siniestras que sonríen y miran de reojo, unas muertas y sonriendo hace mucho tiempo, otras sonriendo como si tuvieran trismo, otras

sonriendo con la mueca de una sonrisa, el sabor anticipado y las consecuencias de lo que ocurre siempre. Más clara que nada veo mi propia calavera sonriente, veo el esqueleto bailando al viento, serpientes saliendo de la lengua podrida y las ampulosas páginas de éxtasis sucias de excrementos. E incorporo mi lodo, mi excremento, mi locura, mi éxtasis al gran circuito que circula a través de los subterráneos de la carne. Todo ese vómito espontáneo, indeseable, de borracho, seguirá manando sin cesar, a través de las mentes de los que han de venir, a la vasija inagotable que contiene la historia de la raza. Codo a codo con la raza humana corre otra raza de seres, los inhumanos, la raza de los artistas que, estimulados por impulsos desconocidos, toman la masa inerte de la humanidad y, mediante la fiebre y el fermento de que la imbuyen, convierten esa pasta húmeda en pan y el pan en vino y el vino en canción. Con el abono muerto y la escoria inerte producen una canción que se contagia. Veo esa otra raza de individuos saqueando el universo, dejando todo patas arriba, con los pies chapoteando, siempre en sangre y lágrimas, con las manos siempre vacías, siempre tratando de agarrar y asir el más allá, el dios inalcanzable: matando todo lo que está a su alcance para calmar al monstruo que les roe las entrañas. Lo veo cuando se arrancan el cabello en su escuerzo por comprender, por aprehender lo que es eternamente inalcanzable, lo veo cuando braman como bestias enloquecidas y se precipitan dando cornadas, veo que está bien y que no hay otro camino. Un hombre que pertenezca a esa raza ha de subir al lugar más alto y arrancarse las entrañas, mientras pronuncia palabras incoherentes. ¡Está bien y es justo, porque debe hacerlo! Y todo lo que se quede corto con respecto a ese espectáculo espantoso, todo lo que sea menos escalofriante, menos aterrador, menos demencial, menos embriagado, menos contagioso, no es arte. El resto es falso. El resto es humano. El resto corresponde a la vida y a la ausencia de vida.

Cuando pienso en Stavrogin, por ejemplo, pienso en un monstruo divino erguido en un lugar elevado y arrojándonos sus entrañas desgarradas. En Los *poseídos* la tierra tiembla: no es la catástrofe que sobreviene a un individuo imaginativo, sino un cataclismo en que una gran parte de la humanidad queda sepultada, aniquilada para siempre. Stavrogin era Dostoyevski y Dostoyevski era la suma de todas esas contradicciones que o bien paralizan a un hombre o bien lo conducen a las alturas. Para él no había mundo demasiado bajo como para que no pudiera entrar en él ni lugar tan alto como para que temiese subir a él. Recorrió toda la escala, desde el abismo hasta las estrellas. Es una lástima que no vayamos a tener otra vez la oportunidad de ver a un hombre colocado en el centro mismo del misterio e iluminando para nosotros, con-sus re-lámpagos, la profundidad e inmensidad de las tinieblas.

Hoy tengo conciencia de mi linaje. No necesito consultar mi horóscopo ni mi árbol genealógico. De lo que está escrito en las estrellas, o en mi sangre, no sé nada. Sé que descienda de los fundadores mitológicos de la raza. El hombre que se lleva la botella sagrada a los labios, el criminal que se arrodilla en el mercado, el inocente que descubre que todos los cadáveres apestan, el loco que baila sin ropas, el fraile que se levanta las faldas para mearse en el mundo, el fanático que explora las bibliotecas para encontrar la Palabra: todos ellos están fundidos en mí, todos ellos provocan mi confusión, mi éxtasis. Si soy inhumano es porque mi mundo ha sobrepasado sus límites humanos, porque ser humano parece algo pobre, lastimoso, miserable, limitado por los sentidos, restringido por receptores morales y códigos, definido por trivialidades e ismos. Estoy echándome el jugo de la uva por el gaznate y descubro la sabiduría en él, pero mi sabiduría no procede de la uva, mi embriaguez no debe nada al vino...

Quiero desviarme de estas altas y áridas sierras donde se muere uno de sed y de frío, de esta historia «extratemporal», de este absoluto de tiempo y espacio en que no existen ni hombres, ni animales, ni vegetación, donde se vuelve uno loco por la soledad, por el lenguaje que es sólo palabras, donde todo está desenganchado, desencajado, descompasado en relación con los tiempos. Quiero un mundo de hombres y mujeres, de árboles que no hablen (¡porque ya se habla demasiado en el mundo, tal como es!), de ríos

Librodot

que te lleven a algún lugar, no ríos que sean leyendas, sino ríos que te pongan en contacto con otros hombres y mujeres, con la arquitectura, la religión, las plantas, los animales: ríos que tengan barcos y en los que los hombres se ahoguen, no se ahoguen en el mito y la leyenda y los libros y el polvo del pasado, sino en el tiempo y el espacio y la historia. Quiero ríos que hagan océanos como Shakespeare y Dante, ríos que no se sequen en el vacío del pasado. ¡Océanos, sí! Que haya más océanos, océanos nuevos que borren el pasado, océanos que creen nuevas formaciones geológicas, nuevas perspectivas topográficas y continentes extraños y aterradores, océanos que destruyan y preserven al mismo tiempo, océanos en los que podamos navegar, zarpar hacia nuevos descubrimientos, nuevos horizontes. Que haya más océanos, más cataclismos, más guerras, más holocaustos. Que haya un mundo de hombres y mujeres con dinamos entre las piernas, un mundo de furia natural, de pasión, acción, drama, sueños, locura, un mundo que produzca éxtasis y no pedos secos. Creo que hoy más que nunca hay que procurar conseguir un libro aunque sólo tenga *una* gran página: hemos de buscar fragmentos, astillas, uñas de los pies, cualquier cosa que tenga mineral dentro, cualquier cosa capaz de resucitar el cuerpo y el alma.

Puede que estemos condenados, que no haya esperanza para nosotros, para *ninguno de noso*tros, pero, si es así, ¡lancemos un último alarido agónico, espeluznante, un chillido de desafío, un grito de guerra! ¡Al diablo las lamentaciones! ¡Al diablo las elegías y las endechas! ¡Al diablo las biografías y las historias, y las bibliotecas y los museos! Que los muertos se coman a los muertos. Bailemos los vivos en el borde del cráter, una última danza agónica. ¡Pero una danza auténtica!

«Amo todo lo que fluye», dijo el gran Milton ciego de nuestra época. Pensaba en él esta mañana, cuando me he despertado con un gran grito horrible de alegría: pensaba en sus ríos y árboles y en todo ese mundo nocturno que está explorando. Sí, me he dicho, yo también amo todo lo que fluye: ríos, alcantarillas, lava, semen, sángre, bilis, palabras, oraciones. Amo el fluido amniótico, cuando se derrama de la bolsa. Amo el riñón con sus dolorosos cálculos, su arena y qué sé yo; amo la orina que brota caliente y las purgaciones que no cesan; amo las palabras de los histéricos y las oraciones que fluyen como la disentería y reflejan todas las imágenes morbosas del alma; amo los grandes ríos como el Amazonas y el Orinoco, donde locos como Moravagine van flotando a través del sueño y la leyenda en un bote descubierto y se ahogan en la desembocadura invisible del río. Amo todo lo que fluye, hasta el flujo menstrual, que arrastra el semen que no ha fecundado. Amo las escrituras que fluyen, ya sean hieráticas, esotéricas, perversas, polimorfas o unilaterales. Amo todo lo que fluye, todo lo que contiene el tiempo y el porvenir, que nos devuelve al comienzo donde nunca hay fin: la violencia de los profetas, la obscenidad que es éxtasis, la sabiduría del fanático, el sacerdote con su letanía pegajosa, las palabras indecentes de la puta, el escupitajo que va flotando por el arroyo de la calle, la leche del pecho y la amarga miel que mana de la matriz, todo lo fluido, fundente, disoluto y disolvente, todo el pus y la suciedad que al fluir se purifica, que pierde el sentido de su origen, que circula por el gran circuito hacia la muerte y la disolución. El gran deseo incestuoso es el de seguir fluyendo, unido al tiempo, el de fundir la gran imagen del más allá con el aquí y el ahora. Un deseo fatuo, suicida, estreñido por las palabras y paralizado por el pensamiento.

Faltaba poco para el amar ecer del día de Navidad, cuando llegamos a casa desde la rue d'Odessa con un par de negras de la compañía telefónica. La pasión se había extinguido y estábamos todos tan cansados, que nos metimos en la cama con la ropa puesta. La mía, que había pasado toda la noche saltando como un leopardo, se quedó profundamente dormida, cuando estaba subiéndole encima. Por un rato, la magreé como quien lucha para salvar la vida a un ahogado o a un asfixiado. Después me di por vencido y me quedé dormido yo también.

Durante todas las fiestas bebimos champaña por la mañana, al mediodía y por la noche: el champaña más barato y el mejor. A comienzos de año tenía que marcharme a Dijon, donde me habían ofrecido un puesto insignificante de profesor de inglés, uno de esos acuerdos de intercambio de la amistad francoamericana cuyo supuesto fin es fomentar la comprensión y la buena voluntad entre repúblicas hermanas. Fillmore estaba más estusiasmado que yo ante aquella perspectiva: sus buenas razones tenía. Para mí era simplemente un traslado de un purgatorio a otro. No tenía futuro; ni siquiera correspondía un salario a aquel empleo. Al parecer, debía uno considerarse afortunado por disfrutar del privilegio de difundir el evangelio de la amistad francoamericana. Era un empleo para el hijo de un rico.

La noche antes de marcharme, nos divertimos mucho. Al amanecer, empezó a nevar: Callejeamos de un barrio a otro para echar una última mirada a París. Al pasar por la rue St. Domini que, nos encontramos de repente con una plazuela en la que estaba la Eglise Ste. Clotilde. La gente iba a misa. Fillmore, que tenía todavía la cabeza un poco nebulosa, se empeñó en ir a misa también. «¡Para divertirnos!», como dijo. A mí no me acababa de hacer gracia la idea; en primer lugar, nunca había asistido a misa, y, en segundo lugar, iba harapiento y me sentía harapiento. También Fillmore presentaba un aspecto bastante desastroso, más indecoroso incluso que el mío; llevaba torcido su gran sombrero de alas gachas y el abrigo todavía lleno de serrín del último tugurio en que habíamos estado. Aun así, entramos. Lo peor que podía pasar era que nos pusieran en la calle.

Quedé tan pasmado ante el espectáculo que se me ofreció a la vista, que desapareció toda mi inquietud. Tardé un rato en acostumbrarme a la mortecina luz. Seguí vacilante a Fillmore y cogido a su manga. Un sonido extraño, sobrenatural, me atacó a los oídos, una especie de zumbido sordo que subía del frío enlosado. Era una tumba enorme y lúgubre, con personas enlutadas que entraban y salían arrastrando los pies. Una especie de antecámara del infierno. Temperatura de unos 12 a 15 grados. No había música, salvo ese indefinible canto fúnebre producido en el sótano: como un millón de coliflores gimiendo en las tinieblas. Gente vestida con sudario mascullaba sin cesar con esa expresión de desesperanza y desaliento de los mendigos que extienden las manos en trance y musitan una súplica ininteligible.

Sabía que existía una cosa así, pero también sabe uno que hay mataderos y depósitos de cadáveres y salas de disección. Uno evita instintivamente semejantes lugares. Por la calle había pasado con frecuencia junto a un sacerdote con un librito de oraciones en la mano, aprendiendo de memoria laboriosamente sus versículos. Idiota, decía para mis adentros, y no pensaba más en ello. En la calle te encuentras todas las formas de la demencia y la del cura no es la más llamativa ni mucho menos. Dos mil años de esta historia nos han insensibilizado con respecto a la imbecilidad que constituye. Sin embargo, cuando te ves transportado súbitamente al centro mismo de su dominio, cuando ves el pequeño mundo en que el sacerdote funciona como un despertador, es probable que tengas sensaciones enteramente diferentes.

Por un momento, todo aquel babeo y temblor de los labios casi empezó a tener sentido. Algo ocurría, una especie de pantomima que, si bien no me dejaba totalmente estupefacto, me tenía hechizado. En todo el mundo, donde quiera que haya esas tumbas mal iluminadas, se da ese espectáculo increíble: la misma temperatura baja, el mismo resplandor crepuscular, el mismo cuchicheo y zumbido. Por toda la cristiandad, a ciertas horas estipuladas, gente vestida de negro se humilla ante el altar, donde el sacerdote, de pie, con un librito en una mano y una campanilla o un pulverizador en la otra, les habla

mascullando en una lengua que, aun cuando fuera comprensible, carece ya del menor sentido. Los bendice, probablemente. Bendice el país, bendice al gobernante, bendice las armas de fuego y los acorazados y las municiones y las granadas de mano. A su alrededor, en el altar, hay niños vestidos de ángeles del Señor que cantan con voces de contralto y de soprano. Corderos inocentes. Todos con faldas, asexuados; como el propio sacerdote, que suele tener pies planos y ser corto de vista, además. Un magnífico maullido epiceno. Sexo con suspensorio, con acompañamiento en J bemol.

Yo observaba todo lo mejor que podía con aquella luz mortecina. Fascinante y asombroso a un tiempo. En todo el mundo civilizado, pensaba para mis adentros. En todo el mundo. Maravilloso. Ya llueva o haga sol, granice, cellisque, nieve, truene, relampaguee, haya guerra, hambre, peste: no hay la menor diferencia. Siempre la misma temperatura baja, el mismo guirigay, los mismos zapatos abotinados y 'los angelitos del Señor cantando con voces de soprano y de contralto. Cerca de la salida un cepillo... para continuar la obra celestial. Para que la bendición de Dios se derrame sobre el rey y el país y los acorazados y los tanques y los aeroplanos, para que el obrero tenga más fuerza en los brazos, fuerza para matar caballos y vacas y ovejas, fuerza para perforar agujeros en vigas de hierro, fuerza para coser botones en pantalones ajenos, fuerza para vender zanahorias y máquinas de coser y automóviles, fuerza para exterminar insectos y limpiar establos y vaciar cubos de basura y fregar retretes, fuerza para escribir titulares y picar billetes en el metro. Fuerza..., fuerza. ¡Todo aquel bisbisear embaucador simplemente para proporcionar un poco más de fuerza!

Ibamos de un lado para otro, examinando la escena con esa lucidez que sucede a una noche en vela. Debimos de llamar bastante la atención andando así, sin rumbo, con las solapas del abrigo levantadas y sin persignarnos en ningún momento ni mover los labios salvo para susurrar una observación despiadada. Quizá todo habría pasado inadvertido, si Fillmore no hubiese insistido en cruzar por delante del altar en plena ceremonia. Estaba buscando la salida y supongo que pensó que de paso echaría una mirada al Santísimo, tomaría un primer plano, por decirlo así. Habíamos pasado sin contratiempo y nos dirigíamos hacia una rendija de luz que debía de ser la salida, cuando de repente salió de la penumbra un cura y nos cerró el paso. Quería saber dónde íbamos y qué estábamos haciendo. Le dijimos con bastante educación que buscábamos la salida. Dijimos «salida» en inglés, porque en aquel momento no pudimos recordar cómo se decía en francés. Sin responder una palabra, nos cogió firmemente del brazo y, abriendo la puerta -era una puerta lateral-, nos dio un empujón y salimos dando tumbos a la cegadora luz del día. Ocurrió tan repentina e inesperadamente, que cuando chocamos contra la acera, estábamos aturdidos. Caminamos unos pasos, parpadeando, y después los dos nos volvimos instintivamente; el cura estaba todavía en la escalera, pálido como un espectro y ceñudo como el propio diablo. Debía de estar más enfadado que la hostia. Después, al volver a pensarlo, no pude reprochárselo. Pero en aquel momento, al verlo con su larga falda y el gorrito en el cráneo, tenía un aspecto tan ridículo, que rompí a reír. Miré a Fillmore y él también se echó a reír. Durante todo un minuto estuvimos así riéndonos en las narices del pobre hombre. Supongo que estaba tan perplejo, que por un instante no supo qué hacer; pero, de repente, empezó a bajar las escaleras corriendo, amenazándonos con el puño, como si fuera en serio. Cuando cruzó la verja, iba al galope. En aquel momento, algún instinto de conservación me aconsejó que nos las piráramos. Cogí a Fillmore de la manga del abrigo y empecé a correr. Iba diciendo, como un idiota: «¡No, no! ¡No, quiero correr!» «¡Vamos! -grité-, más vale que nos larguemos de aquí. Ese tipo está loco de remate.» Y salimos corriendo todo lo de prisa que nos permitían las piernas.

Camino de Dijon, riéndome todavía de aquel episodio, me vino a la memoria un incidente ridículo, algo parecido, que ocurrió durante mi breve estancia en Florida. Fue durante el famoso período de prosperidad, cuando, como otros miles, me vi con el culo a rastras. Al intentar salir del embrollo, me pescaron, junto con un amigo, en pleno cuello de la

Librodot

botella. Jacksonville, donde estuvimos encallados durante unas seis semanas, estaba prácticamente en estado de sitio. Parecía que todos los vagabundos de la tierra, y muchos otros tipos que no habían sido vagabundos antes, habían ido a parar allí. La YMCA, el Ejército de Salvación, los cuarteles de bomberos y de la policía, los hoteles, las pensiones, todo estaba lleno. Absolutamente complet, y por todas partes carteles en ese sentido. Los habitantes de Jacksonville se habían endurecido tanto, que me parecía que iban vestidos con cotas de malla. Era otra vez el problema de siempre: la comida. La comida y un lugar donde acostarse. La comida llegaba del sur en trenes repletos: naranjas y pomelos y toda clase de comestibles jugosos. Solíamos pasar por los cobertizos de mercancías en busca de fruta podrída..., pero hasta eso escaseaba.

Una noche, desesperado, llevé a mi amigo Joe a una sinagoga, a la hora del oficio. Era una congregación reformada, y el rabino me causó bastante buena impresión. La música también me impresionó: esa lamentación desgarradora de los judíos. Tan pronto como acabó el oficio, me dirigí al despacho del rabino y solicité una entrevista con él. Me recibió bastante atentamente..., hasta que le hice saber el objeto de mi visita. Entonces se alarmó tremendamente. Sólo le había pedido una ayudita para mi amigo Joe y para mí. Por la mirada que me echó, parecía como si le hubiera pedido que me alquilase la sinagoga para poner una bolera. Para remate, de repente me preguntó a quemarropa si era judío o no. Cuando respondí que no, pareció profundamente ultrajado. ¿Por qué -hiciera el favor de decirle- había acudido a un pastor judío en busca de ayuda? Le dije ingenuamente que siempre había tenido más fe en los judíos que en los gentiles. Lo dije modestamente, como si fuera uno de mis defectos particulares. Y, además, era verdad. Pero no le halagó lo más mínimo. No, señor. Estaba horrorizado. Para librarse de mí, escribió una nota para los del Ejército de Salvación. «Ese es el lugar al que debe dirigirse», dijo y bruscamente se dio la vuelta para ocuparse de su rebaño.

Naturalmente, el Ejército de Salvación no tenía nada que ofrecernos. Si hubiéramos tenido veinticinco centavos cada uno, podríamos haber alquilado un colchón en el suelo. Pero no teníamos ni cinco centavos entre los dos. Fuimos al parque y nos tumbamos en un banco. Estaba lloviendo, por lo que nos cubrimos con periódicos. No hacía más de media hora, me imagino, que estábamos allí, cuando apareció un poli y, sin una palabra de aviso, nos dio una somanta tan fuerte, que en un santiamén estábamos de pie, y hasta bailamos un poco, aunque no estábamos para bailes ni mucho menos. Me sentí tan dolido y desgraciado, tan desalentado, tan humillado, después de que aquel cabrón retrasado mental me golpeara en el culo, que habría sido capaz de volar el Ayuntamiento.

La mañana siguiente, para saldar cuentas con aquellos hospitalarios hijos de puta, nos presentamos muy temprano a la puerta de un sacerdote católico. Aquella vez dejé que hablara Joe. Era irlandés y tenía un poco de acento. También tenía ojos tiernos y azules, y podía hacer que se le humedecieran un poco, cuando quería. Una hermana vestida de negro nos abrió la puerta; sin embargo, no nos hizo pasar. Tuvimos que esperar en el vestíbulo hasta que fue a llamar al buen padre. Al cabo de unos minutos llegó, el buen padre, resoplando como una locomotora. ¿Y qué era lo que deseábamos para molestar a alguien como él a aquella hora de la mañana? Algo de comer y un sitio donde acostarnos, respondimos inocentemente. ¿Y de dónde veníamos?, quiso saber el buen padre al instante. De Nueva York. De Nueva York, ¿eh? Entonces más vale que volváis allá lo más rápido que podáis, amigos, y, sin decir una palabra más, aquel gran saco cabrón con cara de nabo nos cerró la puerta en las narices.

Una hora después aproximadamente, vagando sin rumbo y desamparados como un par de goletas ebrias, dio la casualidad de que volviéramos a pasar por delante de la rectoría. ¡Qué Dios me perdone, si no era aquel saco con cara de nabo lujurioso el que salía del callejón marcha atrás en una limusina! Al pasar delante de nosotros, nos echó una nube de humo a los ojos. Como diciendo: «¡Eso para vosotros!» Era una bella limusina, con dos ruedas de recambio en la parte trasera, y el buen padre iba sentado al volante con un gran

Librodot

puro en la boca. Era tan grueso y delicioso, que debía de ser un Corona Corona. Marchaba muy bien, de eso no había duda. No pude ver si llevaba faldas o no. Sólo vi la salsa que le escurría de los labios... y el enorme puro con aquel aroma de medio dólar.

Me pasé todo el viaje hasta Dijon recordando el pasado. Pensé en todas las cosas que podría haber dicho y hecho, y que no había dicho ni hecho, en los momentos amargos y humillantes en que pedir un simple mendrugo de pan es rebajarse más que un gusano. A pesar de estar completamente sobrio, todavía me escocían aquellos antiguos insultos y agravios. Todavía sentía aquel azote en el culo que me dio el poli en el parque..., aunque eso sólo era una nimiedad, una leccioncita de baile, podríamos decir. He vagado por todo Estados Unidos, y por Canadá y México. La misma historia en todas partes. Si quieres pan, tienes que aceptar la rutina del trabajo, marcar el paso. Por toda la tierra un desierto gris, una alfombra de acero y cemento. ¡Producción! Más tuercas y tornillos, más alambre de púas, más galletas para perros, más segadoras mecánicas para césped, más rodamientos de bolas, más explosivos instantáneos, más tanques, más gas venenoso, más jabón, más pasta de dientes, más periódicos, más educación, más iglesias, más bibliotecas, más museos. *¡Adelante! El* tiempo apremia. El embrión está abriéndose paso por el cuello de la matriz, y ni siquiera hay una gota de saliva para facilitar la salida. Un parto seco, estrangulador. Ni un gemido, ni un chirrido. *Salut au monde!* Salva de veintiún cañones zumbando desde el recto. «Llevo el sombrero como me place, dentro o fuera de casa», decía Walt. Aquélla era una época en que todavía podías encontrar un sombrero de tu talla. Pero el tiempo pasa. Para encontrar ahora un sombrero de tu talla tienes que ir a la silla eléctrica. Te dan un gorrito. Un poco justo, ¿eh? Pero ¡no importa! Te está bien.

Tienes que estar en un país extraño como Francia, caminando por el meridiano que separa los hemisferios de la vida y de la muerte, para saber qué incalculables perspectivas se abren ante ti. ¡El *cuerpo eléctrico! ¡El alma democrática! ¡Pleamar!* Santa Madre de Dios, ¿qué significa esta insensatez? La tierra está reseca y agrietada. Hombres y mujeres acuden juntos como nidadas de buitres sobre una carroña hedionda, para aparearse y después volver a separarse volando. Buitres que descienden de las nubes como piedras pesadas. Garras y pico, ¡eso es lo que somos! Un enorme aparato intestinal con una nariz para olfatear carne muerta. *¡Adelante!* Adelante sin piedad, sin compasión, sin amor, sin indulgencia.

¡No pidáis cuartel ni lo deis! ¡Más acorazados, más gas venenoso, más explosivos instantáneos! ¡Más gonococos! ¡Más estreptococos! ¡Más bombarderos! ¡Más y más... hasta que toda la puta pesca vuele en pedazos, y la tierra con ella!

Al bajar del tren, comprendí inmediatamente que había cometido un error fatal. El Lycée no quedaba lejos de la estación; tomé la calle principal y me dirigí a tientas hacia mi destino entre la temprana oscuridad de un atardecer invernal. Caía una nieve menuda, los árboles centelleaban de escarcha. Pasé por delante de un par de enormes cafés vacíos que parecían lúgubres salas de espera. Penumbra silenciosa y vacía: ésa fue mi impresión. Una ciudad insignificante y sin perspectivas donde se produce mostaza a carretadas que sale en tanques y toneles y barriles y frasquitos muy monos.

La primera mirada al Lycée me hizo estremecer. Me sentí tan indeciso, que en la puerta me detuve a deliberar sobre si debía entrar o no. Pero, como carecía de dinero para el billete de vuelta, no tenía demasiado sentido deliberar sobre la cuestión. Por un momento pensé en enviar un telegrama a Fillmore, pero después no supe qué excusa poner. No quedaba más remedio que entrar con los ojos cerrados.

' Resultó que M. le Proviseur había salido: era su día libre, según dijeron. Se me acercó un hombre bajito y chepudo y se ofreció a acompañarme al despacho de M. le Censeur, segundo de a bordo. Lo seguí un poco retrasado y fascinado por la forma grotesca como renqueaba. Era un pequeño monstruo, como los que pueden verse en el pórtico de cualquier catedral europea de segunda fila.

Librodot

El despacho de M. le Censeur era amplio y estaba vacío. Me senté en una silla dura, mientras el jorobado salió corriendo a buscarlo. Casi me sentí en casa. La atmósfera del lugar me recordaba vívidamente ciertas oficinas de beneficencia allá, en Estados Unidos, donde solía pasar las horas muertas sentado y esperando que algún cabrón hipócrita viniera a interrogarme.

De repente, se abrió la puerta y, con paso dengoso, entró pavoneándose M. le Censeur. Hice todo lo posible para reprimir una risita. Llevaba una levita como la que solía usar Boris, y sobre la frente le caía un flequillo, una especie de bucle como el que podría haber llevado Smerdiakov. Serio y frío, con ojos de lince, no desperdició palabras para darme la bienvenida. En seguida sacó las hojas en que estaban escritos los nombres de los estudiantes, las horas, las clases, etc., todo con caligrafía meticulosa. Me dijo cuánto carbón y leña me correspondía y después se apresuró a informarme de que tenía libertad para hacer lo que quisiera en mi tiempo libre. Esta última fue la primera cosa agradable que le oí decir. Me pareció tan tranquilizador, que me apresuré a rezar una oración por Francia: por el ejército y la marina, el sistema educativo, los bistrots, y toda la puta pesca.

Acabado el paripé, tocó una campanilla, y al instante apareció el jorobado para acompañarme al despacho de M. l'Econome. Allí la atmósfera era algo diferente. Más parecida a una estación de mercancías con cartas de porte y sellos de goma por todas partes, y escribientes pálidos garabateando sin cesar con lápices rotos en enormes y pesados libros de cuentas. Recibida mi porción de carbón y leña, nos pusimos en marcha, el jorobado y yo, con una carretilla, hacia el dormitorio. Iba a ocupar una habitación en el último piso, en el mismo ala que los pions. La situación estaba adquiriendo un carácter gracioso. No sabía qué diablos me esperaba a continuacicn. Ou zá una escupidera. Todo aquello recordaba mucho a los preparativos para una campaña; lo único que faltaba era una mochila y un rifle... y una bala de metal.

La habitación que me asignaron era bastante amplia, con una estufa pequeña a la que iba unido un tubo torcido que formaba un codo justo sobre el catre de hierro. Cerca de la puerta, un gran cajón para el carbón y la leña. Las ventanas daban a una hilera de casitas desoladas, en que vivían el tendero, el panadero, el zapatero, el carnicero, etc., todos ellos patanes con cara de imbéciles. Miré por encima de los tejados hacia las montañas peladas por donde pasaba traqueteando un tren. El silbato de la locomotora sonaba lúgubre e histérico.

Después de que el jorobado me hubiera encendido el fuego, pregunté por la manduca. Todavía no era hora de cenar. Me dejé caer en la cama,

con el abrigo puesto, y me tapé con la colcha. Junto a mí se encontraba la eterna mesita de noche desvencijada en que se oculta el orinal. Coloqué el despertador sobre la mesa y miré pasar los minutos haciendo tic-tac. En aquel pozo de habitación una luz azulada se filtraba desde la calle. Oí pasar camiones traqueteando, mientras miraba distraídamente el tubo, el codo donde estaba sujeto con trozos de alambre. El cajón del carbón me intrigaba. Nunca en mi vida había ocupado una habitación con un cajón para carbón. Y nunca en mi vida había encendido un fuego ni había dado clases a niños. Tampoco, si vamos al caso, había trabajado nunca sin que me pagaran. Me sentía libre y encadenado a un tiempo: como se siente uno justo antes de las elecciores, cuando han nombrado candidatos a todos los granujas y te instan a votar al hombre idóneo.

Me sentía como un asalariado, como un factótum, como un cazador, como un pirata, como un galeote, como un pedagogo, como un gusano y un piojo. Era libre, pero tenía los miembros encadenados. Un alma democrática con un boleto para comida gratuita, pero sin poder de locomoción, sin voz. Me sentía como una medusa clavada a una tabla. Sobre todo, sentía hambre. Las manecillas se movían despacio. Todavía diez minutos por matar antes de que sonara el despertador. Las sombras de la habitación iban intensificándose.

Librodot

Reinaba un silencio espantoso, una calma tensa que me ponía los nervios de punta. Había motas de nieve pegadas a los cristales de la ventana. Desde muy lejos, llegó el pitido agudo de una locomotora. Luego, un silencio de muerte otra vez. La estufa había empezado a enrojecerse, pero no salía calor de ella. Empecé a temer que me quedaría dormido y me perdería la comida. Eso significaría pasar la noche en vela con el estómago vacío. Sentí pánico.

Justo un momento antes de que sonara la campana, salté de la carpa y, después de cerrar la puerta tras de mí, salí disparado escaleras abajo hasta el patio. Allí me perdí. Un patio, otro patio; una escalera, otra escalera. Entraba y salía de los edificios buscando desesperadamente el comedor. Me crucé con una larga fila de jóvenes que iban en columna sólo Dios sabía hacia dónde; avanzaban como una cuerda de presos, con un cómitre a la cabeza de la columna. Por fin, vi a un individuo de aspecto enérgico y con sombrero hongo que se dirigía hacia mí. Lo detuve para preguntarle el camino hacia el comedor. Resultó que había tropezado con el hombre indicado. Era M. le Proviseur, y pareció encantado de haberme encontrado. Me preguntó al instante si estaba cómodamente instalado, si podía hacer algo más

por mí. Le dije que todo estaba perfecto. Sólo que hacía un poco de frío, me atreví a añadir. Me aseguró que no era muy frecuente aquel tiempo. De vez en cuando había nieblas y nevaba un poco, y entonces era un poco molesto, y que si patatín y que si patatán. Me llevó todo el tiempo cogido del brazo, mientras me guiaba hacia el comedor. Parecía un tipo muy decente. Un tío legal, pensé para mis adentros. Llegué a imaginar incluso que podría hacerme amigo suyo más adelante, que me invitaría a su habitación una noche de frío intenso y me prepararía un grog caliente. Imaginé toda clase de detalles amistosos en los pocos instantes que tardamos en llegar a la puerta del comedor. Allí, mientras mi mente seguía corriendo a mil por hora, me estrechó la mano de repente y, alzándose el sombrero, me dio las buenas noches. Quedé tan perplejo, que también vo le saludé quitándome el sombrero. Era lo que ° había que hacer, como no tardé en descubrir. Siemnre que te cruzas con un profe, o incluso con M. l'Econome, te descubres. Podrías cruzarte doce veces al día con el mismo tipo. Da igual. Tienes que saludar, aunque se te desgaste el sombrero. Es la forma de demostrar cortesía.

El caso es que había encontrado el comedor. Parecía una clínica del East Side, con azulejos en las paredes, bombillas desnudas, y mesas de mármol. Y, naturalmente, una gran estufa con un tubo en forma de codo. La cena no estaba servida todavía. Un lisiado entraba y salía con platos y cuchillos y tenedores y botellas de vino.

En un rincón varios jóvenes charlaban animadamente. Me dirigí a ellos y me presenté. Me dieron una acogida de lo m á s cordial. Casi demasiado cordial, de hecho. No lo acababa de entender del todo. En un santiamén la habitación empezó a llenarse; me fueron presentando a uno por uno rápidamente. Después formaron un círculo a mi alrededor y, tras llenar los vasos, empezaron a cantar...

L'autre soir l'idée m'est venue
Cré nom de Zeus d'enculer un pendo;
Le vent se lève sur la potence,
Voilà mon pendo qui se balance,
J'ai dû l'enculer en sautant,
Cré nom de Zeus, on est jamais content,

Baiser dans un con trop petit,
Cré nom de Zeus, on s'écorche le vit;

Librodot

Baiser dans un con trop large,
On ne sait pas où l'on décharge;
Se branler étant bien emmerdant,
Cré nom de Zeus, on est jamais content.

Acto seguido, Quasimodo anunció la cena. Eran un grupo alegre, *les surveillants. Uno* era Kroa, que eructaba como un cerdo y siempre se tiraba un sonoro pedo al sentarse a la mesa. Según me informaron, podía tirarse trece pedos seguidos. Había establecido una marca. Otro era monsieur le Prince, un atleta al que le encantaba ponerse un smoking por la noche cuando iba a la ciudad; tenía un cutis bello, como el de una muchacha, y nunca probaba el. vino ni leía nada que le exigiera un esfuerzo del cerebro. A su lado se sentaba Petit Paul, del Midi, que sólo pensaba en las gachís todo el tiempo; solía decir todos los días: « á *partir de jeudi je ne parlerai plus de femmes». El y* monsieur le Prince eran inseparables. Otro era Passeleau, un auténtico pillo que estudiaba medicina y que daba sablazos a diestro y siniestro; hablaba sin cesar de Ronsard, Villon y Rabelais. Frente a mí se sentaba Mollese, agitador y organizador de los *pions,* que insistía en pesar la carne para ver si no faltaban unos gramos. Ocupaba una habitación pequeña en la enfermería. Su mayor enemigo era monsieur l'Eco-nome, lo que no decía nada especial en su favor, ya que todo el mundo odiaba a aquel individuo. El compañero de Mollese era un tal Le Pénible, un tipo de aspecto hosco con perfil de halcón que hacía las economías más estrictas y prestaba dinero. Era como un grabado de Alberto Durero una mezcla de todos los demonios hoscos, avinagrados, adustos, amargos, infortunados, desdichados e introspectivos que componen el panteón de los caballeros medievales -de Alemania. Judío, sin duda alguna. El caso es que murió en un accidente automovilístico poco después de mi llegada, circunstancia que me dejó con un saldo de veintitrés francos a mi favor. Con la excepción de Renaud, que se sentaba a mi lado, los demás se me han borrado de la memoria; pertenecían a la categoría de individuos sin interés que componen el mundo de los ingenieros, arquitectos, dentistas, farmacéuticos, profesores, etc. No había nada que los distinguiera de los zoquetes que más adelante les lustrarían los zapatos. Eran ceros a la izquierda en todos los sentidos de la palabra, nulidades que forman el núcleo de una ciudadanía respetable y lamentable. Comían con las cabezas gachas y eran siempre los primeros en clamar por una segunda ración. Dormían profundamente y nunca se quejaban; no eran ni alegres ni desdichados. Los indiferentes a quienes Dante asignó el vestíbulo del Infierno. Las clases altas.

Después de cenar era costumbre ir inmediatamente a la ciudad, a no ser que estuviera uno de servicio en los dormitorios. En el centro de la ciudad estaban los cafés: salones enormes y deprimentes donde los somnolientos comerciantes de Dijon se reunían a jugar a las cartas y a oír música. Se estaba caliente en los cafés, eso es lo mejor que puedo decir de ellos. Los asientos eran bastante cómodos también. Y siempre había algunas putas que, por una caña de cerveza o una taza de café, se sentaban y charlaban contigo. Por otro lado, la música era atroz. ¡Qué música! Una noche de invierno, en un pueblo de mala muerte como Dijon, nada puede ser más molesto, más exasperante, que el sonido de una orquesta francesa. Especialmente, una de esas lúgubres orquestas femeninas en las que todo son chirridos y pedos, con un ritmo seco, algebraico, y la higiénica consistencia de la pasta de dientes. Una función de resoplidos y raspaduras a tantos francos la hora... ¡y que el diablo se lleve al último! ¡Qué melancolía! Como si el viejo Euclides se hubiera alzado sobre las patas traseras y hubiese tragado ácido prúsico. Todo el reino de la Idea tan completamente explotado por la razón, que no queda nada con que hacer música salvo las tablillas vacías del acordeón, a través de las cuales silba el viento y hace jirones el éter. Sin embargo, hablar de música en relación con aquel pozo es como soñar con champaña, cuando estás en la celda de la muerte. La música era la menor de mis

Librodot

preocupaciones. Ni siquiera pensaba en gachís, de tan lúgubre, tan deprimente, tan aburrido, tan gris como era todo. Camino de casa la primera noche, advertí en la puerta de un café una inscripción del *Gargantúa. El* interior del café era como un depósito de cadáveres. Aun así, *¡adelante!*

Tenía mucho tiempo libre y ni un céntimo para gastar. Dos o tres horas de prácticas de conversación al día, y nada más. ¿Y para qué servía enseñar inglés a aquellos pobres desgraciados? Sentía una lástima tremenda de ellos. Toda la mañana empollando *John Gilpin's Ride,* y por la tarde a practicar una lengua muerta conmigo. Pensaba en el tiempo precioso que había perdido leyendo a Virgilio o tragándome un disparate incomprensible como *Hermann und Dorothea.* ¡Qué locura! ¡El saber, una panera vacía! Pensaba en Carl que puede recitar *Fausto* al revés, que nunca escribe un libro sin elogiar a su inmortal e incorruptible Goethe. Y, sin embargo, no tenía juicio suficiente para ligarse a una tía rica y conseguir un cambio de muda. Hay algo obsceno en ese amor del pasado que acaba en colas de parados esperando recibir comida gratis y en refugios subterráneos. Algo obsceno en esa estafa espiritual que permite a un idiota espolvorear agua bendita sobre los Grandes Berthas y acorazados y explosivos instantáneos. Cualquier hombre que se haya dado una panzada leyendo a los clásicos es un enemigo de la raza humana.

Allí me teníais, con la supuesta misión de difundir el evangelio de la amistad francoamericana: el emisario de un cadáver que, tras haber saqueado a diestro y siniestro, tras haber causado sufrimientos y calamidades indecibles, soñaba con establecer la paz universal. ¡Pufff! ¿De qué esperaban que hablara?, me pregunto. ¿De *Hojas de hierba,* de las barreras arancelarias, de la Declaración de independencia, de la última guerra de gánsters? ¿De qué? ¿Simplemente de qué? Me gustaría saberlo. Bueno, pues, voy a deciros una cosa: nunca mencioné esas cosas. Empecé al instante con una lección sobre la fisiología del amor. Cómo hacen el amor los elefantes... ¡eso mismo! Se extendió como un reguero de pólvora. Después del primer día, ya no volvió a haber bancos vacíos. Después de aquella primera lección en inglés, me esperaban a la puerta. Nos llevábamos de maravilla. Preguntaban toda clase de cosas, como si nunca hubieran aprendido una maldita cosa. Les dejaba que me bombardeasen. Les enseñaba a hacer preguntas todavía más espinosas. *¡Preguntad lo que queráis!:* ése era mi lema. Estoy aquí corro plenipotenciario del reino de los espíritus libres. Estoy aquí para crear fiebres y fermento. «En cierto modo -dice un astrónomo eminente-, el universo material parece desvanecerse como un cuento que se narra, disolverse en la nada como una visión.» Esa parece ser la sensación general subyacente a la vacía panera del saber. Por mi parte, no lo creo. No creo una puñetera cosa de lo que esos cabrones intentan hacernos tragar.

Entre clases, si no tenía un libro para leer, me iba arriba, al dormitorio, a charlar con los pions. Ignoraban deliciosamente todo lo que sucedía... especialmente en el mundo del arte. Eran casi tan ignorantes como los propios estudiantes. Era como si me hubiera metido en un pequeño manicomio privado sin señales de salida. A veces curioseaba bajo las arcadas, observando pasar a los chavales con enormes trozos de pan en sus sucias bocas. Yo mismo siempre estaba hambriento, ya que me resultaba imposible ir al desayuno, que repartían a una hora intempestiva de la mañana, precisamente cuando la cama empezaba a estar callntita. Enormes tazones de café azul con trozos de pan blanco y sin mantequilla para acompañarlos. Para almorzar, judías o lentejas con trozos de carne que echaban para que parecieran apetitosas. Comida adecuada para una cuerda de presos, para picapedreros. Hasta el vino era asqueroso. Todo estaba aguado o espeso. Había calorías, pero no arte culinario. M. l1'Econome era responsable de todo aquello. Así decían. Pero tampoco lo creo. Le pagaban simplemente para mantener nuestras cabezas por encima de la línea de flotación. No nos preguntaba si padecíamos hemorroides o forúnculos; no averiguaba si teníamos el paladar delicado o intestinos de lobo. ¿Por qué había de hacerlo? Lo habían contratado para producir tantos kilovatios de energía con tantos gramos por plato. Todo en función de los caballos de vapor. Todo estaba

cuidadosamente calculado en los gruesos libros de cuentas en que los pálidos escribientes garabateaban por la mañana, al mediodía y por la noche. Debe y haber, con una línea roja vertical en el centro de la pagina.

Vagando por el patio con el estómago vacío la mayoría de las veces, llegué a sentirme ligeramente loco. Como Carlos el Simple, pobre diablo... sólo que yo no tenía a Odette Champdivers con quien jugar a los médicos. La mitad de las veces tenía que sacar de gorra cigarrillos a los estudiantes, y a veces durante las clases comía un poco de pan duro con ellos. Como siempre se me estaba apagando el fuego, pronto gasté mi asignación de leña. Las pasaba canutas engatusando a los escribientes de los libros de cuentas para sacarles un poco de leña. Al final, me ponía tan furioso, que salía a la calle y buscaba leña, como un árabe. Era asombroso la poca leña que podías recoger por las calles de Dijon. Sin embargo, aquellas pequeñas expediciones en busca de aprovisionamiento me conducían a barrios extraños. Conocí la callecita que llevaba el nombre de M. Philibert Papillón -un músico fallecido, creo--, en la que había varias casas de putas. Por allí siempre había más alegría; había olor a comida cocinándose, y ropa colgada a secar. De vez en cuando vislumbraba a las pobres imbéciles que holgazaneaban adentro. Les iba mejor que a las pobres infelices con las que me tropezaba siempre que recorría unos grandes almacenes. Lo hacía con frecuencia para entrar en calor. Supongo que ellas lo hacían por la misma razón. Buscaban a alguien que les invitara a un café. Parecían un poco locas, con el frío y la soledad. La ciudad entera parecía un poco loca, cuando el azul del anochecer caía sobre ella. Podías recorrer de punta a punta el paseo principal cualquier jueves de la semana hasta el Día del Juicio sin encontrar a un alma expansiva. Sesenta o setenta mil personas -tal vez más- envueltas en ropa interior de lana y ningún sitio donde ir ni nada que hacer. Produciendo mostaza a carretadas. Orquestas femeninas interpretando *La viuda ale*gre. Vajilla de plata en los hoteles grandes. El palacio ducal pudriéndose, piedra a piedra, miembro a miembro. Los árboles crujiendo con la escarcha. Un repiqueteo incesante de zuecos. La Universidad celebrando la muerte de Goethe, o su nacimiento, no recuerdo cuál. (Generalmente, lo que celebran son las muertes.) En cualquier caso, una idiotez. Todo el mundo bostezando y desperezándose.

Al entrar en el patio por la amplia avenida, siempre se apoderaba de mí una sensación de profunda futilidad. Afuera, desolado y vacío; dentro, desolado y vacío. Una esterilidad despreciable cerniéndose sobre la ciudad, una bruma de saber libresco. Escoria y cenizas del pasado. En torno a los patios interiores estaban dispuestas las clases, cabañitas como las que se ven en los bosques nórdicos, donde los pedagogos daban rienda suelta a sus vicios. En la pizarra el fútil galimatías que los futuros ciudadanos de la república tendrían que pasar la vida olvidando. De vez en cuando recibían a los padres en la avenida de entrada, donde había bustos de los héroes de la antigüedad, como Molière, Racine, Corneille, Voltaire, etc., todos los espantajos que los ministros citan con los labios húmedos, siempre que se añade un inmortal al museo de cera. (No había busto de Villon, ni de Rabelais, ni de Rimbaud.) El caso es que allí se reunían en solemne cónclave, los padres y los presuntuosos a quienes el Estado contrata para doblegar las mentes de los jóvenes. Siempre ese proceso de sometimiento, de jardinería ornamental para volver la mente más atractiva. Y en ocasiones también acudían los jóvenes, los pequeños girasoles a los que pronto transplantarían desde el vivero para decorar los parterres municipales. Algunos de ellos eran simples plantas de caucho fáciles de desempolvar con un camisón rasgado. Todos ellos cascándosela desesperadamente en los dormitorios tan pronto como llegaba la noche. ¡Los dormitorios! Allí brillaban las luces rojas, allí la campana sonaba como una alarma de incendio, allí los peldaños estaban desgastados por las carreras precipitadas para llegar a las aulas.

¡Y luego, los profes! Durante los primeros días llegué hasta el extremo de estrechar las manos a algunos de ellos, y, por supuesto, nunca faltaba el saludo con el sombrero, cuando nos cruzábamos bajo las arcadas. Pero, respecto a charlar francamente, a ir hasta la esquina y tomar una copa juntos, no había nada que hacer. Era sencillamente inimaginable. La mayoría

de ellos parecía que se hubiesen cagado de miedo. En cualquier caso, yo pertenecía a otra jerarquía. No habrían compartido siquiera un piojo con alguien como yo. Me ponía tan de tan mala hostia, sólo de mirarlos, que solía maldecirlos entre dientes cuando los veía venir. Solía quedarme parado, recostado contra una columna, con un cigarrillo en la comisura de los labios y el sombrero calado sobre los ojos, y, cuando llegaban a mi altura, soltaba un gargajo y alzaba el sombrero. Ni siquiera me molestaba en abrir la boca ni en darles los buenos días o las buenas tardes. Me limitaba a decir entre dientes: «¡A tomar por culo, gilipollas! », y listo.

Al cabo de una semana, parecía que hubiera estado allí toda la vida. Era como una puta pesadilla de la que no puedes librarte. Entraba en coma sólo de pensarlo. Hacía tan sólo unos días que había llegado. Anochecer. Gente corriendo a casa como ratas bajo las luces neblinosas. Los árboles brillando con malicia afilada como un diamante. Lo pensé una y mil veces. Desde la estación hasta el Lycée era como un paseo por el pasillo de Danzig, todo picoteado en los bordes, agrietado, surcado de nervios. Un sendero de huesos muertos, de figuras encorvadas, contraídas, sepultadas en s udarios. Espinas dorsales hechas de raspas de sardina. El propio Lycée parecía emerger de un lago de nieve fina, una montaña invertida que apuntaba hacia el centro de la tierra, donde Dios, o el Diablo, embutido en una camisa de fuerza, no cesa de moler para ese paraíso que siempre es una polución nocturna. No recuerdo que el sol brillara nunca. No recuerdo otra cosa que las frías nieblas grasientas que venían de los helados pantanos, de la zona donde las vías del ferrocarril excavaban en los cerros lívidos. Abajo, cerca de la estación, había un canal, o quizá fuera un río, oculto bajo un cielo amarillo, con cabañitas pegadas contra los bordes empinados de las orillas. También había un cuartel en algún lugar, me pareció, porque de vez en cuando me tropezaba con hombrecillos amarillos de Cochinchina: enanos serpeantes con caras de opio que asomaban por sus holgados uniformes como esqueletos teñidos y rellenos de virutas. Todo el maldito medievalismo del lugar era endemoniadamente cosquilleante e inquieto; se mecía con débiles gemidos, te saltaba desde los aleros, colgaba de las gárgolas como criminales desnucados. Me volvía constantemente para mirar, sin dejar de caminar como un cangrejo al que pinchan con un tenedor sucio. Todos aquellos monstruos pequeños y gruesos, aquellas efigies como losas pegadas a la fachada de la Eglise St. Michel, me seguían por las callejuelas tortuosas y a la vuelta de las esquinas. Toda la fachada de St. Michel parecía abrirse como un álbum por la noche, y dejarte cara a cara con los horrores de la página impresa. Cuando se apagaban las luces y los caracteres se esfumaban, planos, muertos como las palabras, entonces era magnífica, la fachada; en cada grieta de la antigua portada rugosa sonaba el canto sordo del viento nocturno y sobre la mampostería puntillada de las frías y rígidas vestiduras había una baba turbia, como el ajenjo, de bruma y escarcha.

Allí, donde se alzaba la iglesia, todo parecía trastocado. La propia iglesia debía de haber resultado dislocada de la base por siglos de progreso en la lluvia y la nieve. Se encontraba en la Place Edgar-Quinet, agazapada contra el viento, como una mula muerta. Por la rue de la Monnaie el viento corría como una cabellera blanca encrespada: se arremolinaba en torno a los postes blancos que impedían el paso a los autobuses y a los tiros de veinte mulas. Al pasar por aquella salida por la mañana temprano, a veces me tropezaba con monsieur Renaud que, encapuchado como un monje glotón, me hacía propuestas en la lengua del siglo XVII. Al ponerme al paso con monsieur Renaud, mientras la luna estallaba por el grasiento cielo como un globo pinchado, penetraba inmediatamente en el reino de lo trascendental. Monsieur Renaud usaba un lenguaje preciso, seco como una ciruela, con pesada base brandenburguesa. Solía abalanzarse de lleno sobre mí desde Goethe o Fichte, con tonos graves, profundos, que retumbaban en las esquinas barridas por el viento de la plaza como estampidos de truenos del año anterior. ¡Hombres del Yucatán, hombres de Zanzíbar, hombres de Tierra del Fuego, salvadme de esta glauca corteza de cerdo! El Norte se agolpa en torno a mí, los glaciales fiordos, las espinas de punta azul, las

luces demenciales, el obsceno cántico cristiano que se difundió como una avalancha desde el Etna hasta el Egeo. Todo helado y duro como escoria, la mente inmovilizada y ribeteada de escarcha, y a través de los deprimentes fardos de palabrería, los asfixiantes gargarismos de santos devorados por los piojos. Blanco soy y envuelto en lana, fajado, encadenado, desjarretado estoy, pero en esto nada tengo que ver. Blanco hasta los huesos, pero con fría base alcalina, y la punta de los dedos de azafrán. Blanco, sí, pero compadre de saber, no; corazón católico, no. Blanco y despiadado como los hombres que me precedieron y que zarparon del Elba. Miro al mar, al cielo, a lo ininteligible y distantemente cercano.

La nieve bajo los pies se esparce con el viento, sopla, hace cosquillas, se aleja balbuceando, vuela hacia el cielo, cae en chaparrón, se fragmenta, se esparce como llovizna. No hay sol, ni rugido de resaca, ni oleaje en rompiente. El frío viento del norte, aguzado con dardos punzantes, glacial, maligno, voraz, devastador, paralizador. Las calles giran por los serpeantes recodos; se desvían del vistazo apresurado, de la mirada severa. Se alejan renqueando a lo largo del enrejado a la deriva, haciendo girar la iglesia, segando las estatuas, derribando los monumentos, descuajando los árboles, atiesando la hierba, chupando la fragancia de la tierra. Hojas deslustradas corno cemento: hojas que ningún vacío puede hacer brillar de nuevo. Ninguna luna plateará nunca su apatía. Las estaciones han quedado paralizadas, los árboles se acobardan y se agostan, las carretas ruedan por los surcos de mica con tumbos que recuerdan al sonido de un arpa. En la depresión de los cerros de blancas cimas, dormita la lívida e invertebrada Dijon. No hay hombre vivo que camine por la noche excepto los espíritus inquietos que se dirigen hacia el sur, hacia meridianos de zafiro. Y, sin embargo, yo estoy de pie y camino, un espectro ambulante, un hombre blanco aterrorizado por la fría cordura de esta geometría de matadero. ¿Quién soy? ¿Qué hago aquí? Caigo entre los fríos muros de la malignidad humana, una figura blanca que aletea, que se hunde en el frío lago, con una montaña de calaveras a mi alrededor. Me aclimato a las latitudes frías, los peldaños de yeso bañados de añil. La tierra en sus oscuros corredores conoce mi paso, siente un pie en todas las direcciones, un ala que se agita, un jadeo y un escalofrío. Oigo deformar y mutilar el saber, oigo las cifras subir, baba de murciélago gotear y retumbar con alas doradas y acartonadas; oigo los trenes chocar, las cadenas castañetear, la locomotora resoplar, bufar, aspirar, soltar vapor y mear. Todas las cosas me llegan a través de la clara niebla con olor a repetición, con resacas amarillas de borrachera y juramentos. En el centro inerte, muy por debajo de Dijon, muy por debajo de las regiones hiperbóreas, se halla el dios Ajax, con los hombros atados a la rueda del molino, las aceitunas crujiendo, el verde agua del pantano pululante de sapos que croan.

La niebla y la nieve, la fría latitud, el pesado saber, el café azul, el pan sin mantequilla, la sopa y las lentejas, las indigestas judías, el queso rancio, el rancho pastoso, el vino malo han dado constipación a toda la penitenciaría. Y precisamente cuando todo el mundo está estreñido, las cañerías del retrete van y se hielan. La mierda se amontona como montículos de hormigas; hay que bajar de los pequeños pedestales y soltarla en el suelo. Ahí se queda tiesa y helada, esperando el deshielo. Los jueves el jorobado llega con su carretilla, recoge los fríos y tiesos chorizos con una escoba y una pala y se va arrastrando la pierna tiesa. Los pasillos están llenos de papel higiénico; *se te pega a* los pies como el papel atrapamoscas. Cuando el tiempo mejora, el olor madura; lo hueles en Winchester a sesenta kilómetros de distancia. Por la mañana, de pie sobre ese estiércol maduro, con un cepillo de dientes, el hedor es tan fuerte, que marea. Formamos un círculo con camisas de franela rojas, esperando para escupir en el agujero; es como un aria de las grandes óperas de Verdi: un coro de yunques con poleas y jeringas. Por la noche, cuando me coge de improviso, bajo corriendo al retrete particular de M. le Censeur, junto a la avenida de entrada. Mis deposiciones están siempre llenas de sangre. Su retrete tampoco tiene agua, pero por lo menos es un placer sentarse. Le dejo mi paquetito en prueba de afecto.

Librodot

Cada noche, hacia el final de la cena, el vel*lleur de* nult pasa a tomar su copita. Este es el único ser humano de toda la institución al que me siento afín. Es un don nadie. Lleva una linterna y un manojo de llaves. Hace las rondas toda la noche, tieso como un autómata. Más o menos cuando sirven el queso rancio, ahí viene a por su vaso de vino. Se queda ahí plantado, con la mano tendida, el pelo fuerte y erizado, como el de un mastín, las mejillas rosadas, el bigote brillante de nieve. Musita una o dos palabras y Quasimodo le trae la botella. Entonces, con los pies firmemente plantados en el suelo, echa la cabeza hacia atrás y para abajo va, lentamente y de un solo trago. Para mí es como si se echara rubíes gaznate abajo. Hay algo en ese gesto que me hace estremecer. Es casi como si estuviera apurando los posos de la compasión humana, como si todo el amor y la conmiseración del mundo pudiesen tomarse así, de un trago: como si eso fuera lo único que pudiese exprimirse día tras día. Lo han convertido en poco menos que un conejo. En el orden de cosas tiene menos valor que la salmuera para conservar un arenque. Es simplemente un poco de abono vivo. Y él lo sabe. Cuando mira a su alrededor, después de haber bebido, y nos sonríe, el mundo parece caerse en pedazos. Es una sonrisa desde el otro lado de un abismo. Todo el hediondo mundo civilizado yace como un lodazal en el fondo del precipicio, y sobre él, como un espejismo, se cierne esa sonrisa trémula.

La misma sonrisa era la que me recibía por la noche, cuando regresaba de mis paseos. Recuerdo una de aquellas noches en que, mientras esperaba en la puerta a que el viejo acabara su ronda, tuve tal sensación de bienestar, que habría podido esperar eternamente. Tuve que esperar una media hora antes de que abriera la puerta. Miré a mi alrededor calmosa y pausadamente, contemplé todo con deleite, el árbol muerto frente a la escuela con sus ramas retorcidas, las casas del otro lado de la calle que habían cambiado de color durante la noche, ahora más claramente encorvadas, el sonido de un tren que corría por los yermos siberianos, las vallas pintadas por Utrillo, el cielo, los surcos profundos de las carretas. De repente, caídos del cielo, aparecieron dos enamorados; caminaban unos pasos, se paraban y se abrazaban, y, cuando ya no pude seguirlos con los ojos, seguí el sonido de sus pasos, oí la parada repentina, y después su marcha lenta y serpenteante. Sentía sus cuerpos aflojarse y caer, cuando se apoyaban en una valla, oía sus zapatos crujir al tensarse los músculos para el abrazo. Erraban por la ciudad, por las calles tortuosas, hacia el cristalino canal donde el agua reposaba negra como el carbón. Había algo extraordinario en todo aquello. En todo Dijon no había dos como ellos.

Mientras tanto, el viejo estaba haciendo la ronda; oía el tintineo de sus llaves, el crujido de sus botas, el paso firme, automático. Por fin, le oí que venía por la avenida de la entrada a abrir la gran puerta, un monstruoso portal arqueado sin un foso delante. Le oí manipular en la cerradura, con las manos rígidas y la mente aturdida. Al abrirse la puerta, vi sobre su cabeza una constelación brillante que coronaba la capilla. Todas las puertas estaban cerradas, todas las celdas con el cerrojo echado. Los libros estaban cerrados. La noche se cernía tupida, afilada como una daga, ebria como un maníaco. Allí estaba la infinitud del vacío. Sobre la capilla, como la mitra de un obispo, se cernía la constelación, todas las noches, durante los meses de invierno, se cernía allí a poca altura sobre la capilla. Baja y brillante, un puñado de puntas de daga, un resplandor de pura nada. El viejo me siguió hasta el recodo de la avenida. La puerta se cerró en silencio. Al darle las buenas noches, capté de nuevo aquella sonrisa desesperada, desesperanzada, como un relámpago meteórico sobre el borde de un mundo perdido. Y volví a verlo en el comedor, con la cabeza echada hacia atrás y los rubíes pasándole por el gaznate. Todo el Mediterráneo parecía sepultado dentro de él: los naranjales, los cipreses, las estatuas aladas, los templos de madera, el mar azul, las máscaras rígidas, las aves mitológicas, los cielos de zafiro, los bardos ciegos, los héroes barbados. Todo desaparecido. Hundido bajo la avalancha del norte. Sepultado, muerto para siempre. Un recuerdo. Una esperanza infundada.

Por un momento me quedo parado en el camino de coches. La mortaja, el ataúd, el vacío inexpresable y opresivo de todo aquello. Después camino rápidamente por el sendero

Librodot

de grava, paso por delante de los arcos y las columnas, las escaleras de hierro, de un patio a otro. Todo está cerrado herméticamente. Cerrado por el invierno. Encuentro la arcada que conduce al dormitorio.

Una luz enfermiza se derrama sobre las escaleras desde las mugrientas ventanas cubiertas de escarcha. Por todas partes la pintura se está desprendiendo. Las piedras están excavadas, la barandilla cruje; un sudor húmedo rezuma del enlosado y forma un aura pálida y borrosa atravesada por la tenue luz roja al final de la escalera. Subo el último tramo, la torreta, sudando de terror. En una oscuridad de boca de lobo, avanzo a tientas por el desierto corredor, todas las habitaciones vacías, cerradas, devoradas por el moho. Deslizo la mano por la pared buscando el ojo de la cerradura. El pánico se apodera de mí al asir el pomo de la puerta. Siempre una mano en mi cuello, dispuesta a darme un tirón. Una vez dentro de la habitación, echo el cerrojo. Es un milagro que realizo cada noche, el milagro de entrar sin que me estrangulen, sin que me derriben de un hachazo. Oigo las ratas que corren por el pasillo, que no paran de roer sobre mi cabeza entre las espesas alfardas. La luz fulgura como azufre ardiendo y se siente el hedor dulzón, enfermizo, de una habitación que nunca se ventila. En el rincón está el cajón del carbón, tal como lo dejé. El fuego se ha apagado. Un silencio tan intenso, que me suena como las cataratas del Niágara en los oídos.

Solo, despavorido y con una tremenda añoranza vacía. Toda la habitación para mis pensamientos. Sólo yo y lo que pienso, lo que temo.

Podría pensar las cosas más fantásticas, podría bailar, escupir, hacer muecas, blasfemar, gemir: nadie lo sabría nunca, nadie lo oiría nunca. La idea de una intimidad tan absoluta es suficiente para volverme loco. Es como un parto enteramente. Todo cercenado. Separado, desnudo, solo. Dicha y agonía simultáneamente. El tiempo a tu disposición. Cada segundo pesa sobre ti como una montaña. Te ahogas en él. Desiertos, mares, lagos, océanos. El tiempo que pasa golpeando ccmo un cuchillo de carnicero. La nada. El mundo. El yo y el no yo. *Umaharumuma. Todo* debe tener un nombre. Todo debe aprenderse, probarse, experimentarse. *Faites comme chez vous, chéri.*

El silencio desciende en raudales volcánicos. Allí, en los áridos cerros, bajando hacia las grandes regiones metalúrgicas, las locomotoras arrastran sus mercancías. Ruedan sobre lechos de hierro y acero, la tierra sembrada de escoria y cenizas y mineral purpúreo. En los vagones de mercancías, algas, eclisas, hierro laminado, traviesas, varillas de alambre, planchas y láminas, artículos laminados, flejes forjados al fuego, carros de varillas y mortero y mineral de Zorés. Las ruedas de U-80 milímetros o más. Pasan espléndidas muestras de arquitectura anglonormanda, pasan peatones y pederastas, altos hornos, laminados Bessemer, dinamos y transformadores, lingotes de hierro fundido y barras de acero. El público en general, peatones y pederastas, peces de colores y palmeras de vidrio hilado, asnos sollozando, todos circulando libremente por callejones al tresbolillo. En la Place du Brésil un ojo color de lavanda.

Paso revista en un instante a las mujeres que he conocido. Es como una cadena que he forjado con mi propia desdicha. Cada una atada a la otra.

Un miedo a vivir separado, a salir del útero. La puerta de la matriz nunca con el cerrojo echado. Espanto y añoranza. En lo más profundo de la sangre, la atracción del paraíso. El más allá. Siempre el más allá. Todo debió de empezar con el ombligo. Cortan el cordón umbilical, te dan un azote en el culo, y ¡hala!, ya estás en el mundo, a la deriva, un barco sin timón. Miras a las estrellas y después te miras el ombligo. Te salen ojos por todas partes: en los sobacos, entre los labios, en las raíces del pelo, en las plantas de los pies.

Lo distante se vuelve cercano, lo cercano se vuelve distante. Dentro-fuera, un flujo constante, un cambio de piel, lo de dentro afuera. Vas a la deriva así durante años y años, hasta que te encuentras en el centro inerte, y allí te pudres lentamente, te desintegras lentamente, te dispersas otra vez. Sólo queda tu nombre.

Librodot

Hasta la primavera no conseguí escapar de la penitenciaría, y aun entonces gracias a un golpe de fortuna. Un telegrama de Carl me informó de que había una vacante en «el piso de arriba»; decía que me enviaría el importe del viaje de vuelta, si decidía aceptar. Al instante le contesté por teléfono y, tan pronto llegó la pasta, me largué a la estación. Ni una palabra a M. le Proviseur ni a nadie. Despedida a la francesa, como se suele decir.

Fui inmediatamente al hotel, en el I bis, donde se alojaba Carl. Salió a la puerta completamente desnudo. Era la noche que libraba y, como de costumbre, tenía una gachí en la cama. «No te preocupes por ella -dice-, está dormida. Si necesitas echar un polvo, ya sabes. No está mal.» Levanta las sábanas para enseñármela. Sin embargo, no pensaba en echar un polvo en aquel momento. Estaba demasiado agitado. Me sentía como un hombre que acaba de escapar de la cárcel. Sólo quería ver y oír cosas. El trayecto desde la estación fue como un largo sueño. Me sentía como si hubiera estado ausente durante años.

Hasta que no me hube sentado y no hube contemplado despacio la habitación, no me di cuenta de que estaba otra vez en París. Era la habitación de Carl, no había duda. Como una jaula de ardilla y un cagadero a un tiempo. Apenas había espacio en la mesa para la máquina de escribir portátil que usaba. Siempre era igual, tanto si tenía una gachí como si no. Siempre un diccionario abierto sobre un volumen del Fausto de cantos dorados, siempre una petaca, una boina; una botella de vin *rouge,* cartas, manuscritos, periódicos viejos, acuarelas, una tetera, calcetines sucios, mondadientes, sales de Kruschen, condones, etc. En el *bidet* había cáscaras de naranja y los restos de un bocadillo de jamón.

-Hay algo de comida en la despensa. ¡Sírvete! Estaba a punto de ponerme una inyección. Encontré el bocadillo de que hablaba y junto a él un trozo de queso que había mordisqueado. Mientras se sentaba al borde de la cama a aplicarse la dosis de argirol, me jamé el bocadillo y e-1 queso con la ayuda de un poco de vino. -Me gustó aquella carta sobre Goethe que me enviaste -dijo, mientras se secaba la picha con unos calzoncillos sucios.

-Ahora mismo te enseño la respuesta: la voy a incluir en mi libro. Lo malo de ti es que no eres alemán. Hay que ser alemán para entender a Goethe. Joder, no voy a explicártelo ahora. Lo he incluido todo en mi libro... Por cierto, tengo una gachí nueva ahora..., ésta, no..., ésta es una imbécil. Por lo menos, la tuve hasta hace unos días. No estoy seguro de si volverá o no. Ha estado viviendo conmigo todo el tiempo que has estado fuera. El otro día vinieron sus padres y se la llevaron. Dijeron que sólo tenía quince años. ¿Qué me dices de eso? Me entró también un canguelo...

Me eché a reír. Era muy propio de Carl meterse en un lío así.

-¿De qué te ríes? -dijo-. Puedo ir a la cárcel por eso. Afortunadamente, no la dejé preñada. Y eso también es curioso, porque nunca tomaba las debidas precauciones. Pero ¿sabes lo que me salvó? Por lo menos, eso creo. Fue el *Fausto.* ¡Sí! Su viejo lo vio por casualidad sobre la mesa. Me preguntó si entendía alemán. De una cosa pasamos a otra y, antes de que me diera cuenta, ya estaba ojeando mis libros. Por fortuna, dio la casualidad de que también tenía el Shakes-peare abierto. Eso lo impresionó más que la hostia. Dijo que evidentemente yo era un tipo muy serio.

-¿Y la chica...? ¿Qué dijo *ella?*

-Estaba muerta de miedo. Mira, cuando llegó aquí, traía un relojito de pulsera; con la agitación, no pudimos encontrarlo, y la madre insistió en que, si no aparecía el reloj, llamaba a la policía. Ya sabes cómo son las cosas aquí. Revolví todo el cuarto..., pero no conseguí encontrar el maldito reloj. La madre estaba furiosa. También me gustaba la madre, a pesar de todo. Era todavía más guapa que la hija. Mira... te voy a enseñar una carta que he empezado a escribirle. Estoy enamorado de ella...

-¿De la *madre?*

-¡Pues, claro! ¿Por qué no? Si hubiera visto a la madre primero, nunca me habría fijado en la hija. ¿Cómo iba a saber que sólo tenía quince años? A una gachí no le preguntas qué edad tiene antes de tirártela, ¿verdad?

-Joe, hay algo raro en todo esto. No me estarás tomando el pelo, ¿eh?

-¿Tomarte el pelo? Toma... ¡mira esto!

Y me enseña las acuarelas que hizo la chica -unas cositas muy manas-: un cuchillo y una hogaza de pan, la mesa y la tetera, todo inclinado hacia arriba.

-Estaba enamorada de mí -dijo-. Era como una niña enteramente. Tenía que decirle cuándo lavarse los dientes y cómo ponerse el sombrero. Toma... ¡mira los pirulíes! Le compraba varios pirulíes cada día... le gustaban.

-Bueno, ¿y qué hizo cuando vinieron sus padres para llevársela? ¿No protestó?

-Lloró un poquito, nada más. ¿Qué *podía* hacer? Es menor de edad... tuve que prometer que no volvería a verla, que tampoco le escribiría nunca. Por eso estoy esperando ahora a ver qué pasa... si volverá o no. Era virgen cuando llegó aquí. Ahora, la cuestión es ver cuánto tiempo podrá estar sin echar un polvo. Cuando estaba aquí, nunca tenía bastante. Casi me agotó.

En aquel momento la que estaba en la cama se había despertado y estaba restregándose los ojos. Me pareció también muy joven. No era fea, pero sí tonta del culo. Preguntó al instante de qué estábamos hablando.

-Vive aquí en el hotel -dijo Carl-. En el tercer piso. ¿Quieres ir a su habitación? Déjalo de mi cuenta.

No sabía si quería o no, pero cuando vi a Carl dándose el lote con ella otra vez, decidí que sí. Primero pregunté si estaba demasiado cansada.

Pregunta inútil. Una puta nunca está cansada de abrir las piernas. Algunas pueden quedarse dormidas, mientras les echas un quiqui. El caso es que decidimos bajar a su habitación. Así no tendría yo que pagar al patron por aquella noche.

Por la mañana cogí una habitación que daba al parque de abajo, donde los hombres-sandwich iban a comer. Al mediodía llamé a Carl para que comiéramos juntos. El y Van Norden habían adquirido una nueva costumbre: iban cada día a desayunar a la Coupole. «¿Por qué a la Coupole?», pregunté. «¿Que por qué a la Coupole? -dice Carl-. Porque en la Coupole sirven copos de avena a todas horas y los copos de avena hacen ir de vientre,» «Comprendo», dije yo.

Así que todo es como antes. Los tres vamos y volvemos del trabajo a pie. Pequeñas disensiones, pequeñas rivalidades. Van Norden sigue refunfuñando con respecto a sus gachís y a la necesidad de limpiarse la porquería de la tripa. Sólo que ahora ha encontrado una nueva diversión. Ha descubierto que es menos molesto masturbarse. Me quedé asombrado cuando me dio la noticia. Me parecía imposible que un tipo como él encontrara el menor placer haciéndose pajas. Todavía me quedé más asombrado cuando me explicó cómo se las hace. Había «inventada» un nuevo truco, como él dijo: «Coges una manzana -dice- y 1e sacas el corazón. Después la untas por dentro de crema para el cutis, para que no se deshaga demasiado de prisa. ¡Pruébalo alguna vez! Te volverá loco al principio. En cualquier caso, es barato y no tienes que perder demasiado tiempo.»

-Por cierto-dice, cambiando de tema-, ese amigo tuyo, Fillmore, está en el hospital. Creo que está chiflado. Por lo menos, eso es lo que me dijo su chavala. Salía con una francesa, ¿sabes?, mientras has estado fuera. Solían pasarse el día peleándose. Ella es una tía fuerte y sana... un poco salvaje. No tendría inconveniente en cepillármela, pero temo que me saque los ojos con las uñas. El siempre iba con la cara y las manos arañadas. De vez en cuando también ella parece haber recibido una buena... o, mejor dicho, parecía. Ya sabes cómo son estas tías francesas: cuando aman, pierden la cabeza.

Evidentemente, habían pasado cosas mientras yo estaba ausente. Sentí mucho lo de Fillmore. Se había portado muy bien conmigo. Cuando dejé a Van Norden, salté a un autobús y fui derecho al hospital.

Supongo que todavía no estaban seguros de si había perdido el juicio o no, pues lo encontré en el piso de arriba, en una habitación privada, disfrutando de todas las libertades de los pacientes normales. Cuando llegué, acababa de salir del baño. Al verme, se echó a llorar. «Todo ha terminado -dice inmediatamente-. Dicen que estoy loco... y puede que tenga sífilis también. Dicen que tengo delirios de grandeza.» Se dejó caer sobre la cama y lloró en silencio. Después de haber llorado un rato, alzó la cabeza y sonrió... como un pájaro que despierta de un sueñecito enteramente. «¿Por qué me han puesto en una habitación tan cara? -dijo-. ¿Por qué no me ponen en la sala general... o en el manicomio? No puedo pagar esto. Sólo me quedan quinientos dólares.»

-Por eso te tienen aquí -dije-. Ya verás qué pronto te trasladan, cuando se te acabe el dinero. No te preocupes.

Mis palabras debieron de impresionarlo, pues, en cuanto acabé, me entregó su reloj y cadena, su cartera, la insignia de su club, etc. «Guárdalos bien -dijo-. Estos cabrones me robarán todo lo que tengo.» Y luego, de repente, se echó a reír, con una de esas risas extrañas, melancólicas, que te hacen creer que un tipo está majareta, lo esté o no lo esté. «Sé que vas a pensar que estoy loco -dijo-, pero quiero reparar lo que hice. Quiero casarme. Mira, no sabía que tenía purgaciones. Le pegué a ella las purgaciones y después la dejé preñada. Le dije al doctor que no me importa lo que me ocurra, pero quiero que me deje casarme primero. El no deja de decirme que espere hasta que me ponga mejor..., pero yo sé que no voy a mejorar nunca. Esto es el fin.»

No pude evitar la risa al oírle hablar así. No podía entender qué le había pasado. El caso es que tuve que prometerle que iría a ver a la chica y le explicaría las cosas a ella. Quería que estuviera junto a ella, que la consolase. Dijo que podía confiar en mí, etc. Dije que sí a todo para tranquilizarlo. A mí no me parecía chiflado exactamente... sólo bastante hundido. La típica crisis anglosajona. Una erupción de moral. Sentía bastante curiosidad por ver a la chica, por saber a qué atenerme.

Al día siguiente fui a visitarla. Vivía en el Barrio Latino. En cuanto comprendió quién era yo, se volvió cordialísima. Ginette se llamaba. j Bastante fuerte, huesuda, sana, como una campesina, con un, diente medio carcomido. Llena de vitalidad y con una especie de fuego demente en los ojos. Lo primero que hizo fue llorar. Después, al ver que yo era un antiguo amigo de su Jo-Jo -así era como lo llamaba- corrió escaleras abajo y volvió con dos botellas de vino blanco. Insistió en que me quedara a cenar con ella. A medida que bebía, se ponía alternativamente alegre y sentimental. No tuve que hacerle preguntas no paró de hablar, como una máquina de cuerda automática. Lo que le preocupaba principalmente era: ¿recuperaría él su trabajo, cuando saliera del hospital? Dijo que sus padres eran ricos, pero estaban disgustados con ella. No aprobaban sus locuras. Sobre todo, no les gustaba Fillmore: no tenía educación y era americano. Me rogó que le asegurara que él recuperaría su trabajo, cosa que hice sin vacilar. Y después me rogó que me enterara de si podía creer lo que él decía: que iba a casarse con ella. Porque ahora, con una criatura en el vientre y unas purgaciones además, no iba a poder comerse una rosca... por lo menos, con un francés. Eso estaba claro, ¿no? Desde luego, le aseguré. Estaba todo más claro que el agua para mí... salvo cómo diablos había podido Fillmore enamorarse de ella. Sin embargo, cada cosa a su tiempo. Ahora mi deber era consolarla, así que me limité a colmarla de embustes, le dije que todo saldría bien y que yo sería el padrino de la criatura, etc. Luego, de repente, me pareció extraño el simple hecho de que quisiera tener el hijo... sobre todo porque era probable que naciera ciego. Se lo dije con el mayor tacto que pude. «Me es igual -dijo-, quiero un hijo de él.» - ¿Aunque nazca ciego? -pregunté.

-Mon Dieu, ne dites pas ça! -gimió-. Ne dites pas ça!

Librodot

Aun así, consideré que era mi deber decirlo. Se puso histérica y se echó a llorar *como* una morsa, y sirvió más vino. Al cabo de unos instantes estaba riendo ruidosamente. Se reía al pensar en cómo se peleaban, cuando se metían en la cama. «Le gustaba que me peleara con él -dijo-. Era un bruto.»

Cuando nos sentamos a comer, entró una amiga de ella: una putilla que vivía al final del pasillo. Inmediatamente Ginette me envió abajo a buscar más vino. Cuando volví, era evidente que habían echado una buena parrafada. Su amiga, Yvette, trabajaba en el departamento de policía. Una especie de confidente, por lo que pude deducir. Al menos, eso era lo que intentaba hacerme creer. Era bastante evidente que era una simple putilla. Pero estaba obsesionada con la policía y sus actividades. Se pasaron toda la comida pidiéndome que las acompañara a un bal *musette.* Querían divertirse... Ginette se sentía tan sola con Jo-Jo en el hospital. Les dije que tenía que trabajar, pero que la noche que libraba volvería y saldría con ellas. También les dije claramente que no tenía pasta para gastar con ellas. Ginette, que se quedó verdaderamente pasmada al oírlo, fingió que no tenía la menor importancia. De hecho, para demostrar que era una tía de lo más legal, insistió en llevarme al trabajo en un taxi. Lo hacía porque yo era un amigo de Jo-Jo. Y, por lo tanto, era amigo de ella. «Y también -pensé para mis adentros-, si le pasara algo a tu Jo-Jo, acudirás a mí al instante. ¡Entonces verás qué amigo puedo ser! » Estuve muy simpático con ella. De hecho, cuando salimos del taxi frente a la oficina me dejé convencer para tomar un último pernod juntos. Yvette preguntó si podía venir a buscarme después del trabajo. Dijo que tenía un montón de cosas que contarme confidencialmente. Pero me las arreglé para negarme sin herir sus sentimientos. Desgraciadamente, sí que fui lo bastante blando como para darle mi dirección. *Desgraciadamente,* digo. En realidad, cuando vuelvo a pensarlo, más que nada me alegro. Porque el día siguiente mismo empezaron a pasar cosas. El día siguiente mismo, antes incluso que me hubiera levantado de la cama, vinieron las dos a verme. Jo-Jo había salido del hospital: lo habían encarcelado en un pequeño castillo en el campo, a pocos kilómetros de París. El *château,* lo llamaban. Una forma fina de referirse al «manicomio». Querían que me vistiera inmediatamente y fuese con ellas. Estaban aterradas.

Quizás hubiera ido solo..., pero no podía decidirme a ir con aquellas dos. Les pedí que me esperasen abajo mientras me vestía, pensando que así tendría tiempo de inventar alguna excusa para no ir. Pero no hubo manera de hacerles salir de la habitación. Se sentaron allí y me observaron lavarme y vestirme, como si fuera lo más natural del mundo. Estando así, llegó Carl. Le expliqué la situación brevemente en inglés, y después ideamos la excusa de que yo tenía, un trabajo importante que hacer. Sin embargo, para suavizar las cosas, compramos vino y empezamos a distraerlas enseñándoles un libro de dibujos obscenos. A Yvette ya se le habían pasado todas las ganas de ir al *château.* Ella y Carl se estaban entendiendo excelentemente. Cuando llegó el momento de marchar, Carl decidió acompañarlas al *château.* Pensó que sería divertido ver a Fillmore paseándose entre un montón de chiflados. Quería ver cómo era un manicomio. Así que se fueron, un poco chispas, y de un humor excelente.

En todo el tiempo que Fillmore estuvo en el *château,* nunca fui a verlo. No era necesario, porque Ginette le visitaba regularmente y me daba todas las noticias. Decía que esperaban poder darle de alta dentro de unos meses. Pensaban que era una intoxicación alcohólica... nada más. Desde luego, tenía purgaciones..., pero eso no era difícil de curar. Por lo que podían ver, no tenía sífilis. Eso ya era algo. Así, que, para empezar, le hicieron un lavado de estómago. Le limpiaron el organismo concienzudamente. Por un tiempo estuvo tan débil, que no podía levantarse de la cama. También estaba deprimido. Decía que no quería curarse: quería morir. Y siguió repitiendo ese disparate tan insistente, que al final se alarmaron. Supongo que no habría sido buena propaganda, si se hubiera suicidado. El caso es que empezaron a darle tratamiento mental. Y, mientras tanto, le sacaban los dientes, cada vez más, hasta que no le quedó

Librodot

ninguno. Debía sentirse mejor después de aquello, pero, cosa extraña, no fue así. Estaba más abatido que nunca. Y entonces empezó a caérsele el pelo. Por último, manifestó síntomas paranoides : empezó a acusarles de toda clase de cosas, preguntó con qué derecho lo retenían allí, qué había hecho para justificar que lo tuvieran encerrado, etc. Después de un terrible ataque de abatimiento, de repente recuperaba las energías y amenazaba con hacer saltar el local, si no lo soltaban. Y para colmo de males, en lo que a Ginette respectaba, había abandonado completamente la idea de casarse con ella. Le dijo a las claras que no tenía intención de casarse con ella, y que si estaba tan loca como para tener un hijo, en ese caso que lo mantuviera ella sola.

Los médicos interpretaron todo aquello como buena señal. Dijeron que estaba recuperándose. Naturalmente, Ginette pensaba que estaba más loco que nunca, pero rezaba por que lo soltaran y así podría llevárselo al campo, donde gozaría de paz y tranquilidad y recuperaría la razón. Mientras tanto, sus padres habían venido a París de visita y habían llegado hasta el extremo de visitar a su futuro yerno en el *cháteau. A* su modo, probablemente se habían figurado, con prudencia, que era mejor para su hija tener un marido loco que no tener marido. El padre pensaba que podía encontrar alguna ocupación para Fillmore en la granja. Dijo que Fillmore no era tan mal chico. Cuando se enteró por Ginette de que los padres de Fillmore tenían dinero, se volvió todavía más indulgente, más comprensivo.

Todo estaba saliendo muy bien en todos los sentidos. Ginette volvió a provincias por un tiempo con sus padres. Yvette venía con regularidad al hotel a ver a Carl. Pensaba que era el director del periódico. Y poco a poco fue franqueándose con nosotros. Un día que se emborrachó como una cuba, nos informó de que Ginette nunca había sido otra cosa que una puta, de que Ginette era una gorrona, de que Ginette nunca había estado embarazada y no lo estaba ahora. Sobre las otras acusaciones no nos cabían demasiadas dudas, a Carl y a mí, pero de que no estuviera embarazada no estábamos tan seguros.

-Entonces, ¿cómo es que tiene tanta tripa? -preguntó Carl.

Yvette se rió. «Quizá use una bomba de bicicleta -dijo-. No, en serio -añadió-, la tripa es de beber. Bebe como un pez, Ginette. Cuando vuelva del campo, veréis cómo estará más hinchada todavía. Su padre es un borracho. Ginette es una borracha. Quizá tuviera purgaciones, eso sí..., pero no está embarazada.»

-Pero ¿por qué quiere casarse con él? ¿Está enamorada de él realmente?

-¿Enamorada? ¡Pufff! No tiene corazón, Ginette. Quiere tener a alguien que se ocupe de ella. Ningún francés se casaría con ella: está fichada por la policía. No, lo ha escogido a él porque es demasiado estúpido como para darse cuenta de auién es ella. Sus padres no quieren saber nada con ella: es una deshonra para ellos. Pero si consigue casarse con un americano rico, en ese caso todo irá bien... Vosotros pensáis que quizá lo ame un poquito, ¿eh? No la conocéis. Cuando estaban viviendo juntos en el hotel, traía a hombres a su habitación, mientras él estaba trabajando. Decía que él no le daba suficiente dinero para sus gastos. El era tacaño. Le dijo que ese abrigo de piel que llevaba se lo habían regalado sus padres, ¿verdad? ¡Pobre inocente! Pero, si la he visto llevar a un hombre al hotel, estando él allí. Llevó al hombre al piso de abajo. Lo vi con mis propios ojos. ¡Y qué hombre! Una vieja piltrafa. ¡No podía tener una erección!

Si, cuando lo soltaron del *cháteau,* Fillmore hubiera vuelto a París, quizá habría podido yo prevenirle con respecto a su Ginette. Cuando es taba todavía en observación, no me pareció bien perturbarlo calentándole la cabeza con las calumnias de Yvette. Pero resultó que se fue directamente desde el *cháteau* a la casa de los padres de Ginette. Allí, a pesar suyo, lo engatusaron para que hiciera público su compromiso. Las amones-taciones se publicaron en los periódicos locales y dieron una fiesta a los amigos de la familia. Fillmore aprovechó la situación para entregarse a toda clase de escapadas. Aunque sabía perfectamente lo que hacía, fingía estar todavía un poco sonado. Tomaba prestado el coche del suegro, por ejemplo, y hacía excursiones solo por el campo; si veía

Librodot

una ciudad que le gustaba, se quedaba en ella y se divertía hasta que Ginette iba a buscarlo. A veces el suegro y él salían juntos -a pescar, según decían- y no se sabía nada de ellos durante varios días. Se volvió caprichoso y exigente hasta la exasperación. Supongo que consideraba que no había razón para no sacar el mayor partido de la situación.

Cuando volvió a París con Ginette, tenía un nuevo vestuario completo y los bolsillos llenos de pasta. Tenía aspecto alegre y saludable, y estaba muy bronceado. Me pareció sano como un toro. Pero, en cuanto nos hubimos separado de Ginette, desembuchó. Había perdido el trabajo y se le había acabado todo el dinero. Al cabo de un mes o así iban a casarse. Mientras tanto, los padres suministraban la pasta. «Una vez que me tengan en sus garras completamente -dijo- no seré otra cosa que un esclavo para ellos. El padre piensa abrir una papelería para mí. Ginette atenderá a los clientes, cobrará, etc., y, mientas tanto, yo me sentaré en la trastienda a escribir... o algo así. ¿Me imaginas en la trastienda de una papelería para el resto de mi vida? Ginette piensa que es una idea excelente. Le gusta manejar dinero. Prefiero volver al *cháteau* antes que someterme a semejante plan.»

Desde luego, por el momento fingía que todo iba a pedir de boca. Intenté convencerlo para que volviera a América, pero no quería ni oír hablar de eso. Dijo que no iba a dejar que le echaran de Francia un hatajo de campesinos ignorantes. Tenía la idea de desaparecer del mapa por un tiempo y después instalarse en algún barrio distante de la ciudad, donde no correría peligro de tropezarse con ella. Pero pronto llegamos a la conclusión de que eso era imposible: en Francia no puedes esconderte como en América.

-podrías ir a Bélgica por un tiempo -sugerí. -Pero ¿cómo voy a ganarme la vida? -se apresuró a decir-. No puedes conseguir trabajo en estos malditos países.

-Entonces, ¿por qué no te casas y después consigues el divorcio? -pregunté.

-Y mientras tanto ella parirá. ¿Quién va a ocuparse de la criatura?

-¿Cómo sabes que va a tener una criatura? -dije, decidido, ahora que había llegado el momento de vaciar el saco.

-¿Que cómo lo sé? -dijo. No parecía darse cuenta del todo de lo que yo estaba insinuando. Le di una vaga idea de lo que Yvette había dicho. Me escuchó completamente perplejo. Al final me interrumpió. «Es inútil que sigas -dijo-. Sé muy bien que va a tener un hijo. Yo mismo lo he sentido moverse. Yvette es una puta asquerosa. Mira, no quería decírtelo, pero hasta que fui al hospital estuve apoquinando por Yvette también. Después, cuando llegó la quiebra, no pude hacer nada más por ella. Consideré que ya había hecho bastante por las dos... Decidí ocuparme primero de mí mismo. Yvette se enfadó. Dijo a Ginette que yo se las pagaría... No, ojalá fuera verdad lo que dijo. En ese caso podría salir de esto más fácilmente. Ahora estoy atrapado. He prometido casarme con ella y voy a cumplirlo. Después de eso, no sé qué será de mí. Ahora me tienen en sus manos.»

Como había cogido una habitación en el mismo hotel que yo, tenía por fuerza que verlos con frecuencia, quisiera o no. Casi cada noche cenaba con ellos, después, naturalmente, de haber tomado unos pernod. Se pasaban toda la cena riñendo escandalosamente. Era violento porque unas veces tenía que ponerme de parte de uno y otras veces del otro. Un domingo por la tarde, por ejemplo, después de haber comido juntos, fuimos a un café en la esquina del Boulevard Edgar-Quinet. Todo había ido extraordinariamente bien aquella vez.

Estábamos sentados en una mesita, uno junto al otro, de espaldas a un espejo. Ginette debía de estar caliente, o algo así, pues de repente se puso sentimental y empezó a acariciarlo y a besarlo delante de todo el mundo, como hacen los franceses con toda naturalidad. Acababan de soltarse después de un largo abrazo, cuando Fillmore dijo algo sobre sus padres que ella interpretó como un insulto. Inmediatamente, las mejillas se le encendieron de ira. Intentamos apaciguarla diciéndole que había entendido mal y

Librodot

después, en voz baja, Fillmore me dijo algo en inglés... algo así como que había que darle un poco de jabón. Eso fue bastante para hacerle perder los estribos. Dijo que nos estábamos burlando de ella. Yo le dije algo mordaz, lo que la irritó todavía más, y entonces Fillmore intentó echar agua al vino. «Tienes demasiado genio», dijo, e intentó hacerle una caricia en la mejilla. Pero ella, pensando que había alzado la mano para darle una bofetada, le dio una sonora guantada con aquella manaza suya de campesina. Por un instante él se quedó aturdido. No había esperado un tortazo así, y escocía. Lo vi ponerse pálido y un segundo después se levantó del banco y con la palma de la mano le dio tal guantazo, que casi la tiró de su asiento. «¡Toma! ¡Así aprenderás a comportarte! », dijo en su francés chapurreado. Por un instante hubo un silencio de muerte. Después, como el estallido de una tormenta, ella cogió la copa de coñac que tenía delante y se la tiró con toda su fuerza. Se estrelló contra el espejo que había detrás de nosotros. Fillmore ya la había cogido del brazo, pero, con su mano libre, ella cogió la taza de café y la estrelló contra el suelo. Se retorcía como una maníaca. Apenas si podía sujetarla. Mientras tanto, naturalmente, el *patron* había venido corriendo y nos ordenó que nos largáramos. «¡Holgazanes!», nos llamó. «Sí, holgazanes; ¡eso es! -gritó Ginette-. ¡Cochinos extranjeros! ¡Maleantes! ¡Gángsters! ¡Pegar a una mujer encinta!» Todo el mundo nos lanzaba miradas torvas. Una pobre francesa con dos malvados americanos. Gángsters. Yo me preguntaba cómo demonios íbamos a salir de allí sin una pelea. Para entonces, Fill

more estaba callado como un muerto. Ginette se fue como una flecha hacia la puerta, dejándonos solos a la hora de pagar los platos rotos. Al salir, se volvió con el puño alzado y gritó: «¡Ya me las pagarás, bruto! ¡Ya verás! ¡Ningún extranjero puede tratar así a una francesa decente! ¡Ah, no! ¡Así, no!»

Al oír aquello, el *patron, al* que ya habíamos pagado las bebidas y los vasos rotos, se sintió obligado a mostrar su galantería hacia una espléndida representante de la maternidad francesa como Ginette, así que, sin más ni más, escupió a nuestros pies y nos echó a empujones. «¡Idos a la mierda, cochinos holgazanes!», dijo, o alguna gracia por el estilo.

Una vez en la calle, y viendo que nadie nos arrojaba nada encima, empecé a ver el lado cómico del asunto. Sería una idea excelente, pensé para mis adentras, que se aireara todo ante un tribunal. *¡Todo el asunto...!* Con los cuernos de Yvette de aderezo. Al fin y al cabo, los franceses tienen sentido del humor. Quizás el juez, cuando oyese la versión de Fillmore de la historia, lo absolvería del matrimonio.

Mientras tanto, Ginette estaba parada en la acera de enfrente agitando el puño y gritando a pleno pulmón. La gente se detenía a escuchar, a tomar partido, como ocurre en los altercados callejeros. Fillmore no sabía qué hacer: si alejarse de ella o cruzar hasta donde estaba e intentar calmarla. Estaba parado en el centro de la calle con los brazos extendidos, intentando meter baza. Y Ginette seguía gritando: *«Gangster! Brute! Tu verras,* salaud!», y otros cumplidos. Por fin, Fillmore dio un paso hacia ella y ella, probablemente pensando que le iba a dar otro bofetón, echó a correr calle abajo. Fillmore volvió donde yo estaba y dijo: «¡Ven, vamos a seguirla despacio!» Echamos a andar seguidos de un grupito de curiosos. De vez en cuando se volvía hacia nosotros y agitaba el puño. No intentamos alcanzarla, nos limitamos a seguirla despacio calle abajo para ver qué haría. Por fin, aminoró el paso y cruzamos a la otra acera. Ahora estaba callada. Seguimos caminando detrás de ella, acercándonos cada vez más. Ahora ya sólo nos seguían una docena de personas aproximadamente... los demás habían perdido interés. Cuando llegamos cerca de la esquina, se detuvo de repente y esperó a que nos acercáramos. «Déjame hablar a mí -dijo Fillmore-, sé cómo tratarla.»

Las lágrimas le corrían por la cara, cuando llegamos a su altura. Yo no sabía cómo reaccionaría ella. Por eso, me sorprendió un poco, cuando Fillmore se le acercó y dijo con voz afligida: «¿Te parece bonito lo que has hecho? ¿Por qué lo has hecho?» Entonces ella le arrojó los brazos al cuello y se echó a llorar como una niña, llamándole su pequeño tal y su

pequeño cual. Luego, se volvió hacia mí en tono suplicante. «Tú has visto cómo me ha pegado -dijo-. ¿Es ésa forma de tratar a una mujer?» Estaba a punto de decir que sí, cuando Fillmore la cogió del brazo y empezó a llevársela andando. «¡Basta ya! -dijo-. Como empieces otra vez, te voy a pegar aquí mismo, en medio de la calle.»

Pensé que iban a empezar otra vez. Ella echaba chispas por los ojos. Pero, evidentemente, también estaba un poco amedrentada, pues se calmó en seguida. Sin embargo, cuando nos sentamos en el café, dijo tranquila, pero tétricamente que no pensara que iba a olvidarlo tan de prisa; ya volverían a hablar de ello más adelante..., quizá aquella misma noche.

Y ya lo creo que cumplió su palabra. Cuando vi a Fillmore el día siguiente, tenía toda la cara y las manos arañadas. Al parecer, había esperado hasta que él se metió en la cama y luego, sin decir palabra, había ido al ropero y, después de tirar todos los trajes de él al suelo, los cogió uno a uno y los hizo trizas. Como eso había ocurrido ya otras veces, y como ella siempre los había cosido después, él no había protestado demasiado. Y eso hizo que se irritara más que nunca. Lo que quería era clavarle las uñas, y lo hizo, con toda su habilidad. Al estar embarazada, tenía cierta ventaja sobre él.

¡Pobre Fillmore! No era cosa de risa. Ella lo tenía aterrorizado. Si él amenazaba con escapar, ella replicaba con la amenaza de matarlo. Y lo decía de un modo que parecía que iba en serio. «Si te vas a América -decía-, ¡te seguiré! No te irás de mi lado. Una chica francesa siempre sabe cómo vengarse.» Y un instante después ya lo estaba engatusando para que fuera «razonable», una vez que tuvieran la papelería. El no iba a tener que dar golpe. Ella lo iba a hacer todo. El iba a poder quedarse en la trastienda escribiendo... o haciendo lo que quisiera.

Así siguieron las cosas, oscilando como un columpio, durante unas semanas. Yo procuraba esquivarlos siempre que podía, pues estaba harto del asunto y me daban asco los dos. Hasta que, un hermoso día de verano, al pasar ante el Crédit Lyonnai:s, mira por dónde me veo a Fillmore bajando la escalera. Le saludé efusivamente, pues me sentía un poco culpable por haberlo esquivado durante tanto tiempo. Le pregunté, con mayor curiosidad de lo habitual, cómo iban las cosas. Me respondió con bastante vaguedad y con tono de desesperación en la voz.

-Sólo me ha dado permiso para ir al banco -dijo, de un modo peculiar, decaído, abyecto-. Dispongo de una media hora, no más. Me tiene controlado. -Y me cogió del brazo como si quisiera alejarme de allí a toda prisa.

Ibamos caminando hacia la rue de Rivoli. Era un día hermoso, cálido, claro, soleado: uno de esos días en que París muestra su mejor aspecto. Soplaba una brisa suave y agradable, suficiente para llevarse ese olor estancado. Fillmore iba sin sombrero. Exteriormente parecía la personificación de la salud... como el turista americano ~ dio que se pasea plácidamente con dinero tintineándole en los bolsillos.

-Ya no sé qué hacer -dijo con calma-. Tienes que ayudarme. Estoy indefenso. No consigo rehacerme. Si al menos pudiera alejarme de ella por un tiempo, quizá me recuperaría perfectamente. Pero ella no me perderá de vista. Me ha dado permiso sólo para correr al banco: tenía que sacar un poco de dinero. Daré una vuelta contigo y después tengo que volver corriendo: me estará esperando para comer.

Le escuché en silencio, pensando para mis adentros que necesitaba efectivamente a alguien que lo sacara del atolladero en que se encontraba. Se había derrumbado completamente, no le quedaba ni pizca de valor. Era enteramente como un niño... como un niño al que le pegan cada día y ya no sabe cómo comportarse, excepto encogerse y retroceder. Cuando giramos bajo la columnata de la rue de Rivoli, se desató en una diatriba contra Francia. Estaba harto de los franceses. «Hubo un tiempo en que me deshacía en elogios de ellos -dijo-, pero eso era todo literatura. Ahora los conozco..., sé cómo son realmente. Son crueles y mercenarios. Al principio, parece maravilloso, porque tienes la sensación de ser libre. Al cabo de un tiempo, te cansas. Por debajo todo está muerto; no hay sentimiento, ni compasión, ni amistad. Son egoístas hasta los tuétanos. ¡La gente más egoísta

Librodot

de la tierra! Sólo piensan en dinero, dinero, dinero. ¡Y tan respetables, tan burgueses! Eso es lo que me vuelve loco. Cuando la veo remendándome las camisas, sería capaz de darle de garrotazos. Siempre remendando, remendando. Ahorrando, ahorrando. Faut f *aire des économies! Eso* es lo único que le oigo decir durante todo el día. Lo oyes en todas partes. Sois *raisonnable, mon chéri! Sois raisonnable! No* quiero ser razonable ni lógico. ¡Lo detesto! Quiero reventar de risa, quiero divertirme. Quiero *hacer algo. No* quiero sentarme en un café y pasarme el día hablando. Joder, nosotros tenemos nuestros defectos..., pero tenemos entusiasmo. Es mejor cometer errores que no hacer nada. Prefiero ser un vagabundo en América que estar en buena posición aquí. Quizá sea porque soy yanqui. Nací en Nueva Inglaterra y ése es mi lugar, supongo. No puedes volverte europeo de la noche a la mañana. Tienes algo en la sangre que te hace ser diferente. Es el clima... y todo. Nosotros vemos las cosas con otros ojos. No podemos cambiarnos, por mucho que admiremos a los franceses. Somos americanos y debemos seguir siéndolo. Desde luego, detesto a esos puritanos de nuestro país..., los detesto con toda el alma. Pero yo mismo soy uno de ellos. Este no es mi lugar. Estoy harto de él.»

Siguió así a lo largo de toda la arcada. Yo no decía ni palabra. Le dejé que soltara todo: le sentaría bien desahogarse. Aun así, pensaba qué extraño era que aquel mismo tipo, sí hubiera sido un año antes, habría estado golpeándose el pecho como un gorila y diciendo: «¡Qué día más maravilloso! ¡Qué país! ¡Qué gente!» Y si hubiera pasado por allí un americano y hubiese dicho una palabra contra Francia, Fillmore le habría aplastado la nariz. Habría dado la vida por Francia..., un año antes. Nunca he visto a un hombre tan apasionado por un país, tan feliz bajo un cielo extranjero. No era natural. Cuando decía *France,* quería decir vino, mujeres, dinero en el bolsillo que como viene se va. Quería decir travesuras, estar de vacaciones. Y después, cuando se hubo corrido sus juergas, cuando el viento se llevó la lona y pudo contemplar el cielo, se dio cuenta de que no estaba en un circo, sino en un ruedo, exactamente igual que en cualquier otro sitio. Y, además, más siniestro que la hostia. Muchas veces, cuando le oía hablar entusiasmado de la espléndida Francia, de la libertad y todas esas gilipolleces, me preguntaba qué le habría parecido a un obrero francés, si hubiera podido entender las palabras de Fillmore. No es de extrañar que piensen que estamos todos locos. Para ellos *estamos* locos. Somos simplemente una pandilla de niños. Idiotas seniles. Lo que nosotros llamamos vida es una novela de tres reales. Ese entusiasmo por debajo, ¿qué es? ¿Ese entusiasmo de pacotilla que revuelve el estómago a cualquier europeo común? Es ilusión. No, ilusión es una palabra demasiado buena para eso. Ilusión significa algo. No, no es eso: es un *engaño.* Un puro *engaño, eso* es lo que es. Somos como un hato de caballos con anteojeras. Alborotados. Desbocados. Sobre el precipicio. ¡Hala! Cualquier cosa que fomente la violencia y la confusión. ¡Adelante! ¡Adelante! Donde sea. Y echando espuma por la boca todo el tiempo. ¡Gritando aleluya! *¡Aleluya! ¿Por* qué? Dios lo sabe. Va en la sangre. Es el clima. Es un montón de cosas. Es el fin también. Nos bajamos el mundo entero sobre la cabeza como unas orejeras. No sabemos por qué. Es nuestro destino. El resto es mierda pura...

En el Palais Royal sugerí que nos paráramos a tomar un trago. El vaciló un momento. Vi que estaba preocupado por ella, por la comida, por la regañina que se iba a llevar.

-Por amor de Dios -dije-, olvídate de ella por un rato. Voy a pedir algo de beber y quiero que te lo bebas. No te preocupes, te voy a sacar de este lío de los cojones. Pedí dos whiskys fuertes.

Cuando vio llegar los whiskys, volvió a sonreírme como un niño enteramente.

-Bébetelo -dije- y tomémonos otro. Esto te va a sentar bien. No me importa lo que diga el médico..., esta vez te irá bien. ¡Vamos, bébetelo!

Se lo bebió de un trago y mientras el *garçon* desaparecía, para ir a buscar otra ronda, me miró con ojos radiantes, como si yo fuera el último amigo en el mundo. Además, le temblaban un poco los labios. Quería decirme algo y no sabía cómo empezar.

Librodot

Lo miré serenamente, como si no hubiera advertido su súplica, y, empujando los platillos a un lado, me recliné sobre el codo y le dije muy serio: «Vamos a ver, Fillmore, ¿qué es lo que te gustaría hacer realmente? ¡Dímelo!»

Al oír aquello, las lágrimas le brotaron a chorros y exclamó: «Me gustaría estar en mi país y con mi gente. Me gustaría oír hablar inglés.» Las lágrimas le corrían por la cara. No hizo esfuerzo alguno para secárselas. Dejó que saliera todo a borbotones. Joder, pensé para mis adentros es estupendo desahogarse así. Estupendo ser un completo cobarde por lo menos una vez en la vida. Dejar salir todo así. ¡Excelente! ¡Excelente! Me sentí tan bien al verlo hundirse de aquel modo, que tuve la sensación de que podía resolver cualquier problema. Me sentí animado y decidido. Se me ocurrieron mil ideas a la vez.

-Oye -dije, inclinándome todavía más hacia él-, si hablas en serio, ¿por qué no lo haces? ¿por qué no te vas? ¿Sabes lo que haría yo si estuviera en tu lugar? Me iría hoy. Sí, por Dios que lo haría... Me iría ahora mismo, sin decirle siquiera adiós a ella. En realidad, ésa es la única forma como puedes irte: ella nunca te dejaría despedirte. Y tú lo sabes.

El garçon llegó con los whiskys. Le vi alargar

la mano con ansia desesperada y llevarse el vaso a los labios. Le vi un destello de esperanza en los ojos: lejano, salvaje, desesperado. Probablemente se veía cruzando el Atlántico a nado. A mí me parecía fácil, sencillo corno hacer rodar un tronco. Todo se iba desarrollando fácilmente en mi mente. Sabía cuál sería cada uno de los pasos. Lo veía con la claridad de un cristal.

-¿De quién es el dinero que está en el banco? -pregunté-. ¿Es de su padre o tuyo?

-¡Es mío! -exclamó-. Me lo envió mi madre. No quiero ni un céntimo de su cochino dinero.

-¡Cojonudo! -dije-. Oye, suponte que cogemos un taxi y volvemos allí. Sacamos hasta el último céntimo. Después iremos al Consulado Británico a conseguir un visado. Vas a coger el tren esta tarde para Londres. En Londres cogerás el primer barco para América. Digo esto porque así no tendrás que preocuparte de que ella te siga la pista. Nunca sospechará que te has ido vía Londres. Si sale en tu busca, irá naturalmente a El Havre primero o a Cherburgo... Y otra cosa: no vas a volver a recoger tus cosas. Vas a dejar todo aquí. Que se lo quede ella. Con su mentalidad francesa, nunca se imaginará que te has largado sin bolso ni equipaje. Es increíble. A un francés nunca se le ocurriría hacer una cosa así... a no ser que estuviera tan chiflado como tú.

-¡Tienes razón! -exclamó-. Nunca pensé en eso. Además, tú podrías enviármelas más adelante..., ¡en caso de que las suelte! Pero eso no importa ahora. Sólo que, ¡joder, no llevo m¡ sombrero!

-¿Para qué necesitas un sombrero? Cuando llegues a Londres, puedes comprar todo lo que necesites. Lo único que necesitas ahora es darte prisa. Tenemos que enterarnos de cuándo sale el tren.

-Oye -dijo, echando mano a la cartera--, voy a dejar todo en tus manos. Toma, coge esto y haz lo que sea necesario. Yo estoy demasiado débil..., estoy aturdido.

Cogí la cartera y extraje los billetes que acababa de sacar del banco. Había un taxi parado junto a la acera. Subimos. A las cuatro aproximadamente salía un tren de la Gare du Nord. Calculé todo: el barco, el consulado, el American Express, a estación. ¡Muy bien...! Teníamos el tiempo justo.

-Ahora, ¡anímate! -dije- ¡y conserva la calma! ¡Joder! Dentro de unas horas estarás cruzando el canal. Esta noche estarás paseando por Londres y te darás una panzada de inglés. Mañana estarás en alta mar... y entonces, por Dios que serás un hombre libre y no tendrás por qué preocuparte de lo que ocurra. Para cuando llegues a Nueva York esto sólo será un mal sueño.

Librodot

Estas palabras lo animaron tanto, que los pies se le movían convulsamente, como si intentara correr dentro del taxi. En el banco, la mano le temblaba tanto que apenas podía firmar. Eso era algo que yo no podía hacer por él: firmar. Pero creo que, si hubiera sido necesario, lo habría sentado en el retrete y le habría limpiado el culo. Estaba decidido a despacharlo, aunque tuviese que plegarlo y meterlo en una maleta.

Cuando llegamos al Consulado Británico, era hora de comer y estaba cerrado. Eso significaba tener que esperar hasta las dos. No se me ocurrió

otra cosa mejor que hacer, para matar el tiempo, que comer. Naturalmente, Fillmore no tenía hambre. Quería comer un bocadillo. «¡Qué cojones -dije-. Me vas a invitar a una buena comida. Es la última comida sustancial que vas a hacer aquí... quizá por mucho tiempo.» Lo llevé a un restaurante pequeño y acogedor y pedí un buen banquete. Pedí el mejor vino de la carta, sin mirar el precio ni la cosecha. Tenía todo su dinero en mi bolsillo: la tira, me parecía. Desde luego, nunca había tenido en las manos tanto de una vez. Era un placer cambiar un billete de mil francos. Primero lo puse al trasluz para mirar la bella filigrana. ¡Dinero bonito! Una de las pocas cosas que los franceses hacen en gran escala. Y, además, artísticamente, como si sintieran un profundo cariño hasta por el símbolo.

Acabada la comida, fuimos a un café. Pedí chartreuse con el café. ¿Por qué no? Y cambié otro billete: esa vez uno de quinientos francos. Era un billete limpio, nuevo, crepitante. Era un placer manejar un dinero así. El camarero me devolvió un montón de billetes viejos y sucios remendados con papel de pegar, llevaba una pila de billetes de cinco y diez francos y montones de calderilla. Dinero chino, con agujeros. Ya no sabía en qué bolsillo meter el dinero. Los pantalones rebosaban de monedas y billetes. Me hacía sentirme también un poco incómodo, cargar con toda aquella pasta en público. Temía que nos tomaran por un par de ladrones.

Cuando llegamos al American Express, ya no nos quedaba mucho tiempo. Los ingleses, con su torpeza y pesadez habituales, nos habían tenido en ascuas. Aquí todo el mundo parecía ir sobre ruedas. Eran tan rápidos, que hubo que hacer todo dos veces. Cuando todos los cheques estaban firmados y guardados en una carterita muy mona, descubrieron que los había firmado donde no debía. No hubo más remedio que volver a empezar. Yo me quedé a su lado, observando cada trazo de la pluma, al tiempo que miraba el reloj con el rabillo del ojo. Dolía entregar la pasta. No toda, gracias a Dios, pero sí una buena parte. Tenía en el bolsillo, en números redondos, 2.500 francos. En números redondos, digo. Ya no contaba por francos. Cien o doscientos, más o menos... no significaban nada para mí. En cuanto a él, siguió toda la transacción aturdido. No sabía cuánto dinero tenía. Lo único que sabía era que tenía que aportar algo para Ginette. Todavía no sabía cuánto exactamente: eso íbamos a resolverlo camino de la estación.

Con la agitación habíamos olvidado cambiar todo el dinero. Pero ya estábamos en el taxi y no había tiempo que perder. Lo importante era averiguar cuánto teníamos en total. Nos vaciamos los bolsillos a toda prisa y empezamos a seleccionarlo. Había dinero en el suelo y en el asiento. Era asombroso. Había dinero francés, americano e inglés. Y, además, toda aquella calderilla. Me dieron ganas de recoger las monedas y tirarlas por la ventanilla... para simplificar. Por fin, lo seleccionamos todo; él se quedó con el dinero inglés y americano, y yo me quedé con el francés.

Ahora teníamos que decidir qué haríamos con Ginette: cuánto le daríamos, qué le diríamos, etc. El estaba intentando inventar una historia para que yo se la transmitiera: no quería causarle pena, etc. Tuve que interrumpirle.

-No te preocupes por lo que hay que decirle -dije-. Yo me encargo de eso. ¿Cuánto vas a *darle?* Eso es lo que importa. ¿Y por qué tienes que darle algo?

Aquello fue como colocarle una bomba bajo el culo. Estalló en llanto. ¡Y qué llanto! Fue peor que antes. Creí que iba a darle un patatús en mis brazos. Sin dejar de pensar, dije: «¡Bueno, bueno! Le daremos todo este dinero francés. Con esto ha de tener para una temporada.»

-¿Cuánto es? -preguntó débilmente.

-No sé... unos 2.000 francos. Más de lo que se merece, de todos modos.

-¡Por Dios! ¡No digas eso! -imploró-. Al fin y al cabo, le estoy haciendo una faena. Sus padres no querrán volver a verla nunca más. No, dáselo. Dale todo ese dinero de los cojones... No me importa cuánto sea.

Sacó un pañuelo para secarse las lágrimas. «No puedo evitarlo -dijo-. Es superior a mis fuerzas.» Yo no dije nada. De repente se estiró cuán largo era -creí que le estaba dando un ataque o algo así- y dijo: «Dios mío, me parece que debo volver. Debo volver y dar la cara. Si le ocurriera algo a ella, no me lo perdonaría nunca.»

Aquello fue un rudo golpe para mí. «¡Hostias! -grité-. ¡No puedes hacer eso! Ahora no. Es demasiado tarde. Tú vas a coger el tren y yo voy a ocuparme de ella personalmente. Iré a verla en cuanto me separe de ti. Pero, bueno, no seas bobo; ¿es que no te das cuenta de que, si ella pensara que habías intentado escapar de su lado, te asesinaría? Ya no puedes volver. Ya no tiene remedio.»

De todos modos, ¿qué *podía* pasar?, me pregunté. ¿Que se matara? *Tant mieux.*

Cuando llegamos a la estación, teníamos todavía unos diez minutos por matar. No me atrevía a despedirme de él todavía. En el último minuto, trastornado como estaba, era capaz de saltar del tren y acudir corriendo junto a ella. Cualquier cosa podía hacerle cambiar de idea. Una paja. Así, que me lo llevé a un bar de la acera de enfrente y dije: «Ahora te vas a tomar un pernod... tu último pernod... y yo voy a pagarlo por ti ... con *tu* pasta.»

Hubo algo en esta observación que le hizo mirarme inquieto. Tomó un gran trago del pernod y después, volviéndose hacia mí como un perro herido, dijo: «Sé que no debería confiarte todo este dinero, pero... pero... Oh, bueno, haz lo que te parezca mejor. Lo único que no quiero es que ella se mate.»

-¿Matarse? -dije-. ¡Esa, no! Debes de tenerte en un concepto más alto que la hostia, si puedes creer una cosa así. En cuanto al dinero, aunque no me hace ninguna gracia dárselo, te prometo que iré derecho a Correos y se lo giraré. No respondo de mí, si me lo quedo un minuto más de lo necesario. -Al decir eso, vi un bastidor giratorio con tarjetas postales. Cogí una (era una foto de la Torre Eiffel) y le hice escribir unas palabras-. Dile que te vas ahora. Dile que la amas y que enviarás a buscarla en cuanto llegues... La mandaré por *pneumatique,* cuando vaya a Correos. Y esta noche iré a verla. Todo saldrá bien, ya verás.

Dicho eso, cruzamos la calle hasta la estación. Sólo faltaban dos minutos. Tuve la sensación de que ya no había peligro. En la puerta, le di una palmada en la espalda y señalé al tren. No le estreché la mano: me habría babeado encima. Me limité a decir: «¡Corre! Sale dentro de un minuto.» Y, dicho eso, giré sobre los talones y me fui. Ni siquiera me volví para ver si subía al tren. Me daba miedo.

En todo el tiempo en que estuve despachándolo, no pensé en lo que haría, cuando me hubiera librado de él. Había prometido muchas cosas..., pero sólo para tranquilizarlo. En cuanto a afrontar a Ginette, tenía casi tan poco valor como él. Me estaba entrando pánico a mí también. Todo había ocurrido tan de prisa, que era imposible comprender plenamente el carácter de la situación. Me alejé de la estación, presa de una especie de estupor delicioso... con la postal en la mano. Me paré junto a un farol y la leí. Me pareció absurda. Volví a leerla para cerciorarme de que no estaba soñando, y después la rompí en pedazos y la tiré al arroyo.

Miré a mi alrededor inquieto, casi esperando ver a Ginette tras de mí con un *tomahawk.* Nadie me seguía. Empecé a caminar sin prisa hacia la Place Lafayette. Era un día hermoso, como había observado antes. Por encima, nubes ligeras, esponjosas, arrastradas por el viento. Los toldos se agitaban. Nunca me había parecido tan agradable París; casi me arrepentí de haber despachado al pobre tío. En la Place Lafayette me senté

frente a la iglesia y contemplé la torre del reloj; no es una maravilla arquitectónica, pero aquel azul de la esfera siempre me fascinaba. Aquel día era más azul que nunca. No podía apartar los ojos de ella.

A no ser que fuera lo bastante loco como para escribirle una carta, explicándole todo, Ginette no tenía por qué saber lo que había pasado. Y aun cuando se enterara efectivamente de que le había dejado unos 2.500 francos, no podía demostrar nada. Siempre me quedaría el recurso de decir que él lo había imaginado. Un tipo que estaba lo bastante loco como para marcharse sin sombrero siquiera estaba lo bastante loco también como para inventar lo de los 2.500 francos o lo que fuese. ¿Cuántos eran, en cualquier caso?, me pregunté. Los bolsillos me colgaban por el peso. Saqué todo el dinero y lo conté cuidadosamente. Había exactamente 2.875 francos y 35 céntimos. Más de lo que había pensado. De los 75 francos y 35 céntimos, tenía que deshacerme. Quería una cantidad redonda: 2.800 francos netos. Justo entonces vi un taxi que se detenía junto a la acera. Bajó una mujer con un perrito de lanas blanco en las manos; el perro le estaba meando sobre el vestido de seda. La idea de sacar a un perro a pasear en taxi me indignó. Yo valgo tanto como su perro, me dije, y acto seguido hice la señal al conductor y le dije que me llevara al Bois. Me preguntó dónde exactamente: «A cualquier sitio -dije-. Atraviese el Bois, recórralo todo... y vaya despacio, no tengo prisa.» Me arrellané y dejé pasar volando las casas, los tejados mellados, los sombreretes de las chimeneas, las paredes de colores, los urinarios, los carref ours vertiginosos. Al pasar por delante del Rond-Point pensé en bajar a cambiar el agua al canario. No se sabía lo que podía ocurrir allá abajo. Dije al conductor que esperara. Era la primera vez en mi vida que dejaba esperando un taxi mientras iba a mear. ¿Cuánto se puede malgastar así? No mucho. Con lo que llevaba en el bolsillo podía permitirme el lujo de tener dos taxis esperándome.

Eché un buen vistazo a mi alrededor, pero no vi nada que valiera la pena. Lo que quería era algo fresco y nuevo: algo procedente de Alaska o de las Islas Vírgenes. Una piel limpia y fresca con fragancia natural. No hace falta decir que no había nada de eso por allí. No me sentí demasiado decepcionado. Me importaba tres cojones encontrarlo o no. Lo importante siempre es no impacientarse demasiado. Todo llega a su debido tiempo.

Pasamos por el Arc de Triomphe. Había algunos turistas pasando el tiempo en torno a los restos del Soldado Desconocido. Al pasar por el Bois contemplé a todas las tías ricas paseándose en sus limusinas. Pasaban zumbando como si fueran a algún sitio. Sin lugar a dudas, lo hacen para parecer importantes: para mostrar al mundo con qué suavidad corren sus Rolls-Royces y sus Hispano-Suizas. Dentro de mí todo corría más suavemente de lo que haya corrido nunca Rolls-Royce alguno. Dentro de mí todo era como terciopelo exactamente. Corteza de terciopelo y vértebras de terciopelo. Y grasa de terciopelo para los ejes, ¡nada menos! Es maravilloso tener dinero en el bolsillo durante media hora y tirarlo como un marinero borracho. Tienes la sensación de que el mundo es tuyo. Y lo mejor de todo es que no sabes qué hacer con él. Puedes arrellanarte y dejar que el taxímetro corra como loco, puedes dejar que el viento te sople por entre los cabellos, puedes parar y tomar un trago, puedes dar una propina espléndida, y puedes fanfarronear como si fuera cosa de todos los días. Pero no puedes provocar una revolución. No puedes limpiarte toda la porquería de la tripa.

Cuando llegamos a la Porte d'Auteuil, le hice dirigirse hacia el Sena. En el Pont de Sèvres bajé y empecé a caminar a lo largo del río, hacia el Viaducto de Auteuil. Por aquí es casi del tamaño de un riachuelo y los árboles llegan hasta la ribera. El agua era verde y cristalina, sobre todo cerca de la otra orilla. De vez en cuando pasaba una chalana traqueteando. Había bañistas tomando el sol sobre la hierba. Todo estaba cercano y palpitante, y vibraba con la intensa luz.

Al pasar ante una terraza, vi a un grupo de ciclistas sentados a una mesa. Me senté cerca de ellos y pedí un démi. Al oírles parlotear, pensé por un momento en Ginette. La vi ir y venir por la habitación mesándose el cabello y sollozando y lamentándose de aquel

Librodot

modo animal como solía hacerlo. Vi el sombrero de Fillmore en el perchero. Me pregunté si su ropa me estaría bien. Tenía un ranglán que me gustaba mucho. En fin, a estas horas ya estaba en camino. Dentro de poco el barco se mecería bajo sus pies. ¡Inglés! Quería oír hablar inglés. ¡Vaya una idea!

De repente, se me ocurrió que, si quería, yo también podría ir a América. Era la primera vez que se me presentaba la oportunidad. Me pregunté: «¿Quieres ir?» No hubo respuesta. Mis pensamientos cambiaron de rumbo, hacia el mar, hacia la otra orilla, donde, al echar una última mirada, había visto los rascacielos desvanecerse entre una ráfaga de copos de nieve. Volví a verlos aparecer, de aquel mismo modo espectral de cuando me marché. Vi las luces trepar por sus costillas. Vi la ciudad entera extendida, de Harlem al Battery, las calles atestadas de hormigas, el ferrocarril elevado pasando a toda velocidad, los teatros vaciándose. Me pregunté vagamente qué habría sido de mi mujer.

Después de que todo me hubo pasado tranquilamente por la cabeza, una gran paz me invadió. Aquí, donde el río serpentea mansamente por entre una faja de cerros, hay un suelo tan saturado del pasado, que, por lejos que la mente se remonte, nunca se le puede separar de su fondo humano. ¡Dios! Ante mis ojos rielaba una paz tan suave, que sólo a un neurótico podría ocurrírsele volver la cabeza. Tan silenciosamente corre el Sena, que apenas si se nota su presencia. Siempre está ahí, silencioso y discreto, como una gran arteria corriendo por el cuerpo humano. En la maravillosa paz que me inundaba, me pareció como si hubiera subido a la cima de una alta montaña; por un rato iba a poder mirar a mi alrededor, asimilar el significado del paisaje.

Los seres humanos constituyen una fauna y flora extrañas. De lejos parecen insignificantes; de cerca parecen feos y maliciosos. Más que nada necesitan estar rodeados de suficiente espacio: de espacio más que de tiempo.

Se pone el sol. Siento que este río corre por mis entrañas: su pasado, su antiguo suelo, el clima cambiante. Los cerros lo circundan suavemente: su curso es inmutable.

Librodot